EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA DAMA DE MEDIANOCHE

por

DAVID ANTHONY

Morgan Butler, exdetective y ahora agricultor, acude al llamado del Dr. Pritchett, Director del Departamento de Psicología de la Universidad de la ciudad de Jordan. El Dr. Pritchett le encarga el esclarecimiento de un robo, que pondrá a Butler frente al cadáver de Natalie Clayborne, bella alumna de la Universidad. Y que lo llevará luego al descubrimiento de otros dos crímenes y de extrañas relaciones entre honorables miembros de la colectividad universitaria. David Anthony construye un relato intenso sobre las fuerzas explosivas que se esconden tras una máscara de respetabilidad, máscara que no logra impedir que afloren secretos en pugna con los fundamentos mismos de la comunidad.

David Anthony

La dama de medianoche

El séptimo círculo - 300

ePub r1.0
Titivillus 06-11-2020

Título original: *The midnight lady and the mourning man*
David Anthony, 1969
Traducción: Elisa Troiani

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Jacqueline,
una dama
a toda hora.

LA DAMA DE MEDIANOCHE

David Anthony

CAPÍTULO UNO

El tiempo estaba demasiado caluroso para ser marzo en Ohio; el tipo de días fragantes que hacen que uno piense con nostalgia en los Mares del Sur. Aun si nunca ha estado ahí. O hasta si se ha estado durante la guerra, como era mi caso.

Ese domingo a la mañana los predios de la Universidad de Jordan parecían abandonados. Cuando me bajé del auto experimenté una sensación que debe de ser común en los turistas cuando se aproximan a las viejas catedrales de Europa. Majestuosos árboles presidían sobre un parque liso e inmaculado, y las agujas y las torres góticas de los edificios más antiguos, tres habían sido construidos durante la presidencia de Lincoln, prometían dignidad y estabilidad. La escena inspiraba esa reverencia que la mayoría de los estadounidenses sienten hacia esa mítica aventura que se llama Educación Superior.

Pero mi universidad había sido el Pacífico Sur hacía veinte años. Quizás ésa fuera la razón por la que me sentía como un turista; los recuerdos de aquel tiempo y lugar redivivos por el hecho de estar usando mi viejo uniforme caqui del Cuerpo de *Marines*. Por supuesto, la insignia había cambiado. En vez de tener en el hombro el distintivo de la división, yo lucía la estrella de comisario; con las palabras Ciudad de Jordan cosidas alrededor en círculo. En la gorra tenía una placa en vez del globo y el ancla. Hacía tres semanas que había desenterrado el uniforme y aceptado el cargo, como favor a un amigo.

Me volví y subí las escaleras de un edificio tan nuevo, comparado con los que había estado admirando, que sugería la aurora de una nueva era. La mitad del frente, por los menos, era de vidrio y cobre, y la parte que era de ladrillos brillaba a la luz del sol como si la hubiesen barnizado. Éste era el Instituto Forbes de Investigación y Estudio. Golpeé la gruesa puerta de vidrio con una

llave, y en ese momento el repique de las campanas de una de las torres de la universidad anunció la hora: las nueve en punto.

Muy pronto una cara me escudriñó desafiante a través del vidrio; luego la puerta se abrió de par en par. El hombre que estaba de pie tenía hirsuto pelo blanco y tez rosada. Llevaba puesto un ajado uniforme gris y un revólver 38 en una pistolera abierta.

—Soy Morgan Butler —dije—. El doctor Pritchett me llamó por lo del robo.

—Así que el viejo Quartz está aún en cama —dijo con voz aflautada—. Soy Cappy Chambers, el sereno. Debí haberme ido a las ocho, pero este maldito… —Recién en ese momento se dio cuenta de la palabra—. ¡Robo! —resopló—. ¡Qué robo! A mi entender fue vandalismo, puro y simple. Probablemente uno de esos loquitos a quienes les dejan la marcha de este tugurio. Eh, usted ni siquiera lleva un arma. ¡Qué policía!

—Le pediré prestada la suya si los muchachos malos nos atacan —le dije—. ¿Cree que aún están aquí?

—Sé con seguridad que no están. Escuche, recorrí este lugar de arriba a… Ah, al diablo con esto. Hable con el doctor.

Seguí la artrítica marcha del viejo a lo largo de dos corredores. Se detuvo delante de una puerta de madera con una ranura para la correspondencia, sobre la que se leía PSICOLOGÍA CLÍNICA. Había profundas incisiones en la madera cerca de la cerradura.

—Hecho con una palanca para neumáticos —dijo Cappy—. Encontré grasa en la madera. Le ahorré una pequeña investigación. —Se rió entre dientes, luego me hizo entrar y me presentó al doctor Pritchett. Cappy dejó de reírse cuando el doctor le dijo que se fuera.

Pritchett era un hombre de unos cuarenta años, tenía el pelo cortado a la americana y una cara que terminaba elegantemente en una angosta barbilla. Vestía una chaqueta de *tweed* que sólo necesitaba una pipa para hacerla resaltar. Más fuerte que ninguno de sus rasgos era la impresión total de serenidad que transmitía, como si nada que uno dijera pudiera sobresaltarlo en lo más mínimo. La mayoría de ellos lo desarrollan temprano, porque tranquiliza. Desarma. Cauteriza los nervios que están a flor de piel y lo invita a uno a revelar los secretos que ningún hombre debiera revelarle a otro. Yo ya estaba de vuelta de eso, pero Pritchett no lo sabría nunca.

—Siento tener que molestarlo un domingo a la mañana —dijo—. Pero hay que denunciar este tipo de cosas. Dígame, usted no es el comisario de siempre.

—No, soy un suplente temporario. El comisario es Quartz Willinger. Pero resultó herido en el ejercicio de su deber hace unas semanas.

—Sí. Tengo una vaga idea de haberlo leído —dijo Pritchett—. Fue un robo en el Stagecoach Inn. ¿No le dispararon?

—No, simplemente le dieron una paliza. Tres tipos fuertes lo zurraron.

Durante todo este diálogo el doctor me observaba como si estuviese estimando mi capacidad.

—*Mr*. Butler, me pregunto si usted sabe que la universidad tiene un convenio con el comisario de la Ciudad de Jordan, y… —empezó.

—Quartz me puso al tanto sobre el convenio. Si hay trapitos sucios podemos lavarlos en la lavandería de la universidad; ése es el modo en que actuamos.

—Dicho lisa y llanamente pero con exactitud. —Su sonrisa era menos afable ahora—. Dígame, ¿usted es oficial de la ley de profesión?

—No, soy granjero de profesión —dije—. Pero he tenido bastante experiencia en trabajo policial. Estoy seguro de que el comisario Willinger estaría dispuesto a tranquilizarlo con respecto a mi idoneidad, si se molesta en llamarlo.

—Créame, no es necesario —dijo. Al fin sacó la pipa, de madera negra, y comenzó a llenarla—. Hice la pregunta sólo porque anoche tuvimos un robo poco común aquí. Y aunque nos gustaría que se investigara, todo el asunto requerirá considerable tacto y, ah… delicadeza.

Deliberadamente me hizo esperar mientras llenaba la pipa, luego hacía arder un fósforo sobre el tabaco, lo apisonaba con un fantasioso utensilio para pipas, luego chupaba para que la llama de un segundo fósforo se diseminara en la tabaquera. Pensó que había despertado mi curiosidad. Ahora se suponía que yo debería preguntar acerca del extraño robo. Simplemente esperé.

Al fin rompió el silencio.

—Primero debe saber que uno de los servicios que el Instituto

realiza para la universidad es brindar guía psicológica a aquellos estudiantes que la necesitan. Esta guía no es tan complicada como la psicoterapia, por supuesto, pero requiere las mismas herramientas. La experiencia universitaria puede ser traumática para ciertos individuos. Algunos se bloquean emocionalmente y debemos tratar de sacarlos de esto. Es así de simple. Dígame ¿tiene idea de cómo se efectúa este tipo de análisis?

—Sólo lo que puede saber un lego —dije—. Entiendo que el paciente habla y el doctor selecciona lo que es relevante y lo ayuda a juntar las piezas.

Ahora me dirigió toda su atención. Se golpeó los dientes con la pipa, mientras me observaba.

—¿Granjero me dijo?

—Eso es. —Pero el escrutinio a que me sometió no le reveló un granjero. Tampoco vio un policía de pueblo, ahora que se había molestado a mirar más allá del camuflaje del uniforme.

Físicamente vio a un hombre de un metro ochenta de altura quien, porque la granja existía realmente, parecía considerablemente más delgado de los noventa y cinco kilos que cargaba. Vio que tenía la cabeza cubierta de espeso cabello salpicado de gris, como si cada diez pelos hubiese uno pintado, ojos color avellana oscuro, una cicatriz como un díscolo hoyuelo en la mejilla izquierda, donde una noche me corté contra las alambradas japonesas, y una boca que sería considerada demasiado ancha si no fuera por los grandes huesos de la quijada.

Lo que Pritchett vio detrás de eso, es sólo una conjetura. Simplemente me dirigió una mirada divertida, para mostrarme que no lo había engañado, y dijo:

—Bueno, esa descripción servirá a nuestros fines. Sí, el paciente habla. Y no hace mucho decidimos permitirle a ciertos estudiantes que nos hablaran aun cuando no tuvieran una hora preestablecida. Pensamos que sería de ayuda que se pudiesen liberar de algo cuando estuvieran de humor, en vez de tener que esperar hasta una sesión formal.

—Grabadores —dije.

—Sí, tienen acceso a las máquinas grabadoras en la fonoteca. Y pueden depositar la cinta por la ranura de esa puerta que está ahí.

—¿Pero cómo ingresan al edificio de noche?

—Cerramos todas las puertas con llave a las seis de la tarde, salvo la entrada principal. Entre las seis y la medianoche un guardián se sienta detrás de un escritorio en el vestíbulo de entrada, y cualquier persona que entre debe firmar el registro. Cuando el sereno llega a las doce, se cierran con llave las puertas del frente. Por supuesto, el personal permanente puede entrar a toda hora, pero deben notificar al sereno con anticipación si piensan llegar después de la medianoche.

—¿El mismo horario tiene vigencia los sábados?

—Sí. Muchos miembros del Instituto vienen los sábados a continuar sus experimentos.

—Entonces ¿qué pasó aquí anoche?

La cara de Pritchett mostró el placer de que yo hubiese finalmente hecho la pregunta:

—Hubo tres cintas depositadas entre las seis y la medianoche. Y esta mañana, aproximadamente a las cinco, alguien forzó la puerta de mi oficina y las robó.

—¿Cómo sabe que eran exactamente tres cintas?

—*Mr*. Butler, hasta sé quiénes las depositaron —dijo—. El guardián del escritorio tiene una lista de los alumnos que tienen este privilegio. De acuerdo a su registro tres de estos alumnos dejaron cintas anoche. Y preste atención a esto: no se tocó nada más de la oficina. Ni el dinero de la caja chica, ni las máquinas de escribir, ni ninguna de las tantas cosas que podrían venderse.

Debió haber notado que mi interés languidecía. Era un crimen extraño, pero también trivial y algo tonto. En atención a Quartz adopté un comportamiento más profesional e hice las preguntas pertinentes. ¿Cómo entró el ladrón al edificio? ¿Hubo algún miembro del Instituto en el edificio después de medianoche? ¿Oyó algo el sereno?

Aparentemente el ladrón entró con una llave maestra, de las que había como mínimo cincuenta en circulación, en manos de secretarias, empleados, profesores, y hasta de un estudiante que alimentaba los animales que se mantenían para los experimentos.

No, ninguno de los miembros del Instituto había venido la noche anterior.

El guardián, que tiene una cabinita en el sótano, no oyó nada. Cuando descubrió la puerta rota en la ronda de las cinco de la

mañana, registró el edificio y luego lo llamó a Pritchett.

—¿Qué hay sobre los tres que depositaron las cintas? —pregunté —. Quizás uno de ellos cambió de opinión, y no quiere que usted escuche la cinta.

—Ni remotamente posible —dijo Pritchett—. Saben que todo lo que tienen que hacer es llamar y nosotros respetaremos la petición. Destruiríamos la cinta.

—Chantaje. —Lo dije rápidamente, en voz baja. Pero el buen doctor ni siquiera interrumpió la pitada que le estaba dando a la pipa.

—Se me ocurrió también —dijo—. Es tentadora la idea, pero totalmente fantasiosa. No oyó esas cintas, Butler. —Se recostó sobre el respaldo de la silla y sonrió como si le gustara divulgar algunos de los sucios secretos que había escuchado en este cuarto—. Para ellos sus problemas son terriblemente importantes, por supuesto. Pero no puedo recordar un solo caso en el que el chantaje fuera posible.

—Entonces, ¿qué tal algún amante que se enteró que se lo discutía? Me imagino que es posible decir que el sexo es el tópico del que oirán hablar más. Piense en los tres que depositaron cintas anoche. ¿Alguno de los tres estaba a punto de realizar alguna catastrófica revelación sobre ese tema?

Encubrió su reacción, pero no antes de que yo viera ese brillo de sus ojos, como la aleta de un tiburón en aguas profundas.

—Dígalo, doctor. Respetaré la confidencia.

—Para ser granjero, usted es muy perspicaz. Sí, uno de los tres ha sido muy reticente sobre un asunto amoroso. Pero es sólo una corazonada. Me disgustaría conducirlo a conclusiones erróneas.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Bueno, si voy a investigar este robo, el primer paso es saber cuál de los tres tenía en su cinta algo que valiera la pena robar. Así que será mejor que hable con ellos. No me agrada la tarea, pero la haré.

—¿No cree que yo debiera comunicarme con ellos primero? No es mi intención ser protector, pero podría ser más fácil si yo les dijera que sus cintas han sido robadas.

—Preferiría observar cómo reaccionan cuando se lo diga. Podría echar alguna luz. Prometo emplear tacto y… ¿cómo era? …sí,

delicadeza.

—Me comporté con arrogancia, de acuerdo. Pero ¿cómo podía yo saber que estaba tratando con un granjero? —Ese pequeño misterio excitaba su fantasía. No podía olvidarlo—. ¿No quiere que lo instruya sobre estos estudiantes?

—Preferiría que no lo hiciese. Si necesito información, lo llamaré.

—De acuerdo. Aquí, tiene una lista con sus nombres y sus domicilios.

Guardé el pedazo de papel en el bolsillo de la camisa, y me detuve en la puerta sólo el tiempo suficiente para confirmar la teoría del sereno de que el daño había sido causado con una palanca para neumáticos. Cualquier ladrón de tercera pudo haber abierto la puerta con la uña tan rápido como alguien que tuviera una llave. Eso, más el hecho de que ni siquiera tuviese la gracia de alzarse con el dinero de la caja chica, significaba que tenía que vérmelas con un *amateur*, quizás incluso con un gracioso.

Afuera hacía más calor, estaba sofocante. El aire tenía un ligero aroma de melaza de sorgo, como si la tierra transpirara debajo del pasto. Era la época de arar. Sin duda en este mismo momento Johnny Bass, mi socio y amigo, estaba trabajando en el campo en el que planeábamos sembrar alfalfa. Era tierra baja, rica, próxima al río. La tierra que el arado aflojara sería negra como la corrupción. Éramos dueños de una pareja de caballos negros que podían arar de las seis de la mañana a las seis de la tarde sin un solo tropezón.

Pero era Johnny el que araba detrás de los caballos negros, mientras yo atravesaba la universidad en busca de tres estudiantes de estabilidad dudosa, para discutir, con delicadeza, el cruel robo de sus más íntimos secretos. Cualquier cosa por un viejo amigo. Especialmente si él ha derramado su sangre por uno, como Quartz lo hizo por mí una vez.

CAPÍTULO DOS

La primera de la lista era Elaine French, estudiante de segundo año, de diecinueve años. Vivía en Jefferson Hall, en un edificio tan viejo que parecía que los ladrillos de una de las descoloridas paredes se mantuvieran unidas gracias a las guías de una hiedra. En el vestíbulo había un sistema de intercomunicación con teléfono transmisor y receptor. La llamé a Elaine French, y cuando contestó me identifiqué y le pregunté si podía hablar unas palabras con ella en privado.

—¿Dijo comisario Butler? Debe ser una broma. Oh, de acuerdo. ¿Por qué no espera en el salón de recibo, inmediatamente después del vestíbulo? Bajo enseguida.

Era un salón atestado de sofás, poltronas y lámparas, todo un poco raído y mustio, como si demasiadas generaciones hubiesen exprimido los jugos de sus sueños y pasiones en esas telas. El lugar estaba vacío, así que elegí una silla y encendí uno de esos cigarrillos cortos y negros que me gustan.

Muy pronto, una muchacha grandota que vestía *blue jeans* y camisa de hombre, entró en el salón. Se detuvo bruscamente.

—*Es* un policía. Pensé que era una broma.

—¿Usted es Elaine French?

—Sí. —Se sentó en la silla próxima a la mía y se agachó para sacar de un tirón un paquete de cigarrillos del bolsillo de los *jeans*. No era fea, pero tenía nariz corva y entre los incisivos frontales había un claro por el que se podía pasar un fósforo.

—¡Eh! ¿No se me debiera prevenir que todo lo que diga puede ser usado en mi contra?

Pensé que adoptaba una actitud ligera para superar una natural timidez.

—No, no es así. En este caso usted es la víctima —dije.

—No es una novedad. Dígame más.

Le conté acerca del robo de las cintas. Cuando hube terminado se quedó sentada muy erguida con las manos sobre las rodillas.

—Es sólo la segunda vez que grabo algo —dijo—. Pensé que era seguro. ¿Quién se la llevaría? —Hablaba en voz baja, turbada.

—Eso es lo que espero descubrir, *Miss* French. Dígame ¿le mencionó a alguien que había grabado esa cinta?

Largó una carcajada baja, espasmódica.

—Ni siquiera le he dicho a nadie que estoy recibiendo consejo psicológico. No me enorgullece.

—¿Ni siquiera a su compañera de cuarto?

—A ella menos que a nadie.

—¿No hay algún novio que se pudo haber enterado?

Otra vez la carcajada, áspera, desaprobadora.

—No tengo novio. Ni amante. Oh, hubo un muchacho, pero rompimos el otoño pasado. Ahora supongo que usted dirá que recibo consejo psicológico para superar eso. —Encendió otro cigarrillo.

—¿Por casualidad mencionó el nombre de ese muchacho en la cinta que grabó anoche?

Se quedó en silencio, fumando.

—*Miss* French, usted comprende que todo lo que me diga es confidencial.

—Eso es lo que dijeron sobre las cintas. Ahora la conoce toda la universidad.

—No, no ocurrirá eso. Creo que ya han destruido su cinta.

—¿Cómo puede estar seguro de eso?

—Creo que las robaron para destruirlas. Alguien se enteró de que se lo mencionaba en una de las cintas de un modo que podría serle perjudicial. Tenía que llevarse las tres cintas para estar seguro de que tendría la que quería. Asumiendo que la que usted grabó no fuera la que quería, no la dejaría por ahí como evidencia. Así que la destruyó.

—Es sólo una teoría. —Pero su tono no reflejaba duda realmente.

—Sí, pero una teoría basada en los hechos. Y el doctor Pritchett está de acuerdo con todo.

Esto le levantó el ánimo. El nombre de Pritchett fue la magia.

Me sonrió tímidamente.

—No fue mi intención ponerme histérica con usted. Creo que la ayuda psicológica me avergüenza. Ese muchacho cuyo nombre no quería decirle, es Sam Maxwell, un estudiante de cuarto año. Anduvimos juntos un año. Era como estar casados, y creo que no pude aceptar el divorcio. —Los ojos se le humedecieron, tenía boca grande y suave, y yo sabía que me iba a confesar toda la triste historia si la dejaba.

—No creo que Sam sea el hombre que buscamos —dije.

—No, él no forzaría una puerta para robar mi cinta.

Lo dijo con tristeza, un apesadumbrado epitafio a todo el asunto.

Me puse de pie, le agradecí, y le dije que la llamaría si la necesitaba por alguna razón. Me saludó vagamente con la mano, con expresión absorta.

El segundo nombre de la lista era Lester Pearlman. Lester tenía un cuarto fuera de los límites de la universidad, en una casa ubicada en una angosta calle de asfalto llamada avenida Constitución. La casa era gris como la ceniza y en los costados tenía rayas de óxido que bajaban de goteras de los caños de desagüe. El lugar parecía abandonado, pero yo sabía que Pearlman estaba ahí. Lo había llamado desde la universidad y me había dicho que me esperaría.

Recién vino a abrir la tercera vez que golpeé, y aún entonces vaciló detrás de la puerta de alambre; los ojos le brillaban en las sombras. Su voz era hosca.

—No me puedo imaginar por qué querría hablar conmigo.

—Preferiría hablar de esto adentro.

—Oh, lo siento. —Abrió la puerta bruscamente, con una sonrisa exagerada. Tenía casi dos centímetros y medio de frente entre el tupido pelo negro que le colgaba sobre la cara y las cejas que le crecían muy juntas sobre la nariz. Le brillaba la cara de transpiración. Llevaba puesto una remera, *shorts* caqui, y un par de sucias zapatillas de goma.

—Usemos mi cuarto —dijo—. Pensé que *Mrs*. Watson abriría la puerta, pero probablemente está aún en la iglesia. Es la dueña de la casa.

Me condujo arriba por unas escaleras que crujían y entramos en una pieza desordenada; bolitas de suciedad se escabulleron como

ratones cuando Lester cerró la puerta. Había ropas y zapatos por todos lados, pero principalmente libros… libros en los estantes, pilas de libros en todos los rincones, cajas de libros debajo de la cama. Desocupó la única silla, se sentó en la cama y dijo:

—Supongo que es por los partidos de póquer. —Seguía ostentando esa exagerada sonrisa.

—No. ¿Juega al póquer?

—Me descansa —dijo—. Generalmente gano y pensé que alguno de los que habían perdido habría hecho una denuncia. ¿Por qué otra razón podría querer verme?

El instinto me dijo que fuera astuto.

—El doctor Pritchett me dio su nombre.

La risa sonó como tos.

—¿Pritchett? ¿Ese custodio de la cruz de pacotilla?

—¿Por qué lo llama así?

—Porque eso es lo que es. Un ministro de moral. Un custodio del evangelio según San Lucas de la revista «Time».

—¿Se lo ha dicho a Pritchett?

—Constantemente. Le digo que su negocio es lucrativo sólo porque cada época necesita sus guardianes de la moral. La religión murió, así que nosotros tenemos la floreciente mística de la psiquiatría. Las palabras son diferentes, pero estos muchachos hacen los mismos juicios sobre la conducta de uno. Por supuesto, son sofisticados. Lo llaman a uno «perturbado» en vez de «pecador». —La aversión le enronquecía la voz.

Durante el largo tiempo que fui paciente de la sala de psiquiatría del hospital naval de San Diego, había oído esencialmente la misma conferencia todos los días durante meses. En aquellas ocasiones el orador era un cabo que una mañana había matado al sargento primero con una bayoneta durante una inspección de guardia. Le dije a Lester:

—Si usted siente de ese modo con respecto a Pritchett, entonces…

—¿… por qué recurro a él? Es fácil. Voy para darles el gusto a mi consejero estudiantil y a mi madre. Dicen que estoy demasiado recluido, demasiado apartado, que soy antisocial.

—¿Lo es?

—¡Diablos, sí! Pero estoy contento: ¿por qué no habrían de

estarlo ellos? Oh, esas sesiones con Pritchett no son tan malas. La mayor parte del tiempo lo hago caer con símbolos que yo fabrico. Leí esos libros.

—¿Es eso lo que puso en la cinta que depositó anoche? ¿Historias que inventó?

Los resortes de la cama chirriaron, y su sonrisa era tan letal que pensé que era él quien había hecho el ruido.

—Así que ése es el asunto ¿no? —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—El melindroso de Pritchett faltó a su palabra. Juró que todo lo que hubiera en las cintas sería información privilegiada. Pero debió llamar a la ley.

—No, usted no entiende. —Mi protesta fue deliberadamente débil. Yo quería que hablara, y eso fue lo que hizo.

—¿Qué le pareció a usted el cuento? ¿Cómo sabe que no es uno de los que inventé para engañar a Pritchett? ¿Tengo el aspecto de un tipo que seguiría de noche a una muchachita virgen, narcotizada, planeando cómo evitar que este hombre de las cavernas, veterano de las guerras del exterior, la agregara a su tanteador en el asiento de atrás del auto? —Con un gesto indicó los libros como si ellos probaran que él estaba por encima de tales propósitos despreciables.

—Sí, Pearlman, usted me impresiona como el tipo de alma martirizada y tímida que haría eso exactamente.

Yo quería atravesar la fachada, esa estructura de autodesprecio intelectual que él afectaba y pretendía.

—Já, así que creyó ese cuento grosero. Es tan crédulo como Pritchett.

—No dije que lo creyera. Nunca lo oí siquiera, salvo esa versión que usted recién me contó.

—¡Miente! ¿Por qué otra razón estaría aquí?

Entonces le dije, en lenguaje simple, lo del robo de las cintas.

Enseguida se aferró a la explicación más obvia del robo, que sonaba como una conspiración que lo había importunado toda la vida.

—Es lo que algunos entienden por broma. Algún tipo con un retorcido sentido del humor robó las cintas para entretenerse en las próximas fiestas de la fraternidad. Ése es el gran crimen. Será un

gran espectáculo. Las confesiones íntimas de tres adolescentes fascinadas con sus propias neurosis… ¿Qué podría ser más divertido?

Pudo haber sido una baladronada, pero su sonrisa era angustiosa, retorcía los pies y se clavaba las uñas en los muslos como si quisiera sacarse sangre. Lo había afectado más que a Elaine French.

Así que traté de conformarlo con los mismos argumentos que le había dado a ella, que habían robado las cintas para destruirlas. Ni siquiera me escuchó. Obviamente estaba más contento con la teoría que él había fraguado. De modo que me puse de pie para irme y se levantó de un salto.

—Si recupera la cinta ¿me informará?

—Sí.

Bajé la escalera y rápidamente salí de la sombría casa.

Estuve a punto de pasar por alto el tercer nombre. Después de los dos primeros estaba convencido de que, a pesar de lo genuino de sus sufrimientos, sus experiencias eran demasiado limitadas para convertirlas en material para un crimen. El mal gusto que me habían dejado en la boca los dos primeros me persuadieron de que el tercero sería otro mutilado espiritual.

Pero la tercera resultó ser totalmente distinta. Ésta había perseguido zorros en cacerías. Ésta a los ocho años había sabido hablar con ese leve latigazo de seda en la voz que a cuarenta pasos le saca ronchas al ego del jefe de mozos de un restaurante.

Se llamaba Natalie Clayborne, y mi hojita confidencial daba su edad, veinte, y su situación en la universidad, tercer año. Vivía en una casa de madera blanca que la universidad había convertido en residencia estudiantil. Estaba situada a menos de una cuadra del centro de la universidad, y tenía una entrada para autos, de grava, que se curvaba entre brillantes arces. Fui sin llamar previamente, confiando que hubiera vuelto de almorzar. Este vestíbulo no alardeaba de un sistema intercomunicador; simplemente había un tablero con los nombres prolijamente escritos a máquina y un timbre al lado de cada uno. Apreté el que correspondía.

Apareció casi enseguida, y centelleaba con una mezcla tan brillante de colores claros que era como un espejismo. Era alta, con ojos verdes como pálidas uvas de invernadero, y ese tipo de cabello

rubio, largo hasta los hombros, que parece desparramar polen a la luz del sol. Llevaba un vestido de terciopelo celeste que le daba un aspecto suave y seductor. No dio ninguna señal de estar sorprendida de verme, pero eso pudo haber sido serenidad.

Me identifiqué y le dije que deseaba hablar brevemente con ella sobre un asunto confidencial.

—Entonces usemos mi pieza —dijo—. Está permitido los domingos.

La seguí a través del *hall* hasta un cuarto espacioso donde se podía distinguir instantáneamente entre lo que le pertenecía a ella y lo que había sido provisto por la universidad. La manta india que servía de cubrecama era de ella, al igual que la alfombra tejida estilo colonial que había sobre el piso, el enmarcado dibujo al carbón de un desnudo sin cara, que pudo haber sido ella; y, lo que parecía una nota discordante, una reproducción obviamente cara de «El viejo rey» de Rouault. La pieza estaba casi dolorosamente ordenada, estantes de libros sobre el escritorio, una pila de papel al costado de la máquina de escribir, la precisa escritura en un cuaderno abierto sobre la cama. Me invitó a que me sentara. El tono que usaba era el de la dueña de la mansión que estuviese tratando con un chófer que había venido a pedir un aumento. Para ella las gentes que vestían uniformes eran empleados.

Conocía la casta. Una vez yo había estado casado con una, una muchacha delicada, grácil e inmaculada, más vivaz y más madura que ésta. Deliberadamente encendí uno de mis cigarrillos negros y observé a la dama hasta que me preguntó qué asunto me llevaba allí.

—El doctor Pritchett me pidió que la viera —dije—. Y se supone que debo emplear tacto, todo el que pueda juntar en estas circunstancias.

Esto la divirtió. Tenía boca ancha, expresiva.

—No es muy discreto de su parte decirlo ¿no? ¿Cuáles son exactamente estas misteriosas circunstancias?

—Usted depositó una cinta anoche por la ranura de la puerta de Pritchett. Más tarde, esta mañana, alguien forzó la puerta y robó la cinta.

Pareció meramente atónita.

—¿Quiere decir que forzaron la entrada simplemente para robar

mi cinta?

—Robaron tres cintas, pero no tocaron nada más.

—¿No es extraño? ¿Qué valor podrían tener esas cintas para alguna otra persona?

—Eso es lo que estoy tratando de descubrir. Mi corazonada es que en alguna de las cintas se describía a alguien de un modo que lo amenazaba. Se enteró de ello, y se preocupó lo suficiente como para asegurarse que nadie más oyera el cuento.

—Pero casi no tiene sentido. ¿Qué puede evitar que el que grabó la cinta le diga lo mismo a Pritchett en persona?

Me había despertado el interés en el problema.

—Es fácil. El ladrón de la cinta es alguien que está cerca del estudiante. Sabía que podría persuadirla de no repetir el cuento. —Hice un anillo de humo con el cigarrillo para que ella lo contemplara y luego usé el tipo de presión que no le gustaría—. Probablemente la convenció de que este sentimiento que hay entre ellos es demasiado sagrado para compartirlo con extraños.

Las aletas de la nariz se le hincharon.

—¿Por qué le haría ella caso a semejante tontería?

Ahora decidí que mi ladrón no sólo era un neófito del robo, sino también un *amateur* de la intriga. O la hubiera aleccionado mejor. Debió haber sido menos racional, menos curiosa acerca de cuánto sabíamos Pritchett y yo.

Me puse más duro.

—Eso la adulaba. La vanidad de ella se acrecienta con el excitante descubrimiento de que los celos lo llevaban a él a cometer este acto violento. Oh, él sabía qué fácil sería ella de convencer antes de ir en busca de esa cinta.

Unas manchas rosas del tamaño de una moneda grande empezaron a aparecerle en las mejillas. Tuve una corazonada con respecto a ella. Cuando estas ricas son jóvenes, y son bastante sensibles como para avergonzarse de la afluencia de dinero y escépticas del poder que esgrime el papito, algunos quieren borrar el oropel de sus vidas usando un abrasivo. Ésta parecía tener todos los símbolos, y yo empezaba a formarme una imagen del ladrón.

—Si usted insinúa que soy esa criatura que es tan fácil de manipular, no se está comportando muy diplomáticamente ¿no? —dijo.

—A menos que fuera esa criatura ¿cómo puede ofenderla cualquier cosa que haya dicho?

—No estoy ofendida. Sólo aburrida.

—Yo pensé que estaba pendiente de mis palabras. Es una buena actriz.

Era suficientemente perspicaz como para detectar el sarcasmo, y decidió probar una táctica diferente. Se echó hacia atrás, con las manos ciñendo una rodilla.

—Creo que usted esperaba que tuviera un ataque por lo de la cinta robada. Pero no hay nada en ella que me avergüence. La mayor parte era poesía, la mía propia. No es poesía muy buena, me temo, pero pensé que Pritchett debía oír algunas.

Ahora gozaba de su propia viveza. Me recordó que habían robado tres cintas, y me preguntó si era la primera que había interrogado. Uso la palabra deliberadamente. Sonreí.

—No. Es la última.

—Estoy segura de que los otros se rieron de este Maquiavelo mítico que usted ha inventado.

—No totalmente inventado —dije—. Podía ser alguien cómo ese dibujo que está allí. —Señalé el desnudo sin cara con mi cigarrillo. El dibujo me había intrigado desde el momento en que entré en el cuarto. Si Natalie había posado para él, el hecho de que lo mostrara parecía una forma sutil de exhibicionismo. Salvo el óvalo en blanco donde debieron haber estado los rasgos, estaba ejecutado con lujo de detalles, completo hasta con el triángulo en la unión de los muslos, la nítida cicatriz de una apendicetomía, y un lunar ubicado a las cinco en punto del ombligo. El cuadro era tentador porque la postura y las líneas de la figura conspiraban para sugerir una lujuria que era negada por la cara en blanco.

Natalie observó el dibujo con una sonrisa rara.

—No entiendo la conexión —dijo.

—Bueno, supongamos que nuestro ladrón se haya cortado al forzar la puerta —dije—. Supongamos que nos dejó un poco de sangre, unas hilachas del saco, huellas digitales. Con el equipo del laboratorio a disposición de Pritchett será fácil hacer un cuadro de él. Todo salvo la cara.

—¿Oh? ¿Y qué ha deducido de todas esas pistas, Sherlock?

La ligereza de su tono probablemente significara que ella lo

había visto después del robo y sabía que no estaba herido. Pero continué.

—Debe de ser un rebelde, un hombre de ideas intransigentes. Desprecia la riqueza, desprecia la sociedad organizada, y la estimula a esa chica con la prístina pureza de sus motivos y con la dedicación que tiene él.

Se rió, comprendiendo.

—¿Qué, sin lugar de nacimiento? ¿Sin religión?

—Hay otra cosa —dije sosegadamente—. Fue tras la cinta porque lo asustaba. A pesar de todo su encanto, y debe de ser considerable, probablemente no sería prudente que la damita amenazara con exponerlo.

—Amable señor, estoy segura de que le da a todos sus sospechosos igual consejo. Es un policía amable y muy considerado.

No era actuación, era simplemente placer que no lograba ocultar, y concluí que me había equivocado con respecto a ella. Claro, la valiosa era su cinta y ella sabía quién la había robado. Pero la situación que había inspirado el robo no me era clara, salvo la posibilidad de que incluyera una furiosa vinculación romántica.

—Me hubiera gustado poder ser más útil —dijo, poniéndose de pie, siguiendo el juego hasta el final.

—Está bien —dije—. Los ficheros de la policía están llenos de casos sin resolver.

—Usted es un policía cómico —dijo—. Si alguna vez necesito un policía, lo llamaré.

CAPÍTULO TRES

Subí al polvoriento Ford negro con la desteñida estrella en el costado y fui hasta las oficinas del comisario, en Pine Street. Era un edificio pequeño con dos destartalados escritorios, señales de tránsito apiladas en un rincón, un antiguo sofá con los resortes rotos y una estufa a carbón para el invierno. No teníamos cárcel. Usábamos la cárcel de
Spencer's
Fall, la sede del distrito, doce kilómetros al Sur del control de peaje. Frank Ferby, el viejo asistente de Quartz, dormitaba en el sofá cuando entré. Era un hombre pequeño de unos sesenta años de edad, ojos flemáticos y caminar vivo. Presumí que habría vuelto recién de controlar el tránsito frente a la iglesia.

Lo dejé dormir y recorrí la cuadra hasta lo de Quartz, una casita de cuatro ambientes que estaba incluida en el sueldo. Quartz había salido del hospital el día anterior, con un arnés negro alrededor del torso para inmovilizarle una clavícula rota, un corsé de cinta adhesiva donde le habían aplastado las costillas, y un yeso en la pierna derecha. Era un hombre fornido de cincuenta años recién cumplidos, con la energía de un hombre diez años menor. Tenía cabello color castaño claro, cortado a la americana, y ojos azul oscuro. Había servido treinta y cinco años en el ejército, y era comisario de la ciudad de Jordan desde su retiro, hacía tres años.

Cuando entré en la casita, lo oí a Quartz hablando con una mujer en el dormitorio. Reconocí la voz de ella inmediatamente. Era melodiosa y ronca como la de una cantante sentimental, y la última vez la había oído en un escenario proyectado especialmente. La voz le pertenecía a Linda Thorpe, la maestra de ceremonias de la parte del hotel La Diligencia que se usaba como club privado. Había estado de servicio la noche cuando lo golpearon a Quartz, y yo había ido hasta allá para hablar con ella el día siguiente de mi

llegada. Habíamos hablado en un pequeño cuarto cerrado con vidrio opaco detrás del que flotaba, como el humo, luz fluorescente rosa y lavanda. El tema del club era el Viejo Oeste Americano, la versión picaresca, llamativa y elegante que a Hollywood le apasiona mostrar en tecnicolor, y Linda lucía un vestuario apropiado a la decoración, completo hasta las brillantes medias negras y la liga roja en el muslo. El cabello estaba peinado en un estilo charro, los aros eran soles aztecas.

Le grité hola a Quartz y me invitó a reunirme con ellos. Entré en el cuarto y por segunda vez ese día me deslumbró el aspecto de una mujer. Esta vez era mi culpa por erigir una imagen falsa. Ahora llevaba el cabello, (de esa gama de borgoña oscuro que generalmente sólo se ve en el vino) hermosamente peinado y atado atrás con una cinta. Enmarcaba la cara más singular que yo hubiese visto jamás. Esa noche en el hotel La Diligencia yo le había reconocido el mérito de saberse maquillar inteligentemente. Me había equivocado. Su cara era aún más notable a la luz del día. Los planos y las formas de los ojos, pómulos y boca le daban un aspecto que era regio y oriental. Era alta, de cintura delgada, y con esa figura llena que se podría llamar rolliza si añadiera otro kilo. Tenía aspecto sosegado con esa blusa blanca y pantalones que hacían juego con el color de su cabello. Podría tener treinta y cinco años.

Intercambiamos saludos y Quartz me mostró el regalo que Linda le había llevado: una canasta que contenía un jamón y una botella de Jack Daniels.

—No es gran cosa, si consideramos lo que está sufriendo Quartz —dijo Linda—. Pero Eddie quería expresar nuestra gratitud, y ya que yo fui la damisela en aprietos esa noche, era muy adecuado que sea yo quien lo trajera. Usted lo conoce a Eddie, *Mr*. Butler, el gerente del hotel La Diligencia.

Llevaría tiempo acostumbrarse a esa voz.

—¿Me imagino que no ha vuelto a ver a los otros tres compañeros de juegos de Quartz desde la última vez que hablamos? —dije.

Negó con la cabeza.

—No, y no los vi nunca antes del robo. Estoy convencida de que simplemente se detuvieron a tomar una copa y nos robaron por un impulso.

—No estoy de acuerdo —dijo Quartz—. Este distrito es prohibicionista, y ¿cómo es posible que supieran que podrían conseguir un trago ahí si no conocían el club que está en la parte posterior? No estaban tan borrachos como simulaban estarlo. Fueron ahí para saquear el lugar.

—¿Pero por qué lo hicieron con tanta teatralización? —preguntó Linda—. ¿Unos simples ladrones armarían tanto alboroto en cuanto a un trago, y delante de testigos?

—Quizá lo tuvieran que hacer —dije—. Al fin y al cabo, al no ser socios, difícilmente podrían observar el lugar con anticipación. Así que quizá tocaron de oído. Representaron una comedia, tres patanes borrachos vestidos con trajes baratos. Pero cuando Eddy les dijo que había llamado a la policía, no pudieron hacer su jugada hasta que no vieron con cuánta policía debían toparse. Una vez que se sacaron a Quartz de encima, robaron con toda comodidad.

—Sí, así fue —dijo Linda—. Recuerdo qué sorprendida estaba yo cuando comenzaron a golpearlo a Quartz.

Cuando me sacaron el brazalete yo estaba petrificada.

—No sabía que le hubieran robado algo —dije.

—Lo denuncié ante Casey, el comisario general. Oh, no era un brazalete valioso, salvo para mí. No les darán ni veinte dólares por él.

Quartz estiró la mano para tomar un cigarrillo, dio un respingo de dolor, y me gruñó:

—Eh, ¿no se supone que estabas investigando una gran ola criminal en la universidad?

—Estoy investigando —dije—. Pero no estoy seguro si quieres que lo resuelva.

—¿Por qué no?

Le di una versión cuidadosamente expurgada del crimen y de mis descubrimientos, incluyendo mi teoría sobre el enredo amoroso de la chica Clayborne.

Quartz pensó en el asunto durante un rato.

—Tendré que volver a hablar con Pritchett sobre esto. Probablemente quiera enterarse de todo el cuento por boca de la chica.

—No este cuento, ni esta chica —dije—. No me sorprendería que fuera ella quien le habló al muchacho sobre la cinta para ver si él la

robaba.

—Estás sólo imaginando —dijo Quartz—. No puedes saber tanto sobre una chica después de una sola conversación con ella. ¿Qué le parece, Linda?

Sonrió divertida.

—No soy una autoridad, pero si tiene un amorío, sí, es posible. Quizás esté preocupada por saber lo segura que es su posición. Pudo haber estado poniendo al hombre a prueba con la cinta.

—Dios mío, no es raro que no me haya casado jamás —dijo Quartz—. De acuerdo, basta de crímenes. ¿Por qué ustedes dos no se van a nadar o hacer algo? Voy a dormir la siesta.

Se lo veía cansado.

—¿Te traigo una de tus pastillas? —le pregunté.

—No, dejé de tomarlas. No me hacen nada.

Le agradeció a Linda el regalo otra vez, y ella y yo salimos al porche.

—Qué día glorioso —dijo, desperezándose con un movimiento sinuoso que me dejó la boca casi seca—. No es mala idea esa de ir a nadar. Lástima que tenga planes para la tarde.

—¡Qué lástima! —Busqué un cigarrillo en el bolsillo. Sentí deseos de prender el fósforo contra mi quijada para impresionarla —. ¿La puedo llevar a su casa?

—Tengo el auto, gracias. Pero sentémonos en la hamaca un rato. Sabe, Quartz me da la impresión de ser todo un hombre. Fue muy gentil de su parte abandonar todo y venir a ayudar cuando lo hirieron. Admiro esa clase de lealtad.

—Piensa presentarse como candidato a comisario del condado este otoño —dije—. Es por eso que quiso que yo entrará en la ciudad a los tiros mientras que él guarda cama. Casey, el comisario general, ofreció a uno de sus asistentes para ocupar el lugar, pero Quartz no tiene muy buena opinión de Casey.

—Me dijo que usted es dueño de una granja —dijo Linda—. También hizo una críptica observación con respecto a usted que me intriga. Quizá no debiera repetirla.

—Adelante.

—Bueno, me dijo que si le pagara sus honorarios corrientes le costaría mil dólares por semana. O el trabajo que usted hace es muy peligroso o debe requerir un talento especial.

—Omitió una tercera posibilidad. Podría ser trabajo criminal.

Sus ojos realizaron una indagación astuta y corta.

—Lo creo capaz de hacerlo. Usted no es lo que parece, ¿verdad, *Mr*. Butler?

—No. Y tampoco lo es usted. Esa representación que hace en La Diligencia, como la elegante casera de un *bordello* de categoría, supongo que eso es auténtico.

Izó la bandera pirata con un movimiento brusco de la barbilla.

—¿Era necesario eso? Pensé que había expresado totalmente su repugnancia la noche que estuvo allá.

—Quizá les tenga aversión a los tugurios como La Diligencia. No importa cómo se lo decore, es aún un carnaval barato. Donde el comerciante local lleva a cabo sus fantasías lascivas mientras usted le sirve la bebida que él mismo llevó y le cobra un dólar por escanciarla.

El hielo de su voz habría marchitado maíz verde.

—Son los adornos del pecado sin el aguijón. ¿Es eso tan malo? Pero ésa no fue la única razón por la que usted fue rudo conmigo la otra noche. Pensó que yo era la chica de John Sutro.

Tenía razón. Había ido ahí enojado porque ninguno de los empleados había levantado un dedo cuando le dieron esa paliza a Quartz. No había ayudado a alegrarme en particular la presencia de John Sutro, un hombre pelado de sesenta años que se creía un magnate porque era dueño de una fábrica de plásticos que producía de todo, desde juguetes hasta gabinetes para televisores. No se babeaba sobre los desnudos hombros de Linda, pero la llamaba su «muñequita viviente», y rondó mientras ella y yo hablábamos como un mercader de alfombras armenio que estuviese exhibiendo su posesión más preciada.

—De acuerdo, no es la chica de John Sutro. ¿La de quién es?

Algo se heló en la cara, y ahora parecía oriental, inescrutable.

—Eso no es asunto suyo. ¿Otra pregunta? No, permítame decirle cuál es la próxima pregunta. Todos la preguntan antes o después. Generalmente esperan hasta las tres de la mañana, cuando tienen la materia gris saturada de alcohol y son realmente los viriles y galantes hijos del Viejo Oeste. Entonces preguntan cómo una mujer con mi encanto, mi haber, llamémoslo, vino a parar a un pueblo como éste, a un trabajo como ése. Es un desperdicio tan grande.

¿No es ésa la próxima pregunta que tenía en mente?

—Aproximadamente. Mire ¿por qué diablos nos estamos peleando? —dije—. De acuerdo, yo estaba de mal humor esa noche y me equivoqué al juzgarla. Me equivoqué y le pido disculpas. ¿Por qué pelearnos por eso?

—No sé. —Me dirigió una sonrisita triste—. Quizás el verlo a Quartz me hizo recordar cuánta brutalidad hay en el mundo. Quizá sólo quería que usted tuviera una buena opinión de mí. ¿Qué importancia tiene el por qué?

Se puso de pie, se detuvo un momento con una tensión exquisita, y se movió hacia el convertible Chevy color amarillo que estaba estacionado en la calle. Las llantas chirriaron y ella desapareció.

Llegué a la conclusión de que realmente no podía culpar a los tipos que lascivamente transpirados se le acercaban en forma furtiva a las tres de la mañana y se tiraban un lance. Además de su belleza poseía una cualidad que hacía que uno quisiera vestirla con un traje de sol, hacerla caminar con las piernas desnudas por el pasto fragante, y leerle poesía debajo de un sauce. Me puse de pie y fui a darme una ducha. Se supone que el domingo es mi día libre.

Me di cuenta mientras me enjabonaba para afeitarme que había sido yo el que había empezado la pelea realmente. Comenzó cuando me puse desagradable por su curiosidad sobre mi pasatiempo.

No es que mi pasatiempo sea un gran secreto. Cuando el viejo zorro de San Diego me declaró apto para el servicio activo en 1957, renuncié a mi misión y me empleé en una agencia de investigaciones de categoría, en San Francisco. El hombre que me contrató había sido el comandante de mi batallón en el Pacífico Sur. Aún lo llamaban «coronel», un título que le calzaba tan bien como su propia piel. Dirigía la oficina exactamente según el reglamento. Nos especializábamos en corporaciones: verificábamos las vidas privadas de los ejecutivos que preparaban para los puestos altos, investigábamos a los sospechosos de espionaje en las compañías, e instalábamos sistemas de seguridad en las fábricas y oficinas. También nos ocupábamos de casos privados y divorcios, pero sólo si el cliente tenía las credenciales apropiadas y podía pagar nuestros honorarios. El coronel rechazaba todos los casos que parecían complicados, especialmente los que llevaban a callejuelas oscuras.

Debía de tener en cuenta su foja de servicios con la compañía, y despreciaba el fracaso.

Perseveré durante dos años. El sueldo era bueno, y ahorraba una buena parte para una razón muy privada. Durante muchos años había alimentado el secreto y vehemente deseo de transpirar en mi propia tierra, de ser dueño de una granja en la que pudiera usar las manos.

El viejo zorro de San Diego había sido escéptico sobre esta obsesión. El día que le conté acerca de este sueño me dijo:

—Butler, ¿cómo sabe que éste no es otro escapismo romántico, como resultó ser su matrimonio? Oh, puedo ver la atracción que tendría una granja, donde usted planta y cultiva, donde da vida en vez de quitarla. Especialmente para un hombre que pasó seis de sus once años en el ejército en la guerra, la mayor parte en las trincheras, destruyendo, quemando, mutilando. Recuerde la aritmética, 1942 a 1953… seis años de combate en dos guerras. ¿Cree que la granja será un antídoto contra la carnicería? Yo lo meditaría si fuese usted, capitán Butler. Sí, señor.

Era un testarudo zorro viejo, sospechoso de falsos esquemas de salvación, y tenía razón para mostrarse escéptico con respecto a la granja. Por supuesto, ninguno de los dos sabía entonces que yo tendría un entretenimiento. Y éste la ayuda a la granja en más de una manera.

Adquirí el pasatiempo el día que abandoné la agencia para aceptar un trabajo que él coronel había rechazado; un caso que involucraba a una viuda rica que se había prendado de un joven afable que resultó ser un estafador. El Casanova la llevó a Hawái, donde él y cuatro asociados la defraudaron en ciento veinte mil dólares con un negociado inmobiliario, lo suficientemente legal como para que la policía se alzase de hombros. Enseguida entendí por qué al coronel no le gustaba el caso. La dama quería recuperar su dinero, y quería que se castigase a esos detestables hombres. Quizá lo que me persuadió fueron los honorarios que ofrecía: el veinte por ciento de todo el dinero que recuperara. No fue cirugía indolora. Dos de los cinco estafadores murieron, un tercero, el Casanova, perdió tanto el perfil como la confianza para volver a practicar su oficio. Esta última noticia levantó el ánimo de la viuda considerablemente, o no sabía aún que había encontrado un

pasatiempo. Con mi parte del dinero volví a Ohio y compré la granja. Luego decidí construir una casa nueva sobre los viejos cimientos, lo que me llevó a mi próximo trabajo. Me lo mandó mi exjefe, el coronel, lo que me pareció raro porque pensé que estaba resentido por mi deserción. Pero me aseguró de que era partidario de que un joven brillante se abriera camino por su cuenta. Además era beneficioso para la agencia poder enviar a ciertos clientes a alguien que fuera capaz de localizar y suprimir problemas, y que se encargara de la tarea desagradable.

La oferta del coronel estaba condimentada con la cantidad de veneno exactamente suficiente para ponerme en guardia, y en tres años sólo había aceptado ocho de los veinticuatro trabajos que me había ofrecido. Yo no tenía la menor duda de que el coronel esperaba pacientemente que yo hiciera un error y eligiese un trabajo que tuviera una callejuela oscura de más. Sin embargo, había ocasiones en que me preguntaba si no lo necesitaba a él y a sus trabajos tanto como necesitaba la granja.

Por supuesto, no pensé en este trabajo como comisario de la Ciudad de Jordan como parte de mi entretenimiento. Eran unas vacaciones para los dos, la granja y el otro trabajo, las primeras vacaciones que tomaba en cinco años. Cuando salía del baño, con uno de mis cigarrillos recién encendidos, Quartz me llamó desde su pieza.

Atravesé el vestíbulo silenciosamente.

—Pensé que ibas a dormir —dije.

—Me fue imposible. Recién hablé por teléfono con el doctor Pritchett. No le sorprende que fuera la muchacha Clayborne la de la cinta sabrosa. Me pidió que le diera saludos al granjero. ¿Estuviste jugando con el doctor?

—Es del tipo juguetón —dije—. Lo que me recuerda algo. Inferí de lo que me dijo Linda Thorpe que estuviste charlando con ella sobre mi actividad secundaria.

—¿Por qué no? No me hiciste jurar silencio sobre ese trabajo que haces.

—No, pero no creo que sea apropiado anunciarlo por aquí. Conoces los pueblos pequeños. Me será más fácil si puedo hacerme pasar por el afable y competente sustituto del afable y competente comisario.

Asintió moviendo la cabeza lentamente, pero estaba pensando en otra cosa.

—Dime, Morgan, ¿lo haces sólo por el dinero?

Lo pensé un rato.

No, el dinero es sólo parte. La parte pequeña. Si te preocupa el que pierda dinero al trabajar para ti, no lo hagas. No siempre cobro mil por semana. Una vez hasta me hice cargo de un caso por caridad.

—No me preocupa eso —dijo—. Sólo quiero saber por qué lo haces.

—Porque tengo talento para el trabajo —dije—. Y porque de vez en cuando necesito un poco de acción para mantenerme en forma.

—En otras palabras, lo disfrutas. Al menos ésa es una respuesta honesta.

—Tan honesta como la que me merece un viejo malvado como tú —dije—. Ahora, ¿cuál es la última palabra sobre la chica Clayborne y su dudosa vida amorosa?

—Suspender todo. Pritchett quiere sondearla sobre esto.

—Bien. Tengo una cita para jugar pelota con el campeón local.

—¿Así que no pudiste conseguir una cita con la seductora viuda Thorpe? —dijo—. Mala suerte. Traté de acercarlos.

—No sabía que era viuda. Cuéntame.

—Tú eres el muchacho con el poder de detección. Haz tu propia investigación.

CAPÍTULO CUATRO

Durante la semana que siguió, mi trabajo como comisario de la Ciudad de Jordan perdió su condición de vacaciones. Parecía mi destino, esa semana, encontrarme con mujeres hermosas en circunstancias fantásticas durante las primeras horas de la madrugada. La vi a Natalie Clayborne tres veces y una a Linda Thorpe, pero no fueron estos encuentros los que me dieron trabajo. En todo caso fueron respiros de las demandas a las que me sometía un espectáculo que no había visto jamás antes.

El tiempo caluroso había persistido, poniendo en movimiento la savia de los árboles y encendiendo la sangre de los mil estudiantes universitarios que habían trabajado mucho durante el desolado invierno. Pronto me vi envuelto en los Ritos de la Primavera, tal como los practican los estudiantes de Jordan. Empezaron el lunes con un sinnúmero de travesuras espectaculares en los predios de la universidad, la más audaz de éstas fue realizada por una pandilla que sacó todos los asientos de los inodoros de una residencia para chicas y las colgó entre dos de las torres góticas del edificio principal, alcanzó su clímax el jueves con un improvisado desfile de medianoche por el pueblo, y terminó cuando una tormenta eléctrica vino para refrescarlos a todos.

Antes de que terminara la semana yo había rescatado a una chica histérica a quien el equipo de lucha estaba haciendo saltar sobre una manta; había dispersado, de mala gana, una *jam session* de Dixieland que se realizaba a las cuatro de la mañana en el jardín de la iglesia bautista; había interrumpido un *striptease* practicado por dos chicas sobre el mostrador del Tug and Maul; había echado a una apasionada pareja que estaba haciéndose el amor sobre el techo de un garaje al lado de la casa de una solterona, que los veía a la luz de la luna; le había puesto fin a un sinnúmero de peleas y a

varias serenatas nocturnas; y todas las noches recogía pelotones de borrachos de las aceras y jardines y los arrastraba hasta la universidad.

Eran las tres de la mañana del miércoles cuando tuve mi primer encuentro con Natalio Clayborne. Estaba haciendo la última recorrida por la calle principal cuando las luces de mi auto arrancaron un brillo metálico en un lugar en donde no debía haber autos, una angosta calzada entre la ferretería y el jardín de infantes, que cortaba la calle en forma oblicua, de modo que cualquiera que estuviese apostado allí podría ver la mitad de las fachadas de los negocios de la calle principal. Sospechando más diabluras, estacioné a la vuelta de la próxima esquina, crucé el patio de la escuela cautelosamente, y entré a la callejuela por atrás. A la luz de los focos de la calle se veía un

MG

blanco con una chica al volante. Esperé, con la linterna lista. Cada vez que pasaba un auto por la calle, ella agachaba la cabeza. Finalmente encendí la linterna.

—¿Quién anda ahí? —Se cubrió la cara, pero le reconocí la voz. Cuando me aproximaba al auto hizo un rápido movimiento pero la tomé de la muñeca y arranqué las llaves del encendido.

—Nos volvemos a encontrar, *Miss* Clayborne.

—Devuélvame la llave. No cometí ningún delito.

—Todo a su tiempo. Me gustaría saber qué está haciendo aquí.

—Tenía una cita tarde, si le importa.

—Parece que la dejaron plantada. —Me senté a su lado, en el bajo asiento de respaldo redondeado.

—Sigue siendo el policía cómico aún ¿no? Bueno, tenía una cita en verdad, pero cambié de idea y estacioné aquí para esquivar al muchacho. —Encendió un cigarrillo, y su cara, a la luz de la llama amarilla, parecía cansada, malhumorada.

—No sabe mentir bien, *Miss* Clayborne. Necesita practicar más.

—¡Muy inteligente! —su risa era como el sonido de dados en una cámara de ecos—. Mire ¿por qué no se va a solucionar algún crimen o alguna cosa? ¿Encontró esas cintas que buscaba el domingo?

—No, querida, pero usted sí —dije—. Era parte corazonada, parte fanfarronada.

—¿Qué le hace decir eso?

La violencia con que contestó lo hizo menos una corazonada.

—Porque obviamente le gustaría recuperarla del peor modo. Veo que me equivoqué con respecto a la cinta. No incriminó a nadie más. La cinta la perjudicaba a usted.

—¡Maldito sea! —Se bajó del auto y dio un portazo—. De acuerdo, quédese con el auto. Caminaré hasta mi casa.

—No, aquí está su llave. —La volví a poner en el encendido—. Pero escúcheme un momento. Hay varios tipos de líos y algunos pueden ser peligrosos. Si está metida en alguno de ésos, no dude en pedirme ayuda.

Volvió a subir al auto, y al aferrarse al volante pareció recobrar su confianza.

—No me haga reír. Si estuviera en líos no sería tan tonta como para pedirle ayuda a un pobre policía. ¡Bájese de mi auto!

Me bajé y arrancó inmediatamente. El auto se movió sin rumbo por la calzada, luego ella apretó el acelerador haciendo cantar los cambios un par de veces antes de dar vuelta la esquina.

La noche siguiente, tarde, justo cuando pensaba que los Ritos de la Primavera se habían apaciguado, me llamaron por teléfono por lo de la banda de *jazz* que se había establecido en el parque de la iglesia bautista. Cuando llegué a la escena llenaban la noche con los pecados de Bill Bailey ante varias docenas de espectadores.

Recibieron mi presencia con aullidos y el malhumorado acorde de una de las trompetas, pero el grupo se dispersó sin incidentes. Me dirigía hacia mi auto cuando una voz ronca pronunció mi nombre. Había un convertible amarillo estacionado del otro lado de la calle, y ella estaba sentada con la cabeza apoyada sobre el asiento.

—Lo estaba buscando —dijo Linda Thorpe—. Y cuando oí la banda, naturalmente pensé que usted aparecería para dispersarlos.

—Una deducción inteligente —dije—. Es tarde.

—No para mí. La Diligencia no cierra hasta las dos y media, pero difícilmente me acuesto antes de las cuatro. Soy noctámbula.

—¿Por qué me buscaba?

—¿Tenemos que hablar en la calle? —preguntó.

—Siempre está la comisaría. Pero no le puedo ofrecer un trago fresco ahí.

—¿Entonces por qué no me sigue hasta mi casa? Está a unas pocas cuadras y ahí me puede preparar un trago. Tengo que decirle algo que usted debiera saber.

Dio vuelta en redondo y me guió a través de un laberinto de callejuelas, doblando las esquinas expertamente, hasta que llegamos a una casa de un piso rodeada da gran cantidad de arbustos. Me hizo entrar en un cuarto cómodo con un hogar, un sofá de cuero negro que debía de tener dos metros y medio de largo y por lo menos ocho piezas de escultura que daban la impresión de ser Modiglianis de segunda categoría. Fundidos en metal negro, la mayoría de ellos representaban a una mujer en una pose delirante, extenuada, grotesca, con senos como espinas secas.

—Alquilo la casa de un profesor de arte que tomó vacaciones sabáticas —dijo Linda—. Debiera haber visto los cuadros que guardé.

—Preferiría conocer a la modelo. ¿No la dejó colgada en el ropero?

Linda se rió.

—No, está bien viva.

—¿La reconocería por las esculturas? —pregunté.

Meditó la pregunta; su mirada iba de una a otra estatua.

—Podría, si llegara a conocerla. Ahora póngase cómodo mientras voy a buscar hielo.

Volvió con un baldecito forrado en cuero, y yo mezclé *gin* y agua tónica en vasos altos. Linda lucía un vestid: blanco con un fino cinturón dorado, y cuando se sentó en una silla de cuero negro compañera del sofá, vi cuán perfectamente contrastaba ella con el cuarto. El pesad: moblaje masculino y las yermas estatuas podrían haber sido especialmente diseñados para darle énfasis a sus movimientos llenos de gracia, a su estilo refinado, su figura sosegadamente voluptuosa. Le serví un trago y me senté en el sofá.

—Primero quiero disculparme por perder el control el domingo —dijo.

—¿Debemos ser tan formales sobre este asunto? Yo hice una observación descortés sobre usted y su trabajo y recibí más o menos lo que me merecía.

—Pero usted se disculpó, y sin embargo, yo no pude comportarme razonablemente.

Bebí un trago. Después del día que había tenido sabía a ambrosía.

—Mientras estoy sobrio ¿es posible hacerle la pregunta espantosa?

—¿Qué pregunta? Oh ¿cómo fue que vine a caer en este pueblo? Confiaba en que se hubiera olvidado de eso. De acuerdo, merece una respuesta. Originariamente soy de Mili Valley, California, una ciudad que está del otro lado del puente Golden Gate, frente a San Francisco. Me casé ahí hace diez años con un hombre brillante y gentil, Howard Thorpe. Él enseñaba en Berkeley y mantenía a su madre, pero era un escritor de mucho talento. Tuvo un buen comienzo con una novela larga, un libro importante y, después de la muerte de su madre, dimos el salto. Teníamos algo de plata ahorrada, Howard consiguió un anticipo de un editor, y fuimos a México, a Cuernavaca. Trabajó en esa novela durante dos años, y un día lo picó una mosca
tse-tsé,
tuvo encefalitis y se murió.

—Lo siento.

No me oyó. Parecía estar en trance.

—Eso fue hace poco más de tres años. Durante ocho meses me quedé sola en México, y andaba mal. Debo de haber estado un poco loca. Caminaba muchísimo. Quemé el manuscrito de Howard. Destrocé el auto. Fueron Madge y Eddie Bell los que me sacaron de esto. Usted sabe que Eddie es el gerente de La Diligencia. Van de vacaciones a Cuernavaca todos los años, y nos habíamos hecho grandes amigos los cuatro. Cuando vinieron ese verano, me llevaron a su casa, y como no tenía casi ningún familiar, me persuadieron de que volviera con ellos. Bueno, al fin necesitaba un trabajo, y John Sutro me ofreció el de La Diligencia. Así que ésa es mi pequeña y patética historia. Me temo que le falta todo ese brillo que esperan los socios de La Diligencia. Y ésta es probablemente la razón por la que nunca se la conté a nadie. —Su sonrisa era aviesa, y parecía haberse encogido un poco en las profundidades de la silla—. ¿No lamenta haberme preguntado mi historia ahora?

—No. —Puse el vaso cuidadosamente sobre la mesa, crucé el espacio que nos separaba y la besé suavemente en la frente.

Luego me sorprendió. Saltó de repente de su silla con violencia y

se apretó contra mí, me tomó la cara entre las manos con tanta fuerza que las uñas me hicieron arder el cráneo, y aplastó su boca contra la mía, raspando sus dientes contra los míos, mientras su lengua se movía como una víbora. Duró un minuto completo. Luego puso la cabeza sobre mi hombro y dijo:

—No me beses así nunca más. Me destruirías. No soy ni una santa ni una mística. Debo reponerme de lo que pasó. —Nos quedamos así durante unos minutos. Finalmente dio un paso hacia atrás y levantó la cabeza.

—Lo siento. Reacciono con demasiada violencia contigo. No sé por qué. No eres ni remotamente parecido a Howard. Suéltame.

—Espera. No soy un remedio. —La atraje hacia mí y esta vez la besé. Pronto sentí una intensa combustión dentro de ella y se apretó ávidamente contra mí.

—Sí, así es mejor —dijo—. Eso salva mi orgullo, lo deja más o menos intacto. *Mr*. Morgan Butler, granjero y comisario. Dios mío. Ahora, por favor, suéltame.

Se fue y yo llevé los tragos tibios a la cocina, los volqué en la pileta y volví al bar. Estaba aún aturdido, como un hombre que ha tenido un choque. Así que me serví dos dedos de *bourbon* y lo tomé puro, esperando que me curara la intoxicación.

Estaba recuperando la sobriedad cuando ella volvió. Una sombra de picardía fue la única señal que dio sobre lo que había ocurrido.

—Butler, los dos nos olvidamos que te pedí que vinieras aquí para algo.

—¿Por qué no me llamas Morgan? —dije.

—No, me gusta Butler. Hola, Butler. ¿Hay un trago para mí?

Le preparé uno y esta vez nos sentamos los dos en el sofá. Sorbió su trago, se sacó los zapatos con movimientos ágiles, luego me observó juiciosamente.

—¿Recuerdas ese brazalete del que te hablé, el que me robaron durante el asalto a La Diligencia? Bueno, hoy lo vi en
Spencer's
Falls.

—Son sólo doce kilómetros de aquí —dije—. Cuéntame.

—Me detuve en De Paul's cuando iba al trabajo para comprar un acondicionador de aire para el dormitorio. Mientras estaba ahí, entró una mujer y empezó a mirar los televisores. Era una mujer

grande con un llamativo vestido rojo. Lo tenía puesto.

—¿Estás segura de que era el mismo brazalete? —dije.

—Sí, es fácil de reconocer. Turquesas y plata. Howard me lo hizo hacer en México. Era un regalo absurdo porque no podíamos permitirnos ese lujo.

—¿Qué pasó luego?

Linda hizo una mueca.

—Me equivoqué. Vio que le miraba el brazalete y salió corriendo del negocio antes de que yo pudiera detenerla. Pero cuando salí ya había desaparecido. Creo que tenía un auto. Era imposible no ver ese vestido rojo.

—¿Se lo denunciaste a Casey? Estabas en su distrito.

Negó con la cabeza.

—No estaba, y quizá sea mejor así. Uno de ellos me llamó luego a La Diligencia. Fue a eso de las diez.

—¿Quieres decir uno de esos matones que lo atacaron a Quartz?

—Sí. Dijo que si le mencionaba a alguien que había visto un brazalete, me darían el mismo tratamiento que a Quartz. Dijo que me vigilarían. Hizo un comentario obsceno sobre qué más me harían, se rió y colgó.

—¿Te asustó?

—¡Y cómo! Recuerda, yo estaba presente cuando le dieron esa paliza a Quartz.

—Creo que eso de vigilarte es una bravuconada —le dije—. No se atreverán a merodear por aquí. ¿Quieres otro trago?

Preparé dos y discutimos si sería prudente que Linda le contara el cuento a Casey. Yo lo había conocido a Casey cuando él había venido a Jordan especialmente para verme varios días después de que yo tomara el lugar de Quartz. Se había enterado de que yo había estado haciendo preguntas en el hotel La Diligencia, y no le gustó. Era un hombre alto, de unos cincuenta años, delgado y flexible como un látigo, y esa mañana estaba cargado de disgusto. Estaba disgustado con Eddie Bell por haber llamado a Quartz esa noche y no a la oficina de Casey. Estaba disgustado con Quartz por haber contestado una llamada fuera de su jurisdicción. Estaba disgustado conmigo porque yo era un *amateur*.

Linda y yo decidimos que sería mejor, de todos modos, que le denunciara tanto el asunto del brazalete como la amenaza

telefónica al comisario general. Ya eran las seis de la mañana, y me puse de pie para irme. En la puerta Linda se puso tiesa, pero le di una palmada en la mejilla y la besé suavemente en la boca.

Sonrió.

—Por favor, llámame, Butler. Tengo libres el domingo y el lunes.

—Quiero que cierres las puertas con llave a la noche.

—Si tú lo ordenas, Butler. Buenas noches, Butler.

No creí que corriera ningún peligro en especial, pero para estar seguro me dirigí a su barrio la noche siguiente antes de la hora en que debía volver a su casa. Estacioné a varias cuadras de su domicilio y cubrí la zona a pie. Me llevó treinta minutos quedarme satisfecho de que no había nadie apostado cerca de la casa de Linda. Yo había estacionado el auto en una calle lateral, y justo cuando estaba por arrancar, la chica Clayborne pasó debajo de un foco callejero a menos de dieciocho metros de donde yo estaba. Se movía con rapidez; vestía pantalones oscuros, un suéter y un pañuelo en la cabeza.

Le di bastante ventaja, luego di vuelta la esquina lentamente sin encender las luces. Estaba a menos de cien metros de mí, avanzando rápidamente, y cuando un auto se le acercaba se escondía velozmente detrás de un árbol. La seguí en cuarta, pero esa parte de la ciudad está llena de curiosas callecitas tortuosas que se cruzan en extraños ángulos, y pronto la había perdido. Había poca oportunidad de localizarla otra vez, así que me dirigí hacia la universidad y estacioné frente a su residencia. Eran exactamente las tres de la mañana.

Apareció cincuenta minutos más tarde; se bajó de una estropeada rural Ford con luces débiles y válvulas empastadas. Por costumbre apunté el número de la patente. Natalie había empezado a caminar por el sendero cuando el hombre del auto la llamó. Ella continuó su marcha, pero él saltó del auto, la tomó del brazo y estuvieron peleándose un rato. Pronto él la soltó y volvió al auto; era un hombre joven de hombros anchos. El motor del Ford resonó como una vieja máquina de lavar.

Estuve tentado de seguirlo, pero luego se me ocurrió un pensamiento triste con respecto a Natalie Clayborne. Debajo del barniz de su buena educación podría ser una muchachita neurótica intensamente preocupada por un conflicto amoroso complicado. Era

plausible, considerando la existencia del doctor Pritchett y de la cinta robada. De todos modos estaba cansado, y ya había tenido mi buena cuota de extravagancias de los estudiantes de Jordan. Me fui a casa a dormir.

La tormenta eléctrica comenzó a eso de las seis de la tarde del viernes. Era la abuela de todas las tormentas. El cielo pasó de azul a amarillo y a negro en pocos minutos. El viento recorría la calle principal como una veloz bala de cañón y la mitad de los rayos sonaban como si cayeran en el bolsillo del chaleco de uno. Primero cayeron piedras del tamaño de bolitas, luego una lluvia que sacó espumas de los desagües.

A la medianoche, mientras Quartz y yo jugábamos a las cartas y comíamos un poco de jamón de La Diligencia, Frank Ferby me llamó para informarme sobre un árbol que se había caído en la calle principal. Frank ya había llamado al delegado municipal, un farmacéutico local que ya estaba reuniendo una cuadrilla de emergencia. Le dije a Frank que buscara luces de señales, me puse botas y un impermeable y salí. Afortunadamente la cuadrilla tenía una sierra de cadena que se conectaba a un generador portátil que había en un camión, y tuvimos todo listo en una hora. Decidí dar una vuelta por el pueblo antes de acostarme.

No la estaba buscando, pero tan pronto como las luces del auto iluminaron una figura acurrucada en el vano de la puerta del almacén de Musmano supe que era Natalie Clayborne. Vestía un impermeable de plástico negro con lunares blancos, que brillaban a la luz de la luna como copos de nieve. No estaba de humor para ser discreto. Estacioné frente al negocio, hice caer la luz sobre ella, y subí los escalones. Cuando le levanté el mentón, tenía la cara blanca de cansancio y determinación.

—El pobre hombre es Dick Tracy —dijo—. Era hora. Ya estaba por perder las esperanzas. Lléveme a casa. Por favor.

—¿Dónde está su auto?

—Caminé. Parecía una linda noche para caminar.

La hice ponerse de pie y la miré mejor. Los ojos verdes estaban tan vidriosos como esas suaves piedras llenas de musgo que se encuentran en el lecho de un arroyo. Sonreía afectadamente. Rápidamente puso una mano debajo de mi impermeable y sacudió el estuche del revólver. Como una criatura traviesa. La hice subir al

auto. De la guantera saqué una petaca de coñac, y se tomó un buen trago sin ahogarse.

—Bueno y cálido —dijo—. Debo de haberme pescado un enfriamiento.

Me imaginé que sufría algún tipo de *shock* emocional.

—Sus horarios son muy extraños, y encuentra sus entretenimientos en los lugares más raros —dije.

—¡Oh, no empiece con eso! Lléveme a casa. Ahórreme los sermones. Consuéleme con manzanas. Emborrácheme con coñac. Pero no me sermonee.

Conduje lentamente bajo la lluvia; ocasionalmente el agua llegaba hasta los guardabarros; finalmente estacioné frente a su residencia. No se movió.

—¿Puedo tomar otro trago? —dijo—. Uno para el camino. Uno para alegrarnos. O para Natalie. Podría aprovecharse de mí. Estaría en buena compañía. No me resistiría si usted supiera la palabra clave, el nombre de mi antepasado. Soy muy fácil cuando se trata del actor substituto que reemplaza a la estrella por una noche.

Le alcancé la petaca, que produjo un golpe seco al chocar contra los dientes de Natalie. Mantuve la voz baja, indiferente.

—¿Lo ha visto a Pritchett esta semana?

—No puedo aguantar este brebaje. Una mezcla de codicia y lujuria.

—Tengo un estómago muy fuerte —dije—. La gente me felicita por esto.

—Usted es un vigilante cómico. Continúe haciendo esa oferta y quizás algún día se la acepte. —Apoyó la cabeza sobre mi hombro —. Dios, estoy cansada.

Pensé que se estaba quedando dormida.

—¿Natalie? ¿Por qué no se lleva esa petaca? Y descanse bien.

—¡Vaya! Es un vigilante dulce —murmuró, irguiéndose—. No. No la necesito. Estoy mejor ahora. Perdone todas esas tonterías. Debo mantener el valor hasta el final. Nosotros los Clayborne venimos de cepa dura, o por lo menos es lo que me dijeron. —Me apretó el brazo y se bajó. Esperé que entrara en la casa antes de irme.

El sábado llovió esporádicamente durante todo el día. Después de los alborotos de los Ritos de la Primavera, el pueblo parecía

triste y abandonado como un lugar de verano fuera de temporada. Hice dos llamadas ese día. Primero traté de comunicarme con el doctor Pritchett, para tratar de disuadirlo que hiciera algo con respecto a Natalie Clayborne. Estaba en un congreso en Columbus.

La segunda llamada fue a Linda Thorpe. Le pedí que saliera conmigo el domingo, preferentemente algo que terminara con nosotros dos sentados en ese largo sofá negro frente a un confortante fuego. Le ofrecí llevar mis propios leños. Estaba comprometida el domingo, pero me invitó a una fiesta en la ciudad el lunes a la noche. No, no había recibido más amenazas telefónicas. Pero confiaba que eso no le pondría fin a la muy agradable atención que estaba recibiendo de la policía local. Le aseguré que no ocurría tal cosa.

CAPÍTULO CINCO

Cuando sonó el teléfono el domingo a la mañana, lo contesté de la extensión que está al lado de mi cama.

—¿Habla el comisario Willinger? —voz de hombre.

—Es su reemplazante. El comisario Butler.

—Habla el decano Collins, de la Universidad. Tengo algo terrible que denunciar. Una de nuestras estudiantes está muerta. Creo que ha sido asesinada. —La voz terminó en un susurro en la última palabra, como si alguien pudiera oírlo.

—¿Quién, era? —No era la pregunta apropiada, pero quería que él negara la grotesca imagen que se presentó ante mis ojos como algo salido de un pantano. En vez, lo confirmó.

—Su nombre es Natalie Clayborne. Está en su residencia. La dirección…

—Conozco la dirección —dije—. No toque nada en el cuarto. Mantenga la puerta cerrada y no deje entrar a nadie. Estaré ahí en diez minutos.

Tomé una taza de café frío de la noche anterior, me di una ducha en dos minutos, y me calcé el uniforme. Luego lo desperté a Quartz y le conté.

Fue muy profesional.

—Ve ahí, Morgan, y haz lo que puedas. Tendré que llamarlo a Jack Casey. No hay manera de eludirlo. Creo que debiera llamarlo a Paul McIntosh también. —Vio que yo arrugaba el entrecejo—. Conoces a Paul, el editor del «News». Gana dinero extra recogiendo noticias para uno de los servicios noticieros, y estoy seguro de que la universidad preferiría que fuera él quien informara y no uno de esos buitres que explotarían lo sensacional. Tengo que preocuparme por ese tipo de cosas.

Era una mañana gris, lluviosa, y mientras conducía el auto hacia la universidad las campanas de la iglesia del pueblo sonaban tristes

como un canto fúnebre. Aparentemente aún no se habían divulgado las noticias del asesinato porque la calle donde estaba la residencia de Natalie estaba desierta. Cuando me bajé del auto un hombre corpulento de traje gris se me acercó por el sendero. Tanto los ojos como la boca reflejaban gran confusión.

—Soy el decano Collins —dijo, y me extendió la mano.

—Entremos.

—Sí, por supuesto.

Entramos al vestíbulo, y me detuvo con el brazo.

—Mantuve a las otras chicas dentro del edificio. Algunas se han reunido en el salón. —Indicó un par de puertas de vidrio con cortinas.

Miré mi reloj. Eran exactamente las nueve y quince.

—¿Quién lo llamó?

—Ah, sí. Fue Betty Childress, una de las estudiantes. Es una chica mayor, de mucha confianza. Es la que la descubrió a… *Miss* Clayborne.

—¿Dónde está la chica Childress ahora?

—Le pedí que montara guardia afuera del cuarto de *Miss* Clayborne.

—Quiero hablar con ella primero. ¿Por qué no se reúne con las chicas en el salón? Creo que agradecerán la presencia de un hombre en este momento. Podría preguntarles si alguna de ellas oyó algún ruido desacostumbrado anoche o esta mañana.

—De acuerdo. Lo haré. Sí.

Crucé la puerta y encontré a una chica de unos veinte años sentada en una silla frente al dormitorio de Natalie Clayborne. Parecía una muchacha sensata, fuerte dentro de su femineidad; tenía cara ovalada, bonita; ojos castaños muy separados, y expresión de ansiedad.

—¿Usted es Betty Childress? —pregunté.

Se puso de pie.

—Sí, oficial.

—Entiendo que fue usted quien la encontró a Natalie. Me gustaría examinar el cuarto durante un minuto, y luego hablar con usted sobre esto.

—¿Por qué no viene a mi dormitorio cuando termine? —dijo—. Es el número tres, cruzando el *hall*, un poco más allá.

—Está bien. —Me miró con firmeza un momento, como si quisiera determinar si yo era digno de confianza para dejarme ver a Natalie muerta. Luego se dirigió con calma hacia el vestíbulo. Entré en el cuarto de Natalie y encendí la luz.

Estaba en la cama, boca abajo y con la cabeza hacia la pared, cubierta hasta el cuello con la manta india. Retiré la manta y la colgué en una silla. Vestía pijamas de franela azul y una bata de nylon acolchado de un azul mucho más claro. Tenía un pie desnudo, y en el otro una delicada chinela azul. Descubrí la otra chinela debajo del escritorio a unos tres metros de la cama. La dejé ahí.

La habían estrangulado con el cinturón de la bata, pero había estado inconsciente cuando lo hicieron. Había una mancha de sangre, como una brillante rosa roja, en la almohada debajo de la cabeza, y el cabello de ese costado estaba pegoteado. La sangre provenía de una herida en la parte superior de la cabeza. El hueso estaba blando y dentado ahí, como si le hubieran dado un golpe tremendo con un pedazo de caño.

La manta y la sábana que estaban debajo de ella no habían sido abiertas, y vi un cenicero y un paquete de cigarrillos sobre el vano de la ventana, encima de su cabeza. Podría haber estado sobre la cama leyendo cuando recibió una visita. La silla que estaba frente a la cama era uno de esos artefactos de metal y lona que llaman silla mariposa. Había una mancha de barro atrapada en el tejido de la alfombra colonial frente a la silla. El resto del cuarto parecía estar tan prolijo e inmaculado como la semana anterior. Todos los libros estaban en su correspondiente lugar en los estantes, y el armario daba la impresión de que la mucama recién hubiese terminado de acomodarlo para una inspección.

Había sido muy meticulosa con sus posesiones y su persona, pero aparentemente había sido descuidada en la elección de sus amistades. De todas las tonterías que me había farfullado aquella noche lluviosa, recordé la frase *Una mezcla de codicia y lujuria*. Por un momento, la muchacha muerta, fría, pareció darle a las palabras un significado profundo. Pero eran palabras inútiles sin nombres ni caras, y yo sabía que era mejor que me enterara de lo que pudiera antes de que llegara el comisario general Jack Casey a recordarme mi condición de *amateur*.

Abandoné el dormitorio y crucé el vestíbulo hasta el cuarto que ocupaba Betty Childress. Estaba sentada muy erguida en una silla pequeña, con las manos cuidadosamente dobladas sobre la falda, como si hubiera estado poniendo sus pensamientos en orden para meditar.

—Betty, cuénteme sobre esta mañana. Tómese el tiempo necesario.

Asintió con la cabeza.

—Fui al cuarto de Natalie a las ocho y media esta mañana para llamarla para el desayuno. No contestó cuando llamé, y luego noté que estaba dada vuelta del lado contrario en la cama. Siempre duerme con la cabeza hacia el rincón del cuarto. Entonces la toqué, y supe que estaba muerta.

—¿Ella generalmente se levanta a los ocho y media los domingos a la mañana?

—Casi nunca. Pero vino a mi pieza anoche antes de que yo saliera y me pidió que la despertara para el desayuno. Planeaba estudiar hoy. Ha estado descuidando sus cursos últimamente, y quería ponerse al día.

—¿Ella le dijo que había estado descuidando sus cursos?

—Sí, pero yo lo sabía de todos modos. Está en dos de mis clases este año, y casi no apareció la semana pasada.

—Ahora, volvamos a anoche. ¿Ella tenía una cita?

—No lo creo. Vestía pijamas y bata cuando vino a verme. Dijo que se iba a quedar en casa a leer historia americana. Ése es uno de los cursos que tenemos en común, y me pidió que le dijera qué había que leer.

—¿Usted la conocía bien, Betty? ¿Natalie confiaba en usted?

Lo pensó un rato.

—Creo que es exacto decir que yo la conocí mejor que las demás chicas de la residencia. Fuimos compañeras de cuarto el año pasado. Este año quiso vivir sola, y pagaba doble por el cuarto. En cuanto a la otra pregunta, no, no confiaba en mí. Este año estuvimos alejadas.

—Betty, permítame confiar en usted un poco. Natalie y yo hablamos varias veces la semana pasada. Estaba metida en algún lío, y creo que esto involucraba a un hombre con quién salía. ¿Sabe quién era él?

—El único hombre que yo sé que ella veía con frecuencia es Arthur King. Creo que estuvieron comprometidos un tiempo el año pasado, pero este año creo que es más como un amigo. Es un estudiante, pero es varios años mayor que la mayoría de los estudiantes del último año.

—¿Mucho mayor?

—Debe de tener veinticinco años.

—¿Qué sabe de alguien a quien Natalie podría estar viendo a hurtadillas, un amorío secreto? Quizás estuviese mezclada con algún profesor. ¿Alguna vez sugirió algo así?

—¡No! —Lo dijo con mucho énfasis.

—De acuerdo, cambiemos de tema. ¿Sabe si todas las chicas de este piso de la residencia, salvo Natalie, habían salido anoche?

—Era sábado a la noche —dijo—. Había fiestas por toda la universidad, y un baile en el gimnasio. Es muy posible que estuviese sola aquí. Me fui a las diez, creo que fui la última.

—¿Cuántas entradas tiene la casa, Betty?

—Solamente tres. La puerta del frente, una puerta lateral que da al salón, y que está siempre cerrada con llave, y la puerta del sótano para el portero. Él puede venir a prender la caldera sin entrar en la casa. Hay una escalera que va al sótano, pero mantenemos la puerta cerrada. Guardamos baúles y cosas ahí abajo.

—Muéstreme la puerta del sótano.

Sus ojos mostraron alivio de que la entrevista hubiese terminado. Me condujo a través del vestíbulo hasta la cocina, y señaló una puerta al lado de la heladera. La llave estaba colgada de un clavo al lado de la puerta, pero ésta podía ser abierta fácilmente con una llave maestra. Betty pareció inclinarse hacia la cocina.

—¿Puedo servirle una taza de café? —preguntó.

—No, pero tome usted una.

Apoyó las palmas de la mano en la pileta.

—Creo que recién me está haciendo efecto. Si tomara café me descompondría.

—Espere aquí. Llamaré a una de las chicas.

—No. Estaré bien. Simplemente déjeme sola. Por favor.

Empecé a caminar por el vestíbulo en dirección al salón, pero me detuve delante del cuarto del crimen con una sensación como si me hubiesen atravesado el corazón con un alfiler. Había una

discrepancia en el aspecto del dormitorio que yo me llevaba en la mente, algo tan trivial que no podía ubicarlo. Volví a entrar en el cuarto, encendí la luz y simplemente me quedé de pie ahí. Otra vez imaginé la escena tal cual como debió de haber sido anoche, con Natalie leyendo en la cama, la casa en silencio. El asesino golpea la puerta, se identifica. Ella lo hace entrar, vuelve a la cama, él se sienta en la silla. Hablan. De pronto él la golpea, luego le da vuelta y la estrangula. Se va. Aún faltaba una pieza.

Cambiando de posición, inspeccioné el cuarto otra vez, impresionado nuevamente por su prolijidad. Luego la incómoda sensación volvió, y me di cuenta. ¿Dónde estaba el libro que había estado leyendo? Parecía poco probable que cruzara el dormitorio y lo volviera a poner en los estantes antes de abrir la puerta. Nadie podía ser tan compulsivo. Fui hasta la biblioteca, vi *Civilización americana* de Beard, y otros dos libros de historia americana, pero no estaba satisfecho aún. Un minuto después encontré el libro metido entre la cama y la pared. No era historia americana. Era *Los hermanos Karamazov* de Dostoievsky, una edición lujosa encuadernada en cuero rojo, con el nombre del autor y el título en letras de oro. Lo sostuve con el lomo sobre la palma de la mano, y se abrió como si Natalie hubiera dejado un marcador adentro.

Pero no era un marcador. Aparentemente había doblado una hoja del libro por la mitad, hacia adentro, luego doblado la parte inferior otra vez, como si fuera un avioncito de papel. Excitado me senté en el escritorio, y pasé las hojas rápidamente hasta que encontré otras dos dobladas exactamente de la misma manera. En todos los casos la hoja doblada había sido mutilada a lo largo del doblez con las filosas uñas. Los números de las páginas eran cuatro, treinta, y treinta y nueve. Parecía una fecha. Había una inscripción en la guarda del libro. *Para Betty, que tiene el alma capaz de soportar el sufrimiento y el corazón capaz de apreciar la pasión y la verdad reveladas en este libro. De tu a veces Dimitri*. Estaba escrito en un estilo audaz y extravagante, con «y» de largas patas y pequeños círculos para puntear las T.

Volví rápidamente a la cocina. Betty estaba sentada a la mesa, mirándose las manos. Puse el libro sobre la mesa, y cuando lo vio saltó como si le hubiera pegado una bofetada.

—Es mío —dijo—. ¿Dónde lo encontró?

—En el cuarto de Natalie, detrás de la cama. Pensé que usted me había dicho que ella estaba leyendo historia.

—Pero terminó *Los hermanos Karamazov* hace un mes. Tenía que devolvérmelo.

—Si usted sabía que ella lo tenía ¿por qué me preguntó dónde lo había encontrado? ¿Lo buscó esta mañana?

Dudó.

—Sí, me avergüenza decirlo. Recordé que lo tenía e imaginé que sellarían el dormitorio o que empacarían sus cosas, así que no vi ningún mal en sacarlo del estante. Pero no estaba ahí.

—¿Quién es su «a veces Dimitri»?

Se humedeció los labios.

—Un amigo de mi pueblo. Me regaló el libro para Navidad. ¿Me lo puede dar ahora?

—Lo siento, pero debo pedírselo prestado durante un tiempo. —Estuve tentado de pedirle que se callara la boca con respecto al libro, pero había poco riesgo de que ella lo mencionara a menos que el comisario general lo hiciera, y yo ya había decidido que él no lo haría.

Salí y puse el libro en la guantera de mi Ford, en lugar de la petaca de coñac, la que guardé en el bolsillo del pantalón. No había terminado de llegar al porche cuando llegaron de

Spencer's

Falls el comisario general Casey y su cuadrilla. Vinieron en dos autos y una ambulancia, con las sirenas aullando, las luces de la cúpula girando; y las llantas chirriaron cuando dieron vuelta la esquina. Parecía que todo el gobierno del distrito estuviese ahí. No todos los días hay un crimen en el Distrito Parson.

Jack Casey se bajó del primer auto antes de que éste se detuviese saltando sobre sus resortes. Avanzó por el sendero con largos pasos, alto, delgado y duro, tan flexible como un nogal estacionado. El sombrero que acompañaba su uniforme tenía un borde todo alrededor, como los sombreros de campaña de la Primera Guerra Mundial, y los ojos le brillaban como bellotas lustradas debajo del borde. Detrás de él, otros cinco hombres salieron de los autos. Tres eran asistentes uniformados, y los dos con ropas de civil llevaban valijas con el equipo. Un par de ayudantes de chaquetas blancas se quedaron en la ambulancia. Uno

de los asistentes era tan grande como una aplanadora. Debía de pesar cerca de ciento cincuenta kilos. El revólver y el cinturón que llevaba parecían réplicas de juguete de los verdaderos.

—Me informaron que tenemos un asesinato, Butler —dijo Jack Casey.

—Le dije que era cierto. Asintió como si le hubiera dicho que los peces picaban hoy.

—Antes de que yo entre, usted y yo vamos a llegar r un entendimiento, Butler. Un crimen de esta magnitud cae bajo la exclusiva jurisdicción del distrito. Usted puede mirar si quiere, y ver cómo se actúa, pero yo personalmente lo desollaré si se mete en mi camino. ¿Recibió el mensaje?

—Creo que es amable de su parte dejarme mirar. Casey, me gustaría ver cómo atrapa un verdadero criminal vivo.

El comisario general notó la ironía de mi respuesta.

—Le gusta payasear ¿no? Eso es lo que llamo una coincidencia feliz. A mi asistente Humpty le gusta payasear también. —Sin apartar los ojos de mi cara levantó la voz para hablarle al asistente —. Humpty, a este tipo le gusta payasear. ¿Crees que puedes complacerlo?

—Seguro que sí, Jack —dijo Humpty—. Conozco unos cuantos chistes que él probablemente no conoce. Duros, como el maíz algunos de ellos. —Humpty se sonrió con un costado de la boca. En el otro tenía una mascada de tabaco grande como un picaporte de puerta.

—Ve, Butler, podemos complacerlo con todas las payasadas que pueda aguantar. Ahora muéstreme el asesinato.

Aparentemente sus hombres conocían el trabajo. Dos de los asistentes se quedaron afuera, mientras que Humpty y los de civil nos siguieron a través de la entrada y el vestíbulo hasta el cuarto. El comisario general me hizo esperar en el corredor con Humpty mientras él y los de civil entraban.

Cinco minutos después Jack abrió la puerta, me hizo señas de que entrara, y me ofreció el asiento detrás del escritorio. El médico forense, un hombre joven y delgado con anteojos, estaba trabajando en el cadáver. El otro hombre le pasaba un cepillo blando a los muebles.

—Dígame los detalles —dijo Casey—. ¿Quién lo denunció?

¿Quién lo descubrió?

Le hice un resumen de lo que había averiguado antes de su llegada. No mencioné el libro que había encontrado, tampoco le hablé sobre las cintas robadas ni sobre la afición de Natalie Clayborne de merodear de noche. No era que yo le temiera a la tonta amenaza que él había hecho para ponerme en mi lugar. Atribuía su enemistad al hecho de que él y Quartz eran enemigos políticos. Jack Casey había sido comisario general del Distrito Parson durante veinte años, y Quartz aparentemente tenía una buena oportunidad de derrotarlo en el otoño. Así que el antagonismo de Casey no me ofendía. Simplemente aún no había resuelto sin confiar en él o no.

Cuando hube terminado, Casey dijo:

—Así que una tonta bien parecida como ésta decide quedarse en casa el sábado a la noche, totalmente sola en su cuarto. Un matón viene a charlar, y cuando ella dice algo que lo pone de mal humor, se pone de pie y la mata. Bien claro ¿no le parece?

—Es claro, de acuerdo.

—Es tan claro que apesta —dijo—. Si no tenía una cita ¿cómo sabía nuestro matón que ella estaría aquí? Imaginamos que ella lo conocía y lo dejó entrar por el barro en la alfombra frente a la silla. Por supuesto, es posible que él entrara por la fuerza y la matara, y luego se sentara a admirar su obra. Pero me inclino hacia la charla amistosa. Ahora ¿qué pudo haber dicho una tonta como ésta que le causara la muerte?

—Quizás él le propuso matrimonio y ella lo rechazó —dije.

—Sí, tiene los accesorios para meterse debajo de la piel de un hombre, especialmente si ha estado dando muestras gratis. ¿Cuál era el nombre de ese estudiante con el que estuvo comprometida?

—Arthur King —dije.

Casey fue hacia la puerta, le dijo algo al asistente en voz baja, y volvió lentamente al escritorio.

—Muy bien, podemos empezar con él. Entre nosotros, Butler, creo que va a ser muy fácil. He estado esperando que ocurriera algo así en esta universidad desde hace tiempo. Dejan que esos muchachos se desenfrenen. Diablos, un grupo de estudiantes casi suscitó un tumulto en Falls el año pasado, sólo porque Jim Caldwell se negó a cortarle el pelo a un negro en su peluquería. La mitad

tenían caras de judíos de Nueva York, en mi opinión. Le apuesto diez dólares contra uno que esta tonta está embarazada. —Levantó la voz—. Doctor, verifique eso, ¿me oye?

—Es un procedimiento regular, Jack, en una situación como ésta. Oiga, ¿quiere un cálculo aproximado sobre la hora de la muerte?

—Me encantaría oírlo.

—Entre la medianoche y las dos de la mañana. La una en punto es una buena posibilidad.

—De acuerdo, vamos a hablarle a ese decano de la universidad y a su cría de pollitas nerviosas —dijo el comisario general.

Cuando entramos al vestíbulo, el asistente grandote llamado Humpty estaba hablando con el editor del «Jordan City News», Paul McIntosh. Yo lo conocía apenas. Me había entrevistado para un artículo para su periódico unos días después de que yo aceptara reemplazarlo a Quartz. Un hombre de unos cincuenta años, McIntosh tenía el tipo de cabello oscuro y ondulado que las mujeres envidian y el tipo de cara fea y vigorosa que los hombres admiran. La ropa que usaba era anticuada, trajes con chalecos y solapas anchas y demasiada tela para los pantalones, pero de algún modo a él le quedaban bien. Eran parte de la impresión de gastada nobleza que creaba; un patriarca de pueblo, calmo, juicioso.

Jack Casey dijo:

—¡Caramba, si no es el editor de las mil campañas en persona! No pensé que usted tuviera el estómago para este tipo de historias, editor. Pero me imagino que no puede darse el lujo de tener un reportero que le haga el trabajo sucio, no en un pasquín con la tirada del suyo.

McIntosh lo miró serenamente.

—Jack, ésta difícilmente sea la ocasión apropiada para sacar a relucir nuestra enemistad. Para usted éste puede ser otro trabajo, pero para algunos de nosotros es una tragedia y debe de ser tratada como tal.

Jack Casey frunció el labio inferior.

—Lo que usted quiere decir es que a estos chistosos de la universidad les gustaría sobremanera que todo el asunto se silenciase. Si se salieran con la suya, usted lo escribiría como si esa chica que está ahí dentro se hubiera caído mientras se bañaba y

roto el cuello.

—¡No es cierto y lo sabe!

—Déjeme en paz, editor. ¿Cuántos padres querrán a sus mocosos en una universidad donde un vago puede entrar de la calle y asesinarlos en la cama?

—¿Es eso lo que pasó? —preguntó McIntosh.

—No, ésa es la historia que los padres leerán por más que usted trate de azucararla. No sabemos quién la mató aún. Pero estoy resuelto a encontrar a este criminal, editor. Y cuando lo encuentre, irá a la silla eléctrica. No me importa si tiene acento neoyorkino y una valija llena de títulos. Puede repetir mis palabras textuales.

—¿Es eso lo que usted quiere que le diga a sus lectores? ¿Que usted se ha nombrado juez y jurado, además de títulos? Puede repetir mis palabras textuales.

—Adelante, editor. La mayoría de mis electores no leen su pasquín de todos modos. Si quiere los hechos del caso hasta este momento, puede obtenerlos del muchacho de Quartz, el comisario Butler. Humpty, no quiero que ninguno de los dos entre al cuarto del crimen. —Casey cruzó el vestíbulo con su paso flexible, y Humpty se plantó delante de la puerta. La tapó totalmente.

—¿A dónde va ahora? —preguntó McIntosh. Parecía irritado e incómodo por el choque.

—Va camino al salón para entrevistar al decano Collins y a las chicas —dije—. No creo que estemos invitados.

—Ya hablé con Collins —dijo McIntosh—. Me dio un mensaje para usted. Dijo que ninguna de las chicas oyó nada sospechoso anoche.

—Me sorprende que se haya acordado. Cuando lo vi parecía estar al borde del *shock*.

—Pobre Collins. ¿Quién puede culparlo? Un crimen aquí es increíble. Es irreal. —Buscó a tientas una libreta en el bolsillo y miró lo que había garabateado ahí, como si sus apuntes pudieran ayudarlo a asirse a la realidad—. Me gustaría que Casey hubiera cooperado más. Como probablemente observó, no estamos en la mejor de las relaciones. Casey sabe que voy a apoyar a su amigo Willinger en la elección del otoño. No es que yo tenga grandes deseos de ver a la chica muerta.

—Quédese tranquilo, editor. No la va a ver —esto provino de

Humpty, que nos observaba implacablemente desde su puesto cerca de la puerta.

—No hacemos nada útil aquí —le dije a McIntosh—. Vayamos a la cocina, y le informaré sobre los hechos tal como yo los conozco.

—Es amable de su parte, Butler. Tengo que presentar una historia para los servicios informativos.

La cocina estaba vacía cuando entramos, y cerré la puerta para que no nos molestasen. El café estaba aún caliente, así que saqué tazas del escurridor de platos al lado de la pileta y serví café para los dos. Le agregué coñac al mío, luego le pasé la petaca a McIntosh.

—Tómese un trago de esto. Da la impresión de que necesitara algo fuerte.

Bebió, se ahogó; respiró profundamente, y bebió otra vez.

—Uf. Gracias, Butler. Lo necesitaba. —Le habían saltado las lágrimas y se las limpió con la palma de la mano. Luego sacó el anotador y la lapicera—. Estoy listo cuando usted lo esté.

—Primero quiero preguntarle algo extraoficialmente. —Encendí mi primer cigarrillo negro del día—. ¿Este Casey es tan bueno como pretende que la gente crea?

McIntosh se encogió de hombros.

—Probablemente es tan *duro* como actúa. Sé que comenzó durante la lucha de los sindicatos del Distrito Harlan en los años treinta.

—¿De qué lado?

Esto lo hizo sonreír al editor.

—Una pregunta lícita. Pero era del lado correcto, ayudando a organizar los mineros contra los propietarios. Dicen que fue uno de los muchachos que ayudó a armar a los mineros. Por supuesto que los sindicatos siempre lo negaron, pero más de una vez oí que Jack se refería a su revólver como a un «pacifista de John Lewis», el dirigente gremial. No sé si será competente en un caso así. ¿Por qué lo pregunta?

—He tenido bastante experiencia con la policía. Descubrí que cuando un policía abusa de su autoridad sin motivo, resulta ser menos competente. Casey me informó sobre el delito de sedición antes de que usted viniera.

—No entiendo —dijo McIntosh.

—Se reduce a esto. No confío en él. He decidido hacer mi propia investigación del caso, detrás de las espaldas de Casey si es necesario.

—¿Cree que es necesario? Butler, sé que usted es un gran amigo de Quartz y me pregunto si sus razones son políticas. Me disgustaría pensar que usted competiría con Jack sólo para tratar de desacreditarlo.

—Dicho como el buen ciudadano que es, editor. Admito que no me molestaría arrojarle un huevo a la cara a Casey de paso. Pero mis motivos son mucho más decentes que ésos. Quiero entregar al asesino. No creo que Jack lo haga.

McIntosh aún parecía dudar.

—¿No es ésa una baladronada bastante ambiciosa? ¿Considerando las ventajas que tiene Casey, experiencia, facilidades, personal?

No podía decirle que en el pasado yo había trabajado con éxito sin, y hasta en contra de, esas ventajas. Así que decidí jugar mi carta de triunfo.

—Resulta que tengo algunas ventajas propias. Y creo que estará de acuerdo en que las mías neutralizan las de *Mr*. Casey. Primero, yo tuve varias charlas con la chica Clayborne la semana pasada, y conozco algunos hechos que el comisario general no conoce.

—¿De modo que usted la conocía a la chica? ¿Bien?

—Lo bastante bien como para saber que andaba en problemas. Si yo hubiese tenido más curiosidad sobre el asunto, podría haber evitado su muerte. Quizá no. Pero me siento lo bastante intranquilo al respecto como para querer entregar al criminal. Además, como dice un viejo policía, pasó en mi ronda. —Le conté brevemente sobre las cintas robadas, y la aparente ansiedad de la chica por recuperar la de ella—. Huele a chantaje, aunque admito que es sólo una corazonada.

—Todo esto cambia el asunto —dijo Paul—. Pero ¿por qué me lo cuenta a mí?

—Dos razones. Porque resulta que sus sentimientos están en el lugar apropiado, y porque está en una posición que le permite conocer tanto a la gente de la universidad como a la de la ciudad mejor que cualquier otra persona. De vez en cuando necesitaré información rápida y exacta de alguien en quien pueda confiar.

¿Qué dice?

Ahora la cara del editor se veía vigorosa, sus ojos llenos de deleite.

—Soy su hombre —dijo—. Pero sólo porque me preocupa el interés de la universidad esencialmente.

—Muy bien, aquí está su primera tarea. Saqué un libro del cuarto del crimen antes de que llegara Casey. Podría ser que la muchacha lo dejara como un mensaje acerca del asesino. Es un ejemplar de *Los hermanos Karamazov* con tres páginas marcadas de un cierto modo.

—Pero si tuvo tiempo para hacer eso ¿por qué no escribió un mensaje?

—No, hizo esto en las mismas narices del asesino. Si estoy en lo cierto, sacó el libro del estante en cuanto supo quién era que golpeaba la puerta. Sin duda era una visita imprevista, y ella estaba asustada. Y mientras hablaban ella jugueteó con el libro y dobló unas cuantas páginas. No había tiempo para escribir un mensaje, y tampoco ninguna garantía de que él no lo viera y se lo llevara. En verdad, el uso del libro fue una jugada inteligente, asumiendo que podamos descifrar el mensaje.

—¿Usted cree que yo puedo ayudarlo a hacerlo?

—Me ayudaría que usted me diera un resumen de la novela. ¿La ha leído?

—*¿Los hermanos Karamazov?* Sí, varias veces. Por supuesto, pasaron varios años desde mi última lectura, pero no es fácil olvidarse de una historia como ésa.

—¿Había un crimen?

—¡Sí! —Luego la expresión de su cara cambió de excitación a desaliento—. Pero es el padre a quien asesinan en el libro. No hay comparación.

—No importa eso. Simplemente cuénteme el cuento. Tan brevemente como le sea posible.

—¿Quiere decir ahora mismo?

—Sí. Sólo los detalles acerca del crimen y quién lo cometió.

Pensó un rato. Finalmente abrió la boca para hablar, luego sacudió la cabeza suavemente.

—No es tan fácil como le puede parecer. Primero, déjeme decirle que había cuatro hermanos Karamazov. Y si usted interpreta la obra

del modo que quería el autor, tres de ellos estaban involucrados en el crimen.

—Cuéntemelo concisamente, Paul.

Unió las manos debajo del mentón y se concentró.

—Esto es lo que usted quiere. Al viejo Karamazov lo mataron. Lo procesan a Dimitri, el hijo mayor, y lo declaran culpable del crimen. Tenga presente que tenía razones para matarlo y que había amenazado con hacerlo. Iván, el segundo, caviló sobre la posibilidad de que él pudiera ser un conspirador en el crimen. Él también odiaba al viejo, y finalmente se convence de que es culpable porque tácitamente lo incitó al criminal. Pero el hijo que realmente mató al viejo era Smerdyakov, un hermanastro de los otros. —Hizo una pausa, su expresión era intensa, distraída—. Mire, se lo voy a escribir. Tenemos a Dimitri, a quien castigaron por el crimen; Iván, a quien la culpa lo enloqueció; y Smerdyakov, quien lo hizo y se colgó. —Me dio una hoja de la libreta.

Miré los tres nombres y las breves descripciones.

—¿Los puede identificar un poco mejor?

—Es una pregunta inteligente —dijo—. Dimitri era un hombre de sentimientos violentos, errático, disipado. Iván era un estudiante, un filósofo, un cínico, hasta podría decirse que un poeta. Smerdyakov era un demonio humilde y astuto, un sirviente del viejo.

—¿Y cómo lo mataron al viejo?

—Smerdyakov le aplastó el cráneo con un pisapapeles de hierro.

Las palabras me sacudieron, porque ella había muerto del mismo modo. Pero al mismo tiempo hacía que la pista del libro pareciera de pronto dudosa, una terrible burla. Ella no pudo haber sabido de qué modo iba a morir cuando eligió el libro. Creció en mi imaginación la horrible sospecha de que el mismo criminal había dejado el libro para despistar.

La misma idea se le ocurrió a McIntosh unos pocos minutos más tarde, cuando yo le estaba dando los detalles de la muerte de Natalie para su artículo. Ladeó la cabeza en mi dirección, con la punta de la lapicera suspendida sobre el cuaderno.

—¡Pero eso es grotesco! Usted dijo…

—Lo sé. Siempre existe la posibilidad de que sea el criminal el que dejó el libro.

—Entonces debe de estar loco.

—Salgamos de aquí —dije—. Tengo que verlo a Quartz y ponerlo al tanto de todo. Debe de tener los pelos de punta.

McIntosh se puso de pie lentamente, estrujando las notas en el bolsillo, con expresión escéptica, descorazonada.

—Espero que usted sepa lo que hace, Butler. Dios sabe que yo no.

Aparentemente su fe en mi capacidad había recibido un golpe. Pero yo reaccioné de otro modo a esta imagen del asesino dejando el libro. Por un momento experimenté la sensación de que el fantasma que la había matado se estaba riendo socarronamente y cacareando desde algún rincón de la jungla que había creado entre los dos por el acto del crimen. Era la primera vez que sentía su presencia.

CAPÍTULO SEIS

—El hecho de que la chica y el viejo Karamazov terminaran con el cráneo partido es pura coincidencia —dijo Quartz Willinger—. Seríamos tontos si no creyéramos que la chica nos dejó el libro. La pregunta importante es ¿por qué eligió este libro en especial? ¿Fue a causa de la historia que cuenta? ¿O porque era el único libro que ciertamente sacarían del dormitorio? Aparentemente es una posesión apreciada. Entonces sabía que la chica Childress lo reclamaría.

—Verificaré los otros libros en la pieza de Natalie —dije—. Para asegurarme que todos le pertenecen.

—Sí, pero si es así, no podemos descartar la historia de los Karamazov aún. —Quartz hojeó el libro—. Y algo más. Tenemos que saber el nombre de este personaje «a veces Dimitri». Es casi seguro que la chica Clayborne lo conocía, y ésa es otra cosa que hace al libro especial.

—Eso puede ser difícil pero lo intentaré —dije.

—Ahora vayamos a estas páginas dobladas —dijo Quartz—. Ése es el quid de la cuestión. ¿Dices que esta chica te pareció inteligente?

—Era inteligente. Pero no bastante inteligente como para evitar que la matara alguien en quien ella confiaba.

Quartz simplemente gruñó. Era el mediodía, y estábamos en su dormitorio en la casita. Le había hecho un resumen detallado de lo que había ocurrido esa mañana, y los ojos le habían brillado cuando le conté cómo la chica Clayborne cambió los libros antes de dejar entrar al criminal. Como un elemento teórico era meramente plausible si uno se olvidaba de las páginas dobladas. Pero estas páginas eran lo que lo excitaban más a Quartz.

Me hizo llevar hasta la cama la mesita angosta que normalmente usaba para comer, para poder tomar apuntes en un anotador

mientras examinaba el libro. Juntos leímos las primeras cuarenta páginas, y nos quedamos satisfechos de que la información dada en estas páginas no formaba parte del mensaje de Natalie. No había un común denominador que le calzara a las tres páginas dobladas.

—Olvidémonos de esa parte, Morgan —dijo Quartz—. Los números son el enigma, la llave, la combinación de la caja fuerte.

Su entusiasmo era contagioso. Me di cuenta de que el libro era una parte del caso en la que Quartz podía concentrar sus energías. Era un desafío a su inventiva, y después de tantas semanas, de inactividad estaba deseoso de hacer un trabajo que tuviera sentido.

—Esto es lo que tenemos hasta ahora —dijo, leyendo de su anotador—. Tres números: cuatro/treinta/treinta y nueve. Una fecha, treinta/cuatro/treinta y nueve, es la posibilidad más obvia, pero eso nos llevaría a veintitrés años atrás. Podría ser un número telefónico, ya que la central local tiene cinco números. O podría ser una dirección en clave. ¿Algo más?

—¿Qué tal una patente de auto? —dije—. Eso es identificación.

—Bien —garabateó eso en su anotador.

Recordando la noche de la semana pasada cuando yo la había visto bajar de la desvencijada rural, saqué mi libreta y encontré el número de patente que había tomado. No era ni parecido. A Quartz se le ocurrió sustituir letras por los números, usando el cero como 0. Obtuvimos *d/co/ci*. Probamos otras combinaciones con el alfabeto y con el título del libro, pero ninguna tenía sentido. Además, no tuvo tiempo para tanta viveza.

—No hay ninguno de éstos que yo no pueda investigar por teléfono desde la cama —dijo Quartz—. Eso te dará libertad para escarbar por ahí. Tendrás que hablar con este exnovio Arthur King, y cuantos otros novios surjan.

—La manera más fácil de resolver el caso sería encontrar la cinta —dije.

—Asumiendo que aún existe —dijo Quartz—. Cualquiera fuera la utilidad que tuviera la cinta, probablemente terminó con la muerte de la chica. Chantaje, por ejemplo. Y el criminal destruirá esa pieza de evidencia incriminatoria antes que nada. Así que no creo que encuentres a nuestro hombre buscando la cinta.

—No lo voy a encontrar de todos modos si no me meto un poco de comida adentro. Trabaja en los números mientras preparo

huevos revueltos.

Estaba a mitad de camino a la puerta cuando sonó el teléfono. Era Paul McIntosh.

—Ánimo, Butler. Jack Casey me termina de llamar con la novedad de que ya arrestó al criminal.

—No puede ser tan bueno —dije—. ¿Quién es?

—Butler, esto es lo increíble. Usted y yo pudimos haber sabido quién era esta mañana. Esa clave que dejó la chica es perfecta. Teníamos la identidad del criminal prácticamente deletreada y la pasamos por alto.

—¿Me va a decir quién es?

—Sí, por supuesto. Es Smerdyakov, el sirviente. Es el hombre de la sección mantenimiento de la universidad, el portero que se encarga de la caldera en la residencia de la chica Clayborne. Su nombre es Dicky Bill Ewing.

—¿Qué lo guió al comisario general hacia el portero?

—Parece que las otras chicas de la residencia mencionaron el nombre de Ewing como sospechoso. Dos lo acusaron de robar cierta exquisita ropa interior que habían colgado en el subsuelo para secar. Otra lo pescó espiando.

—¿Así que Ewing es un viejo lascivo? —dijo—. ¿Ésa es toda la evidencia?

—No. El viejo ya admitió que estuvo en el sótano del edificio ayer a la noche. Se detuvo a encender la caldera, al menos eso es lo que dice.

—Me gustaría ver a ese asesino —dije—. ¿Cree que Casey se opondría?

—Prácticamente insiste en que usted vaya. Quiere que yo vaya a la casa del viejo chiflado para escribir mi historia, y pensó que usted valuaría una lección de trabajo policial.

—Eso es muy amigable de su parte. De acuerdo. Lo pasaré a buscar.

—De acuerdo. Estoy en la oficina. Lo esperaré adelante. Hay algo misterioso en todo esto ¿no le parece? Smerdyakov y la manera en que la mataron.

—«Misterioso» es una palabra amable.

Quartz escuchó el cuento y sacudió la cabeza.

—Si este portero resulta ser el asesino, yo soy la reina de Saba.

Pero no lo contrariaría a Casey. Tendría que contarle sobre el libro y la cinta, y sería su ocasión para perseguirte por ocultar evidencia.

—Soy un espectador que va a recibir una lección sobre el trabajo de la policía ¿recuerdas?

Salí al día nublado y frío y conduje el auto por la calle principal hasta que lo vi a McIntosh en su gastado abrigo impermeable. Subió al auto rápidamente; estaba agitado. Después de darme indicaciones, dijo:

—Escuche, Butler. Tengo que usar ese enfoque sobre la novela de Dostoievsky en la historia del arresto. No quiero parecer un vampiro, pero es el sustento de la historia.

—No —dije.

—Pero ¿por qué mantenerlo secreto ahora? Es un magnífico final sorpresivo, el tipo de cosa con que uno sueña en este trabajo. Todos los diarios del servicio de radionoticias lo recogerán.

—Dije que no. Quizá lo pueda contar después.

—Pero no habrá ninguna historia después. Ya archivé el crimen. Éste es el arresto, el final. El juicio no será tan importante como para merecer una nota.

Casi habíamos llegado. El portero vivía en una de las cinco casas rodantes que había en un terreno a cuatro casas de la universidad. Las casas rodantes se habían usado para los alumnos casados durante el gran aflujo de veteranos después de la Segunda Guerra Mundial, pero la universidad las había abandonado hacía varios años. Ahora estaban vacías salvo la que ocupaba Ewing. Rodeada de yuyos, parecía una sucia caja de cartón con techo de metal.

—Haré un pacto con usted, editor. —Deliberadamente usé la palabra de Casey para dirigirme a él—. Si me convenzo de que este portero mató a la chica, usted puede usar el enfoque del libro en su historia sensacionalista. Si no lo creo, entonces no lo usará.

—¿Qué es lo que me impide hacerlo, de todos modos? —preguntó—. No tenemos un contrato.

—Algo llamado «integridad», una cualidad de la que pensé que usted tenía una buena medida cuando le brindé mi confianza esta mañana. La conversación era extraoficial.

Cayó en el silencio cuando nos detuvimos detrás del auto del comisario general Casey y estacionamos. Uno de los delegados pequeños, o sea que sólo medía un metro ochenta, estaba sentado

con los pies fuera del auto. El otro estaba en la puerta de la casa rodante. El primero nos dirigió a la casa rodante con un gesto de la mano, y el segundo abrió la puerta cuando nos acercamos. El interior de la casa olía como una cueva donde invernara un oso.

La primera persona que vi fue el delegado Humpty. Estaba sentado en una cama en el otro extremo de la casa rodante; los botones y adornos del uniforme le brillaban con tal lustre en ese ambiente gris que parecía llenar una pared entera. Jack Casey estaba indolentemente reclinado sobre un pequeño refrigerador, haciendo restallar un matamoscas como si fuera un látigo mocho. Un hombre delgado con una enorme nuez y cabello color melaza estaba sentado a la mesa al lado de Casey. El hombre delgado vestía una camisa de trabajo azul abotonada hasta el cuello y pantalones de corderoy marrón. Tenía ojos pálidos y bizcos, y la boca llena y rosada como un camarón.

—Bienvenida la prensa, y usted, comisario Butler —dijo Casey —. Quiero que conozcan a *Mr*. Dicky Bill Ewing. —Hizo revolotear el matamoscas sobre la cabeza de Ewing, apenas rozándole el cuero cabelludo. Ewing retrocedió como si fuera un hierro candente, y murmuró algo.

—¿Qué dijo? —le preguntó Casey—. ¡Hable en voz alta!

—¡Dije que no tiene derecho a hacer eso! —dijo Ewing—. No tenía derecho a revisar mis pertenencias privadas, tampoco. —Su voz tenía la cadencia de un anunciador de malos espectáculos, pero la corrompía cierta cualidad plañidera tan desagradable como una rayadura en un disco.

—¿Humpty, oíste eso? —dijo Casey—. Este portero te está acusando de manosear sus pertenencias privadas. ¿Es eso cierto?

—Yo no, Jack. Simplemente estaba admirando la colección de bombachas de este tipo y esos graciosos tiradores en los que las chicas se guardan los chiches.

Esta vez Casey le dio a Ewing un fuerte golpe en la nuca.

—Ahora cuéntenos sobre esa colección, muchacho. Y dígalo enseguida.

—Son sólo harapos —dijo Ewing—. Nada más que harapos que saqué de la basura para usar en la limpieza.

—Muéstrale la colección al editor y a Butler —Casey le dijo a Humpty—. Tendremos otra opinión.

Humpty se volvió un poco, con una mano levantó de la cama un cajón de buen tamaño y se lo alcanzó a McIntosh. El editor lo tomó con las dos manos, lo trajo a la luz, y lo puso sobre el tanque del agua caliente que estaba entre nosotros. Estaba lleno de ropa interior femenina, bombachas y corpiños de todo color y estilo imaginables, rojos con encaje negro, azul con capullos rosados, algunos transparentes como la gasa. Parecían sucios, como si los hubiese manoseado mucho. Mientras McIntosh me miraba por sobre el cajón, su expresión se hizo torva, decidida.

—¿Qué piensa ahora, Butler? —dijo—. Da carne de gallina.

Es sustancia inflamable —dije—. Podría convencer a un jurado de señoras viejas con zapatos cerrados. No es evidencia de crimen.

—Es un hombre cauto, Butler, y respeto eso —dijo Casey—. Humpty, muéstrale ese otro harapo elegante que encontraste entre la colección del portero.

Humpty se sonrió socarronamente, y lo tiró en nuestra dirección. Era una faja, celeste y delicada, con hebillitas que colgaban de la parte inferior. Tenía el nombre de alguien pegado: *Natalie Clayborne*. Cruzando la parte de atrás de la faja alguien había escrito una sola palabra con pintura roja: ¡RAMERA!

—¿Qué le parece esa evidencia, Butler? —dijo Casey—. ¿Por qué nuestro portero habría de elegir ese harapo en especial para escribir si no fuera porque la deseaba?

—Quizá supiera algo sobre ella que nosotros desconocemos —dije.

—¡Eso que dijo es una porquería! —dijo McIntosh—. ¡No puede defender a esta escoria difamando a esa chica muerta! Es asqueroso.

—Ahora cálmese, editor —dijo Casey—. Me da tanta pena como a ninguno la víctima de un crimen, pero ninguno de nosotros va a convertirla en una virgen del coro aún cubierta de rocío. No a esa tonta.

McIntosh hizo un gesto de dolor.

—No es suficiente que esté muerta —dijo—. Pero ni siquiera pueden llevar a cabo una investigación sin manchar su nombre. Ustedes me dan asco.

De pronto Dick Bill Ewing saltó de la silla y le gritó a McIntosh:

—¿Y qué le parece mi buen nombre? Yo leo la Biblia y predico el Evangelio cuando el espíritu me anima, y soy inocente del crimen

en los ojos del Señor.

Jack Casey hizo chasquear el matamoscas contra la boca de Ewing.

—¡Siéntese y cállese la boca!

Ewing nos miró ferozmente, uno por uno, luego se dejó caer en la silla.

—Sí, el portero nos dijo que era un predicador lego de la iglesia del Nazareno. Encontramos un atado de panfletos religiosos entre sus porquerías. También encontramos otro material de lectura. A ver, Humpty.

Humpty levantó un atado de revistas que estaban sobre la cama y se lo entregó a Casey. El comisario general me las alcanzó. Era pornografía barata, revistas con nombres tales como *Travesuras en tacos altos, El* show *de las medias de seda, El desfile de las matadoras de hombres*. La mayoría de las fotos mostraban a mujeres generosamente dotadas que estaban semidesnudas, y adoptaban poses provocativas mientras le sonreían tímidamente a la cámara fotográfica.

—Ésa es la inmundicia que usan para corromper las mentes de la juventud de los Estados Unidos —dijo Ewing mecánicamente—. No me avergüenza tenerlas. Se las muestro a la congregación y denuncio a los proveedores de esta porquería.

—Apuesto a que lo hace —dijo Casey—. Apuesto a que ustedes, muchachos, se sientan en círculo, chasquean la lengua, abren los ojos bien grandes, y se excitan hasta lograr un sudor bueno y santo.

—Como que Dios es mi testigo —dijo Ewing, pero sonó algo avergonzado.

—De acuerdo deje que sea su testigo mientras nos cuenta otra vez esa historia sobre qué hizo anoche. ¡Ahora cuéntela! —Para darle énfasis Casey le pegó un fuerte golpe en cada oreja.

McIntosh dio un respingo con cada chasquido del matamoscas. Era una técnica que yo había visto usar con éxito antes. Se lo maltrata a un hombre adulto con un implemento inocuo, como un matamoscas, y eso lo puede desmoralizar más rápidamente que la brutalidad de una manguera de goma Algunos hombres aguantan mejor el dolor que el ridículo. Una vez vi cómo se abatía un hombre fornido después que un policía astuto lo golpeara en la cara en los momentos cruciales con una pajita para refrescos.

La nuez de la garganta de Ewing subió y bajó varias veces y luego dijo:

—De acuerdo, hablaré. A las once estaba sentado en el bar de la taberna de Conway mirando lucha libre por televisión. Tomé varias cervezas y comí un plato de patas de cerdo. La pelea terminó a las doce y luego miré el último noticiero de la noche.

—¿A qué hora se fue? —preguntó Casey.

—Doce y media —dijo Ewing—. Cuando iba a casa decidí darme una vuelta por la residencia de la calle Madison y llenar la caldera. Se había puesto fresco otra vez, y no se puede dejar esa caldera sin cargar desde el viernes hasta el lunes. Esas chicas se morirían de frío. Así que me fui hasta allá en la bicicleta y encendí la caldera. No me llevó ni diez minutos. Cubrí el fuego con las cenizas, cerré el tiro a mínimo y me fui. Estaba en mi casa rodante a la una.

—¿Y no volvió a salir otra vez?

—No, y ésa es la pura verdad.

—¿Y sacó sus harapos elegantes para jugar cuando volvió a casa? ¿Se los llevó a la cama? —Casey le hizo cosquillas a Ewing en la cabeza con el matamoscas.

—¡Ésa es una asquerosa mentira!

—De acuerdo, portero. Volvamos a la residencia por un minuto. Veamos, aquí tengo su llavero. —Lo hizo sonar contra la oreja de Ewing—. Quiero saber cuál es la que corresponde a esa puerta en la parte superior de la escalera. No me mienta. ¡Vamos!

Ewing se retorció, escudriñó las llaves cuidadosamente, luego se friccionó las manos.

—De acuerdo, tengo una llave de esa puerta. A veces tengo que subir a hacer reparaciones. Esas chicas siempre pierden la llave de esa puerta, entonces llevo una de repuesto. Me tienen a los saltos en ese trabajo. Tengo que trabajar rápido.

—Sí, y anoche trabajó muy rápido, ¿verdad? —dijo Casey—. Fue en bicicleta hasta la residencia, de acuerdo. Luego se puso a husmear por las ventanas. Había una sola luz encendida en el primer piso, y usted sabía de quién era esa pieza. Era la pieza de la ramera. Usted le había echado el ojo a esa chica. Oh, ella parece pura e inocente en el exterior, pero usted sabe que su mente está tan llena de pecado como el pervertido corazón de Satán. Así que usted fue al sótano, subió las escaleras subrepticiamente y abrió esa

puerta. Se aseguró de que el resto de la residencia estuviera vacía, luego golpeó a la puerta de la ramera. Quizá le dijo que tenía que arreglar el radiador. Probablemente llevaba una llave de tuerca en la mano, para ser convincente. Entonces la ramera lo dejó entrar, y usted se tiró el lance. Quizás ella amenazó con llamar a la policía, o lo llamó un pervertido lascivo en vez de la mano derecha del Señor. Entonces usted la dejó dura con un golpe de esa llave. Después le arrancó el cinturón y le quitó la vida a esa ramera despreciable. Usted le dio el castigo que el buen Dios había determinado. Ahora ¿por qué no nos dice la verdad, portero?

Ewing lo negó. Primero en un susurro, sacudiendo la cabeza, luego a los gritos, golpeando la mesa con el puño, y luego en un balbuceo mientras se desplomaba sobre la mesa. Casey simplemente se quedó de pie ahí blandiendo el matamoscas como si fuera una batuta. Finalmente se dirigió a Humpty:

—Le doy doce horas en la gayola.

Humpty bufó.

—Cuento con seis, ocho a lo máximo.

—Ponle las esposas y llévatelo.

Humpty lo hizo con la actitud de un hombre que estuviese sacando la ropa sucia.

—Ésa es la historia, caballeros —dijo Casey—. Todo lo que necesitamos es la llave, o lo que sea que usó para golpearla. La encontraremos en alguna parte de la casa rodante o en ese sótano. Entonces tendremos un caso lindo y prolijo para el fiscal del distrito.

McIntosh había estado garabateando notas furiosamente mientras Casey hablaba. Me miró triunfalmente y dijo:

—Jack, a mí me parece totalmente plausible. Sólido como una roca. Especialmente si encuentran esa llave.

—La encontrará —dije—. Y tendrá manchas de sangre y un juego completo de las huellas digitales de Ewing en el mango.

Casey entrecerró los ojos, pero estaba demasiado contento como para que mi comentario lo ofendiera.

—No, no necesitamos evidencia fraguada en este caso. El portero nos dirá dónde está la llave. Confío en que antes del mediodía de mañana este muchacho se abrirá como un forúnculo pinchado con un bisturí.

—Confesará que lo asesinó a Lincoln si usted hace que Humpty se siente encima de él mientras usted le produce náuseas con ese matamoscas —le dije.

Otra vez Casey lo tomó como un chiste.

—Puede decirle al viejo Quartz que puede dejar de sudar por este caso —dijo—. Su pequeña universidad está a salvo otra vez. Quizás ésa sea la forma en que debiera encararlo, editor. Para darle tranquilidad a todos.

—Y dar crédito al que se lo merece —dije.

—¿Por qué no? —dijo McIntosh—. Si ese portero es culpable, ciertamente que Jack recibirá el crédito. Quizás usted se sienta frustrado, Butler.

Salió de la casa rodante velozmente, con mucha dignidad y determinación. Estaba muy tieso en el asiento delantero del auto cuando me senté al volante. Conduje lentamente por las tranquilas calles hasta llegar a su oficina. Cuando hizo ademán de bajarse, pasé el brazo por sobre su barriga y sostuve la puerta.

—¿Qué trata de hacer? —preguntó.

—Quiero hablar con usted.

Asintió fingiendo un gesto de cansancio y yo encendí uno de mis cigarrillos negros con toda calma.

—Smerdyakov no la mató a Natalie Clayborne —dije.

—¿Por qué no? —dijo.

—Varias razones. La cinta robada, el problema en que se encontraba la semana pasada, hasta el libro. No se tiran todas las piezas que no calzan simplemente para hacer que un hombre parezca culpable.

—Butler, no intente usar ambigüedades conmigo. No tiene por qué haber una relación entre la cinta robada y la muerte de Natalie.

—El portero no la mató —dije—. Ese tipo de gente no mata. Logran sus emociones por medio de fantasías, y él nunca la enfrentaría de ese modo.

—Ahora es psiquiatra también. En otras palabras, Butler, usted no quiere que revele el asunto del libro de Dostoievsky. ¿Es eso?

—Eso es parte del asunto —dije.

—¿No se da cuenta que el proceso del comisario general sería mejor aún si él conociera la clave que dejó Natalie? Usted me está pidiendo que esconda evidencia valiosa.

—Escuche, si Ewing la hubiera matado impulsivamente, del modo en que lo dijo Casey, ella no hubiera sabido que iba a pasar hasta que fuera demasiado tarde. No hubiera tenido tiempo de marcar el libro.

—Ninguno de nosotros sabrá nunca qué pasó en ese cuarto, Butler —dijo Paul. Se mostró algo agitado, sacudió la cabeza—. De acuerdo, esto es lo que haré. Escribiré la noticia del arresto para los servicios de información sin lo del libro. Pero mi propio periódico sale el miércoles, y entonces daré a conocer la pista del libro. Para ese entonces Jack probablemente tendrá una confesión así que no se resentirá mucho, ése es el límite al que estoy dispuesto a llegar. ¿Trato hecho?

—Tendré que aceptar —dije.

Se bajó del auto, luego se detuvo en la vereda y se agachó para hablarme.

—Debe comprender mi situación, Butler. Ocurre que yo creo que Casey ha resuelto el crimen. Quizá sea que deseo creerlo. Quizá quiero ver que la universidad sale de un aprieto fácilmente. Pero honestamente creo que ése es nuestro hombre.

Su cara era sincera y simple como la chistera de Lincoln.

—Tiene razón, Paul. Le agradezco los tres días. Lo mantendré informado.

Cerró la puerta del auto enérgicamente y yo me dirigí a la casa de Quartz para ponerlo al tanto del importante arresto de Smerdyakov Ewing, con la faja de la ramera y la segura llave de tuerca, con lujuria frustrada en su alma dominada por los Evangelios. Esperen hasta que los prominentes muchachos de la iglesia le echen mano al asunto. Lo condenarían a Ewing antes del fin de semana.

Pero aún yo debía admitir la verdad de lo que McIntosh me había dicho por teléfono unas horas antes. Había algo misterioso acerca de la exactitud del criminal en la novela, Smerdyakov, y el portero llamado Ewing.

CAPÍTULO SIETE

Como si Smerdyakov no fuera suficiente problema, el lunes tuve a Iván y a Dimitri. Sin lugar a dudas cualquier comunidad podrá brindar un juego completo sin mayor esfuerzo; tres hombres que se parecen aproximadamente a los tres hermanos Karamazov implicados en el asesinato de su padre. Pero en este caso todas las piezas del juego tenían algo en común, una asociación con Natalie Clayborne. Podría pensarse que eso era suficiente. No lo era.

Aún antes de tener a mis Iván y Dimitri, tuve al padre.

En la novela de Dostoievsky, por supuesto, es el padre a quien matan, así que no se intenta hacer ninguna comparación aquí, ya que Philip Clayborne estaba muy vivo. Fue Jack Casey quien primero me informó qué vigorosamente vivo estaba este Clayborne. Ya había tratado de hablar con Casey esa mañana por otro asunto, y él me llamó un poco después del mediodía.

—Me alegro de hablar con usted, Butler. Vaya, pasé la mitad de la mañana intercambiando insultos con el padre de esa rubia tonta. Llegó a la ciudad esta mañana, antes de la madrugada, echando sangre por los ojos y fuego por la nariz.

—Siempre puede hacer que Humpty lo ataque, Jack, si el tipo se pone molesto.

Casey se rió entre dientes.

—No a este muchacho. Tiene de un lado a un abogado de lo mejor para que le prenda los cigarrillos, y del otro a un guardaespaldas para que le tire las cenizas.

—¿No le dijo que ya había encerrado al criminal en la cárcel antes de que el cadáver estuviera frío?

—Sí, pero no pareció impresionarlo tanto como pensé que lo haría —dijo Casey—. Cambió un poco el tono cuando le tiré esa faja azul sobre las rodillas. Eso le cerró la boca.

—Ya lo creo. —Podía imaginármelo a Casey haciéndolo—. Pero

no entiendo. ¿Cuál es la queja de Clayborne?

La voz de Casey perdió algo de su sociabilidad.

—Bueno, conoce a ese tipo de gente. Quieren acción. Quieren que uno tenga toda la evidencia a disposición, los formularios completos, y el hombre colgado con una soga limpia inmediatamente después del almuerzo. Ese tipo Clayborne es muy importante en su distrito y no le gustó que yo le dijera que aquí en el distrito Parson es solamente un tipo más. Me amenazó con traer un par de detectives privados para controlarme.

—Deduzco que quiere decir que no consiguió la confesión aún —dije.

—Aún no. —Se rió con menos alegría—. Ese portero es obstinado.

—¿Y qué hay sobre la llave? ¿La encontraron ya?

—Encontramos una docena, pero ninguna sirvió.

Le murmuré alguna palabra de consuelo sobre eso, y luego traté de ser vivo.

—Jack, lo llamé antes acerca de otro artículo que usted pudo haber encontrado en la casa rodante de Ewing cuando la registró. Algo que se pudo haber llevado de la residencia junto con esa colección de trapos.

—¿Y qué podría ser?

—Es un carrete de cinta de grabador. Se lo robaron hace una semana a una de las chicas de la residencia. Pensé que Ewing pudo haberlo robado.

El silencio del otro lado del tubo duró más de un minuto, puntuado por el golpeteo de una uña sobre la bocina. Finalmente dijo:

—Es cómico que pregunte acerca de esa cinta, Butler.

—¿Por qué es cómico? Me gustaría participar en el chiste.

—Ese carrete de cinta es lo que enfureció tanto al papito de esa tonta. Armó tal alboroto sobre este asunto que hice que el asistente lo acompañara a la ciudad de Jordan para que pudiese registrar la casa rodante a fondo otra vez.

—¿Cómo se enteró Clayborne de esa cinta?

—¿Cómo se enteró usted? ¿Y qué le parece si me cuenta de qué se trata? Confío en que no haya estado ocultándomelo, Butler. Me pongo malo cuando me enojo.

—No es eso de ningún modo, Jack. No estoy seguro de que haya conexión entre la cinta y el asesinato. Ella misma me dijo que sólo era una grabación de su propia poesía. —Le di un breve resumen de mi investigación sobre las cintas robadas, pero no le dije nada acerca de las desesperadas excursiones nocturnas de Natalie Clayborne—. Simplemente lo vi como algo incompleto que podíamos terminar.

—Sí, pero me anduvo con evasivas. Eso no me gusta.

—¡Déjese de fastidiarme, Casey! Usted no está enojado con Clayborne por darle por la cabeza con su dinero, su abogado y sus detectives privados.

Colgué rápidamente, contento con esta prueba de que el carrete de cinta aún era la clave del asunto. El padre de Natalie no estaría tan ansioso de recuperar la cinta si no supiera qué es lo que decía, y el hecho de que la estuviera buscando significaba que tenía algún motivo para creer que no la habían destruido. Estaba ansioso por conocer a este hombre.

Tuve ese gusto dos horas más tarde, aunque fue Quartz Willinger el que arregló el encuentro a mis espaldas.

Después de mi conversación con Casey, había ido a la universidad a controlar el número de patente de la rural Ford en que Natalie había vuelto a la residencia de uno de sus misteriosos paseos. En el edificio principal me informaron que el auto estaba registrado a nombre de un estudiante llamado Arthur King. El domicilio de King resultó ser la planta alta de una estación de servicio abandonada, ubicada a ochocientos metros de la universidad, en la carretera del Viejo Molino. Hacía tiempo que habían arrancado los tanques de nafta y clausurado con tablones la parte de la planta baja que habían usado como negocio. La otra mitad de la planta baja había sido un taller mecánico, y conjeturé que Arthur King lo usaba como garaje y estacionaba el auto sobre la vieja fosa. King no estaba en casa cuando inspeccioné el lugar, así que le dejé una nota en la puerta pidiéndole que fuera a verme. Luego volví al pueblo para almorzar en el Tug and Maul, un restaurante que no se convertía en lugar de reunión de los estudiantes hasta después de las seis de la tarde. Pedí un canapé de bistec, ensalada, y una botella de cerveza Tuborg.

Estaba tomando la segunda cerveza cuando el guardaespaldas de

Clayborne entró en el salón. Se movía como uno de ellos, con esa rigidez de los hombros y la leve jactancia del movimiento de la pelvis, pero no eran movimientos naturales. Vestía un impecable traje de casimir color tostado con cuadros muy suaves, y una corbata tan delgada que el nudo era del tamaño de la uña del pulgar. Tenía cabello castaño y ondulado, un hoyuelo en la mejilla, y un juego de dientes que probablemente brillaban como luces de neón en la oscuridad.

Se sentó frente a mí sin haber sido invitado, olió mi cigarrillo negro como si fuera marihuana, y dijo:

—Usted es difícil de localizar, Butler.

—No pensé que me necesitara —le dije—. Pensé que ustedes muchachos serían lo suficientemente listos como para encontrar el compartimiento secreto debajo de la heladera del portero.

No logró ocultar el temblor de ansiedad. Le hizo palpitar los músculos de la quijada de modo que su hoyuelo pareció hacerme un guiño. Luego sacudió la cabeza, sonriendo.

—Creo que lo que dicen de los pueblos chicos es cierto; todo el mundo está enterado de los asuntos del vecino. Pero la chuscada del compartimento secreto es estrictamente de provincias. No le aconsejaría que lo usara con el viejo.

—¿Quién es el viejo?

—Oh, no se haga el tonto conmigo. Philip Clayborne, el padre de la chica. Entre otras cosas es el dueño de la compañía de Construcción Clayborne de Filadelfia. Su dinero no es tan viejo como el de Rockefeller, pero es más viejo que el de los Kennedy. De paso, me llamo Swanson.

—¿Qué hace usted para el viejo, Swanson, aparte de ayudarlo a envejecer el dinero?

Eso le gustó por alguna razón y sonrió en su manera refinada.

—Soy simplemente el hombre de las mil tareas, un glorificado mandadero.

—Apuesto que le pagan bien, sin embargo —dije—. Dígame, ¿le dan una bonificación extra por llevar esa 38 colgándole del hombro en la pistolera?

—Tengo permiso para portarla, si es que le importa. Ahora, vamos. El viejo quiere verlo. Lo aclaró con su patrón, el comisario. Estamos en el Hotel Cavendish. Oh, sí, *Mr*. Clayborne pie dijo que

dijera por favor.

—Ésa es la palabra mágica. ¿No le importa si hago una llamada telefónica primero?

—De ningún modo. Lo esperaré afuera.

Fui al teléfono público al fondo del salón y lo llamé a Quartz. Le conté sobre la invitación de Swanson y le pregunté cuánto le había contado a Clayborne.

—Me alegra que hayas llamado —dijo Quartz—. Ese Clayborne, es un tipo de gran autoridad. Me puso en aprietos, viejo, y te pasé el fardo.

—¿Qué quieres decir exactamente, «viejo»?

—Bueno, él ya sabía lo de la cinta. Parece que la hija le escribió sobre esto. Quiere esa cinta, y la última vez que este tipo no se salió con la suya fue cuando Alf Landon perdió. Entre paréntesis, no tiene confianza en Casey.

—¿Entonces no cree que el portero sea el asesino?

—Digamos que tiene sus buenas dudas. De todos modos, estaba hablando acerca de traer un pelotón de detectives privados para que dieran vuelta la ciudad de arriba abajo. Fue por eso que me arriesgué, y le hablé sobre tu trabajo extra. También le expliqué que conocías a su hija y que habías encontrado cierta evidencia que Casey había pasado por alto. Creo que quiere contratarte. Pareció impresionado cuando le mencioné tus honorarios, mil por semana.

—De acuerdo. Quizás haya sido lo mejor. ¿Lograste algún resultado con los números de ese libro?

—Todos negativos. No es ni un número de teléfono local ni una dirección. Aún no recibí contestación de la oficina de patentes de automotores. Parece que estuviéramos clavados con una fecha.

—La probaré con el padre —dije—. Quizá le haya dejado el mensaje a él.

Colgué y salí a la calle. Swanson estaba de pie al lado de un Cadillac negro, usando su encanto con un grupo de estudiantes que pasaban. Cuando me dirigía hacia mi auto, me interceptó:

—Eh, el viejo prefiere que venga en el auto de él. Quiere que este encuentro sea estrictamente secreto.

—Quizá debiera disfrazarme.

—Pensé que lo estaba —dijo.

Subimos al Cadillac y nos dirigimos al Hotel Cavendish, a un

kilómetro y medio del control de peaje de Carthage. La réplica de una mansión sureña, el lugar había sido un balneario local en el pasado cuando las vertientes cálidas y los baños minerales estaban de moda. Luego resultó ser un elefante blanco hasta que una emprendedora pareja lo hizo renovar, instaló un negocio de antigüedades y salón de té en la planta baja y consiguió un subsidio de la universidad.

Swanson estacionó el Cadillac en la grava frente a los pilares dóricos, dejó la puerta abierta, y me condujo a través de la recepción con el aire de un hombre que estuviera paseando en su casa de verano. El ascensor automático era del tamaño de una cabina telefónica, y mientras subíamos Swanson se examinó la corbata, peinado y gemelos en el espejito montado en una pared. Tuve ganas de preguntarle si me brillaba la nariz, pero me había cansado del juego. Los que trabajan para los millonarios desarrollan un tipo de insolencia especial. No importa lo banales que sean sus tareas, se acostumbran al modo en que la gente se inclina ante la mística del dinero. Se les va a la cabeza rápido, y en poco tiempo aprenden a ejercer el poder con verdadero gusto.

Emergimos del ascensor y nos acercamos a un par de puertas que daban acceso a toda el ala Este, la *suite* que el hotel mantenía en reserva para los ganadores del premio Nobel y otra gente importante. Swanson apretó un botón que repiqueteó en la *suite*, hizo un movimiento de cabeza cuando oyó la orden de pasar y entramos. El cuarto estaba decorado con piezas de mobiliario del período Colonial Americano, un sofá de Virginia, un par de sillas de respaldo alado con patas Reina Ana, un escritorio y un aparador que brillaban con el lustre profundo de la madera cara. Recortado contra las ventanas salientes había un hombre alto con el tipo de perfil que les gustaba acuñar en las viejas monedas romanas. Tenía frente y nariz prominentes, hasta formidables, y la mitad inferior de la cara se salvaba de parecer dura porque tenía la boca como la de su hija, expresiva y algo delicada. Llevaba el escaso pelo negro peinado muy tirante hacia atrás, y parecía que le hubiesen bruñido la bronceada piel hasta tener un brillo intenso. Tenía ojos oscuros y profundos. Parecían melancólicos, pero eso quizá fuera por el humor en que lo encontramos. Vestía un traje de mohair negro.

—Soy Philip Clayborne —dijo, cruzando el cuarto—. Usted es

Morgan Butler. Supongo que debía usar ese uniforme. Bueno, no causará mucho problema. Gracias Swanson, lo llamaré si lo necesito. —Su voz tenía el timbre resonante de la saludable confianza en sí mismo. Y los ojos eran verdaderamente melancólicos. La aflicción latente en ellos me hizo recordar los ojos de los heridos en una retirada.

Swanson salió por una de las puertas en la parte posterior del cuarto y *Mr*. Clayborne me ofreció una silla frente al sofá de Virginia. Hizo aparecer una caja de cigarros y me la acercó abierta, pero rehusé y saqué uno de mis cigarrillos negros. Sacó un cigarro de la caja pero no hizo amago de encenderlo.

—Mi abogado, John Reynolds, está en el otro cuarto. Quería estar presente en esta reunión, pero pensé que debiera ser completamente confidencial —dijo.

Se detuvo como si esperara que yo lo confirmara. Asentí con la cabeza.

—Entiendo que usted estaba presente cuando arrestaron a este portero por el asesinato de Natalie. ¿La mató él? —No vaciló al pronunciar las difíciles palabras.

—No —dije.

—Es un alivio —dijo—. Un hombre que no usa palabras ambiguas. Ahora, antes de dejar de lado toda reserva, *Mr*. Butler, debo saber más sobre usted. Su amigo Willinger le hizo muy buena propaganda. Espero que la merezca. Si es así, me puede evitar muchos problemas. Preferiría emplear a un hombre que ya está involucrado en el caso, asumiendo que fuera el hombre indicado.

—¿Qué es lo que quiere exactamente? —dije.

Sonrió, y esto le dio un aspecto extraordinariamente atractivo.

—Su amigo dijo que usted tenía considerable experiencia como investigador privado. Sostiene que usted es extremadamente capaz, la discreción misma, y que no se asusta con facilidad. Es una combinación rara. ¿No se ofende si soy un poquitín escéptico?

—En absoluto.

—Bien. Entonces ¿qué tipo de referencias capaz de impresionarme puede darme?

Lo pensé un momento, y luego le dije tres nombres en tres ciudades distintas. Escribió dos en un anotador que había levantado de la mesa ratona.

—Este Hammersmith de Filadelfia —dijo— ¿es el hermano del juez?

—Sí, y el hijo del viejo juez.

—Perdóneme un momento, por favor. —Entró en uno de los cuartos del fondo y volvió a los pocos minutos—. Reynolds lo está investigando. No lo conozco a Alex Hammersmith personalmente, pero lo conozco a su hermano muy bien y da la casualidad de que Reynolds pertenece al mismo club. ¿Puedo preguntarle qué tipo de trabajo hizo para él?

—Era un asunto confidencial. Y si intentó eso para ponerme a prueba, *Mr*. Clayborne, estuvo bastante mal hecho.

—Sí, es cierto. —Pero no estaba confundido en lo más mínimo. Fue hasta la ventana y pareció caer en trance. Al menos no se movió durante quince minutos, al cabo de los cuales la misma puerta se abrió apenas y alguien lo llamó. Clayborne habló en voz baja frente a la puerta durante unos minutos y luego volvió al sofá. Sus movimientos reflejaban una cierta exuberancia.

—Hasta Reynolds se impresionó —dijo—. Parece que hizo un trabajito muy delicado y sucio para Alec. Y lo hizo tan bien que nadie jamás lo conectará a Alec con el asunto. Ahora me despertó la curiosidad.

—Si ahora podemos hablar, *Mr*. Clayborne, me gustaría decirle cuál es mi posición en esto. Esperé a que usted terminara toda la tontería de verificar mis antecedentes porque necesito su confianza. Lo que no quiere decir que necesito su dinero. Hace ocho días alguien robó una cinta que su hija grabó. Ayer la mataron. Sucede que creo que los dos crímenes están relacionados. Ya he decidido que voy a encontrar al asesino. El dinero no hará que lo haga ni más rápido ni mejor. De modo que ¿por qué va a usted a pagar por algo que va a recibir libre de cargo?

Sabía escuchar. Concentraba todos sus sentidos con tal intensidad que lo hacía a uno sentirse especial. Finalmente asintió con un movimiento de cabeza.

—Muy loable de su parte. Pero verá que tengo buenas razones para contratarlo. Primero, lo quiero emplear con exclusividad. Se quitará ese uniforme de encima lo mismo que los otros deberes, y se dedicará a este trabajo. Segundo, y no puedo dejar de recalcarlo lo suficiente, sobre todo debe encontrar esa cinta. Estoy seguro que no

la han destruido. No debe escucharla. Me trae la cinta intacta, y yo me encargo de ahí en más.

Su voz casi restallaba con una intensidad que yo había escuchado antes. Era una combinación de voluntad de hierro y riqueza que se ha convertido en expresión de personalidad. No era de extrañar que a Jack Casey le hubiera dolido su latigazo.

—Aclaremos esto —dije—. Usted quiere que encuentre la cinta, que probablemente esté en manos del asesino de su hija. Tengo que sacársela a él, y entregársela a usted, y usted se encarga de ahí en más. No creo que podamos hacer ese tipo de arreglo. Yo había pensado seriamente en arrastrar a ese hombre. Quizás hasta tenga que matarlo.

—Obviamente no me expresé con claridad —dijo Clayborne. Se masajeó el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. Si debe matar al hombre para conseguir la cinta, le estaría agradecido. Nunca pensé que experimentaría el deseo de la venganza de sangre. Pero quizá no sea tan civilizado como me gusta creer. Mi hija y yo éramos muy amigos, *Mr*. Butler. Era mi única hija. Era mi princesa. —Hizo una pausa, luego continuó en voz más baja—. Por supuesto, si debe arrestar a este hombre, supongo que obtendremos justicia. Pero tenga presente que la cinta nunca debe de hacerse pública. Es para mí.

Esperamos. El cuarto estaba en absoluto silencio, pero era el tipo de atmósfera que lo hacía sentir a uno que había cien personas escuchando sin respirar detrás de las paredes. Ambos sabíamos que yo debía hacer la pregunta.

—¿Qué hay en la cinta que la hace tan importante, *Mr*. Clayborne?

—No necesita esa información. Créame cuando le digo que no le será ningún impedimento el no saber qué hay en la cinta.

—No puede estar seguro de eso. Esa información me podría ayudar a identificar al asesino. Lo menos que puede hacer es darme una idea general.

Terminó de beber su trago, se masajeó la nariz otra vez, luego sacó un pañuelo blanco y se limpió las manos. Sus ojos tomaron una cierta expresión distraída.

—Quizá tenga razón. Primero, debiera saber que en este preciso momento soy particularmente vulnerable a cualquier tipo de

escándalo. Si todo sale bien, me ofrecerán un cargo importante en el gobierno dentro de poco. Y dentro de pocos años pueden solicitarme que me presente como candidato al Senado. Espero que entienda que todo esto se lo digo en la más estricta confianza.

—Y el escándalo está en la cinta —dije.

—Sí. Oh, no es sólo mi buen nombre y reputación lo que trato de proteger. Son también los de Natalie, aunque el crimen lo cometiera ella. Uso la palabra «crimen» deliberadamente. Vea, cuando tenía dieciséis años se mezcló con gente despreciable, sin que yo lo supiera. No confió en mí si no después que hubiera pasado algo bastante serio. Yo tenía la opción de dejarla purgar su culpa o de usar mi influencia para sacarla del lío. Así que usé mi influencia. Es el tipo de negociado sucio del que no podría defenderme si mis enemigos se enteraran. Natalie era lo bastante madura como para apreciarlo, y para darme la seguridad de que mantendría el secreto.

—¿Ésa es la verdad? ¿Entonces no le parece raro que ella recitara toda esa sórdida historia enfrente de un grabador para su consejo psicológico?

Asintió rígidamente.

—Sí, me extrañó hasta que hablé con el doctor Pritchett. Ni siquiera sabía que Natalie veía un psiquiatra. Pero el doctor dijo que Natalie estaba bajo tensión nerviosa. Pritchett lo llamó el ferviente análisis de una muchacha joven que se cree enamorada. Sospecha que se sintió incómoda por este pecado suyo y quería purificarse. Todo en bien de su verdadero amor. Desgraciadamente, nunca mencionó el nombre del sujeto.

—Entiendo que le escribió una carta sobre esa cinta —dije.

—Sí, con sello de correos del lunes pasado. Pero no la recibí hasta ayer, una hora antes de enterarme que ella había muerto. Estaba en la Florida en viaje de negocios, y sólo me enviaban la correspondencia de la oficina. Como se puede imaginar, ya estaba preparándome para venir cuando recibí el llamado del decano.

—¿Puedo ver la carta que le escribió?

—La rompí inmediatamente. Créame, en ella no había nada que sugiriera que corría peligro.

—¿Puede decirme el contenido? Podría ayudarme.

—Bueno, dijo que había divulgado nuestros pecados en una

cinta para su médico, y que alguien la había robado. Sospechaba que era un juego sucio. Ésa fue la frase que usó.

—¿Cree que quiso decir chantaje?

—Naturalmente eso fue lo que se me ocurrió, pero honestamente no lo sé. Mi primer impulso fue venir hasta aquí y recuperar la cinta. Pero entonces ella ya estaba muerta.

—Me extraña que Natalie no haya tratado de comunicarse con usted por teléfono.

—Sí, pero quizás estaba demasiado avergonzada. Debió haber sentido que me había traicionado un poco. Como si eso importara ahora. —Su expresión era desolada, tenía los ojos enrojecidos—. ¡Cómo deseo que nunca hubiera venido a esta universidad! Yo estaba en contra, pero Natalie quería venir porque su madre se graduó en Jordan.

—¿Entonces usted no estudió en la universidad de Jordan?

—No, no. Harvard, promoción del treinta y cinco.

Eso me hizo recordar algo.

—Permítame hacerle una pregunta importante *Mr*. Clayborne. ¿La fecha treinta de abril de mil novecientos treinta y nueve tiene algún significado especial para usted? Piense.

Sacudió la cabeza.

—No, pero me casé en setiembre de ese año.

Sentí un estremecimiento rápido, nervioso.

—¿Eso quiere decir que su mujer se graduó de Jordan en junio del treinta y cinco?

—La madre de Natalie, sí. Nos divorciamos cuando Natalie tenía diez años. Habrá sido en el cincuenta y dos. Me he vuelto a casar.

—¿Cuánto hace?

—Eso no es relevante en absoluto. Hace dos años.

—¿Natalie se llevaba bien con su primera mujer?

—No. Natalie no la ha visto desde el divorcio. Ésa fue una de las cláusulas del arreglo. Se da cuenta, yo gané el juicio. Oh, si usted pregunta si mi primera mujer se enteró de este escándalo, la respuesta es no. Si *hubiera* sabido, lo hubiese usado en mi contra, mucho antes. La nuestra no fue una separación amistosa. La acusé de adulterio con pruebas.

—¿Puedo preguntarle el nombre de su mujer?

—Eleanor Sheridan. Podría ser Eleanor Baxter ahora. La última

noticia que tuve es que se había ido a Chicago con un hombre llamado Baxter.

—De acuerdo, volvamos a nuestro convenio, *Mr*. Clayborne. Hay un detalle que debemos allanar. Sería un error que yo abandonara el trabajo de comisario. No sólo porque el trabajo me sirve muy bien de cubierta y me permite husmear, sino que también me da autoridad para interrogar a la gente. Es una ventaja que necesito desesperadamente.

Se encogió de hombros.

—Confiaré en su juicio sobre eso. En tanto no haya conflictos de intereses, como que usted necesite la cinta como evidencia. Ahora hablemos del sueldo. Tiene bastante valor para cobrar mil por semana.

—Usted me paga por tener valor. Además de discreción.

—Bueno, no regatearé. —Sacó un cheque del bolsillo y me lo dio. Era por mil dólares—. Le pagaré mil por semana durante tres semanas. Eso es seguro. Pero si me entrega la cinta antes de las tres semanas, le pagaré cinco mil redondos.

—¿Es eso lo que ustedes, caballeros, llaman un «premio estímulo»?

—Su ligereza no me divierte, *Mr*. Butler. Ahora aquí tiene un número de teléfono de Filadelfia en el que siempre puede encontrarme. Debo llevarme a mi hija esta noche. Haré que Swanson lo lleve a la ciudad en mi auto ahora mismo.

Clayborne fue hasta el escritorio, tocó un timbre en la base del teléfono, luego sacó un manojo de papeles de un portafolio y empezó a leer el de arriba. Involuntariamente sentí cierta admiración por la capacidad de funcionar que tenía este hombre.

—¿Listo para rodar, oficial? —Era Swanson que había entrado a mis espaldas silenciosamente. Parecía que se hubiera afeitado y cambiado la camisa.

Debió de haber pedido el Cadillac desde el otro cuarto porque estaba estacionado exactamente donde lo habíamos dejado, y había un muchacho de color con la típica librea azul del Cavendish limpiando imaginarias partículas de polvo del parabrisas. Swanson le tiró una moneda y partimos rumbo al pueblo. Swanson mostró ser de esos que gustan de rociar los guardabarros con grava cuando entró en la ruta.

—Tuvo una sesión bien larga con el viejo —dijo—. ¿Está en la lista de sueldos?

—Estoy seguro de que *Mr*. Clayborne le contará todo cuando vuelva.

—Usted es un tipo astuto ¿no? Pero diablos, sé que lo contrató y sé por qué. Para encontrar el rollo de cinta que la engreída de su hija grabó como última voluntad y testamento.

—¿Qué pasa, a la muchacha no le gustaba su tipo de encanto?

—¿Tengo aspecto de esquimal? Esa muchacha era la verdadera Reina de las Nieves, frígida e inflexible, como un iglú. Esta mañana no sé cómo contuve la risa cuando ese jefe de policía de provincias nos dijo que no estaba embarazada.

—Casey debió haberse sentido defraudado. Predijo que lo estaría.

Swanson resopló suavemente.

—Ese patán. Cree que tiene al asesino encerrado además. ¿Qué le parece a usted?

—Lo que yo piense no tiene gran valor. El caso es de él.

—Usted no es muy sociable ¿verdad? Diablos, estamos en el mismo equipo. El viejo me tiene confianza y descansa en mí. Personalmente creo que está preocupado de que alguien lo tenga en un puño con lo de la cinta, y a un precio muy alto.

—¿Por qué no me prueba que él confía en usted diciéndome qué hay en la cinta? —dije—. Entonces seremos todo lo sociables que usted quiera.

—Oh, usted hace trabajo fino, Butler —dijo Swanson sonriendo —. No le da vergüenza tratar de sonsacarme los secretos del viejo. Clayborne no le diría qué hay en esa cinta ni por toda la plata de Fort Knox.

Lo dijo airosamente, pero dudé que él supiera qué había en la cinta. Dudé que el abogado, Reynolds, lo supiera tampoco. Ya estábamos en la ciudad de Jordan ahora, y Swanson estacionó el Cadillac expertamente junto a la acera, unas puertas más allá del Tug and Maul.

—Que tenga buena caza, Butler —dijo—. Quizá lea sobre usted en las noticias fúnebres.

Eligió un mal momento para decirlo. Yo había debido ser demasiado humilde durante demasiadas horas con demasiados

hombres con un exagerado sentido de su propia importancia. Le di un golpe suave sobre los ojos con el dorso de la mano. Un dolor repentino en un lugar no esperado hace que un hombre reaccione con total falta de proporción al impacto del golpe. Levantó los brazos de un tirón lo suficientemente alto como para que yo pudiera arrebatarle la 38 de debajo del brazo izquierdo. Cuando trató de tomarla, lo golpeé en los nudillos con la pistola.

—Trate de tomarla otra vez y se la clavo en el hoyuelo —dije.

Respiraba agitadamente entre dientes.

—Así que no sabe apreciar un chiste. Es de las provincias.

—Dijo que quería ser sociable. Éste es uno de los juegos que practicamos aquí en el campo, sacarle los revólveres a los pebetes de narices sucias, como ejercicio.

—Le dije que tenía permiso. Espere hasta que Clayborne se entere de esto.

—Sí, cuénteselo. Se sentirá seguro sabiendo que tiene un guardaespaldas con reflejos como los suyos. Lo reemplazará por un policía gordo que esté jubilado.

El odio le brillaba en los ojos como petróleo sin refinar.

—Démela ahora.

—Usted conoce la palabra.

—Por favor.

Se la di y lo observé mientras la guardaba.

—No olvidaré esto —dijo.

—Cuidado ahora. Diga lo que no debe y tendremos que volver a hacerlo.

Quería decirme que yo no podía hacerlo, pero esperó demasiado tiempo y la pequeña gangrena de la duda empezó a consumir su confianza. Se tocó los ojos cautelosamente.

—Así que me hice el vivo en el momento inapropiado. Demonios, sin rencores por este final.

—Así se habla. Hasta pronto, Swanson. —Me bajé vigilándole las manos y se fue. Era un incidente tonto, pero sentí como si me hubiese sacado un poco de veneno de encima. Fui hasta el auto, y encontré a un hombre joven sentado en el asiento del acompañante.

Yo aún no estaba preparado para identificarlo como a Iván Karamazov.

CAPÍTULO OCHO

—Soy Arthur King —dijo el joven bajándose del auto—. No crea que estoy aquí sólo por el mensaje que usted me dejó en la puerta. De todos modos iba a venir a verlo después que leí esto. —Me acercó una copia de «La Gaceta de
Spencer's
Fall»—. ¿Usted es parte de esta conspiración contra este portero idiota? Él no la mató a Natalie Clayborne.

Tenía ojos del azul más intenso que yo hubiese visto jamás, como el pavonado del cañón de un rifle nuevo. Se notaba que una vez le habían roto la nariz y al curarse le había quedado algo así como un espolón de hueso en el costado. Eso, más un incisivo roto, hacía que su cara no fuera demasiado atractiva. Usaba el pelo negro muy largo, pero con su altura y su constitución fornida el efecto era elegante y no afeminado. Vestía una desteñida camisa a cuadros, pantalones caqui, y una chaqueta de *tweed* con refuerzos en los codos.

—¿Qué le pasa, piensa que ella era demasiado refinada para que un hombre de tan baja condición social la matara? —El desprecio que le imprimí a mi voz era espeso como grasa.

King hizo un ademán salvaje y por un momento pensé que me iba a pegar con el periódico.

—Vamos —le dije—. Estoy de humor para pelear con usted. Es un curso que dicto para la universidad sobre los peligros de hacer acusaciones irresponsables.

Retrocedió un paso, y las beligerantes líneas alrededor de la boca cambiaron por una sonrisa.

—Lo siento; fue estúpido de mi parte. Esa sesión que tuve con el comisario general ayer debió haberme indispuesto contra los policías. Debí de haberme dado cuenta. Natalie me dijo que usted

no era un policía común. Usted le gustaba.

—Pero no lo suficiente como para confiar en mí cuando estuvo en dificultades —dije.

—Está en buena compañía. —Había cierta aspereza en su voz—. Pensé que era su mejor amigo, pero no tuvo confianza en mí tampoco.

—Vámonos de la calle —dije—. ¿Por qué no vamos a su departamento? Esta mañana me impresionó como un lugar muy reservado.

—Es por eso que lo tengo —dijo—. Claro que sí, no me importa. Recién dejé el auto en el taller para que lo pongan a punto. Me vendrá bien que me lleve.

—Bien. Primero quiero pasar por la oficina un minuto. —Conduje hasta la comisaría, y le pedí a King que esperara en el auto.

En cuanto entré Frank Ferby se puso de pie y se me acercó contoneándose con una sonrisa astuta.

—Conseguí el dato que usted quería, Morgan. En verdad, aquí tiene un premio con el que usted no había contado. —Me puso una llave de bronce en la mano.

—Asumo que es la llave de la puerta del cuarto de la chica que murió —dije.

Se rió entre dientes.

—Exactamente. Pusieron un candado en la puerta, pero nadie la vigila. Me hice amigo de ese asistente que Casey tiene vigilando la casa rodante. Le dije que quería echarle un vistazo al cuarto del crimen puramente por razones profesionales. Me dio en préstamo esta llave extra que tenía.

—Buen trabajo. Escuche, Frank, después de que haga una llamada telefónica me iré por el resto del día. Atienda la oficina y pásele toda información a Quartz antes de irse.

—Sí, señor. —El asesinato lo había almidonado con engreimiento. Tanto los viejos amigos como los desconocidos lo detenían en la calle para sonsacarle datos del crimen, o al menos de eso se había quejado esa mañana.

Fui al escritorio y lo llamé al doctor Pritchett en el Instituto Forbes. Tan pronto como me identifiqué su voz tomó un tono conspirador. Ahora había un lazo entre los dos. Sí, él había hablado con el padre esa mañana, como un gesto de cortesía. Después de

todo el hombre había sufrido una pérdida atroz. No, no podía recordar ningún dato acerca de la chica Clayborne que pudiera serle de utilidad a la policía: De todos modos estaría encantado de encontrarse conmigo y contestar mis preguntas. Acordamos que iría a verlo a las cinco en punto.

Arthur King estaba tan absorto en sus pensamientos cuando volví al auto que pegó un salto, asustado, cuando abrí la puerta. Parecía exhausto, como si lo hubiera pescado explorando recuerdos desagradables. Esto es lo que ocurre cuando hay un crimen en una comunidad pequeña: la fuerza a la gente a enfrentarse con sus secretos. Transpiran por errores escondidos durante años, pecadillos de todo tipo, crímenes y el deseo de cometerlos. Me dio la impresión de que King estaba inmerso en esta mórbida investigación. Conduje hasta su departamento lentamente.

—Así que el comisario Casey le hizo pasar un mal rato ayer —dije—. ¿Qué pasó?

King contestó pesadamente.

—Quizá fuera simplemente que no me gustó su estilo, todas esas lascivas insinuaciones y esas amenazas recubiertas con una capa de humor bucólico. Pienso que él creyó que yo era el sospechoso número uno hasta que le echó las manos a ese portero.

—El tacto no es la mejor cualidad de Jack Casey —dije—. Pero le prometo cuidar mis modales en tanto lo tenga como sospechoso. ¿Qué clase de coartada le dio a Jack para el sábado a la noche?

—Muy gracioso. Eh, espere un minuto. Usted no estaba bromeando. Lo dice en serio.

—Hemos decidido que el portero no lo hizo. Eso deja el campo libre.

Me miró fijamente durante un momento, luego se encogió de hombros.

—No tengo ninguna coartada. Estaba en casa estudiando esa noche. —Se rió, sacudiendo la cabeza—. Si parece sacado directamente del teatro del absurdo. Yo era la persona que lo iba a bombardear con información, que lo iba a persuadir que buscara al criminal. Qué inocente.

—No, adelante. Bombardéeme con información. Asegúrese que incluya la noche del jueves pasado, cuando se encontró en el pueblo con Natalie y se pelearon camino a su casa.

—Ah, es eso. —Largó una carcajada cínica—. Pero primero, permítame que le explique alguna de las circunstancias que rodean el caso. La conozco a Natalie desde que ella estaba en primer año, pero no nos hicimos amigos hasta el año pasado, cuando asistimos a un curso de poesía juntos. Al principio pensé que era otra de esas ricas que estaba tratando de probar que era muy democrática. Sabe, yo anduve bastante antes de entrar en la universidad. Dos años en el ejército, un año en la construcción en Alaska, otro año en una acería. Todo eso pareció impresionarla demasiado. Bueno, abreviando, empezamos a salir y nos encariñamos mucho. Ella tenía sus traumas, pero debajo de todo eso era una persona dulce y complicada. Hubo una época, a fines de la primavera pasada, cuando jugueteamos con la idea de casarnos.

—Tengo que hacerle la pregunta falta de tacto —dije.

—Ya sé. Probablemente me creerá tan poco como el comisario general. No, nunca fuimos amantes. En verdad, ése resultó ser su peor trauma. No podía hacerlo, y eso la amargaba. En el verano me escribió y me dijo que nos debíamos olvidar del asunto. Cuando volvió en el otoño, éramos simplemente buenos amigos. Ocasionalmente almorzábamos juntos, y a veces me daba algunos de sus poemas para que yo los leyera. A los dos nos gustaba que fuera así. Pero hasta esa relación empezó a cambiar a fines del otoño. Después de las vacaciones de Navidad casi no la vi.

—Volvamos a la semana pasada —dije—. ¿Cómo supo usted que ella andaba en dificultades?

—Me lo dijo, claramente. Pero nunca me dijo qué era lo que le pasaba. El lunes pasado, a la noche, vino a mi departamento y me despertó. Debían ser las cuatro de la mañana. Estaba inquieta, pero todo me pareció un poco artificial.

—Pero debió haber tenido alguna razón para acudir a usted.

—Oh, me dio una razón. Dijo que venía a decirme qué suerte tenía yo que lo nuestro no hubiese andado. Insinuó que la odiaría si supiera la verdad acerca de ella.

—Ésa es una excusa bastante endeble para despertar a un hombre a las cuatro de la mañana.

—Exactamente lo que yo pensé. Sabía que había muchas otras cosas que la preocupaban pero todo lo que me dijo fue que sospechaba que alguien la iba a traicionar. Y al segundo siguiente

me dijo que ella lo tenía bien merecido.

—¿Dijo algo sobre una cinta que le habían robado?

—No. ¡Espere! Dijo algo sobre un cuento contado por un idiota, queriendo decir ella misma, que había caído en manos de quien no debiera tenerlo. Ése es el estilo en que hablaba.

En ese momento di vuelta y estacioné en la entrada de autos de la abandonada estación de servicios donde vivía King. A un costado del edificio había un cartel de propaganda de tabaco Mail Pouch, ahora apenas legible.

Debajo del cartel estaba la oxidada carrocería de un auto viejo, cubierta de yuyos.

—El retiro del poeta —dijo King—. Ésa es mi profesión, en caso de que usted no lo haya notado. Así es como siento acerca de la poesía, debiera ser un oficio. Toda la crudeza, transpiración y hedor de la vida deben de estar presentes en ella, junto con los sentimientos más frágiles. Quizá funde una nueva escuela, los poetas de la violencia. Últimamente la poesía se ha puesto tan académica y estéril que no se puede respirar en esa atmósfera. Bueno, todo esto es perfectamente superfluo. —Bajó del auto.

Subí tras de él un tramo de escaleras de madera que llevaban al primer piso del edificio.

—¿Se especializa en poesía? —pregunté.

—No, en filosofía. Me gusta leer poesía. —Lo dijo ásperamente, como si se reprochara por haberse revelado tanto ante mí.

En ese momento hice la asociación entre Arthur King e Iván Karamazov. Experimenté una sensación eléctrica, porque la conexión también encajaba con esa primera conversación que yo había tenido con Natalie. Recordé la descripción que yo había evocado de la clase de hombre al que ella se vincularía para purificarse de la ética de la riqueza, un hombre que fuera al mismo tiempo idealista y dedicado a su trabajo, y que no perteneciera a la sociedad organizada. Resumiendo, un disconforme que le quitara el oropel a las ilusiones que ella tenía. La descripción le calzaba a Arthur King como un guante.

King abrió la puerta y me hizo pasar a un cuarto que cubría toda la extensión del edificio. Era de apariencia espartana, con un escritorio hecho con una vieja puerta montada sobre patas, bibliotecas hechas con ladrillos y tablones, una cama que no era

mucho más que un pedazo de madera terciada cubierta con un colchón delgado. En un rincón había una improvisada cocina, con una heladera astillada, un calentador a gas de dos mecheros, una pileta pequeña y una mesa para jugar a las cartas. El único toque decorativo era una manta india sobre el piso, un tótem rojo tejido contra un fondo negro y blanco.

—¿Quiere una cerveza? —dijo King—. Tengo la boca seca desde que pasó esto.

—Una cerveza me vendría bien.

Sacó dos latas de la heladera y las abrió. Como la mayor parte de la gente, King adquirió más serenidad al estar en su propia casa.

Nos sentamos a la mesa y dije:

—Volvamos a la semana pasada. ¿Qué pasó después de la visita que le hizo Natalie el lunes a la noche?

—Empecé a preocuparme por ella —dijo—. Pero ella ni siquiera contestaba el teléfono. Ese encuentro del jueves a la noche fue por casualidad. Estudié aquí hasta las dos de la mañana, luego fui al restaurante
Pike's
para comer algo. Natalie cayó por
Pike's
a eso de las tres de la mañana, parecía una muerta caminando. La llevé de vuelta a la universidad, y en el camino la insté a que se descargara conmigo. Discutimos por esto. Estaba de un humor de perros, sexualmente agresiva, mortificándose con lenguaje violento.

—Sí, tuve una muestra de eso mismo la noche siguiente —dije —. Escuche ¿alguna vez discutió con usted el hecho de que su madre fuera estudiante aquí en Jordan?

Lo mencionó una o dos veces. —Levantó la lata para beber pero se detuvo antes de que le llegara a la boca—. Creo que acertó con algo útil. Waldo Mason.

—¿Quién?

—Waldo Mason. Era uno de los nombres con que lo iba a bombardear. Es profesor de la universidad, enseña historia y literatura de los Estados Unidos. Y fue compañero de estudios de la madre de Natalie.

Encendí un cigarrillo para ocultar mi excitación.

—¿Por qué me iba a mencionar el nombre de Mason en relación

con Natalie?

—Una vez el otoño pasado Natalie me dijo que ella y Mason habían tenido una larga charla sobre su madre, y esto la había estimulado enormemente a Natalie. Luego me dijo que él se había tirado un lance con ella. Se reía, pero me pareció que había algo entre ellos.

—¿Qué clase de hombre es este Waldo Mason?

King sonrió.

—Un renegado un tanto ruin. Es bastante radical, aun para esta universidad. Tiene abundante barba y actúa como si lo hubieran nombrado tábano de esta Atenas en particular. Es un buen investigador, sin embargo, y sus clases están siempre llenas. De algún modo calza con el tipo de vida que Natalie empezó a llevar el otoño pasado.

—¿Qué clase de vida?

—Bueno, empezó a andar con lo que llamo el grupo de las barbas y las sandalias de la Ciudad de Jordan. En los pueblos universitarios como éste siempre hay aficionados y bohemios de fin de semana a quienes les gusta patrocinar al grupo seudo-artístico de la universidad. Hay un tipo en el pueblo que se llama Eddie Bell que regularmente organiza soirées para este grupo, con salón de poesía y canciones folklóricas, todo lavado con vino barato e insinuaciones más baratas aún. Bell quería que yo leyera algunos de mis poemas ahí, pero me negué.

Me da la impresión de ser un grasiento *voyeur*. Sé que tenía cierta influencia sobre Natalie, la suficiente para convencerla de que leyera algunos de sus poemas ante su público de babosos.

—Lo conozco a Eddie Bell —dije—. Es el gerente de La Diligencia. ¿Natalie tenía algún amigo en especial en ese grupo?

—Que yo conozca sólo otro. Carl Metterman. Es el dueño de ese negocio de artes y oficios de la calle principal. También da unas clases en la universidad. Teje en telar, hace cerámica, pinta retratos para los turistas durante la exposición de arte del verano. Lo que usted diga, él lo hace. Como sea, Natalie estaba mezclada con él también. Se estaban intercambiando sus problemas sentimentales, de acuerdo a lo que yo entendí.

—King, usted parece estar terriblemente bien informado sobre la vida privada de Natalie. Es extraño en vista de que ustedes

rompieron hace dos años —dije.

—¡Le expliqué eso! Aún éramos amigos, y Natalie solía mencionarme esta gente como si quisiera saber cuál era mi reacción sobre ellos. Sí, y quizá lo hiciera para atormentarme un poco. Tenía una veta arrogante y cruel. Le dije que era complicada.

—¿Y a usted este tipo de tratamiento nunca lo ofendió o enojó?

Apartó los ojos de los míos.

—Por supuesto que sí. Yo estaba enamorado de ella. Pero me era inasequible desde todo punto de vista, financieramente, espiritualmente y, para completar la trinidad, sexualmente. Quizá yo la ayudé a levantar las barreras. ¿Qué diferencia tiene ahora? Está muerta. Algún desgraciado demente la mató.

Tenía esa mirada dura otra vez, y me hice muchas preguntas con respecto a él. Pero parecía haber dado todo lo que tenía para dar de momento, y lo hice salir de su abstracción el tiempo suficiente para ensayar los números crípticos con él, recordándole que la madre de Natalie se había graduado de la universidad en el treinta y nueve.

—Pruebe con Waldo Mason —gruñó—. Quizás ésa fue la fecha en que sedujo a la madre, y planeaba hacerlo con la hija el día del aniversario el mes próximo.

Al menos era un poeta con imaginación. Le agradecí y me fui. Mientras bajaba las escaleras, una chica que manejaba una bicicleta entró en el sendero de gravas, y se deslizó hasta el pie de los escalones. No medía más de un metro cincuenta; vestía *jeans* sucios y camisa de hombre. Parecía deliciosamente rellena, caderas, senos, brazos y mejillas, pero los ojos grandes y espirituales y el modo en que el largo pelo negro fe caía sobre la cara le daban un aspecto extrañamente ascético. Ladeando la cabeza me sonrió tímidamente.

—¿Está Arthur? —preguntó.

—Sí, pero está de mal humor.

—¡Qué novedad! —dijo, y subió la escalera muy estirada.

Di vuelta el auto hacia el asfalto y cinco minutos más tarde estacionaba frente a la prolija casita donde Natalie Clayborne había encontrado una muerte violenta. Esperaba hablar con Betty Childress mientras estaba ahí, pero cuando entré y toqué el timbre apareció una chica delgada que me dijo que Betty estaba aún en clase. La chica consintió en despejar el vestíbulo de muchachitas semidesnudas, y pronto estuve en el cuarto del crimen, con la

puerta cerrada.

A primera vista el cuarto parecía estar igual, salvo el hecho de que sólo quedaba el elástico de la cama. Pero luego noté que había una conspicua ausencia: el dibujo al carbón del desnudo sin cara. Había estado ahí ayer a la mañana. Suponiendo que Casey y sus muchachos no lo hubieran quitado, el robo se explicaba si había sido, después de todo, el retrato de Natalie, y el artista que lo dibujó no quería que se revelara su conexión con la chica.

Pero yo había venido aquí con otro propósito. Saqué el primer libro de la biblioteca detrás del escritorio de Natalie, y lo abrí con un movimiento rápido. La meticulosa muchacha había pegado un *ex-libris* sobre la guarda del libro, un viejo grabado con su nombre prolijamente impreso en la parte inferior. Todos los libros encuadernados estaban decorados del mismo modo. No probaba nada, pero le daba peso a la teoría de que ella usó la novela de Dostoievsky para mandar el mensaje porque era el único libro que sacarían del cuarto.

Luego dediqué diez minutos a una esmerada inspección del escritorio. Encontré una caja chata llena de *ex-libris*, y por una corazonada saqué uno y lo pegué en mi billetera. En un cajón hondo tenía un archivo de carpetas marrones prolijamente etiquetadas. Había monografías, reseñas, apuntes de clase, y una carpeta titulada *Poesía de N.C*. La saqué del archivo, la abrí y leí algunos poemas. Uno de ellos, con fecha del año anterior, pudo haber sido escrito para Arthur King.

La brillante luz del sol en tu sonrisa,
la profundidad de los océanos en tus ojos,
el poder de los árboles en tu voz,
el consuelo del hogar en tus brazos.

Un día perdido
es un día lejos de ti.
Un día contigo
es un día bien vivido.

Todos los poemas estaban fechados, pero ninguno era de fecha más reciente que el verano anterior.

Todas esas fechas prolijamente escritas a máquina me hicieron recordar los números 4/30/39, y el próximo minuto me paralizó la sospecha de que el dibujo al carbón había tenido la fecha 30/4/39 en un rincón. Los artistas, como los poetas, tienen el hábito de fechar sus obras, y el año treinta y nueve podía significar que era una pintura de su madre.

Pensé sobre todo esto hasta que me pareció que me iba a estallar la cabeza, luego salí al vestíbulo y lo llamé al médico forense del distrito de
Spencer's
Falls. Hasta recordaba el nombre: Stackpole. Conseguí hablar con él después de alguna demora, y se acordó de mi nombre.

—Doctor, entiendo que usted ya ha hecho la autopsia de la muchacha muerta.

—Sí, y ya le pasé un informe completo al comisario general Casey —dijo.

—Ya sé, pero surgió esta pregunta. ¿Puede decirme si la muchacha tenía una cicatriz de apendicetomía, y un lunar exactamente al sudoeste del ombligo?

—Nada más simple. Espere un minuto mientras busco las fotografías de la morgue. —Tardó alrededor de un minuto, luego dijo—. Aquí está, una buena fotografía de frente, de cuerpo entero. Y la respuesta es negativa. Ni cicatriz ni lunar.

—Gracias, doctor. —Colgué. Así que no era un retrato de Natalie.

Volví al cuarto y completé mi investigación de su escritorio y armario. Quizás esperaba que hubiera un diario, o un paquete de cartas de amor atadas con cinta de seda, o un relicario con la cara del asesino. Pero no era ese tipo de chica, y ya llegaba tarde a la cita que tenía con el doctor Pritchett. Me fui del cuarto y de la casa sabiendo tanto como antes de entrar.

El doctor Pritchett me saludó en su oficina con la mezcla apropiada de cordialidad y tristeza. La suavidad no disminuía esa armadura de serenidad que usaba como segunda piel.

—He estado releyendo las fichas de Natalie otra vez —dijo, y golpeó una carpeta de cartulina azul sobre su escritorio—. No

encontré nada concreto que ofrecerle. Después de todo sólo la estuve tratando durante dos meses.

—Doctor, ella debe de haber tenido un problema específico —dije—. No me dio la impresión de que fuera el tipo de chica que entrara en esto con ligereza.

—Estoy de acuerdo, *Mr*. Butler. Pero cualquiera haya sido su problema, nunca abrimos ese paquete en especial. A veces hace falta más de dos meses simplemente para establecer la confianza entre el médico y el paciente. En realidad, Natalie a menudo tenía mucha dificultad para expresarme sus sentimientos. Y ésa es la razón por la que decidimos experimentar con las cintas. Su primera cinta fue muy clara.

No podía imaginarla a Natalie inhibida, confusa. Había venido a buscar luz sobre Natalie Clayborne, y en cambio notaba que mi propia imagen de ella se deformaba.

—Usted le dijo al padre que Natalie estaba enamorada —dije—. ¿No le dio ella algún indicio de cómo era el hombre?

—Se negó a discutirlo. Oh, parecía orgullosa de su amor, y quería ser digna de ese sentimiento. Pero no quería hablar del hombre.

—¿Y sobre su relación con Arthur King? Seguramente discutió eso.

—Sí. Al principio pensó que le había fallado a King, pero había racionalizado este sentimiento en la creencia de que el cariño entre ellos era realmente platónico.

—Entonces debió de haberle dicho si este amor fue alguna vez… consumado.

Sonrió.

—Dicho con delicadeza. Sí, me dijo, y no, no lo fue. Por supuesto, usted entiende que la crisis sexual es frecuentemente la verdadera prueba de la relación amorosa. Las emociones pueden ser muy crueles en sus juicios, y aparentemente Natalie lo rechazó a King cuando llegó el momento.

—¿Qué pasaba con este hombre nuevo? ¿Dormía con él?

Pritchett dudó.

—Sólo puedo aventurar una opinión, pero mi respuesta tendría que ser afirmativa. —Empezó a juguetear con la pipa—. Hay otra cosa, si es que tiene algún valor. Un par de veces me dio la

impresión de que ella estaba preocupada sobre si su padre aprobaría la elección. Después de conocer a *Mr*. Clayborne esta mañana no me extraña. No me pareció el tipo de padre que daría su consentimiento fácilmente.

—Estoy de acuerdo. Ahora —permítame preguntarle si alguna vez le mencionó los nombres de algunas de estas personas. Carl Metterman. Waldo Mason. Eddie Bell.

Reaccionó a uno de los nombres con ojos y nariz. Lo repetí.

—Waldo Mason. ¿Qué le dijo sobre él?

Pritchett sacudió la cabeza, sonrojándose ligeramente.

—No, usted me entendió mal. No fue Natalie Clayborne la que lo mencionó a Waldo Mason.

—¿Entonces quién? Su nombre está conectado con el de él, así que debo saber sobre este hombre.

—Me coloca en una posición incómoda, Butler. Debe recordar que soy más que un médico aquí. Dicto dos cursos en la universidad. Me relaciono socialmente con el cuerpo de profesores, actúo en comités. —Sus modales profesionales eran desdeñosos.

Me incliné sobre el escritorio y mostré los dientes.

—No me eche su ética en la cara, doctor. Estamos hablando de un crimen. Golpearon y estrangularon a una muchacha en la cama ayer, a menos de doscientos metros de donde usted vive. El otro día hizo gran alharaca sobre proteger la valiosa reputación de la universidad. Eso estaba bien mientras hablábamos de un robo menor. Pero la situación cambió. Si tenemos que manchar la reputación para atrapar un asesino hasta puede valer la pena. Así que hable.

Pritchett se puso de pie y caminó por la oficina como si estuviese buscando un cuadro que poner derecho o un archivo que cerrar. Luego se volvió a acomodar en la silla otra vez y empezó a raspar la tabaquera de la pipa diligentemente.

—De acuerdo, le diré lo que sé de Waldo Mason —dijo—. Es un investigador y profesor dedicado, y una vez que uno dijo eso hay que agregar que es impulsivo, mal educado, y arrogante. Con el paso de los años lo abandonaron dos mujeres, y no goza de popularidad con el cuerpo docente. Lo consideran irresponsable y tienen sus razones. Está a prueba en este preciso momento debido a un enredo amoroso que tuvo con una estudiante el año pasado. La

muchacha no era del material más estable para ser una amante. Yo sé porque me tocó recoger los fragmentos. Bueno, ella finalmente le contó todo el asunto a sus padres y la sacaron de la universidad. Casi le costó a Waldo la titularidad, pero las autoridades de la universidad acallaron el asunto y lo pusieron a prueba. No me considero un melindroso pero pienso que lo mejor que podría hacer la universidad sería sacárselo de encima. Ése es Waldo Mason. Ahora, ¿es eso todo lo que usted quería saber?

—No todo. ¿Puede decirme dónde vive?

Me miró con irritación.

—Figura en la guía telefónica. Seguramente podrá buscar eso por su cuenta.

Lo encontré a Waldo Mason plantando tomates en la huerta que estaba directamente detrás de la casa, una construcción de tejas que parecía gastada y vieja, como una mujer que ha criado demasiados chicos con muy poca plata. Estaba ubicada a sólo un kilómetro y medio de la universidad, pero limitaba con el parque estatal, y la frondosa plantación de árboles daba la impresión de que la casa estuviese enclavada en el medio del campo.

Aparentemente Mason no había oído mi auto, así que me quedé un momento mirándolo trabajar, con el sol a las espaldas. Vestido con sólo un par de viejos *shorts* caqui parecía un oso peludo. El efecto lo causaba en parte el hecho de que fuera peludo, con barba color castaño y espeso vello en los brazos y pecho. Pero además era fornido, redondo, y sus movimientos, ahí arrodillado en el jardín, eran torpes, como un oso que pescara en un arroyo.

Avancé hasta el límite de la huerta y me apoyé contra el poste de la cuerda de la ropa.

—Los está plantando demasiado juntos —dije.

Mason no saltó. Simplemente se sentó sobre los talones y se dio vuelta para mirarme. Tenía tres arrugas en la frente y había transpirado mucho.

—¿Es un experto en tomates? —preguntó. Era una rica voz de barítono que merecía una barba así.

—Planté unos cuantos en mis tiempos. Debe dejar un metro y medio entre planta y planta para los sarmientos. Salvo que piense poner estacas.

—Nunca uso estacas —dijo—. Pero algunas de éstas no saldrán. Un tercio se morirá, y eso dejará lugares libres en el sembrado.

—Entonces probablemente esté usando demasiado de ese fertilizante comercial —dije, señalando la bolsa—. Quema las raíces.

—Bendito sea el Señor —dijo—. Un hombre ni siquiera puede cultivar su propia huerta sin que el gobierno le dé consejo que no solicitó. Ayer el cartero me criticó porque planté habas junto con el maíz. La próxima vez el agente agrícola del distrito ofrecerá pagarme para que rote mis cultivos. —Se puso de pie y se limpió la tierra de las piernas—. Ahora, inspector ¿quiere ver la lechuga o nos podemos retirar al pórtico para tomar una botella de cerveza casera?

—La cerveza casera me gusta —dije.

—Siéntese en el porche. Guardaré estas cosas en el garaje y me reuniré con usted.

En el pórtico cerrado había dos sillas de mimbre y una mesa baja entre ellas. Había un libro sobre la mesa, Las *variedades de la experiencia religiosa*, de William James, con un anotador adentro para marcar el lugar. Levanté todo, puse el dedo como marcador, y empecé a leer sus notas. Enseguida reconocí la extravagante escritura. La había visto ayer a la mañana en la portada de *Los hermanos Karamazov* en el cuarto de Natalie Clayborne. Ahora tenía a mi Dimitri. No hay nada como un juego entero.

Pronto apareció Waldo desde la cocina, detrás de mí, con dos vasos en una mano y una botella de litro de cerveza en la otra.

—Siempre decanto y vuelvo a embotellar cuando tiene un mes de añejamiento —dijo—. Pero nunca se saca toda la levadura. Así que hay que servirla con cuidado. —Lo hizo meticulosamente, sosteniendo el vaso y la botella contra la luz. Tenía los ojos negros y brillantes como la antracita, y ningún pelo gris en la barba. Juzgué que tendría alrededor de cuarenta y tres años.

Me sirvió la cerveza con un buen cuello, y se estiró cómodamente en la silla, masajeando la transpiración que le cubría la barriga.

—Ahora la inquisición —dijo—. Debe de ser sobre Natalie Clayborne, fallecida. Supongo que le han dicho que tomó dos cursos conmigo, que cayó bajo mi siniestra influencia el otoño pasado

cuando tuvimos unas charlas bastante íntimas sobre temas tan profundos como la falta de amor en la sociedad materialista, y que una vez le acaricié el delicioso trasero en simple apreciación de su belleza núbil. Sin duda le han contado muchas cosas acerca de mí. Nunca me han considerado el miembro más saludable de esta pequeña sociedad letal, pero desde el año pasado, cuando tontamente me involucré románticamente con una joven muy inestable, mi reputación ha caído muy bajo. Soy Jack el Destripador, el Marqués de Sade, o Mefistófeles, depende de su predilección literaria. Nunca deja de sorprenderme que la gente base sus códigos morales en su retorcida ética sexual. En comunidades como éstas nos rige el gobierno de la libido. Así que he llegado a ser el poder maligno detrás de todos los desagradables acontecimientos de la universidad, desde los grupos políticos radicales hasta las barbas hirsutas que algunos de los tipos más viriles han decidido usar. —Se acarició la suya propia mientras decía esto, y su expresión era astuta, divertida—. Pero ciertamente es una novedad que sea sospechoso de asesinato. Si ése es el caso. Supongo que estoy hablando demasiado. Le cedo el lugar a sus agudas preguntas.

Era un verdadero discurso, pero demasiado rico en sarcasmo para el humor en que me encontraba yo. No podía saber cuánto era causado por ansiedad de parte suya. Bebí dos centímetros de la cerveza de Mason y observé la luz del sol en los árboles durante un rato. Finalmente dije:

—El crimen no parece molestarle mucho.

Su sonrisa era amplia, suave como la de un sacerdote.

—Mi amigo ¿realmente piensa que tiene acceso a mis sentimientos íntimos porque viste este uniforme? ¿Preferiría que derramara copiosas lágrimas en mi cerveza, que me rasgara los *shorts*, y sollozara por la pérdida de esa hermosa muchacha? ¿Entonces calzaría en lo que usted imagina que es normal y respetable? Lo siento, no practico esos juegos. —Tomó un trago, se sacó la espuma del bigote con la punta del dedo y dijo:

—Tenía un sentimiento casi paternal para con Natalie Clayborne. Parecía inspirarlo. Era una chica llena de contradicciones. Cursó historia de los Estados Unidos conmigo, y parecían fascinarle todos los casos de rebelión, de revolución, de los

de abajo luchando por sus derechos. Me dio la impresión de que deseaba poder gozar de ese tipo de dedicación a una causa. Ah, esto no le sirve a usted. Son todas impresiones, especulaciones fortuitas.

—Creo que usted conoció a la madre de Natalie, a Eleanor Sheridan —dije ásperamente—. Que usted y ella estudiaron juntos hace años.

El profesor se irguió un poco, ladeando la cabeza como si quisiera verme mejor.

—Es cierto —dijo—. Es curioso que usted mencione eso. La conocí a Eleanor hace más de veinte años, y prácticamente la había olvidado. Pero la primera vez que la vi a Natalie tuve la increíble sensación, sólo por un instante, de que era una ilusión. El parecido es asombroso. Sin duda es por eso que me sentí paternal con respecto a la muchacha.

—Sí, este sentimiento paternal me interesa —dije—. ¿Cuál fue exactamente su relación con la madre?

—Ah, *et tu* —dijo Waldo—. Usted es igual que estos freudianos que se encuentran en los cócteles. El sexo es la gran bestia rugiente que nos motiva a todos. Dios, sálvame de tales idioteces.

—Oh, ¡basta de tonterías, Mason! Estoy seguro de que su actuación es todo un éxito en el salón de clase, donde una barba y una mala palabra de vez en cuando convierten a un hombre en un bolchevique de las barricadas. Pero conmigo desperdicia sus talentos. De modo que suspenda el acto y contésteme unas pocas preguntas.

Me miró como si lo hubiera golpeado en la cara con un pescado muerto.

¡Váyase de aquí! —Se puso de pie; tenía la cara del color del vino oporto—. No tengo por qué contestar ninguna de sus insinuaciones obscenas.

Me puse de pie sonriéndole.

—¿A qué le teme, Waldo? Usted fue el que alardeó de haberle acariciado el trasero a la muchacha. Le apuesto que también le acarició el trasero a la madre hace años. Quizás estuviese enamorado de la madre. Pero Eleanor Sheridan lo despreció por el muchacho de Harvard con los millones de dólares. Luego llega Natalie, Eleanor reencarnada, y tiene una segunda oportunidad. No, es mejor que eso. Puede conseguir a la bella dama y vengarse del

muchacho de Harvard al mismo tiempo. Pero quizá Natalie también lo iba a despreciar. Usted no podía aceptarlo dos veces. Las ilusiones que se tienen a los cuarenta son mucho más difíciles de dejar que las de los veintiuno. Entonces quizás usted la mató, Mason.

Se hundió en la silla.

—Dios, qué imaginación tiene. Usted no puede creer eso. Yo no era el amante de Natalie.

—¿Y de su madre?

No me miraba. Tenía la mirada fija en la puesta de sol y parecía estar escuchando música.

—No quiero hablar sobre eso —dijo.

—Entonces hable sobre esto. ¿Dónde estaba el sábado a la noche?

—Estaba aquí, solo —dijo—. Si eso me hace culpable de asesinato, entonces arrésteme. Pero está equivocado. Yo no la maté a Natalie Clayborne.

Estaba demasiado calmo. Los hombres acusados de asesinato generalmente lo niegan con más vigor, culpables o no. Fanfarronean, se indignan, llaman a su abogado, tratan de pegarle una trompada a uno. No se refugian en una armadura de contemplación, indiferente a la acusación. Pero por supuesto Waldo Mason no era un hombre común. Quizá pensó que ésta era una jugada inteligente, otra pose. La barba le cubría la expresión demasiado bien como para poder descifrarla. No había solucionado el problema de la cinta aún, pero empecé a formarme una idea diferente.

Bueno, en mis épocas yo había jugado un poco de ajedrez. Terminé la cerveza, lo felicité a Mason por la calidad de la misma, y empecé a caminar hacia los escalones.

—¿Quiere decir que se va? —dijo.

—¿Por qué no? Usted me dijo que no la mató. Es la gran pregunta que le vine a hacer.

Di vuelta la casa, subí al auto, y lentamente volví al pueblo. Cuando abrí la puerta de la comisaría, sonaba el teléfono. Contesté y Linda dijo mi nombre con esa maravillosa voz ronca.

—Butler, leí sobre el crimen. Qué cosa horrible, especialmente que le ocurra a alguien tan joven y hermosa.

—¿La conocías?

—Reconocí la foto en el diario. La conocí en una de las fiestas de Eddie Bell. El mismo tipo de fiestas a la que se suponía que íbamos a ir esta noche. Llamé porque pensé que te habías olvidado de nuestra cita totalmente.

—En absoluto. ¿Pero piensas que aún harán la fiesta?

—Oh, sí. No iban a perderse la oportunidad de hablar de esto. Pero nosotros no tenemos por qué ir, Butler. Quizá prefieras pasar una noche tranquilo aquí en casa.

—Dime, ¿un artista llamado Metterman estará en la fiesta?

—¿Carl? Sí, no se la va a perder.

—Vayamos a la fiesta —dije—. Quiero conocer algunas de estas personas. Aparentemente la chica Clayborne pasaba mucho tiempo con ellos.

—No entiendo. Pensé que habían arrestado al criminal, ese portero.

—No fue él, pero esto no es para la prensa. Preferiría que el criminal pensase que está libre de sospecha. Podría volverse descuidado.

—Butler ¿quieres decir que podría ser uno de los invitados a la fiesta de Eddie?

—Es posible, si nuestro criminal fuera alguien cuya ausencia fuera notable —dije—. ¿A qué hora te paso a buscar?

Convinimos que fuera a las nueve.

CAPÍTULO NUEVE

Para la fiesta de esa noche vestí ropas de civil, un traje oscuro de verano con la justa mezcla de lana para darle cuerpo, y fui en mi propio auto. Mi auto no salió de un salón de exposición. Lo recibí como pago total por un trabajo que hice para un hombre de Las Vegas. Él tenía tres exactamente iguales a éste, los que usaba para hacer entregas a larga distancia de cajas de dinero efectivo que nunca, figuraba en los resúmenes bancarios de nadie. Acepté el auto a cambio de honorarios por veinte mil dólares porque me pareció una buena inversión para mi supervivencia.

Para el observador casual parece un Mercury del año 1960, negro y bastante usado. Pero la apariencia es engañosa. Se puede manejar este Mercury a doscientos treinta kilómetros por hora si se tienen el camino y el coraje apropiados. Mercedes armó el motor a pedido y se lo montó en un chasis que había sido reconstruido por un mecánico de Las Vegas que era casi un artista. Le instaló un sistema de frenos en las cuatro ruedas, le soldó una capa extra de acero de alta calidad al metal que venía de fábrica, y le montó cuatro barras de acero en el techo. También diseñó las llantas de goma, de carrera, con hilos de metal entretejidos en el nylon. Escondió un compartimento detrás de la guantera y otro del tamaño de una valija debajo del piso del baúl.

El pequeño compartimento del frente contiene una Luger con cartuchos extras, y un Máuser 25. La caja debajo del baúl contiene otras herramientas de mi oficio: un botiquín, de primeros auxilios; ropas y zapatos de repuesto; otra Luger; y una billetera con quinientos dólares y un juego completo de documentos de identidad a nombre de Douglas Hollingworth, consultor económico, con dirección comercial en Cleveland. Es un ardid que sólo será descubierto por la más diligente de las investigaciones.

Cuando emprendo un trabajo detrás del volante del Mercury,

tengo conciencia de una sensación de seguridad. He dormido en él, matado desde él, sangrado en él, y en más de una ocasión su velocidad me ha ayudado a permanecer vivo. Es la ventaja que me doy, la pistola en el sombrero del jugador, la daga en la liga de la dama, las luces de la banquina que nos salvan de accidentes.

Exactamente a las nueve estacioné el Mercury en la entrada de autos de Linda Thorpe. Abrió la puerta en el momento en que yo levantaba la mano para tocar el timbre, y verla me dio un placer que iba más allá de la apreciación sensual. Pudo haber sido a causa de ese momento íntimo que habíamos compartido o, posiblemente, porque ella era de la época anterior al crimen, alguien con quién podía descansar. Llevaba un collar de jade de piedras muy pequeñas, aros que hacían juego, y vestía un traje de noche negro con esos delgados breteles encordados que muerden los hombros con un sedoso susurro de crueldad Me estudió con una sonrisa.

—De modo que esto es lo que viste el granjero cuando no está detrás del arado. Entra, Butler, y prepáranos un trago.

—Vas a extremar la broma de la granja —dije—. Entonces te llevaré ahí para que la visites, te haré poner Levis y una camisa de *denim* y te haré trabajar ocho horas en el campo de heno. Se te irá todo el escepticismo… ¿Qué tomas?

—Un *whisky* muy fuerte. Lo necesitaremos si vamos a intimar con un asesino. —Lo dijo con ligereza, empezó a reírse, y se contuvo—. Lo siento. No puedo sacármelo de la cabeza. O lo tomo como un chiste o me pongo muy triste. Tensión nerviosa, creo.

Permanecí en silencio hasta que llevé los tragos al largo sofá negro. Aceptó el suyo tímidamente, como si esperara que yo me enojara; me senté a su lado.

—Esto no servirá para nada, doctor Watson —le dije—. ¿Cómo vas a poder ayudarme esta noche si vas a tomar a todos los personajes sospechosos por las solapas y registrarles los bolsillos en busca de un arma escondida? Ésos son malos modales, aun como juego de salón.

Nos reímos y dijo:

—De acuerdo, acepto el reproche. ¿Cómo quieres que me comporte esta noche?

—Exactamente como lo haces siempre en estas fiestas. Compórtate con naturalidad con respecto a mí. Esta noche soy sólo

un amigo. Me mezclaré con la gente y charlaré intrascendencias.

—Entonces me estás usando como señuelo. No, ésa no es la palabra.

—Como encubridora, como cubierta —dije—. Pero, recuerda, hicimos esta cita antes del asesinato. Considéralo una salida de placer, con un poco de trabajo de paso.

Fingió retraerse.

—Sin embargo, no estoy segura de que me guste que me usen de este modo. No es muy adulador para la vanidad de la dama.

Era todo pretendidamente muy tímido, así que le quité la copa, puse los dos vasos sobre la mesa, y besé esa boca brillante. Al principio fuimos algo torpes pero pronto se volvió muy caluroso y sensual. Nos separamos sonriendo.

—Diablo —dijo—. No lo había planeado hasta más tarde.

—Lo pediste.

—Sí ¿no es cierto? Butler, no prestes atención si me porto un poco como una tonta contigo. Nunca pensé que volvería a ser así con un hombre otra vez. Ahora ¿puedes devolverme mi copa?

Había sido un beso amistoso a pesar de su gusto carnal, la clase de caricia mutua que a veces es necesaria para aliviarse de tensiones superficiales y establecer una atmósfera en que la conversación sea posible. Poco después Linda dijo:

—Butler ¿recuerdas ese domingo en el cuarto de Quartz cuando nos contaste de la cinta que le habían robado a la chica Clayborne? ¿Había alguna conexión entre ese asunto y su muerte?

—Creo que sí, y no soy el único. El padre de la chica está convencido que la mataron a causa de la cinta. Papito quiere recobrarla.

—¿Pero cómo puede suponer que lo harás? Si encuentras la cinta, tendrás que usarla como evidencia ¿no es cierto? ¿O soy muy inocente sobre esos asuntos?

No contesté. No es que no confiara en ella Era sólo un hábito mío el no revelar los detalles de mi trabajo.

—Eh, Butler. —Puso una mano sobre mi cara y me volvió la cabeza hacia ella—. No trató de sobornarte ¿no?

—Mi querida ¿sugieres que un ciudadano sobresaliente del soberano Estado de Pennsylvania se rebajaría a tal acto? Eres desconfiada.

Su expresión era seria.

—Estoy pensando en ese domingo en el porche de Quartz cuando sugeriste que a veces te contrataban para hacer trabajos que no eran completamente legales. Hay algo siniestro en ti, Butler. Espero que no sea eso lo que te hace atractivo a mis ojos.

—Escuchen quién se preocupa acerca de la pureza de sus emociones —dije—. La anfitriona de La Diligencia, experta en hacer realidad las fantasías de los cansados hombres de negocios.

Asintió; su boca denunciaba cierto calor.

—Pero sólo sus fantasías. Soy la muchacha alegre, la vampiresa, la hermana mayor, la chica del arroyo, la ramera sin corazón, la compañera divertida, la divorciada traviesa. Soy una artista cambiante, la chica de las mil caras. Pero son todos disfraces, Butler.

—Lo sé. —Pensé en mi propio fantasioso deseo de hacerla caminar por el pasto con las piernas desnudas—. Vayamos a la fiesta, mi dulce dama.

Se puso de pie con un movimiento majestuoso.

—Voy a buscar mi abrigo.

Volvió en pocos minutos con una chaqueta pequeñísima con cuello de piel. Encendió la luz del porche, cerró la puerta con llave, y subimos al auto.

Yo había hablado con Eddie Bell acerca del robo en La Diligencia una vez. Era bajo, pelado y de boca regordeta; un hombre vestido a la moda que se movía con rapidez y hablaba con lentitud. Arthur King lo había llamado un «grasiento *voyeur*», pero la descripción no le calzaba al hombre que yo había conocido. Quizá fuese una licencia poética. Le dije a Linda:

—Cuéntame sobre tu amigo Eddie Bell.

Se volvió en el asiento para mirarme.

—Eddie es un buen hombre. Es más complicado de lo que parece. Empezó como jugador en un lugar llamado Steubenville, en Ohio, que presumo es una ciudad bastante violenta.

—La conozco. Una ciudad siderúrgica en las afueras del cordón industrial. Solían llamarla la pequeña Chicago.

—Bueno, él hace chistes sobre aquellos días ahora. Tabernas clandestinas, bares ilegales, un trabajo que tenía de contratar espectáculos para los *night-clubs* locales. Los artistas y las artes lo

fascinan a Eddie. Considera a los artistas gente especial y es conmovedora su actitud en este sentido. Lo admiraba a Howard y le encantaba hablar con él sobre literatura. Eddie se autoeducó, pero es sorprendente cuánto ha leído. Por supuesto que idealiza a los bohemios de la universidad un poco demasiado para mi gusto, pero no hace ningún daño.

—¿Y qué hay de su esposa?

—¿Madge? Es un personaje, dinamita. Pero es una buena persona. Me entenderás mejor cuando la conozcas.

Los Bell vivían en una granja renovada cerca de la ciudad de Jordan. Había varios autos estacionados en la banquina del camino frente a la casa, y el jardín del frente estaba decorado con bicicletas y motonetas. Aparentemente los Bell buscaban el efecto rústico. Camino a la casa pasamos un viejo aljibe cubierto, completo con soga y balde de roble, y en un costado del porche del frente había un matorral de vides. Del porche entramos a un salón gigantesco con vigas a la vista y un hogar de piedra en el que se podía asar un buey. La luz provenía de cuatro grandes candelabros inteligentemente espaciados. El mobiliario era sólido pero no lujoso, con excepción del bar, una suntuosa creación en cuero negro y blanco.

Una mujer alta se separó de un grupo nutrido y vino a saludarnos. Vestía pantalones strech color naranja oscuro que destacaban su figura alta y sinuosa. La blusa se apretaba sobre senos bien marcados y puntudos y dejaba ver parte del diafragma. Tenía pelo rubio atado en una cola corta, sombra verde y un par de enormes aros de cerámica: discos brillantes como tótems africanos color negro. Calzaba sandalias doradas, y tenía las uñas de los pies pintadas del mismo color. Los ojos parecían ardientes, la boca machucada, y toda ella parecía erizada de energía. Ésta, sin ninguna duda, era Madge.

—Linda, muñeca, me alegra que hayas venido —dijo Madge—. Y usted también es bienvenido, señor, aunque no he tenido el placer.

Linda nos presentó.

—Ah, sí —dijo Madge. Se inclinó hacia mí con mirada conspiradora y casi susurró:

—Me alegra que no haya venido con el uniforme. A la mayor

parte de éstos no les hace gracia la poli. —Se rió alegremente de su propio chiste y nos guió hacia el bar—. Tomen una copa. Tenemos vino de varios colores y cosechas. O pueden tomar algo más fuerte, y hay casi de todo para mezclarlo.

—Esta noche estamos los dos tomando *whisky* —dije.

En el preciso momento en que terminaba de preparárselo llegó otro grupo. Madge dijo:

—Ustedes circulen y háganse de amigos. Linda, tú conoces a la mayoría de los invitados.

Pero yo no estaba listo para circular. En cambio la llevé a Linda hasta un par de banquetas a un costado del salón, desde donde podíamos observar la fiesta durante un rato. En un rincón más distante y menos iluminado dos parejas se deslizaban al ritmo del *jazz* de Brubeck frente a un combinado de alta fidelidad. Una chica de pelo largo y medias de baile negras bailaba sola, sacudiendo los brazos, caderas y torso con espectacular abandono. Bailaba de espaldas al salón, como si estuviera cautivada con las contorsiones de su gigantesca sombra.

Había al menos treinta personas en el salón. La mayoría tenían entre dieciocho y veintidós y estos jóvenes, sin excepción, vestían variaciones del aceptado uniforme de la rebelión. Los muchachos mostraban preferencia por pelo largo, barbas y bigotes donde la piel lo permitía, *jeans* y camisas de denim. Las chicas lucían vestidos negros sin forma y medias de algodón, y despreciaban el maquillaje. Vi a un muchacho negro con un físico espléndido y un aro de oro en una oreja y a una chica negra envuelta en un sucio sari rojo. Había mucha teatralización y gestos estilizados entre este grupo joven, pero la característica dominante eran la postura y la expresión de absoluta indiferencia. Esto era más notable en las chicas, cuyas caras suaves, inexpresivas, parecían flotar a la luz de las velas como rasgos pintados sobre globos, sin marcas, sin preocupaciones, sin nervios. Parecían demasiado cansados del mundo a una edad demasiado tierna, cuando difícilmente tenían la suficiente experiencia como para haber agotado las posibilidades de la vida y haberlas juzgado.

Pero aún más alienados que estos jóvenes estaban los bohemios de edad madura de los que había por lo menos una docena de ejemplares en el salón de estar de los Bell. Los encontré cuando

empecé a recorrer el cuarto lentamente, y de vez en cuando me detenía para escucharlos. Aquí estaba el tipo mundano que había encontrado la Verdad en la rueda del alfarero y el telar. Allá estaba el Poeta de Genio Desconocido quien durante años había estado publicando sus poemas en oscuras revistas, y editando una en la que publicaba el trabajo de sus correligionarios. Aquí estaba el Homosexual Feliz, al que apenas se le notaba el maquillaje en la suave luz, exaltando las virtudes de su mal ante un pequeño círculo. Allá, Dios se apiade de ella, estaba la mujercita flaca y fuerte que creía que los males del mundo desaparecían si todos comieran alimentos obtenidos orgánicamente. Se los puede distinguir por su beligerancia, su amargura, el desprecio que le dirigen a uno con que sólo se atreva a sugerir que la de ellos no es la única salvación.

Cuando me detuve y me quedé de pie al lado del hogar, llamativo en mi traje, una de las chicas con sandalias se deslizó hasta mí. La reconocí sólo porque me había mirado en esos ojos grandes y delicados esa tarde. El sentador relleno estaba casi totalmente escondido en un vestido de cañamazo marrón.

—¿Cómo está Arthur? —le pregunté.

—No debió haberlo acusado de ese modo —dijo. Tenía expresión ansiosa, la voz tan suave como campanas musicales—. No le hubiera hecho daño a Natalie Clayborne.

—Eso fue lo que me dijo él. Pero también me dijo que era uno de los poetas de la violencia. Se expresan con demasiada violencia a veces.

—No Arthur. Oh, puede ser brutal y hasta cruel. Pero eso es sólo su temperamento. Nunca mataría.

—¿Qué significa Arthur para usted? —le pregunté—. Y por favor dígame su nombre.

—Soy Nancy Brewer, Una buena amiga de Arthur, eso es todo.

—Apuesto que usted le plancha las camisas —dije.

—¿Cómo dijo?

—La conozco. Usted va allá y le cocina, le limpia el piso, le limpia la máquina de escribir y le masajea el ego. Es su devota súbdita.

Le brillaron los ojos reprobadoramente.

—Eso a usted no le importa para nada.

No, pero alguien debía decirle que no hay futuro en eso de estar

disponible en todo momento. Alguien debía decirle, Nancy Brewer, que usted es un muy rico bocado debajo de todo ese camuflaje.

Apenas disimuló una de sus sonrisas tímidas.

—Piensa que soy una tímida muchachita virgen, una masoquista que disfruta cuando la maltratan.

—No, usted no es realmente tímida. Y en cuanto a ser virgen, estoy seguro de que sacrificó ese artículo por alguna noble causa mucho antes de ahora.

—Eh, usted es vulgar —dijo, sonrojándose ligeramente—. No me extraña que Arthur estuviese molesto.

Luego se le ocurrió algo que la dejó sin respiración. —Dígame, usted no me incluye entre sus sospechosos ¿verdad?

—Usted tenía un motivo —dije—. El muchacho que ama está obsesionado con esta desgraciada rica y fría, que no estaba dispuesta a soltarlo.

Entrecerró los ojos mientras me estudiaba la cara, pero lo que vio en ella la hizo sonreír.

—Se está burlando. Pero tiene razón cuando dice que a mí no me gustaba Natalie. Traté de ser justa, pero «desgraciada rica y fría» es bastante aproximado.

—Espero que no sea tan honesta con todos —dije—. Admito que es encantador, pero nos debiera hacer trabajar un poco.

Otra vez me premió con una sonrisa.

—Oh, basta ya. «Plato sabroso» en verdad. Si no tiene cuidado, puede empezar a gustarme usted.

—Gracias, pero mando las camisas al lavadero —dije.

Entonces me sorprendió. Cerró el puño y me dio juguetonamente en el estómago, guiñó un ojo y se alejó. Supongo que fue un gesto de afecto.

Luego noté que Eddie Bell estaba haciendo de barman y crucé el salón para pedir otro trago. No era nada inepto en su oficio. Alineó seis vasos en el bar y manipulaba hielo, botellas y cucharas como un tahúr que le diera cartas perdedoras a todos menos a la casa. Sirvió los tragos y volvió, prolijo y apuesto con su camisa deportiva azul, pantalones de buen corte y zapatos de gamuza azul. Intercambiamos saludos y me sirvió un trago con un floreo.

—Me alegra que pudiera venir, Butler —dijo—. Me imagino que sabe que acompaña a una persona muy especial. Madge y yo la

queremos mucho a Linda.

Debí ajustarme a la lenta articulación de las palabras después de la agilidad de las manos.

—Así tengo entendido —dije—. Recién se me ocurre, *Mr*. Bell, que usted y yo parecemos encontrarnos sólo después de un crimen violento.

—Dos veces difícilmente forme una constante —dijo—. Y por favor, llámeme Eddie. —Limpió el bar lentamente—. Lo de Natalie Clayborne es un asunto triste. La invité varias veces aquí, y solía chocar perfectamente.

—Me temo que no entiendo.

Su mirada vagó por el salón.

—No es fácil de explicar. No se vestía como las otras chicas. Natalie siempre estaba elegante hasta la punta de los pies, y se ponía vestidos brillantes, y a la moda y tacos altos. Se destacaba entre las otras. No le importaba lucir chic y refinada donde esto era menos apreciado.

—Me sorprende que los demás no se resintieran —dije.

Asintió con la cabeza.

—Tengo una teoría sobre eso. La mayoría de esta gente son excéntricos de uno u otro tipo, aunque estoy seguro de que se resentirían si se los llamara así. Pero se toleran sus propios traumas, y finalmente llegué a la conclusión de que consideraban que el trauma de Natalie era el dinero. No la condenaban por su conspicuo consumo. No resentían su botín porque ella era sincera con respecto a su poesía y todo lo demás. Creo que a usted esto le suena tonto.

—No, coincide con lo que sé acerca de ella. —Este Eddie Bell era un lindo atado de contradicciones. Tenía la coronilla pelada pero abundante vello en los antebrazos. Sus movimientos eran rápidos pero su conversación lenta. La dureza de los ojos era neutralizada por las delicadas pestañas. Una vez se había asociado con rufianes y ahora con este grupo en búsqueda de los intangibles placeres del arte. Era un tipo de ciudad en una casa de campo, un hombre bajo con una mujer alta, y podía decir «botín» y «consumo conspicuo» en la misma frase.

En ese momento vi que un grupo iba a caer sobre nosotros con vasos vacíos.

—Eddie, busquemos un lugar tranquilo. Tengo unas pocas

preguntas más sobre Natalie.

Su expresión era burlona.

—Claro, no me importa. Usemos el patio.

Bordeamos el salón, abrió una puerta corrediza de vidrio, y salimos a un patio de lajas iluminadas con una lámpara de diligencia, color ámbar, montada sobre un poste. Eddie quitó la lona de la hamaca y nos sentamos. Tardó un largo rato encendiendo un cigarrillo.

—Pensé que el caso estaba cerrado —dijo—. Pensé que atraparon a este degenerado sexual y que tenían la prueba incriminatoria contra él.

—Sí, pero el padre de la chica está en el pueblo armando un alboroto —dije—. Estamos complaciendo al hombre. Dice que Natalie le escribía fielmente, y que lo mencionó a usted en una o dos cartas. Me pareció que valía la pena hacer un par de preguntas.

—No puedo imaginarme por qué Natalie me mencionó —dijo Eddie—. Él había arreglado los asientos de modo que la luz ámbar cayera sobre mi cara y que sus rasgos estuviesen ocultos en las sombras. Pudo haber sido casual.

Le dirigí la más afable de mis sonrisas.

—Estoy seguro de que no era nada incriminatorio. Algo acerca de su invitación para que ella leyera sus poemas. El viejo piensa que la poesía es hojarasca, por lo tanto eso lo hace un poco sospechoso.

—Que Eddie Bell pague los platos rotos por la poesía es un buen chiste —dijo—. Por supuesto, la invité a leer sus cosas aquí. Lo hago con muchos de los estudiantes. Por ejemplo, un estudiante nos va a leer una obra de teatro esta noche. El autor está demasiado influenciado por Beckett, pero es una pieza provocativa.

Otra vez me chocó la paradoja, como ver a un hombre que caminara por la playa con traje de baño y polainas.

—Eddie, sería de utilidad si usted me pudiera decir qué personas frecuentaba Natalie en este grupo. Debió de haber tenido amigos. Usted me dijo de qué modo brillaba entre la chusma.

—Sí, pero ése era precisamente el problema. Intimidaba a la mayoría de estos chicos. Era demasiado serena, demasiado refinada, inaccesible. Carl Metterman era una excepción, por supuesto. Fueron muy íntimos durante un tiempo, y él está aquí esta noche. Pero si lo que usted busca es alguna relación amorosa, no creo que

él sea el tipo que usted busca.

—¿Por qué no?

—Me pone en un aprieto. Cuentos de la universidad, y esas cosas. Pero realmente mi autoridad en este tema es Madge. Está convencida de que a Metterman realmente no le gustan las mujeres, si usted me entiende. Claro que podría ser lo que llaman ambidextro, pero Madge dice que no. Rumores, si de algo valen…

—Ahora soy yo el que está en aprietos —dije—. No es mi intención ser grosero, Eddie, ¿pero no puede haber una posibilidad de que sea que a Metterman no le guste Madge solamente? —Muy a menudo uno puede juzgar a un hombre por su reacción a una pregunta tal, y mi esperanza era poder verlo a Eddie Bell sin las contradicciones. Casi esperaba un retorno a la Pequeña Chicago, pero en cambio se volvió formal y remilgado.

Poniéndose de pie, Eddie inhaló aire en los pulmones y me miró desde arriba.

—*Mr*. Butler, no tolero insultos a mi esposa. De nadie.

—Mis disculpas, si lo tomó de ese modo. No fue mi intención insultarla.

Se quedó ahí un minuto, con la luz ámbar brillando como barniz sobre su coronilla; luego se dio vuelta y entró en la casa. Yo saqué un cigarrillo negro y le guiñé el ojo a la llama del fósforo mientras lo prendía. O había aprovechado la oportunidad para terminar nuestra conversación con esta representación de su indignación, o no estaba muy tranquilo con respecto a su esposa. Madge tenía el aspecto de una mujer capaz de intranquilizar a un hombre. No era hermosa, casi ni siquiera bonita, pero derramaba ese brillo neón y ese frenesí que hacían que uno sospechara que no estaba nunca sin hacer nada, nunca solitaria, nunca satisfecha. Inevitablemente la empecé a comparar con Linda, y sin preaviso la comparación produjo una imagen que casi me hace comer el cigarrillo. Madge había sido la modelo de las pequeñas estatuas negras en la casa de Linda. Yo había subestimado al escultor. Era mejor de lo que yo había pensado. Qué inteligente haberla hecho negra y pulida, con bordes agudos, metálicos, como nervios a flor de piel, y todos los espasmos helados en el espacio. Si yo fuera Eddie Bell, y si hubiera visto esa exposición de estatuas, estaría intranquilo también.

Tiré el cigarrillo en el asador y volví a la fiesta. La conversación

era más animada, la risa más maníaca, y Brubeck había sido reemplazado en el tocadiscos por Coleman Hawkins. Dientes y adornos de cerámica brillaban como luces de señales en la semioscuridad. Linda Thorpe atrajo mi atención desde el otro lado del salón y me llamó con los ojos. Formaba parte de un grupo reunido alrededor de una mesa baja; la mayoría estaban sentados sobre almohadones. Me abrí paso hasta allá y me senté en el suelo al lado de ella.

Hablaban sobre el asesinato. Un hombre joven de bigote amarillo insistía en que la muerte de Natalie era un ejemplo perfecto de cómo las fuerzas brutas de nuestra sociedad tienden a destruir lo que es puro y hermoso. Una chica delgada de ojos brillantes lo desechó como craso sentimentalismo. Ella la había conocido a Natalie personalmente, y en su opinión la tragedia real aquí era el hecho de que una chica talentosa y bella había sido privada de su vida antes de que la empezara a vivir. Una tercera sugirió reunir y publicar la poesía de Natalie. Le apreté el brazo a Linda, y me siguió a un rincón vacío del salón.

—Lo discuten con tanto gusto —dije.

Su sonrisa era suave, triste.

—Son jóvenes. Lo convierten en filosofía para protegerse del horror.

Ese pensamiento sabio aumentó todos sus encantos a mis ojos. A veces las palabras memorables de una mujer pueden tener más impacto que la intimidad física, y sentí ese tipo de emoción hacia ella ahora. Pero Linda estaba pensando en otra cosa.

—Te vi salir con Eddie, y parecía enojado cuando volvió. Seguramente no lo habrás estado acusando. Trabajó en La Diligencia hasta las tres de la mañana esta noche.

—Piensa que insulté a su esposa. Debió haber esperado. Estaba a punto de decirle que había admirado su cuerpo desnudo en varias poses la otra noche.

Linda retrocedió un paso vivamente.

—Eres despierto, Butler. Sí, Madge posó para Barrows el escultor. Lo hizo a escondidas y Eddie se puso furioso cuando vio el resultado. Así que me alegro que no hayas mencionado las estatuas.

Estudié el salón lo mejor que pude en esa escasa luz.

—Waldo no vino hoy. No muy deportivo de su parte.

—¿Hablas de Waldo Mason? ¿Era uno de los que esperabas ver aquí?

—Sí. Lo conoces.

—Tanto como lo quiero conocer. Lo vi aquí dos veces. Me hacía acordar a algún personaje de Shakespeare, un rey con su corte.

—¿Lo viste alguna vez con la chica Clayborne?

—No que me acuerde. Me temo que no vengo a muchas de las fiestas de Eddie. ¿Estaba ella enredada con un hombre tan viejo, tan… casi digo «grotesco»?

—Hablaremos de eso después. En ese momento quiero que me presentes a Carl Metterman.

—Todo es trabajo y nada diversión. Butler, estoy empezando a pensar que la única manera de conseguir que me hagas caso será convertirme en sospechosa.

—Ten cuidado. Sabes qué pasó la última vez que empezaste esto.

—¿El beso? Quizá sea eso lo que tengo en mente. —Hizo una mueca con la boca, como si no pudiera contener el deseo, y estuve tentado de llevarla rápidamente a un lugar más íntimo. Pero se apartó de mí.

—Lo siento. No debiera comportarme así cuando estás trabajando. Allá, ese tipo musculoso de pelo rubio. Ése es Carl Metterman.

Estaba sentado en un semicírculo con varios de los jóvenes, y mientras yo lo observaba terminó de contar un cuento que los hizo reír. Metterman era ciertamente musculoso. Tenía sandalias de cuero, pantalones ajustados y una camisa cerrada de una tela que podría haber tejido él mismo. Tenía cabello dorado, espeso y largo, con un ondulado tan hermoso que uno se preguntaba si se lo habría hecho peinar. Era un verdadero nórdico, de pálidos ojos azules y un bronceado maravilloso por ser el comienzo de la primavera. En esta luz no me era posible decir cuántos años tenía. Podía tener entre los treinta y los cincuenta. Lo había visto en la calle, pero no había sabido que era el dueño del pequeño negocio de artesanía de la calle principal hasta que me lo dijo Arthur King.

—Atráelo al patio —dije—. Luego inventa alguna excusa para dejarnos solos.

—Puede no ser susceptible a mis encantos —dijo—. Madge me

dijo…

—Ya sé, pero usa la imaginación. Dile que un hombre quiere verlo.

Caminé hacia el bar, que estaba abandonado de momento, y me preparé un trago para llevar al patio. Afortunadamente el lugar estaba aún vacío, y esta vez me senté donde la luz me diera en la espalda. Un par de polillas revoloteó alrededor de la luz ámbar y los grillos cantaban en la oscuridad.

Linda y Carl Metterman emergieron de la casa cuando yo terminaba el trago. Era seis centímetros más alto que yo y estaba engordando en la cintura. Me puse de pie para la presentación. Su apretón de manos fue vigoroso.

—Entiendo que usted quiere hablar conmigo acerca de algo importante —dijo.

—Linda, estás exagerando otra vez —dije en tono alegre—. No, *Mr*. Metterman es sólo que Natalie Clayborne lo mencionó a usted en una carta que le escribió al padre. Pensé que usted podría ayudarnos a aclarar algunos detalles.

—¿Me mencionó en sus cartas? No sé si sentirme halagado o molesto. ¿De qué modo puedo ayudar? —Se sentó a mi lado.

Linda dijo:

—Ustedes dos hablen. Hace demasiado frío aquí para mí sin mi abrigo. Te veré adentro, Butler.

Esperé hasta que la puerta se cerró detrás de ella. Luego empecé:

—¿Cuánto hace que enseña en la universidad, *Mr*. Metterman?

—Es fácil contestar. Vine en el treinta y siete, así que hace veinticinco años. Enseñé *full-time* durante un tiempo, luego abrí mi negocio en el pueblo. Ahora enseño cerámica y tejido y, ocasionalmente, diseño.

—Parece demasiado joven para haber estado aquí tanto tiempo —dije.

—Si quiere saber mi edad, *Mr*. Butler, sólo tiene que preguntar. Tengo cuarenta y seis. Vine cuando tenía veintiuno.

—Entonces usted debió de haberla conocido a la madre de Natalie Clayborne —dije—. Se graduó en Jordan en el treinta y nueve.

Su expresión se hizo neutra. Había existido un antagonismo mutuo desde el apretón de manos, como si hiciera tiempo que se

hubiera preparado para esta entrevista. Se alzó de hombros.

—Pude haber conocido a la mujer, pero hace tanto tiempo.

Terminé la farsa.

—Su nombre era Eleanor Sheridan. Y usted posiblemente hizo un dibujo de ella desnuda. Era un dibujo muy detallado, de una mujer de costado, pero sin cara. Natalie tenía el dibujo colgado en su pieza. Estaba ahí ayer, pero ahora desapareció.

—¿Lo interpreté bien? ¿Me está acusando de robar ese dibujo?

—Todavía no. Primero le estoy preguntando si se acuerda de haberlo pintado.

—Eso es igualmente ridículo. ¿Quién puede contestar una pregunta así? He hecho literalmente miles de dibujos a través de los años, y muchos de ellos eran desnudos. Tenemos clases con modelos naturales siempre. Y usted me pide que recuerde un miserable dibujo hecho hace veinte años. Usted me divierte, *Mr*. Butler. Me hace reír. —Dio un bufido de desprecio.

—Usted es bastante chistoso también, *Mr*. Metterman. Lo oí ahí dentro antes contándole a esas pollitas frías qué viril es usted porque trabaja con las manos. ¿Es la misma técnica que usó con Natalie?

Se irguió arrogantemente, un verdadero prusiano.

—Usted asume que un hombre es despreciable porque elige ganarse la vida en una forma original. Sucede que me gusta trabajar con las manos. Oh, no pretendo ser un artista. Pero soy un artesano competente. Me gusta diseñar en telas y cerámicas, y vivo una vida simple.

—Metterman, estoy impresionado. Ahora cuénteme sobre usted y Natalie.

Otra vez se alzó de hombros elocuentemente.

—Hay poco que decir. Estaba interesada en mi trabajo, y parecía poder relajarse en mi presencia. Decía que tenía una influencia sedante sobre ella. Me lo han dicho otras veces.

—Lo creo. —Su expresión era indiferente, soñadora, tan ascética como podía serlo una cara tan suave y bien alimentada. Yo estaba convencido de que era un catorce kilates falso, pero no podía presionarlo hasta no tener algo en su contra. Me puse de pie—. Es todo por ahora, *Mr*. Metterman, y gracias.

—¿Por ahora? ¿Qué quiere decir eso? Seguramente hemos

agotado el tema.

—Nunca se sabe. Tengo la corazonada de que un común interés en el arte nos pondrá en comunicación otra vez. —Lo dejé con ese pequeño pensamiento y volví a la fiesta.

Había mucha actividad alrededor del hogar en el extremo del salón y me di cuenta de que Eddie y su grupo estaban organizando un escenario para el teatro leído. La pista de baile estaba desierta pero había un disco en el tocadiscos que no parecía pertenecer al lugar, una canción del pasado que traía recuerdos. Era «Mentiritas», un fondo apropiado para mi conversación con Metterman. La vi a Linda sola cerca del bar, fui hasta allí, y le pregunté si quería bailar.

—Me encantaría, Butler.

No dijo nada más hasta que terminó la canción. Fue un baile totalmente íntimo. Su cintura era fuerte y cimbreante, como nervios de seda, y su respiración en mi cuello suave como las alas de una polilla. El momento de encanto nos separó de los otros que estaban en el salón tan definitivamente que, cuando se terminó el disco, también se terminó la fiesta para nosotros.

—Sin querer ser descortés con Eddie y Madge, pero preferiría pasar por alto la obra de teatro —dije.

—¡Sí! Vamos. Están todos ocupados ahora. Buscaré mi abrigo.

No creo que nadie haya notado nuestra partida. Linda se apoyó en mi brazo con una presión constante mientras avanzábamos por el sendero hasta el auto, murmurando la canción del disco en un susurro. En el Mercury puso la cabeza sobre mi hombro y la besé.

Cuando levanté la cabeza, sonrió y dijo:

—Butler, no me importa cuán siniestro eres o qué clase de trabajo te contratan para hacer.

La hice sentarse derecha mientras arrancaba el auto. No se me ocurrió abrir la caja secreta detrás de la guantera y armarme de la Luger. No creí que necesitara una pistola simplemente para llevar a mi chica a casa de vuelta de una fiesta.

CAPÍTULO DIEZ

Sólo el *amateur* se puede refugiar en la excusa de que su mente estaba tan saturada de pensamientos amorosos que no pudo reaccionar ante las señales de peligro. Hubo al menos dos que debí haber detectado. Una era la
pick-up
negra estacionada media cuadra más abajo, frente al camino, brevemente expuesta por las luces del auto cuando doblé para entrar en lo de Linda. La segunda fue el comentario que ella murmuró perezosamente en mi hombro. «Parece que se quemó la bombilla del pórtico». Y además debí haberlos olido.

Pero esto no es para criticar el modo en que lo prepararon. Había tres esperándonos en la casa oscura, cada uno en un puesto determinado. Hasta los ayudé cegándonos con la luz del encendedor, al prender un cigarrillo mientras Linda abría la puerta. El primer indicio de que algo andaba mal lo tuve después que Linda había cruzado el umbral y yo había iniciado el paso para seguirla. De un tirón su figura desapareció en la oscuridad fuera de mi campo visual. Yo me abalancé para completar el paso y entré violentamente de costado. Aun así un fuerte golpe resonó contra un costado de mi cráneo, y me encendió una luz amarilla detrás del ojo izquierdo, me abrasó la oreja y chocó contra la parte superior del hombro con un impacto que pareció destrozarme los nervios hasta la punta de los dedos.

Caí de espaldas y me deslicé unos centímetros por el mero impulso. La puerta se había cerrado detrás de mí, dejando el cuarto en total oscuridad. Yo sentía que se me había rajado la cabeza y en vez del brazo me habían atado un durmiente del ferrocarril. No había el más mínimo sonido por parte de Linda desde el momento en que la levantaron en vilo, y me pregunté si la habrían golpeado

también. Sentí que me corría sangre por el cuello.

Justo en ese momento una voz fuerte gritó:

—Dale a la luz, Charlie. Le pegué un buen golpe, pero se estaba moviendo y podría estar fingiendo.

—Ahí voy, LeRoy —dijo Charlie, y se encendieron las luces. Fingí estar inconsciente. No requería mucha actuación.

—¡Por Dios! ¡Miren la sangre! —Era la voz de Charlie—. Lo zurraste con ganas, LeRoy. Quizá lo mataste.

—Veamos —dijo LeRoy. Se acercó y me pateó en el muslo.

Yo medio esperaba un puntapié, pero ni remotamente tan fuerte, y no pude refrenar el grito que se me escapó.

—No, está sólo atontado, es todo. Lo llevaré al hogar, y tú trae a esa perra, Cash. Pongámonos cómodos.

Entonces se oyó una tercera voz.

—La llevaré, LeRoy, pero tengo que sujetarla. Éste es un paquete sabroso para sujetar. Mira cómo se retuerce.

—¡Basta! —ordenó LeRoy—. Te comportas bien con ella hasta que yo te diga lo contrario. —Asió la parte de atrás de mi cinturón con una mano, me levantó del piso, y me tiró sobre la alfombra al lado del hogar. Eran noventa y cinco kilos de peso muerto y sólo me arrastraron las manos durante el trayecto.

—Quítale el revólver, Charlie.

Unas manos fuertes me dieron vuelta y me exploraron el cuerpo.

—No tiene revólver. Parece que no carga un arma cuando anda galanteando. Aquí está la billetera.

—Dámela —dijo LeRoy, oí el chasquido del plástico y LeRoy dijo:

—Sí, éste es el pájaro que buscábamos. Cash, sácale las manos de encima a esa mujer.

—Pero se está resistiendo —dijo Cash—. Es una gata, maldición si no lo es. —Tenía voz nasal, aguda, que reflejaba nerviosidad, o demencia.

LeRoy dijo:

—Mujer, si no la terminas con eso, te voy a dar un golpe. No hagas que te rompa esa linda cara. Sería una verdadera pena.

Arriesgué una mirada. El que se llamaba Cash la tenía a Linda sobre el sofá de cuero negro. Con uno de los brazos le sujetaba los de ella a lo largo del cuerpo, y con la otra mano le tapaba la boca,

clavándole los dedos en las mejillas. Se le había roto uno de los breteles del vestido y tenía la parte superior del pecho brillante de transpiración. Cash era un hombre alto y huesudo de espeso pelo negro, torcidos dientes amarillos y manos peludas. Le faltaba la mitad del lóbulo de la oreja derecha, como si se lo hubieran arrancado de un mordiscón.

Charlie, que estaba de pie con una escopeta de caño recortado acunada en el brazo izquierdo, se parecía lo bastante a Cash como para ser su hermano gemelo. Tenían piel oscura, pómulos prominentes, de un modo que sugería sangre india.

LeRoy era un buey. Podría medir un metro setenta, pero era tan ancho que parecía más bajo. La espalda era de un metro de ancho, y no parecía tener ni muñecas ni cuello. Tenía pelo amarillo, hirsuto y largo, y la boca le colgaba de un lado como si el cuchillo que le había dejado una cicatriz de siete centímetros en la mejilla, le hubiera cortado un nervio importante. Se golpeaba la palma de la mano suavemente con una cachiporra casera. Era una cachiporra de unos veinte centímetros de largo y ancha como mi muñeca; parecía un zoquete de lana lleno hasta el tope con perdigones doble cero. Como mango tenía una correa de cuero. En manos de este personaje era un arma tan letal como un hacha.

Parecían muchachos de las montañas Cumberland, en los Apalaches, descendientes de esos brutos montañeses que se habían establecido en las tierras altas de Kentucky y habían perseverado en la vida primitiva de la frontera con toda la tenacidad y superstición de los indios que ellos habían exterminado. Yo había conocido a muchos de éstos en el Cuerpo de Infantería de Marina. Durante generaciones han vivido de la tierra, y parte de su tradición es despreciar todo esfuerzo por domar sus almas sin ley. Arman camorras con puños, revólveres y cuchillos, comen grasa de cerdo y coles verdes, beben su fuerte *whisky*, y procrean entre ellos con impunidad. Es la raza de hombres más cínica, endurecida y amarga que yo haya encontrado fuera de las paredes de una prisión. En la Marina eran difíciles de disciplinar, pero en combate nunca vi tipos más valientes y salvajes para matar que éstos. Una vez encontré a uno de éstos en Tarawa arrancando cueros cabelludos japoneses con la bayoneta.

Éstos eran los mismos tres brutos que le habían dado esa paliza

a Quartz en La Diligencia aquella noche.

La cabeza me latía, pero tenía buena visión y sentí que la sangre me circulaba en el brazo izquierdo. La mano me hormigueaba como si me hubiera congelado.

Cash le susurró algo a Linda en el oído y ella saltó violentamente entre sus brazos.

—Basta de molestar con esa perra —dijo LeRoy—. ¿Dónde está ese rollo de cinta? ¿Tengo que hacer todo en este asunto?

—Está en la cocina —dijo Charlie—. Voy a buscarlo. No te olvides de Juan Ley. Podría ocurrírsele saltarte encima.

—Espero que lo haga —dijo LeRoy—. No es muy divertido patear un saco de carbón. —LeRoy me aguijoneó con la cachiporra y luego volvió a dirigir su atención a Linda—. Mujer, te vamos a destapar la boca para poder pegar la cinta. Si empiezas a gritar, te parto el cráneo. Así que no seas tonta.

Eché otro vistazo furtivo en derredor buscando un arma. Encontré una sobre un pedestal a unos diez centímetros de donde yo estaba, una de las negras estatuas de Madge Bell. Era de unos sesenta centímetros de alto, acero serrado, con las manos elevadas delante del cuerpo como garras. Yo no tenía mucho tiempo para hacer planes.

Oí que Cash volvía y luego el largo rasguido de la cinta que se desenrollaba.

—Recuerda lo que te dije, mujer —dijo LeRoy. Linda ahogó un sollozo cuando Cash le sacó la mano de la boca. Un minuto después LeRoy dijo:

—Listo, denla vuelta boca arriba, y le sujetaremos los brazos también. Chico, es un bocado ¿no? Toca aquí, Charlie. Suave y tierna como es largo el día. Nunca le han dado con un cinturón.

Nada de esto me irritaba. Desde el golpe en la cabeza me sentí invadido de esa vitalidad calma, criminal, que se desarrolla sólo durante un combate. Mi plan era eliminar primero al hombre con el arma más mortal. Ése sería Charlie y la escopeta. La escopeta me preocupaba mucho. Pero si tenía bastante suerte como para echarle mano, los podría dejar secos. Esperé, mirándolos con ojos entrecerrados, y cometieron su primer error.

Charlie puso la escopeta sobre la mesa al lado del sofá para participar en la diversión y los juegos.

—Quizás éste sea el momento de golpearla, LeRoy —dijo—. Le advertimos que cerrara la boca sobre Nell y ese brazalete, pero no nos hizo caso. Se lo buscó ¿no es cierto, LeRoy?

La tenían boca abajo en el sofá. Cash estaba sentado sobre los pies de Linda, disfrutando las travesuras de LeRoy. Éste estaba en cuclillas enfrente del sofá, usando las manos. Charlie se había acercado para tocarla y estaba a unos diez centímetros de la escopeta. Yo no podía contar con que alcanzaría la escopeta, pero hice un rápido cambio en mi plan de ataque. El primer blanco era LeRoy. Y el momento era ahora. Nunca tendría una oportunidad mejor. Aspiré profundamente y me abalancé sobre la estatua.

Cash dio un grito y LeRoy saltó sobre sus pies. Aún me daba la espalda cuando lo golpeé en un costado de la cabeza con la estatua. Ésta se rompió en dos pedazos. LeRoy cayó de costado, pero Charlie se lanzó hacia la escopeta. Yo me abalancé tras de él, bastante obstaculizado por el dolor del puntapié que LeRoy me había propinado en la pierna. Justo en el momento en que Charlie tomaba la escopeta con ambas manos, lo golpeé en la cabeza con el extremo de la estatua tan fuerte como me fue posible. Se estrelló contra la pared, con escopeta y todo, y cuando me volví lo vi a Cash que desesperadamente estaba tratando de echarle mano a una automática 45 que tenía en el cinturón. Justo en el momento en que había logrado sacarla lo golpeé en el hombro.

El sofá se volcó hacia atrás, tirándonos a los tres sobre el piso. Cash era un gato montés, gritaba, trataba de engatusarme, me clavaba las uñas. Había perdido la pistola cuando dimos contra el piso, y yo había perdido el pedazo de estatua. Dimos tres volteretas, y luego le di fuerte con la rodilla donde duele, lo tomé de una muñeca huesuda e hice palanca con su brazo detrás de la espalda. Intentaba clavarme la mano libre en los ojos cuando le rompí el hombro. El grito que largó me dio en la cara con un olor a carne podrida.

Estaba sacándomelo de encima cuando LeRoy gritó mi nombre como el rugido del trueno dentro del cuarto.

—Butler, lo voy a matar por lo que hizo.

Aparentemente era indestructible. Estaba de pie en el otro extremo del sofá, limpiándose la sangre de la cara con el brazo y blandiendo su cachiporra letal en la otra mano. Me alejé un metro y

levanté la 45 de Cash del piso. Apreté el caño para poner un cartucho en la cámara y amartillar el arma. LeRoy tiró la cabeza para atrás y se rió.

—Adelante, *cowboy*, pégueme un tiro. Ni siquiera está cargada. No le dejamos llevar una cargada a Cash. Tiene un tornillo flojo. Aquí está la que tiene balas. —Acarició una 45 sujeta a su ancho cinturón de cuero—. Es suya si me la puede sacar. —Empezó a moverse hacia mí, sonriendo socarronamente con la mitad de la boca que no estaba paralizada.

Linda yacía donde había caído cuando el sofá se dio vuelta, con las manos atadas detrás de la espalda. Tenía la cara tan blanca que parecía artificial. Sosteniendo el arma como un garrote, me moví para alejarlo a LeRoy de ella lo más posible.

Avanzó agachado, sobre la punta de los pies, como un boxeador, con la cachiporra en alto como un hacha pequeña. Con la fuerza que tenía yo no podía arriesgarme a tomarlo de la muñeca y hacerlo voltear. Así que decidí arremeter contra la misma cachiporra. Sería lo que él menos se imaginaría. Después de la violenta exhibición que yo había hecho, LeRoy imaginaría que yo trataría de golpearlo en la cabeza con la pistola. Tratamos de engañarnos y saltamos, dando vueltas como dos cangrejos. Repentinamente LeRoy saltó hacia adelante y trató de partirme la cabeza. Casi me pesca agachado. La punta de la cachiporra me hizo arder la mejilla. LeRoy levantó rápidamente el otro brazo para protegerse la cara, pero le tiré la pistola y me abalancé sobre la cachiporra, esperando que la correa estuviera bien asegurada a su muñeca. Lo estaba. Tomando la cachiporra con las dos manos, me alejé de él de un salto y le hice perder el equilibrio. Mientras luchaba por recobrarlo, me moví a sus espaldas y le llevé el brazo derecho atrás del hombro con toda mi fuerza. LeRoy se estrelló contra el piso, de espaldas. Antes de que se pudiera recobrar le saqué la 45 del cinturón y le pegué fuerte en la boca. Sentí que se le rompían los dientes y quizás el hueso. Luego le metí el caño de la pistola bien hondo en la boca, hasta el disparador. No estaba intentando asustarlo. Le iba a volar la cabeza de un tiro.

Charlie le salvó la vida. Mientras estábamos peleando, Charlie había recuperado la escopeta, la había levantado a Linda contra el volcado sofá, y le había hundido el caño entre los senos.

—No lo mates, rufián —gritó—. O habrá pedazos de esta pelirroja en todo el sofá.

Me empezó a temblar la mano y LeRoy comenzó a tener náuseas por la sangre que tenía en la boca. Yo temía que Charlie se arriesgara a dispararme a pesar del peligro de darle a LeRoy, pero aparentemente la carga que tenía en la escopeta no se lo permitía. En tales momentos hay que decidir instantáneamente.

—De acuerdo, suelta la escopeta y saldrán todos de aquí.

—No, usted primero. No me gusta el modo en que juega. Es el desgraciado más frío y calculador que haya visto después de LeRoy.

—Si crees eso, amigo, mejor que creas también esto —dije—. Esa mujer es exactamente lo que la llamaste, en cuanto a mí se refiere, una perra. Ni me acordaré de ella cinco minutos después que la hayas matado. Pero antes de que aprietes ese disparador, lo mataré a LeRoy y a ti también. Ahora vete. O dispara. No hay otro camino.

El tono de mi voz lo convenció. Le quité la escopeta de encima a Linda y me apuntó a mí. Parecía la entrada del Lincoln Tunnel.

—¿Cómo quiere que desempatemos? —dijo.

—Deja esa escopeta en el piso y ve a traer el camión. Da marcha atrás en la entrada de coches y yo te entregaré al gordito.

—No hay acuerdo. Lo mataría tan pronto como yo saliera. O me mataría antes de que yo llegara a la puerta.

LeRoy se iba a morir asfixiado de todos modos si yo no hacía algo rápido. Así que le saqué la pistola de la boca, la apoyé contra su nuca y lo hice sentar. Escupió sangre y dientes sobre el piso.

—Dile, LeRoy —le dije.

—Aprovecha la oportunidad, Charlie. Me duele.

—Déjeme vaciar la escopeta y llevármela —dijo Charlie—. Me costó cincuenta dólares.

Era una pequeña concesión, pero yo temía que tuviera más cartuchos en el camión.

—Tienes que dejar la escopeta.

—Sucio desgraciado inservible podrido —dijo con voz monótona, y la dejó en el suelo. Fue hasta donde estaba Cash, que estaba consciente pero sollozando. Lo ayudó a ponerse de pie, y llegaron a la puerta sin más que algunos lamentos.

Desenganché la cachiporra de la muñeca de LeRoy y lo hice

ponerse de pie. Se sacudió como un toro y tosió más sangre, pero caminó firmemente hasta la puerta. Cuando apareció el camión, salí con él; luego me situé detrás de mi Mercury. Pero LeRoy se dirigió directamente al camión y subió. A mí me disgustaba la idea de que se fueran así no más, pero no tenía ninguna utilidad dar la alarma. Podían elegir entre una docena de caminos secundarios para salir de la ciudad de Jordan, y podrían dirigirse tanto a Virginia Occidental como a Kentucky. Pero fue un terrible error dejarlos ir. Esta raza nunca deja una cuenta sin saldar, especialmente si se ha derramado sangre y volverían si no se les daba caza antes.

Debí haberlos matado cuando Charlie dejó la escopeta en el suelo. Sólo dos cosas me detuvieron, y ninguna de las dos era la conciencia. No, me inhibían los horrorizados ojos de Linda Thorpe, y la posibilidad de que quizá ni siquiera mi medalla de comisario fuera suficiente permiso para explicárselo satisfactoriamente al comisario general Casey. Porque cuando se trata de asesinos yo no soy partidario de la encantadora fantasía del duelo en la calle polvorienta, el código del juego limpio del héroe americano tal como lo fabrican Hollywood y la
TV
. Si el primer golpe de LeRoy me hubiese pescado con los pies bien apoyados en el suelo, me hubiera hundido parte del cráneo en el cerebro. No podía excusarlo como un caso de sobreexcitación. Si a alguien se le ocurre dejarme lisiado o matarme yo lo mataré con impunidad y antes de hacerlo no le daré una pistola para que se defienda.

Pero ya se habían ido y entré renqueando a la casa, dolorido en una docena de lugares. Durante mi ausencia Linda había logrado ponerse de pie de algún modo y estaba apoyada contra el volcado sofá con las piernas abiertas en una posición forzada. Tenía el pelo desordenado, los ojos desenfrenados, y una mejilla sucia o magullada sobre la cinta negra de electricista que le habían pegado sobre la boca. Cuando me vio empezó a tambalearse, y de las hinchadas aletas de la nariz le salió un sonido ahogado. Corrí y cayó en mis brazos en un desmayo profundo; la acomodé sobre el piso. Luego le arranqué la cinta de la boca y muñecas.

Este pequeño esfuerzo me desató otro dentado relámpago detrás del ojo izquierdo. El rayo me pinchó la parte superior de la médula

como si fuera un *shock* eléctrico. Me dolió como los mil demonios y me asustó. Tenía la sospecha de que LeRoy me había astillado un hueso y que éste estaba cortándome algo precioso e irreparable. Fui al bar, destapé una botella de *bourbon*, la llevé hasta una silla y me tomé un trago bien largo. Cuando este trago se hubo asentado, tomé otro. Pronto sentí la seductora influencia del sueño, que es una de las reacciones a la violencia y el dolor. Si no hubiera sido por Linda, hubiera apoyado la cabeza y me hubiera dejado hundir en él. Pero me puse de pie y necesité de toda mi energía para levantarla y llevarla a su dormitorio.

Linda respiraba espasmódica y entrecortadamente, pero tenía buen pulso y no descubrí ningún hueso roto. La cubrí con una frazada, fui hasta el Mercury, y saqué mi caja de primeros auxilios del compartimento del baúl. Mientras estaba ahí busqué una Luger, para contrapeso ya que no para otra cosa a esta altura del juego. Cuando volví cerré la puerta de calle con llave y junté las armas que habíamos desparramado por el cuarto, la escopeta, dos 45, y la cachiporra. Hasta Casey se impresionaría con esa colección. Las escondí en el armario de los discos. No me sentía suficientemente fuerte para enderezar el sofá. Linda no se había movido. Su respiración era aún espasmódica, como si tuviera los pulmones comprimidos por la tensión. Le di sales para oler. Dio vuelta la cabeza para evitar el fuerte olor, susurró algo incomprensible, y luego abrió los ojos y la boca bien grandes. Se aferró de mi brazo con el pánico de alguien que está por desmayarse por tercera vez.

—Tranquila, mujer —dije—. Todo terminó. Se han ido.

Estaba tratando de dar ese respiro profundo que ayuda a estabilizarse. Logró dar uno, luego otro, y lentamente me soltó el brazo y se acomodó en la almohada.

—Oh, Butler, eran brutales con las manos. Pensé que te habían matado. Casi enloquecí de miedo. Soy tan cobarde.

—Simplemente relájate y toma un trago de este *bourbon*. Tenemos mucho tiempo para hablar sobre lo sucedido. —Levantándole la cabeza con mis mejores modales de cabecera, le sostuve la botella mientras bebía. Después de dos tragos, le volvió el color a las mejillas.

Se estremeció y el *bourbon* le hizo la voz más ronca aún que de costumbre.

—¿Qué si hubiera venido sola a casa? ¿Qué si te hubieran matado? ¿Dónde…?

—¡No te me pongas histérica! —La sacudí—. Necesito tu ayuda. Me temo que puedo desmayarme en cualquier momento. No puedes venirte abajo ahora.

Eso la calmó.

—¡Te lastimaron! Tienes sangre en el cuello y la camisa.

—No es toda mía. Ahora escúchame. No creo que esté mal herido, pero quiero que me vea un médico. ¿Conoces alguno que venga aquí a esta hora? ¿Uno que no haga un montón de preguntas estúpidas?

—Sí. El doctor Fisher sería él indicado. Vive cerca, y es miembro de La Diligencia. Lo iré a llamar y…

—Espera un minuto. —Tuve otro de los relámpagos, pero fue mucho más leve y el dolor mucho menos letal—. Debemos planear un poco. Necesitamos una historia plausible para el médico. Después tenemos que poner esto un poco en orden. Buscaré ropa limpia en el auto, y pondré la cabeza bajo el agua. Mejor te bañas y cambias de ropa primero.

Linda estaba sentada en la cama ahora, con expresión solícita.

—¿Pero puedes hacer todo eso? ¿Aguantarás?

—Tengo algunas pastillas en esta caja que me endurecerán los nervios —dije—. Ahora a planear.

El cuento era simple pero creíble. Habíamos llegado de la fiesta y sorprendido a un ladrón. Me había golpeado y Linda se había asustado y desmayado. Después que pasó todo empecé a preocuparme por la cabeza y lo llamamos. A Linda no se le ocurrió preguntar por qué debíamos distorsionar los hechos, pero yo tenía mis razones. Se me había ocurrido una terrible sospecha sobre estos patanes mientras estaba sangrando sobre la alfombra del hogar, y no quería anunciar esta visita hasta que no la hubiera aclarado.

Después que Linda se fue a duchar, busqué uno de los calmantes más suaves del botiquín. La morfina me tentó, pero no quería doparme tanto. Luego volví renqueando al Mercury, y esta vez al volver tuve la energía necesaria para dar vuelta el sofá a su lugar. Me senté en él y levanté los pies, uno por vez, para desatarme los zapatos. Mientras mantenía la cabeza erguida no sentía esos terribles sablazos. Cuando había terminado de desnudarme, con la

excepción de los calzoncillos, entró Linda; vestía pantalones y un suéter. Contuvo la respiración cuando vio que tenía la oreja ensangrentada y un magullón en el hombro que tenía el tamaño y el color de una berenjena. Pero su cara demostraba determinación y fue hasta el teléfono y llamó al médico. Mientras yo me duchaba se suponía que ella debía limpiar el cuarto y hacer otras tareas menores.

Yo ya estaba mareado por el efecto de la pastilla y ése fue el combustible que me hizo entrar al baño. Primero, puse la ducha lo más fría que la pude aguantar y me planté debajo del chorro con una mano en el caño sobre la boquilla. Luego la mezclé hasta que estuvo bastante caliente y empapé el hombro y la pierna. Recién entonces me detuve delante del espejo para inspeccionar el daño. Tenía el costado de la cabeza hinchado y el cuero cabelludo partido unos cinco centímetros, pero al tacto estaba duro y no aplastado. Otra vez en el dormitorio de Linda, me vestí lentamente con ropas limpias, dejando de lado la chaqueta y la corbata, e hice un atado con las ropas sucias. Ahora el dolor me estaba poniendo un poco nervioso y tomé otra píldora antes de ir a la cocina.

—Perfecta coordinación —dijo Linda. Sirvió café fuerte y caliente en dos jarros grandes—. ¿Cómo te sientes ahora?

—Como si tuviera noventa y ocho años —dije.

Linda tenía lista una bolsa de hielo, envuelta en una toalla, y la sostuve sobre la cabeza con la mano izquierda. Nos sentamos uno frente al otro en la mesa pequeña y bebimos nuestros cafés. Linda sostenía su taza con ambas manos y me observaba por sobre el borde.

—¿Butler, por qué me siento tan exhausta emocionalmente? ¿Tan entumecida y patética? Debo forzarme para hacer hasta lo más simple.

—Tuviste un *shock* —le dije—. Estás saliendo de ese estado lentamente.

Asintió.

—Sabes, no podré nunca pagarte lo que hiciste esta noche. Estos locos iban a castigarme por decirle a Casey acerca del brazalete. Dios sabe qué me hubieran hecho una vez que hubiesen empezado.

—Hablaremos de eso luego —dije.

Justo en ese momento sonó el timbre y fuimos a la sala de estar

a recibir al médico. Fisher era un alegre hombrecito de bigote gris y barriga grande, y ambas cosas parecían agradarle. Le dio un prolongado apretón de manos a Linda e hizo una cortés reverencia, dando la impresión de que ella, también, le agradaba. Escuchó nuestro cuento mientras me revisaba la cabeza, asintiendo comprensivamente, pero ni siquiera su preocupación pudo mellar ese espíritu de alegría que parecía ser su condición natural. Pasó mucho tiempo mirándome los ojos y oídos con una linternita, y exploró el machucón de mi hombro con dedos ágiles. No le mostré el que tenía en la pierna porque no encajaba en el cuento.

—Sí, usted tiene un golpe malo aquí —dijo Fisher—. Estoy casi seguro de que es contusión y no fractura. Me guardo un uno por ciento hasta que vea la radiografía. Astuto de mi parte, lo sé, pero profesional como los mil demonios. Ahora, ¿por qué no vamos a la cocina mientras le remiendo la cabeza? Quizá mañana pueda darse una vuelta para sacarse una radiografía, cuando le venga bien. Debió haberme dicho antes que había tomado ese remedio. Me engañó durante diez segundos.

Fuimos a la cocina, y Fisher se puso a trabajar en mangas de camisa. Me pinchó el cuero cabelludo con una aguja, y bebió una taza de café mientras me hacía efecto el anestésico. Luego tomó un par de tijeras de cirugía y empezó a cortarme el pelo en derredor de la herida. Cuando estuvo libre a su gusto, la limpió, insertó los ganchos, aplicó algún tipo de ungüento, luego una venda que se extendía desde la frente hasta la parte posterior de la cabeza.

—Eso debiera ser suficiente. No puedo hacer nada por el hombro salvo admirar la forma en que se decolora. En verdad debiera quedarse dos días en cama por respeto a su cabeza. Aquí le dejo más pastillas en caso de que se le termine su propia reserva. Ja, ja. Sólo un chiste.

Fisher luego la revisó a Linda rápidamente, le examinó los ojos con esa linternita, dijo que estaba bien, y le dio un calmante que la ayudara a dormir. Antes de irse bebió un trago de Jack Daniels puro, lo saboreó, y nos deseó suerte.

—Eliges buenos médicos —le dije a Linda.

—¿No es un personaje? Te dije que sería el indicado.

—Es astuto. Sabe que hay mucho más de lo que le contamos.

—Pero con él no importa. Butler ¿quieres la bolsa de hielo otra

vez?

—No, gracias. Todavía me hace efecto el anestésico. Me parece que tuviera la cabeza llena de helio. ¿Cómo te sientes?

Me miraba con una expresión rara.

—Muy tensa, hambrienta, y un poco asustada de ti.

—¿Por qué? ¿Por lo que le dije a Charlie cuando te encañonó con la escopeta?

—¡Sí! Dijiste que me olvidarías en pocos minutos. Fuiste muy convincente.

—Respondí a su truco con otro —dije—. Todo lo que él quería en realidad era cambiarte a ti por LeRoy, y eso fue lo que hicimos.

—Quizá, pero cuando estabas luchando con ellos eras otro hombre. Hasta te cambió la voz. Estaba llena de… —Dudó—. Llena de ganas de matar.

—¿Por qué no? Seguro que sí, si las cosas hubieran salido un poco diferente, hubiera matado al menos a uno de ellos. Y no sólo en tu ayuda. Porque no vinieron aquí simplemente a castigarte a ti. Vinieron a sacarme del medio, del mismo modo que lo hicieron con Quartz. Y creo que para hacer ambos trabajos los contrató el mismo hombre y por las mismas razones.

—Espera, es demasiado rápido para mí —dijo—. Luego abrió los ojos grandes. —¡Dios! ¿No sugieres que son los que mataron a la chica Clayborne?

—No, ellos no la mataron. Pero son los agentes de seguridad de quien quiera que sea la mató. A nuestro asesino no le gusta la presencia de un policía cerca del escenario de sus crímenes. Cuando lo eliminó a Quartz, no podía saber que yo entraría en la escena. Pero estoy aquí, y tuvo que volver a repetirlo.

—No puedo creerlo, Butler. Es demasiado siniestro. ¿No yes? ¿Eso quiere decir que alguien planeó matar a esa chica semanas antes de que ocurriera?

—No necesariamente. Recuerda, el primer crimen fue la cinta robada. Y en principio creo que ése fue el único crimen planeado. Ésta es la secuencia de acontecimientos: el sábado a la noche robaron la cinta de la oficina de Pritchett. El domingo cuando hablé con Natalie ella estaba serena y algo divertida en cuanto al robo. O esa misma noche o al día siguiente le envió una carta al padre, contándole lo de la cinta. Esa carta era dinamita y ella lo sabía. A

pesar de ser un hombre tan ocupado, ella sabía que él vendría aquí corriendo en cuanto recibiera la carta. Cualquier escándalo en este momento pondría en peligro las ambiciones políticas de Clayborne. Él no recibió la carta a tiempo porque había tomado vacaciones de improviso. Pero más tarde su reacción fue la que ellos esperaban.

—Espera un minuto, Butler. Lo dices como si Natalie fuera parte de alguna conspiración contra su propio padre.

—Sí, creo que ella ayudó a armar todo el asunto. No podía muy bien grabar la cinta y dársela a alguien. Así que lo hizo para su psiquiatra y arregló que la robaran. Pero en algún momento, después que envió la carta, cambió de idea. Espió al socio conspirador, descubrió algo que la hizo renegar, y probablemente lo amenazó con denunciarlo. Entonces él tuvo que matarla. Y si no me equivoco el crimen original tendrá resultados. A Philip Clayborne le harán chantaje con esa cinta.

Linda sacudió la cabeza con sorpresa, mordiéndose el labio inferior con los dientes.

—Santo Dios, parece tan cierto cuando lo dices así, con todos los detalles. Y yo pensé que esos rufianes estaban detrás de mí. Cuando en todo momento era a ti que querían porque sabías demasiado.

—¡Dios mío! —Salté y casi me caí de bruces mareado—. Quartz está solo y sabe casi tanto como yo sobre este caso. Quizá lo hayan atacado primero. —Fui al teléfono y disqué su número. Tuve una horrible visión de que Quartz yacía entre yesos rotos y cinta adhesiva. Pero contestó el teléfono y habló con voz somnolienta.

—Quartz. Es Morgan. ¿Estás bien?

—Espera un minuto. —Se alejó del teléfono y volvió—. Cristo, Morgan, son las tres de la mañana. ¿Llamaste a esta hora para preguntar sobre mi salud?

—No, pensé que habrías recibido la visita de tus amigos montañeses. Linda y yo nos chocamos con ellos hoy, y aún estamos recogiendo los pedazos.

Ahora su voz era vigorosa.

—Cuéntame, viejo.

Le conté, escena por escena, cerrándolo con mi teoría de que estos campesinos habían sido contratados para sacarnos del medio por el asesino de la chica Clayborne. Quartz dudó al principio, pero después que le hice el resumen que le había hecho a Linda, empezó

a darle crédito.

—Muchacho, has estado trabajando —dijo—. Estos tres personajes van y vienen con demasiada libertad para mi gusto. No me vas a convencer de que Jack Casey no les pudo echar las manos encima si realmente quería hacerlo.

—Pienso hablar con Casey sobre este asunto mañana —dije.

—Bien. ¿Vienes a casa esta noche?

—No. Es mejor que me quede por aquí. Estaré por ahí a la tarde.

—De acuerdo. Voy a asegurarme de que la casa esté bien cerrada. Con esos tipos nunca se sabe. Buenas noches, Morgan.

Linda había esperado hasta saber que Quartz estaba bien, luego me había apretado el brazo y se había ido. El alivio por lo de Quartz me quitó toda tensión de encima, y estaba casi en el aire. Justo en ese momento apareció Linda, con una manta doblada sobre el brazo y sosteniendo mi Luger torpemente en la otra mano. Parecía tensa y tenía las mejillas muy arrebatadas.

—El dormitorio de huéspedes está listo —dijo—. Pensé que querrías tener esto cerca. ¿Quieres una de estas pastillas que te dejó Fisher?

—Me las llevaré por si quiero una más tarde —dije—. Muéstrame dónde está la cama.

Me condujo por un corredor corto hasta un cuarto pequeño con una cama de dos plazas. Deslicé la Luger debajo de la almohada, y Linda de pronto me tomó la cara entre las manos y me dio un casto beso en la boca.

—Duerme y ponte bien, Butler. Las pastillas están sobre la mesa. —Se fue. Me saqué los zapatos y los pantalones a los tirones y sentí que el sueño me envolvía como un capullo de gusano de seda.

Dormí profundamente, pero siempre, después de un encuentro violento, hay una parte de la mente que permanece vigilante, a la espera de ruidos extraños, del rumor amenazador, del retorno del intruso en la noche. Es la química de conservación que está alerta, y el hombre primitivo la debe haber experimentado todas las noches de su vida. Así que cuando me despertó un ruido en la oscuridad, ya tenía la mano sobre la Luger y sabía exactamente dónde me hallaba. Estaba tan alerta que me sentí espinoso como un puercoespín. Enseguida detecté la inmóvil figura blanca en el vano de la puerta.

—¿Linda?

—Sí, Butler, soy yo. Lamento despertarte. Sólo vine a ver.

—¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana. Butler, soy tan cobarde. No he dormido en absoluto. Oh, lo intenté. Tomé el sedante. Tomé un trago. Hasta un baño caliente. Pero cada vez que me acuesto los ruidos extraños me hacen resonar los nervios como cuerdas de un banjo.

Se había acercado a la cama mientras hablaba, una imponente aparición en blanco; el hielo tintineaba en el vaso que tenía en la mano.

—¿Qué tienes en el vaso? —pregunté.

—Más *bourbon*.

—Dame. Tengo la boca seca. —Tomé un trago, puse el vaso sobre la mesa y levanté el cobertor—. Ven conmigo. —Con un suspiro deslizó la cabeza sobre la almohada y acomodó las largas piernas debajo de las ropas de cama.

Le deslicé una mano alrededor de la cintura y tembló. Estaba desnuda debajo del delgado camisón, silenciosa, cálida, abundante. Yo tenía el hombro y la pierna tiesos y el chichón de la cabeza me molestaba, latía débilmente, pero busqué su boca con la mía y ninguna de mis heridas fue un obstáculo. Tampoco me molestó la idea de que ella me estaba tendiendo esta dádiva como pago, o que necesitaba del sexo para aliviar la terrible tensión que reinaba en su ser. Era demasiado femenina, demasiado dulce, demasiado voluptuosa, temblando bajo mis manos. Fue todo tan simple y natural que experimenté la sensación de que estábamos realizando un rito que teníamos en la mente desde hace tiempo y que sólo estaba esperando el momento oportuno. Sentí el espléndido fuego, la riqueza de sus movimientos en éxtasis, su risa ahogada, quejosa en mi oído. Nos quedamos quietos, bañados con los efluvios del amor, y tras un rato empezamos otra vez. Era el más íntimo contacto posible, con todos los nervios a flor de piel listos para el ataque, y no desistimos hasta que nos quedamos dormidos.

CAPÍTULO ONCE

Me desperté a las dos de la tarde, hambriento, indiferente y bastante disipado. Estaba solo en la cama, pero el perfume de Linda parecía surgir de las sábanas, una mezcla de miel y aceite, el aroma del amor. Me senté cautelosamente, pero la cabeza no estaba peor que después de una borrachera, y la pierna y el brazo simplemente me dolían. La puerta del cuarto estaba abierta; en el aire flotaba un aroma a café y jamón, y la podía oír a Linda canturreando en la cocina. Todas mis ansiedades habían desaparecido.

Con un esfuerzo y una palabrota me puse de pie y fui al baño. Usé una de las gorras de Linda para proteger el vendaje, me di una ducha caliente y luego una fría muy corta; luego me afeité con la máquina que sin duda Linda usaba para las piernas. Vestido con las ropas que había sacado del Mercury la noche anterior, me sentí suficientemente humano como para entrar en la cocina.

Linda estaba frente al fuego. Se volvió con la espátula en la mano. Tenía puesto un vestido verde claro con falda tableada y un exquisito delantal, y llevaba el cabello atado atrás con una cinta.

—Buen día, Butler. Hay jugo, café y un beso, no necesariamente en ese orden, y luego todo el jamón y los huevos que quieras. —No había timidez, falsa humildad, o agudeza autodesaprobadora. Sólo una expresión de orgullo en esa cara única, y una sonrisa leve, secreta. Elegí primero el beso, y no por razones de diplomacia. Me susurró en el oído:

—Butler, querido, todos mis órganos vitales están vivos otra vez. Ahora siéntate. Déjame alimentarte.

Me di un festín de jamón, huevos y panecillos, y bebí cuatro tazas de café. Linda se sentó frente a mí, fumando, sorbiendo café de su taza, y esa extraña sonrisa seguía jugueteándole en los labios.

—Estoy levantada desde la una —dijo—. Llamó Quartz, y el teléfono me despertó. Le dije que te dejara dormir. Sabía que no

seguirías el consejo de Fisher de quedarte en cama. Dios, ni siquiera te pregunté cómo te sentías.

—Rejuvenecido —dije.

—No me sonrías de ese modo, sinvergüenza. Me harás sonrojar. Pensé que lo estaba haciendo bastante bien, por ser que tengo tan poca experiencia.

—Como *amateur* eres espectacular —dije.

—¿Quieres terminar con eso? Dime qué vas a hacer hoy.

—No queda mucho del día —dije—. La gran cosa es una sesión con el honorable comisario general Casey. Quiero que se ocupe de esos campesinos.

—Ni siquiera me molesta que menciones a esos tres —dijo Linda —. Yo estoy más que rejuvenecida. Estoy ebria. Butler, quiero que me prometas una cosa… que irás a la clínica para la radiografía.

—Lo prometo. Ahora es mejor que me vaya.

Linda había hecho un prolijo atado con las ropas que yo había usado durante la pelea. Abrí el atado en el sofá, saqué la colección de armas de la discoteca, y las envolví entre las ropas. En la puerta Linda levantó la cara para que la besara.

—Si trabajas esta noche, llámame antes de salir de La Diligencia —dije—. Quiero examinar el barrio antes de que llegues.

—No, Butler. Esta noche quiero que te vayas a la cama temprano. Haré que Eddie me traiga a casa. Tiene un arma. Ahora no te olvides de la radiografía.

Me encaminé hasta el Mercury. La luz del sol me hizo mal en los ojos y empecé a transpirar enseguida. No estaba en muy buenas condiciones físicas. Conduje hasta lo de Quartz lentamente; me estaba esperando en la sala de estar, bien acomodado en su silla de ruedas.

Quartz se sonrió burlonamente cuando me vio la cabeza.

—Caramba, parece que hubieras estado en la guerra. Cuéntame los detalles. Espera, antes de comenzar tráeme el anotador del dormitorio. Es difícil atravesar estos corredores con este vehículo.

Fui a buscar el anotador. Quartz había estado tomando notas del caso desde el asesinato, escribiendo prolijamente con tinta negra todos los incidentes que yo le comunicaba. En el margen anotaba preguntas pertinentes en tinta roja. La primera página en el sujetapapeles era un resumen de la teoría que yo le había

anticipado por teléfono la noche anterior, el modo en que Natalie Clayborne había conspirado contra su padre, y la posibilidad de que los tres montañeses trabajaran para el asesino. Una nota en el margen decía: ¿Cómo trazar las conexiones entre Waldo Mason y les montañeses? Waldo vive en la ciudad de Jordan desde hace más de quince años. ¿Qué hace en el verano?

Alcanzándole el sujetapapeles dije:

—Parece que el profesor es tu principal candidato.

—Sí, me gusta el profesor —dijo Quartz.

—Puedes cambiar de opinión cuando te cuente sobre Carl Metterman. Creo que es el artista que dibujó el desnudo que estaba colgado en el cuarto de Natalie.

—Cuéntame sobre él —dijo Quartz, mientras deslizaba una hoja nueva en el sujetapapeles—. Empieza por el principio.

Le hice un resumen de la velada de anoche. Cuando terminé, Quartz dijo:

—Sí, Metterman huele bastante mal. ¿Crees que es homosexual como sugirió Eddie? Eso sería un defecto.

—No lo sé, pero puedo averiguar. Haré que Paul McIntosh me dé un resumen de su vida. Le debo una visita a Paul de todos modos. Le voy a dar al comisario general la pista que le ocultamos, el libro, y Paul y yo debemos comparar nuestras historias.

—¿Crees que es inteligente darle esa muestra de la caligrafía de Mason? Ayuda a incriminarlo.

—No dije que le fuera a dar el original a Jack —dije—. Le haré un duplicado, exactamente igual, salvo la inscripción.

Quartz buscó entre sus notas.

—¿Qué hay sobre este personaje Eddie Bell?

—Sí, merece que lo investiguemos. Podría tener un prontuario en Steubenville.

—Eso es fácil. Mandaré un telegrama a la policía de ahí.

—Y será mejor que yo llame a la policía local ahora mismo. —Me dirigí al teléfono y lo llamé al comisario general Casey. Su saludo fue afable.

—Comisario Butler, me alegra que llamara. Quería invitarlo al juicio previo, programado para el jueves a las once de la mañana.

—Así que consiguió la confesión.

—Oh, la conseguimos, sin problemas. Le dije que el muchacho

estaba maduro.

—Y apuesto que no tiene ni una marca en el cuerpo.

—Ni una sola marca. El buen Dios en su sabiduría le dijo al muchacho que cantara y lo hizo como un coro.

Por supuesto, aducirá insanidad, y un abogado competente podría salvarlo de la silla eléctrica. Pero ya me lo saqué de encima.

—Sí, démosle un juicio justo y colguémoslo —dije.

—A usted le gusta payasear ¿no, muchacho? —Sonaba un poco quisquilloso ahora.

—Jack, para que vea que no le guardo rencor, voy a ir hasta allá ahora mismo para darle una evidencia que le ayudará a poner la silla en funcionamiento para ese portero.

—¿Y qué podrá ser eso? ¿Ha estado ocultándome evidencia?

—No, esto es algo que se me acaba de ocurrir. Será mejor que lo muestre y no que trate de explicárselo por teléfono. Oh, sí. Hay otra razón por la que llamé. ¿Se acuerda de esos tres tipos que asaltaron La Diligencia hace un tiempo?

—Me acuerdo. ¿Por qué, los vio?

—Anoche. Armamos algo de camorra, y luego les saqué tres armas y una cachiporra y los mandé a la casa.

—¿Por qué no los apresó? Tiene una medalla de comisario.

—No fue posible por las circunstancias. Se lo contaré cuando lo vea.

—Si habla en serio, muchacho, mejor que venga enseguida.

—Ya salgo, Jack.

Me cambié de ropa, me sujeté la .38 y recogí el paquete que había preparado con las armas de los montañeses. Primero me detuve en una librería de la calle principal y compré *Los hermanos Karamazov*. Lo llevé al auto y lo alteré doblando las mismas tres páginas que Natalie Clayborne había doblado. Saqué la billetera, saqué el *ex-libris* que había robado del cuarto de Natalie y lo pegué en la guarda.

Luego me dirigí hacia Spencer's Fall. Es la capital del Distrito de Parson y la oficina de Casey estaba en los tribunales. Era un edificio cuadrado con columnas adelante, la misma réplica de arquitectura griega que se encuentra en todas las capitales de distrito del Medio Oeste. Estaba rodeado de un parque, con una fuente que no andaba, una docena de viejos sentados en los bancos asolando los frágiles

huesos, y la acostumbrada estatua de la guerra civil. La oficina de Jack Casey estaba en el primer piso, un cuarto grande y cuadrado con ventanas a ambos lados y dos ventiladores altos que giraban perezosamente. Interrumpí una conversación entre el comisario general y el asistente Humpty. Casey estaba detrás del escritorio con un pie apoyado sobre un cajón, y Humpty estaba sentado en el borde de una mesa contra la pared.

Al verme Casey se enderezó de golpe en su silla giratoria.

—Bienvenido, hermano Butler ¡Eh, tomó parte en alguna camorra! Justamente le estaba contando a Humpty que usted se peleó con estos hombres malos. Hump es lo que se llama un escéptico, No entiende que un solo hombre pudiera abatir a tres tipos tan feroces como ésos.

Humpty soportó el título de escéptico con su habitual expresión flemática. Puse el paquete de armas sobre el escritorio y lo desenvolví. Hasta al escéptico le interesó lo bastante como para acercarse a mirar.

—El exterior de las armas está bastante sucio —dije—. Pero pueden encontrar huellas digitales en las balas y cartuchos. Estos tipos pueden tener prontuarios. Sus nombres de pila son LeRoy, Cash y Charlie. Le daré descripciones de cada uno de ellos si quiere anotarlas.

Casey le ordenó a Humpty que se sentara con papel y lápiz. Luego me miró directamente.

—Cuéntenos su historia, Butler.

Se la dije cambiándola un poco, torciéndola para que pareciese que los tres habían venido a la casa de Linda para castigarla por haber denunciado que había visto a la mujer con el brazalete.

—Pero no sé cómo pudieron haber sabido eso, salvo que tuvieran un soplón en su oficina —dije.

Uno se podía afeitar con el filo de la voz de Casey.

—No hable sin saber, comisario. —Se dirigió a Humpty—. Me da la impresión de que fueran blancos pobres de Kentucky. ¿Qué te parece?

—Sí, probablemente viven en algún valle del otro lado del río —dijo Humpty—. Hacen sus porquerías aquí, luego se escabullen a su casa como la basura que son.

Casey me miró.

—Es una verdadera vergüenza que no haya apresado ni a uno de ellos.

—Como le dije, fue un empate —contesté.

—Sí, ya sé, me lo dijo —gruñó—. Bueno, creo que yo también quedé mal. Me equivoqué cuando aseguré que eran tipos de paso. Haré correr la noticia por todos los distritos vecinos. Los atraparemos. Ahora ¿cuál es esta clave fantasiosa que me va a ayudar a darle la última puntada al caso del portero?

Le di el libro falso y una historia parecida, explicándole que había encontrado el libro al lado de la cama la mañana del asesinato, y lo había vuelto a poner en el estante sin saber que era importante. Fue sólo ayer cuando se lo mencioné a Paul McIntosh que el significado del cuento se hizo aparente, el hecho de que Smerdyakov, el asesino en el libro, también fuera algo así como un portero. De modo que saqué el libro del cuarto y descubrí las hojas mutiladas. No tenía ni idea qué querían decir los números.

Mi descuido con respecto al libro le dio a Casey una buena oportunidad para retarme, pero su irritación se concentraba en el libro mismo. Parecía que el fiscal del distrito tenía un juicio bien simple que presentar, y al juez de turno le gustaban los juicios simples, Pero esta nueva clave era exactamente el tipo de cosa que un buen abogado defensor podría usar para confundir los puntos en disputa y distorsionar los hechos.

—Haga lo que quiera —le dije—. Pero es mejor que se lo muestre al fiscal. Paul McIntosh va a hacer uso de ese libro en la historia periodística que se publica mañana.

—Sí, le dejaré la elección al fiscal —dijo Jack—. Es un hombre educado. Quizás hasta haya leído este maldito libro. No quiero que aparezca en el estrado usted, Butler, para poder decir cómo embrolló todo. Digamos que yo encontré el libro el domingo a la mañana, y que fui el que le pidió a McIntosh hoy que le contara la historia. Ayudará a mantener el caso simple.

—De acuerdo. Creo que Paul estará de acuerdo en escribirla de ese modo.

—Mejor que lo esté. De acuerdo, gracias por nada, Butler.

Ya me iba cuando me volví y le pregunté a Casey si él había quitado el desnudo del cuarto de Natalie. Suspiró con exasperación y dijo que no, pero que no importaba porque ya le había dicho al

papito que podía guardar todas las cosas y llevárselas a casa.

Un cuarto de hora después estacionaba el auto frente a las oficinas del «Jordan City News». Cuando bajé del auto me empezó a latir la cabeza a la par del pulso. Veía puntitos como mosquitos bailando en mi campo visual. Entré en la oficina del periódico, y al cerrar la puerta hice repicar una campanita fija en ella.

Me quedé frente a un mostrador sobre el cual había varios formularios para avisos clasificados. Se oía el chirrido y estruendo de alguna maquinaria en la parte posterior. El lugar olía como los libros que se encuentran en algún baúl viejo del altillo. Estiré la mano e hice sonar la campana un poco más, y la maquinaria cesó su fragor. Paul McIntosh apareció de atrás de un biombo; llevaba un delantal cerrado color azul sobre la camisa. Su cara ancha y fea estaba cubierta de transpiración.

—Comisario Butler —dijo sonriendo—. Me alegra que haya venido. Caramba, ha estado peleando.

—Podría tomar un trago. Si tiene alguna botella oculta entre los artículos de fondo.

—Para decir la verdad, tengo una —dijo—. Venga a la oficina. Me encontró componiendo tipos, pero lo puedo terminar luego.

Lo seguí por un pasillo, más allá de una máquina alta con brazos de metal y un tablero inmenso.

—Espero que no haya estado componiendo la historia del asesinato —dije—. Recién vengo de la oficina de Casey. Le di el libro y quiere que en el artículo aparezca como que lo encontró él.

—¡Qué típico de Casey! —dijo Paul—. La elección del otoño lo debe tener realmente preocupado. Bueno, es fácil corregir la historia para que parezca que es así. Pero ¿quién va a creer que Casey leyó el libro y entendió el significado de Smerdyakov?

Mientras entrábamos a la oficina le expliqué que Casey quería que Paul retuviera el crédito del descubrimiento. La oficina de Paul parecía un estudio. Sobre la pared había varios pergaminos enmarcados que anunciaban premios otorgados a su diario por sociedades periodísticas. En otra pared había una biblioteca. Había un inmenso escritorio de tapa corrediza, una antigua máquina de escribir Underwood sobre una mesa, una reposera, un sofá, y una pequeña heladera con dos cubeteras de hielo. Paul sacó vasos y una botella del escritorio y una bandeja de cubos de hielo de la

heladera.

—¿*Bourbon* con hielo le viene bien? —preguntó.

—Es perfecto —dije, acomodándome en la reposera.

Paul me sirvió, luego sacó un cigarro de un humectador que estaba sobre el escritorio.

—No hay como un trago de *bourbon* y un buen cigarro para distenderse —dijo. Me ofreció un cigarro, pero no acepté. Prendió el suyo y me miró el vendaje de la cabeza—. ¿Hay una historia para mí ahí?

—Puede haberla más tarde. No tiene sentido decirla hasta que no tenga el final.

Estudió el cigarrillo como si tuviera un mensaje.

—No lo culpo por no confiar en mí. El domingo me porté mal. Me apresuré al pensar que usted quería desacreditarlo a Jack por razones políticas. Estaba equivocado. Le pido disculpas. —Levantó la cara y me miró—. Ahora estoy convencido de que usted tenía razón acerca de lo del portero. No es el asesino.

—¿Qué le hizo cambiar de idea, Paul?

—Pregunta válida. La respuesta es, varias cosas. Como periodista tengo un saludable respeto por los hechos. Ese asunto acerca de la cinta me intrigó lo bastante como para hacerme llamar por teléfono al doctor Pritchett. Verificó el cuento. Luego, ayer, tuve una entrevista con Philip Clayborne, el padre de la chica que murió. Actuó como si tuviera pruebas de que el portero no lo hubiera hecho.

Lo interrumpí abruptamente.

—¿Discutió la cinta con usted?

—Hasta le molestó que yo estuviera al tanto del asunto.

—Está preocupado por la cinta —dije—. ¿Qué más lo convenció?

—Bueno, ahora se vuelve más complicado. Ayer a la noche recibí la visita de Arthur King, estudiante y poeta. Dice que usted lo considera sospechoso del asesinato.

—Es sólo un nombre en una lista —dije.

—Sí, pero lo tiene muy preocupado.

—¿Por qué vino a verlo a usted por este asunto? —le pregunté.

—El muchacho ha visto demasiadas películas —dijo Paul sonriendo—. Con mi reputación como defensor de los débiles, como

el editor de las mil campañas, quería asociarse conmigo y encontrar al criminal. Se enojó cuando lo rechacé. Pero me convenció de que la muchacha estaba en problemas. Así que junté todo y llegué a la conclusión de que el portero es probablemente inocente.

Medité durante un rato.

—Paul ¿quiere decir que usted quiere cambiar la historia sobre el portero?

—No necesariamente. Puedo publicarla del modo que la escribí. Pero, si usted lo prefiere usaré esta información para despertar dudas sobre su culpabilidad. Vea, le estoy ofreciendo la cooperación que más o menos le retiré el domingo. En verdad, tengo algo que le puede ser útil. King mencionó que la madre de Natalie se graduó en Jordan en el treinta y nueve. Resulta que es el mismo año en que se graduó mi mujer. Así que anoche la buscamos a Eleanor Sheridan en el anuario. Hay varias fotografías de ella; y pensé que le interesarían.

—Diablos, sí —dije—. ¿Por qué no se me ocurrió eso?

—El libro está en casa —dijo Paul poniéndose de pie—. Vamos, en auto son sólo cinco minutos. Es hora de cerrar aquí, de todos modos.

El trago me había dado estabilidad temporaria. Paul cerró y yo seguí su rural por calles anchas y sombreadas hasta una casa blanca con un parque espacioso. Dos muchachos, de unos doce y catorce años, estaban practicando *baseball* en el jardín. La casa necesitaba una capa de pintura, pero tenía brillantes toldos sobre las ventanas y canteros de flores muy cuidados a ambos lados del pórtico. Paul saludó a los chicos al pasar con la mano.

El cuarto de estar estaba tan prolijo como los canteros de flores, con mobiliario usado pero cómodo. Paul me indicó una silla, y una mujer alta y elegante entró en el cuarto. Llevaba puesto un delantal, y tenía la cara rosada, como si hubiera estado cocinando.

—Paul, no te esperaba hasta mucho más tarde —dijo—. ¿No es la noche de la impresión del diario?

—Surgió algo —dijo Paul—. Judy, te presento a Morgan Butler, comisario de la ciudad de Jordan mientras Willinger esté en inactividad. —Empezó a revolver un revistero—. ¿Dónde está ese anuario de la universidad que estuvimos mirando anoche?

—Lo volví a poner en el estante. —Cruzó el cuarto y lo buscó.

Era un libro delgado, encuadernado en desteñido cuero marrón, con las palabras UNIVERSIDAD DE JORDAN - PROMOCIÓN DE 1939, en relieve sobre la cubierta.

Judy McIntosh me había saludado con un frío movimiento de cabeza. Era soberbia, un poco ancha de caderas; tenía el pelo negro cortado bien corto como si ella misma lo hubiera hecho con las tijeras de podar el jardín. Sus manos eran hermosas.

—Quédate con nosotros un momento —dijo Paul—. *Mr*. Butler quiere más datos sobre Eleanor Sheridan, y tú podrías ayudarle.

Parecía poco dispuesta.

—Bueno, déjame poner el horno al mínimo.

Paul había pasado las hojas del libro hasta encontrar la que quería, luego me lo dio. La página tenía varias fotografías de alumnas de cuarto año. Una de ellas era Eleanor Ruth Sheridan, y debajo de su nombre había una cita: «Una mujer ingeniosa es un tesoro, una belleza ingeniosa es una potencia. Meredith». Salvo el peinado anticuado y un lunar negro en la comisura de la boca, tenía un marcado parecido con Natalie. La expresión de la fotografía era al mismo tiempo traviesa, astuta, vivaz; daba la impresión de una rubia peligrosa. Debajo de la cita había una lista de sus actividades extracurriculares, que incluían escuela de teatro, tenis, el club francés y varios comités. Luego había una profecía: Eleanor, a quienes sus íntimos llaman Chérie, es un espíritu gozoso que triunfará sobre cualquier obstáculo que la vida ose poner en su camino. En el futuro será la reina de hermosas fiestas en una mansión, será una fuente de inspiración de los éxitos de su marido y criará hermosos hijos agraciados con su inteligencia y su ingenio.

—Prosa adornada —dijo Paul, sonriendo ante mi mueca—. Ahora, si mira dónde están los otros marcadores, encontrará varias páginas de instantáneas tomadas cuando era alumna aquí. Marqué ésas en las que aparece.

Me transpiraban las palmas de la mano. Estaba seguro de que vería una fotografía debajo de la cual estaría esa fecha de abril. Primero la vi con ropas de tenis junto con otras dos chicas. Luego había varias instantáneas de ella como Nora en la producción de *Casa de muñecas*, de Ibsen. Había dos fotos en las que ella estaba con grupos en la universidad, y una en la que estaba sola con Waldo Mason. No lo hubiera reconocido si el encabezamiento no lo

hubiera identificado: «Eleanor Sheridan y Waldo Mason, la bella y el genio». Era simplemente otro muchacho fornido con un brazo alrededor de una jovencita delgada, adorable. Me decepcionó leer que la foto había sido tomada en el treinta y ocho.

Cerré el libro en el momento en que la mujer de Paul volvía a entrar en el salón.

—¿Usted la conocía bien a Eleanor Sheridan, *Mrs*. McIntosh?

Judy se sentó en una banqueta, con las piernas cuidadosamente dobladas hacia un costado, las gráciles manos sobre la falda.

—Vivimos en la misma residencia durante nuestro último año —dijo—. Ciertamente no nos movíamos en los mismos círculos sociales. Era una muchacha extremadamente popular. Creo que se la podría llamar la reina de la universidad de ese año.

—¿Cómo era? Debe de tener alguna opinión sobre ella.

Hizo una mueca divertida.

—Bueno, sólo le puedo repetir lo que le dije a Paul anoche. Esta opinión es extremadamente personal, y le diré por qué: Soy británica. O lo fui. Vine a Jordan en un programa de intercambio para cursar los dos últimos años de estudios aquí. Inglaterra, como usted se acordará, sufrió terribles ataques en el treinta y ocho. Perdí mis padres ese año, en el bombardeo. Pero Eleanor Sheridan era lo que la llama el anuario, un espíritu gozoso. Aún actuaba como si viviera en los años veinte, parte de la apasionada juventud. Sin duda eso contribuía a su atractivo con los muchachos. La mayoría estábamos bastante amargados esos días, llenos de preocupación social y todo eso. Así que mirando hacia atrás tendría que decir que esencialmente era una chica vana y frívola.

—¿Qué había entre ella y Waldo Mason? ¿Era serio?

—Honestamente no puedo recordar los detalles. Hace más de veinte años. Por supuesto Waldo probablemente se acuerde.

—Waldo se niega a hablar sobre el asunto —dije—. Especialmente por el hecho de que estaba involucrado con la hija.

—Mi Dios ¿está seguro? —preguntó Paul.

—Waldo no lo niega.

—Entonces es sólo coincidencia —dijo Paul—. Lo conozco a Waldo. Es cierto que tiene una personalidad errática, pero es incapaz de violencia. Caramba, hace años que está trabajando en la historia definitiva de la esclavitud en los Estados Unidos. Leí partes

y es un trabajo de investigación impecable. Esta historia lo obsesiona y no le deja tiempo para amenidades sociales.

—Volvamos a Eleanor Sheridan —dije—. *Mrs*. McIntosh, ¿alguna vez oyó algo acerca de que ella posara para un desnudo?

—Es extraño que usted saque a relucir eso —dijo—. Se lo mencioné a Paul anoche. Hubo un incidente escandaloso ese último año, alguien presentó un desnudo con la cara de ella en una exposición artística. Pero según lo que recuerdo todo fue una broma. Alguien había pintado la cara de ella sobre otra pintura. Algo así.

—¿Está segura de que era una pintura?

—Sí, y el artista era Carl Metterman. Lo recuerdo porque Carl y yo estuvimos haciendo bromas sobre ese incidente en una fiesta, no hace mucho.

Así que *Mr*. Metterman era otro con un caso grave de amnesia.

—Bueno, me tengo que ir —dije—. Paul, me gustaría pedirle prestado este libro, si no le molesta. Y en cuanto a su historia sobre el portero, preferiría que la escribiera tal como dice Casey, con el portero culpable como el diablo.

Paul asintió.

—Es justo. Cierta estrategia de su parte.

Hice ademán de ponerme de pie y sentí que me partía el cerebro otro rayo blanco y casi me desmayo. A través de la niebla la vi a Judy McIntosh arrodillada al lado de la silla.

—¿Está bien? —dijo—. Quizá debiera ver un médico.

—Ya lo vi —dije—. Sólo déjeme sentar aquí uh minuto.

Se puso de pie y los oí susurrar en el trasfondo. Dejé caer la cabeza sobre el respaldo de la silla y dormité. Cuando salí de este sopor, Judy estaba sentada en el sofá, cosiendo tranquilamente. Las manchas que la luz del sol hacía sobre la alfombra se habían movido considerablemente.

—Hola —dijo—. Durmió una buena siesta.

—¿Cuánto tiempo estuve dormido?

—No más de una hora. Paul debió volver a la oficina. Pensamos que sería mejor dejarlo dormir. Parecía exhausto. ¿Le gustaría tomar un poco de café ahora?

—Sí —dije.

Salió del cuarto y volvió a los pocos minutos con dos tazas de

café sobre una bandeja.

—Hace tiempo que dejé de tomar té —dijo—. Yo también tomaré una taza.

Tomé el mío. Estaba muy caliente y bebí más.

—Bueno —dije.

Me miraba fijamente.

—Tengo que hacerle una confesión; antes de conocerlo, usted no me gustaba.

—¿Por qué no?

—Porque lo puso a Paul en un aprieto el otro día, haciendo que le ocultara evidencia a Jack Casey. Usted no lo conoce a Paul. Odia todo lo que sea clandestino, especialmente cuando huele a política.

—¿No le dijo que hoy le di a Casey la evidencia en cuestión?

—Sí, pero ahora lo enlistó en otro plan. No me gusta.

—*Mrs*. McIntosh, ocurre que Paul piensa, como yo, que el hombre que mató a la chica Clayborne está aún suelto. Ofreció cooperar en mi investigación. Pensé que para él era una cuestión de principios.

—¡Oh eso es bueno! —dijo—. Quizás usted no sabe que Paul probablemente vaya a la cárcel pronto a causa de sus principios.

—No le entiendo.

—Es una vieja historia. Lo hicieron presentar ante uno de los comités congresales de este país, simplemente porque en los años treinta él pertenecía a un grupo de discusión marxista. Quieren que Paul les dé los nombres de los otros que estaban en el grupo. Se niega a hacerlo y se niega a usar ningún privilegio, así que es posible que lo encausen por desacato a la autoridad del Congreso, o algún otro cargo estúpido.

—Eso es malo. Lo siento, no lo sabía.

—Usted no podía saberlo. —Bajó la cabeza hasta la taza de café, pero no bebió. Finalmente dijo—: No, soy yo la que debiera disculparme. Odio las mujeres entrometidas, y le agradecería que no le mencionara esto a Paul. Es sólo que lo han estado presionando mucho últimamente, con este asunto del comité, y me indigno cuando la gente se aprovecha de él. Es demasiado complaciente, demasiado bueno.

La intensidad de su devoción le dio timbre a la voz, y despertó mi admiración. Paul había elegido bien. Me puse de pie.

—Debo irme ahora.

Judy me acompañó hasta la puerta, dejándome la impresión de desgastada elegancia, de una mujer grácil algo tensa y fatigada debido a sus pocos recursos.

El episodio de la cabeza me preocupó lo suficiente como para hacerme ir al hospital de la universidad donde el doctor Fisher me había dicho que me presentara para la radiografía. Me esperaban. La técnica en rayos X era una diablilla de humor cáustico. Me hizo girar la cabeza para tomar poses diferentes, a las que se refería como fotos para el prontuario, y terminó en cinco minutos.

Cuando me iba del edificio oí unos pasos rápidos detrás de mí en el encerado corredor.

—Oficial Butler ¿puedo hablar con usted, por favor?

Era Betty Childress, la excompañera de cuarto de Natalie Clayborne. El uniforme blanco de enfermera hacía que su cara ovalada pareciera más angélica y serena.

—Pensé que era estudiante —le dije.

—Así es, Pero trabajo aquí tres noches por semana como ayudante. Escuche, oí que usted estaba aquí y tengo un recreo. ¿Podría dedicarme unos minutos?

—Por supuesto. ¿Dónde podemos hablar?

—En el solarlo. Está vacío ahora. Por aquí. —Su caminar era grácil. El uniforme y las delgadas pantorrillas hacían que se destacaran las abundantes caderas, la solidez del cuerpo que también parecía una calidad de su carácter. Me llevó a una pieza con ventanas a ambos lados y nos sentamos en sillas adyacentes.

—¿Para qué me quería ver? —le pregunté.

Se humedeció los labios suavemente.

—Mi libro. *Los hermanos*. Usted dijo que me lo devolvería pronto, y me preguntaba si ya habría terminado de usarlo.

—Lo siento. Las cosas cambiaron desde el domingo. Además usted me mintió.

Sus ojos expresaron suave incredulidad.

—¿Cómo le mentí?

—Usted me dijo que Waldo Mason, su «a veces Dimitri», no estaba involucrado con Natalie.

Se puso rígida y se inclinó un poco.

—Si es cierto, no le mentí a sabiendas. Pero no lo creo. Se

equivoca con respecto a él.

—¿Por qué lo asegura? —dijo ásperamente—. ¿Es usted cómplice de sus secretos? ¿Es su amante?

Largó una carcajada descarada, descarada para ella quiero decir.

—Obviamente usted no me ha investigado mucho. Soy notoria por mi castidad. ¿Puede imaginarse teniendo una aventura barata con Waldo Mason?

Negué con la cabeza lentamente.

—Betty, ninguna aventura que la involucrara a usted sería barata. Pero no es eso lo que discutimos. Lo que discutimos es que Waldo la conocía a Natalie mucho más de lo que él quiere admitir. También era íntimo de la madre hace años, cuando ambos eran estudiantes. Fíjese en esto. —Tenía el anuario bajo el brazo, y lo abrí donde estaba la fotografía de Waldo y Eleanor Sheridan.

Betty se puso pálida, como si esa evidencia confirmara lo que yo había implicado.

—Mi Dios, se lo ve tan joven. —Era un término de cariño.

—Betty ¿le pidió Waldo que tratara de sacarme ese libro?

No hubo forma de que contestara. Parecía ser incapaz de hacerlo.

—De acuerdo, escuche. Dígale que yo me negué a dárselo porque Natalie lo dejó como pista sobre su asesino. Dígale eso.

—¿Por qué no lo arresta si está tan seguro? —preguntó desafiante.

—Todo en su momento. Si la asesinó a Natalie Clayborne, lo arrestaré cuando tenga la evidencia que necesito para consolidar la acusación.

—Pero usted está totalmente equivocado —dijo—. No salió de su casa esa noche. Estuve con él hasta las cinco de la mañana. ¿Entiende? Soy su amante. Lo amo. —Su cara rosada parecía tan desprotegida como su reputación.

—¿Y usted se quedó despierta toda la noche para asegurarse de que Waldo no se movió de ahí? —dije—. Aún si lo jurara, Betty, no sería suficiente para librarlo de sospecha.

—Oh, es gracioso, Que a uno no le crean eso. Es absurdo.

La dejé ahí. Afuera, me senté al volante del Mercury y me quedé un rato sentado en las primeras sombras del atardecer. Ahora el palpitar de la cabeza me parecía un castigo, el justo merecido por

usarla a Betty para enviarle este mensaje a Waldo. Oh, era una jugada inteligente. Hacerlo salir de su escondite. Informarle que uno está enterado de quién es su última conquista, hacerlo preocupar. Insinuar que uno tiene otra evidencia. Aplicar la presión que produce ansiedad. Entonces él podría asustarse y cometer un error.

Fui a casa de Quartz, tomé una de las pastillas de Fisher, y me fui a dormir.

CAPÍTULO DOCE

El día siguiente la historia del crimen ocupaba la primera página del «Jordan City News». Jack Casey era el héroe del artículo, tal como lo había prometido Paul McIntosh, y la pista del libro estaba insertada astutamente para que las pruebas contra Ewing parecieran condenatorias. Hasta parecía que había un parecido físico entre Ewing y Smerdyakov, y la historia periodística conjeturaba plausiblemente que la víctima lo había mantenido al portero a raya hablándole mientras preparaba el libro como mensaje.

Quartz me leyó el artículo mientras yo desayunaba panqueques y salchichas, que empezó a servirme cuando salí de la ducha a la una de la tarde.

—Es un artículo muy bueno —dije cuando terminó de leer—. Hasta puede hacer que lo voten a Casey y no a ti en el otoño.

—No si tú me traes al verdadero criminal atado con cinta roja —dijo Quartz—. Entonces Paul nos hará otro artículo y Casey tendrá que buscar otra sinecura.

Aún estábamos bromeando de este modo cuando sonó el teléfono. Era Waldo Mason, y en cuanto me identifiqué me atacó con gran vehemencia.

—¡Maldito sea, Butler! No me importa si es un oficial de la ley. No tenía derecho a entrar en mi casa por la fuerza y hacerme añicos. Arruinó un trabajo de meses cuando diseminó mis apuntes por todo el piso. ¿Por qué no completó la barbarie y los quemó? Le juro por Dios…

Interrumpí su diatriba y le informé, con voz calma, que ni había estado cerca de la casa. Me llamó mentiroso y empezó a gritar otra vez. Lo interrumpí con las mismas palabras dichas en el mismo tono. Agregué:

—Si quiere denunciar un delito, lo escucharé. De lo contrario, puede ir a quejarse a otro lado.

—Usted lo niega por supuesto —dijo—. Pero esto tiene su toque. Butler. Especialmente después de lo que usted le dijo a Betty ayer. Supongo que negará eso.

—No, eso lo admito, y admito que fue bastante brutal. Pero escúcheme, profesor. Me estoy cansando de que ustedes, los muchachos intelectuales que tienen tanto respeto por la verdad, me estén mintiendo.

—Ésa es otra táctica, Butler. Usted ataca cuando lo acusan. ¿Se cree que no sé qué es lo que trata de hacer?

—¿Por qué no me ilumina? —dije.

Respiró agitadamente en el auricular durante un rato.

—No importa. No tendrá la más mínima cooperación de mi parte en el futuro.

—¿Y cómo se diferencia eso de cómo era en el pasado?

Pero había colgado antes de que yo terminara la oración. Quartz había movido la silla de ruedas hasta el salón para escuchar por la extensión, y cuando me reuní con él estaba aún sosteniendo el tubo; me miró ceñudamente.

—No me dijiste que habías salido en busca de la cinta. Debes necesitar ese sobresueldo desesperadamente.

Extrañé la ligereza de nuestra conversación anterior. Quartz acariciaba una cierta irritabilidad contra mi *hobby* que lo hacía recelar. Sacudí la cabeza.

—Te apresuras demasiado en tus conclusiones, comisario. Cuando esté dispuesto a salir en busca de la cinta, lo sabrás.

Bajó los ojos.

—Me equivoqué. ¿Entonces quién la está buscando?

—No sé, pero no me gusta. Tengo una idea: Arthur King, el detective niño. Estaba ansioso por encontrar algo que lo incriminara a Waldo.

—Es justo lo que necesitamos —dijo Quartz.

—Será mejor que vaya a verlo a King —dije—. No tiene teléfono.

Terminé de vestirme y salí en el Ford. Las matas de saúco a lo largo de la carretera del Viejo Molino estaban en flor, y los yuyos que rodeaban la estación de servicio parecían amenazar con cubrirla totalmente para mediados de verano. El auto de King no estaba en el garaje, pero la puerta de su departamento estaba

abierta de par en par. Después que me bajé del auto, pude ver que el anillo de acero al que se sujetaba el candado había sido arrancado del marco. La astilla blanca de la madera rota colgaba sobre la gastada puerta como una bandera. Subí los escalones tan silenciosamente como me fue posible.

El lugar estaba vacío, pero daba la impresión de que cada uno de los objetos movibles del cuarto hubiesen sido arrancados de su lugar: latas y cajas de comida, libros, la ropa de cama, hasta la tapa de porcelana del inodoro, y todo estaba en el suelo donde había caído. Curioseé un poco pero no pude llegar a la conclusión de si el intruso había encontrado lo que estaba buscando. Decidí esperarlo a King abajo. Le daría treinta minutos.

Llegó a los veinte y me miró airadamente desde la rural cuando entró en el garaje. Cuando se bajó tenía una mueca de desprecio en la cara y varios libros bajo el brazo.

—¿A qué debo el dudoso placer de esta visita? —preguntó.

—Lo han visitado ladrones —dije.

Apretó la mandíbula y subió las escaleras de a tres escalones por vez. Yo lo seguí con más calma y entré justo a tiempo para ver la expresión de triunfo de su cara cuando volvía al centro del cuarto.

—Así que no se lo llevó —dije.

—¿Llevarse qué?

—Lo que sea que usted corrió para verificar. Debe de tener un buen escondrijo. —Había venido del rincón en el que estaba la cama, y volví a examinar esa parte del cuarto. Me desconcertó hasta que vi la bolsa caqui para la ropa sucia atada del respaldo de la cama, al estilo del ejército. A nadie le gusta tocar ropa sucia, y si uno es un poco melindroso, ni siquiera la ve.

King, que me había estado observando, empezó a retroceder hacia la cama como para defender la bolsa. Sus ojos reflejaban el brillo del combate.

—Relájese, poeta de la violencia —dije—. No voy a pelear con usted por esto.

Resopló como si yo hubiera interpretado mal su movimiento, pero volvió a poner el colchón sobre la cama y se sentó. Yo acerqué una silla a la cama y me senté a horcajadas.

—¿Quiere saber por qué no voy a pelear con usted?

—Estoy seguro de que usted me lo va a decir.

—Porque no creo que tenga la cinta en esa bolsa de ropa sucia.

—¿Qué cinta? Oh ¿la cinta que le robaron a Natalie? —Se rió—. No, tiene razón. No hay ninguna cinta en la bolsa de la ropa.

Encendí un cigarrillo mientras lo observaba. El pliegue de desprecio de sus labios era tal que podría haber colgado mi sombrero de él.

—Permítame que le cuente un cuento, poeta. Una vez conocí a un joven periodista en San Francisco. Una noche lo mandaron a cubrir un crimen y ocurrió que vio algo que nadie había visto. Tenía relación con el hecho de que él fuera católico, pero los detalles no son importantes. Como sea, se guardó la clave en el bolsillo y empezó a explorar la vida de la gente. Olía una nota exclusiva. Un par de días más tarde se ignoraba su paradero, y varios días después lo trajo la marea a la playa Stinson en el Distrito Marín, con un pedazo de alambre como bufanda.

—¿Cree que me asustó tan fácilmente? —dijo King. Luego se dio cuenta de lo que había admitido—. Además no sé de qué modo me es aplicable el cuento. No estoy en busca de una noticia exclusiva.

—No, pero entiendo que está en busca de un asesino.

—Eso es bastante ridículo ¿no? Tomando en consideración que soy su principal sospechoso. ¿Quién le dijo que yo estaba jugando al detective?

—Lo deduje —contesté.

—Sí, como no. Fue Paul McIntosh. De acuerdo, estoy investigando. Pero no soy tan ambicioso como para querer aprehender al hombre. Eso se lo dejaré a usted. Todo lo que quiero es darle el nombre, con evidencia que lo respalde.

—Eso es aún muy ambicioso. ¿Con qué material cuenta?

—Ah, eso es asunto mío. —Esto lo divirtió, y se rió con verdadera alegría—. Pero puede quedarse tranquilo ya que no soy católico.

Los jóvenes brillantes tienen la tendencia de menospreciar la inteligencia de sus mayores. Me llevó cinco segundos recordar que su asunto era ser poeta, que Natalie Clayborne a menudo le daba sus poemas para que él los leyera, y que yo no había encontrado ninguno de los recientes poemas de Natalie cuando revisé el cuarto.

—El simple hecho de que ella le escribiera un soneto al tipo no quiere decir que él la matara.

Apartó los ojos como si lo hubiera puesto entre la espada y la pared. Se puso de pie de un salto con esa expresión salvaje que yo había visto el primer día que hablé con él.

—¡Váyase de aquí!

Me levanté de la silla.

—Otra advertencia…

—¡No! Basta de sermones. Basta de observaciones maliciosas. Nancy Brewer me contó cómo la atormentó usted la otra noche. Hizo que se sintiera despreciable y sucia.

—Caramba, parece que su esclava se hubiese revelado. Todo lo que dije fue que no perdería más que las cadenas. Poéticamente hablando, por supuesto.

Caminé cuidadosamente entre las ruinas, bajé las desvencijadas escaleras y subí al Ford.

Mientras conducía de vuelta a la ciudad, me sentí inquieto por la agresividad de este saqueador. Tampoco me hizo sentir más tranquilo la sensación de que él andaba a los tropezones detrás de mí, revisando las casas de los sospechosos que yo descubría. Si esto era cierto, el próximo domicilio de su lista sería el de Eddie Bell. Así que rodeé la ciudad de Jordan, respondiendo puramente a una corazonada, y tomé el camino que llevaba a la renovada granja de los Bell.

Había un viejo
MG
verde estacionado en la entrada para autos, pero para mí eso no tenía ningún significado. Subí al pórtico y golpeé. No hubo respuesta. La puerta de madera estaba abierta, pero la de alambre tenía el pasador corrido, y el vestíbulo interior parecía frío como una cueva. Golpeé más fuerte, con idéntico resultado, así que abandoné el pórtico y seguí un sendero de piedras que rodeaba la casa. En la parte posterior el sendero atravesaba una plantación de vid. Gruesas plantas viejas y hojas nuevas habían formado sólidas paredes y un cómodo techo en lo alto. Cuando había llegado a la mitad de la plantación me inmovilizó una risa que cortó la textura de la tarde como un dentado cuchillo de plata. Separando las vides tuve una buena vista del patio de Eddie Bell, a unos doce metros al pie de la loma. ¡Y qué espectáculo vi!

Era Madge Bell la que se había reído, Carl Metterman quién

había provocado la risa, y la razón de que hubiera sonado tan discorde con el día era que había sido la expresión de un sentimiento totalmente erótico. Estaban los dos abrazados sobre una reposera, al sol, desnudos hasta la cintura, los dos rubios, bronceados, aceitados, muy juntos. Madge tenía puesta sólo la bombacha del bikini y Carl vestía pantalones. Los senos de Madge parecían blancas pelotas de tenis en comparación con el cuerpo tan bronceado. Carl se estaba deleitando con ellos, y Madge le había hundido las manos en el pelo y le murmuraba algo. No era para sorprenderse que no hubieran oído cuando golpeé. Ahora sabía por qué le convenía a Madge tildarlo a Carl de homosexual ante su marido. Durante un momento me quedé en trance, un inconsciente *voyeur* de la lasciva escena. Las manos de Carl la recorrían, le acariciaban las nalgas.

Consciente de que empezaba a sentirme un poco lascivo, me retiré y volví a cruzar la plantación de vid hasta el pórtico del frente. No sentí ningún escrúpulo en interrumpir su pegajoso abrazo. Usando el puño del revólver, golpeé la puerta con un vigor que debió haber levantado el polvo del altillo. Me detuve, dándoles tiempo para emerger de sus profundidades carnales, luego golpeé otra vez, a poco oí que se abría la puerta corrediza de vidrio, que pies desnudos cruzaban el salón de estar, y Madge apareció detrás de la puerta de alambre. Se había puesto el corpiño, compuesto de dos tazas y un poco de cuerda, y tenía anteojos de sol.

—Caramba, si es el oficial Butler. Y tan buen mozo en su uniforme. Siento tener que decirle que Eddie no está. Ya se fue a trabajar.

—Está bien —dije—. Me gustaría hablar con usted de todos modos. Si no la molesto.

—No, no. —Le dio un rápido vistazo al

MG

y volvió a mirarme—. Estaba sentada en el patio con un amigo. Probablemente lo conoció en la fiesta la otra noche. Carl Metterman está haciéndome unas cortinas, y estábamos eligiendo las telas. —Le quitó el seguro a la puerta—. Entre. Apuesto que le caería bien un trago frío de *gin* y agua tónica. ¿O es uno de esos porfiados del deber?

Seguí su figura alta y sinuosa y atravesamos el salón de estar.

Nunca había visto a una mujer tan delgada arreglárselas para resultar tan voluptuosa. Vi las huellas de las manos de Metterman sobre el aceite bronceador de la espalda, y las manchas sobre la ajustada tela donde se las había limpiado. Cuando llegamos al patio, Metterman tenía puestas remera y sandalias, y había un prolijo muestrario de telas sobre su falda. Sobre una mesita de metal que tenía montado un parasol había dos copas: el hielo se había derretido hacía mucho tiempo.

—Carl, creo que conoces al comisario Butler —dijo Madge.

Carl gruñó, sin hacer ningún esfuerzo para ocultar su disgusto. Su boca parecía hinchada, los ojos desenfocados, como un hombre que recién se despertara. Madge llevó los vasos a un pequeño bar rodante y preparó tragos para todos. Luego se sentó en la reposera, con las rodillas muy modestamente juntas.

Aparentemente yo tenía la palabra.

—*Mr*. Metterman, es un golpe de suerte encontrarlo aquí. Había pensado visitarlo hoy de todos modos.

—¿Con qué motivo? —preguntó.

—Seguramente recuerda —le dije—. ¿No le anticipé la otra noche que un mutuo interés en el arte nos volvería a reunir otra vez? Bueno, desde nuestra charlita me enteré de buena fuente que usted una vez hizo un cuadro de la mujer de la que hablábamos, Eleanor Sheridan. Tengo entendido que la pintura era un desnudo muy realista y que causó un gran escándalo cuando se lo exhibió mientras ella era aún estudiante aquí. Me interesa mucho esa pintura.

Metterman se esforzó por parecer indiferente, pero lo había pescado desprevenido y no pudo ocultar su apuro muy bien. Después de tomar un largo trago de su vaso, dijo:

—Escuche, no sé por qué me persigue, pero le dije la otra noche que me era imposible recordar un trabajo que hice hace veinte años. No me importa quién es su buena fuente. —Se volvió hacia Madge—. Este imbécil está tratando de involucrarme en el crimen de la chica Clayborne. ¿Puedes imaginarte nada más absurdo?

Para mi sorpresa, Madge no resultó muy comprensiva.

—Carl, a mí me pareció que él simplemente estaba tratando de rastrear un cuadro. ¿Por qué no lo ayudas? ¿No me dijiste una vez que podrías olvidarte de una cara, pero nunca de un cuerpo

desnudo que hubieras pintado? Ayúdalo al hombre, Carl.

Los ojos de Carl se llenaron de incredulidad. Se limpió la boca rudamente con el dorso de la mano, como si quisiera sacarse el gusto de ella de los labios.

—¡Vaya, eres una perra!

Madge tiró la cabeza hacia atrás y se rió.

—¿No te previne que lo era? Eso no te molestó antes. Ahora, contesta la pregunta del hombre, Carl.

—¡No lo haré! —Se puso de pie tan abruptamente que las muestras de telas cayeron al piso. Ahora dirigió su enojo hacia mí —. Usted está totalmente desubicado, Butler. Resulta que yo sé que este pleito criminal está cerrado. Leí el diario de hoy. Encausarán a ese portero loco mañana. Así que déjese de molestarme.

—Usted me intriga cada vez más, *Mr*. Metterman —dije—. ¿Por qué unas pocas preguntas acerca de una pintura lo molestan tanto?

—Ése no es el punto —dijo, tratando de aparentar calma—. Tengo mis derechos. La ley no me exige que conteste sus preguntas. No me gustan sus tácticas tipo Gestapo, su arrogante invasión de mi vida privada.

—Por Dios —dijo Madge—. Ahora va a jurar que pasó la guerra en un campo de concentración. ¿Dónde está tu tatuaje, Carl?

Carl se volvió y con el mismo movimiento le pegó un ligero golpe, haciendo que la copa que Madge tenía en la mano cayera y se estrellara contra las piedras lisas.

—¡No eres más que una ramera barata con lengua de víbora! —dijo—. No me extraña que ese enano pelado de tu marido precise un sustituto.

Puse mi copa sobre la mesa, me le acerqué a Metterman por detrás, le tomé los dos brazos bien fuerte a la altura de los codos, y se los retorcí con fuerza. Gritó y trató de luchar, entonces se los retorcí un poco más. Antes de que yo pudiera prevenirlo, Madge saltó sobre sus pies y le dio un tremendo golpe en la mandíbula con el puño.

—Ésa es toda la satisfacción que tendrás hoy, holandés estúpido —le dijo—. Crees que eres un hombre. Comparado con el que llamas enano, eres una pistola de juguete. Será mejor que te quedes con tus frívolas alumnas. —El movimiento brusco le había hecho saltar una de las tazas del bikini.

Separándolo a Carl de Madge, dije:

—Parece que su bienvenida se ha agotado, Carl. Mejor que se vaya. —Lo solté, y di un rápido paso hacia atrás, pero su beligerancia parecía exhausta. El ataque de Madge contra su hombría debió haber sido más doloroso que el castigo físico. Su expresión era huraña mientras se masajeaba los hombros, recogía las muestras, y subía la loma pesadamente. Ni Madge ni yo hablamos hasta que se apagó el ruido de su
MG
. Luego ella dijo:

—Fue divertido. He estado buscando una excusa para mandar de paseo a este patán. ¿Qué le parece si tomamos este trago adentro? —Se ajustó el corpiño tan casualmente como si se estuviera poniendo un sombrero.

—Sí, hace calor —dije.

Empujó el bar rodante hacia el salón de estar, donde se preparó un trago largo, arregló a su gusto los almohadones de un sofá bajo, luego se tiró entre ellos. Yo me senté en una silla frente a ella, del otro lado de la mesa. Me sorprendía esta mujer. Difícilmente actuaba la parte de la esposa que ha terminado de tener una riña con su amante delante de un extraño. Era posible que Carl fuese simplemente el último de una larga lista de compañeros de juego, un semental que no había servido y, sin embargo, yo tenía la impresión de que Madge no era tan estúpida como su comportamiento parecía indicar.

—Todavía no me dijo por qué vino a visitarnos —dijo—. ¿O en verdad vino en busca de Carl?

—No, pero me alegra que Carl estuviera aquí —dije—. No me hubiera perdido ese espectáculo por nada del mundo. Fue bastante dura con él.

—¿Lo fui? —Levantó una mano y se arregló el pelo—. ¿Cree que magullé su libido? ¿No sería cómico que Carl no pudiera hacerlo la próxima vez que engatuse a una de sus virginales alumnas de arte al sofá? Eso sería lo peor que le podría ocurrir a Carl.

—Si pasa eso, quizá venga en busca de venganza —dije.

Lo pensó un rato, luego rechazó la idea con una risa alegre.

—No Carl. Le tiene miedo a Eddie. Y ésa es la razón por la que vino en primer lugar. Para demostrar que era el mejor de los dos.

—Eso es interesante —dije—. ¿Cree que estaban compitiendo del mismo modo por el afecto de la chica Clayborne?

—Oh, eso fue astuto de su parte. Bien de policía. No, Eddie no se inclina por estas pollitas tiernas. Lo conozco. No es el estilo de Eddie, el gusto de Eddie.

Pensé en eso mientras Madge me encandilaba con las uñas de los pies, pintadas de rojo, tomaba un trago, y luego me recordaba que aún no le había explicado el motivo de mi visita.

—Tengo razones para creer que alguien puede intentar entrar en su casa por la fuerza para registrarla —dije—. A dos de las personas que conocían a la chica Clayborne les registraron las casas esta mañana, y pensé que Eddie podría estar en la lista.

Se sentó en el sofá; su cara translucía una profunda curiosidad.

—No entiendo. ¿La casa de quién registraron?

Le conté y puse de relieve la violencia de las búsquedas.

Tuvo que humedecerse los labios antes de hablar.

—Me pregunto qué estarán buscando. Eh ¿no estará haciendo esto para asustarme?

—Usted no se asusta tan fácilmente, Madge. ¿A quién quiere engañar?

—No lo crea —dijo—. Sólo porque le di un golpe a Carl no quiere decir que yo sea dura. Estoy mucho tiempo sola aquí y a veces me pongo triste. —Se tocó el estómago desnudo como si escuchara la tristeza con los dedos—. ¿Por qué no se sienta a mi lado así no tenemos que gritar?

—Me encantaría, Madge, pero ya llego tarde a un compromiso. —Me puse de pie.

Madge se levantó lentamente, con la mirada fija en la mía, y dio vuelta la mesa suavemente.

—Es cruel. Ahuyenta al único hombre que hay disponible, me dice que puedo recibir la visita de un ladrón, y luego me abandona. —Me echó una bocanada de aire en la mejilla.

Entonces la besé y de pronto me encontré luchando con una atleta sexual. Era como recibir una sacudida con un cable eléctrico, y me di cuenta de que aún estaba excitada por su jugueteo con Metterman. Me susurró en el oído:

—Sé que no soy tan suculenta como Linda, pero por otra parte ella no tiene tanto talento como yo.

—Eso no tiene nada que ver —le dije, liberándome—. Una vez que empecemos no nos detendremos hasta que no consumamos el fuego que tenemos dentro. Podría llevar toda una noche.

Lo tomó como un cumplido.

—Las noches están fuera de la cuestión. Pero llámame después de las dos de la tarde. Si la costa está clara, tenemos ocho horas por delante.

—Podría ser suficiente. Ahora, si ve alguien merodeando por aquí, llámeme.

Se rió roncamente.

—Me terminas de dar una idea.

Aún me sentía lascivo cuando llegué a la oficina en el viejo edificio de la escuela. Ferby había salido de ronda, pero me había garabateado un mensaje en el pizarrón: «Morgan, llame al 17 de Filadelfia. ¡¡¡Urgente!!!».

Después que abrí varias ventanas, puse a andar el ventilador y encendí un cigarrillo, me ubiqué detrás del gran escritorio y pedí la llamada. Un minuto después oí la voz de Philip Clayborne.

—Hace dos horas que estoy tratando de ubicarlo —gritó—. ¿Dónde estaba?

—Estoy trabajando en un asunto ¿recuerda? ¿Pensó que iba a resolverlo desde mi escritorio?

—De acuerdo, no entremos en eso ahora. ¿Tiene algún resultado que comunicar?

—Han pasado muchas cosas, *Mr*. Clayborne. Pero si usted me quiere preguntar si encontré ese artículo que discutimos, la respuesta es no.

—Pensé que la propaganda que le hacía su amigo era demasiado buena para ser posible. Usted me dijo que tenía todo tipo de evidencia con qué trabajar, que lograría resultados. Estoy empezando a dudar de usted, *Mr*. Butler.

Le di una chupada a mi cigarrillo negro.

—Entonces ya se puso en comunicación. Y es chantaje.

—No por teléfono, ¡burro! —Su respiración me sonó en el oído como una carga eléctrica. Luego la sospecha pudo más que la precaución—. ¿Cómo lo supo?

—Es lo único que podía sacudirlo —dije—. Aun cuando

sospechemos que puede ocurrir, igual sacude. Ahora usted está seguro de que la tienen.

—¡Sí! Supongo que pensé que usted ya…

—… habría realizado el pequeño milagro de localizar el artículo en cuestión. Lo siento no tuve esa suerte.

—¿Pero está cerca siquiera? Usted no se da cuenta de las complicaciones de…

—Quizá me dé más cuenta de lo que usted cree. Por ejemplo, espero que usted no piense que yo creí esa patraña acerca de la hija descarriada y el padre cariñoso.

La ira hizo que la voz le sonara como si estuviera hablando a través de lana.

—Butler, si me traicionó, lo juro por Dios, lo destruiré. Hay una sola forma de que usted pudiera enterarse de que esa historia era falsa.

—Oh, deje de actuar como una vieja histérica —dije, descargando mi malhumor—. Ése es el problema que tienen ustedes, la tercera generación de los magnates fraudulentos. Heredan tanta culpa junto con el dinero, que ven chacales detrás de cada copia del «Wall Street Journal». Supe que la historia era falsa porque no soy estúpido. Usted me dijo que su hija hizo algo malo cuando tenía dieciséis años y que usted usó su influencia para sacarla del lío. Clayborne, no hay cosa por la que usted haya pagado, incluido el crimen, que no hubiera quedado cubierta. Porque ese ayudante legal tan caro a quien usted usó se aseguró de que usted comprara complicidad al mismo tiempo. La complicidad quiere decir policía, y la policía tiene archivos. La versión de la policía asignaría las culpas, si eso fuera esencial, y hubieran ubicado a su hija en Timbuctoo cuando ocurrió el problema. No hay modo de cambiar los archivos policiales ni con dinamita, porque eso querría decir que los policías que los hicieron eran, incompetentes o corruptos. Así que serían bastante duros con cualquiera que les fuera con un cuento grabado por una muchachita enamorada e histérica, y nadie se atrevería a publicar la historia sin el permiso de la policía. ¿Es necesario que siga?

Suspiró como si estuviera resignado, pero su voz sonó irritada, áspera.

—No, tiene razón. Inventé la historia. Los hechos reales son más

complicados, y usted puede creerme cuando le digo que la cinta me implica un peligro. Y es por eso que quiero que intensifique sus esfuerzos. Presione a esa gente. Descubrí que bajo presión la gente tiende a asustarse, si es que tienen algo que temer. Así que si le da un buen, susto al hombre indicado, podría traicionarse.

Sonaba como algo que su papito le pudo haber dicho mientras tomaban una copa de jerez en el Club de Harvard.

—Lo tendré presente. ¿Ahora quiere darme los detalles del mensaje de nuestros amigos?

—No, le daré la información mañana. Vuelo para allá y llegaré aproximadamente a las tres de la tarde. Debo enterrar a Natalie a mediodía.

—¿Cuándo es el pago?

—El viernes a la noche, y en su barrio.

—Es poco tiempo. Presumo que usted pagará, si no ocurre un milagro.

—Sí, con seguridad.

—De acuerdo, hablaré con usted mañana. Espere. Contésteme una pregunta, *Mr*. Clayborne. ¿Llamó a esos detectives privados a pesar de todo?

—¡Por supuesto que no! Seguramente se da cuenta de que cuanto menor sea el número de gente involucrada, tanto mejor. ¿Por qué lo pregunta?

—Sin motivo. Simple curiosidad.

Mi primer pensamiento cuando colgué fue que el criminal había ganado el primer *round*. Nada de lo que había hecho había interferido con su plan original: chantaje. Saqué una botella y un vaso del escritorio, tomé un trago de Oíd Taylor puro, y medité el asunto un rato más.

Obviamente el asesino se sentía muy seguro para ponerse en comunicación en la fecha planeada. No podía creer que intentara recoger el dinero y huir, porque eso lo marcaría como el asesino. No, intentaba reservar el dinero para el futuro y seguir su vida de siempre, hasta que su partida ocurriera como algo normal. Así que era astuto. Hasta intentaba recoger el dinero debajo de mis narices. Nada personal en eso, por supuesto. Era sólo buena estrategia organizar la recolección aquí en el ambiente del asesino, lejos del medio de Clayborne y de la fuerza policial de la gran ciudad.

Eso me hizo merecer otro trago, un doble. Pareció quitarme el barniz de mi propia confianza, porque repentinamente me pregunté si siquiera tenía el nombre del asesino en mi lista. Era posible que lo hubiera pasado por alto totalmente, y que él lo supiera. Me serví un tercer trago. Quedaba lo suficiente en la botella para ayudarme a tolerar esta suave sensación de derrota.

CAPÍTULO TRECE

A las once de la mañana siguiente asistí al juicio previo del asesinato de Natalie Clayborne en el tribunal del Distrito Parson. El juez que presidía era un viejo gruñón que se comportaba como un dignatario de la iglesia… y sus santas escrituras eran la Ley. El fiscal del condado se parecía más a un actor shakesperiano en su papel favorito. Un hombre alto y delgado, tenía el don del gesto expresivo y una voz que vibraba como una trompa. Cuando la bajaba a un susurro para causar efecto, se podía oír cada una de las palabras claramente desde la última fila, y cuando dirigía un párrafo ampuloso a las vigas del techo, resonaba como el trueno.

El juicio fue un asunto arreglado de antemano. La estrella principal era Jack Casey, con sus lustradas botas y su brillante bronce. Los seis miembros del jurado estaban tan cautivados como miembros de un coro que escucharan su himno favorito. Se balancearon al unísono cuando el fiscal exhibió el cajón de la cómoda lleno de ropa interior y las revistas pornográficas. No presentó la novela de Dostoievsky como evidencia, lo que no me sorprendió.

El acusado no subió al estrado ni una sola vez, pero su cara delgada tenía una expresión absorta durante las actuaciones, y cuando se leyó su confesión para el acta miró por sobre el hombro si todos estaban escuchando, con una sonrisa boba. La confesión sonaba exactamente igual a la que había inventado Jack Casey en la casa rodante del portero el día del arresto. El abogado de Ewing era un hombre gordito, nombrado por la corte. El juez sólo dio lugar a una de sus objeciones.

El jurado no salió del recinto en ningún momento. El juez lo acusó a Ewing de crimen en primer grado y anunció la fecha del juicio con el aire de un hombre que anunciara el texto del sermón de la semana siguiente. Daba la impresión de que era mejor que no

faltara ninguno de los pecadores impenitentes.

Yo estaba sentado en la última fila cerca de la puerta, así que me escabullí antes que nadie y encendí un cigarrillo mientras bajaba la escalera hacia el parque del tribunal. Encontré un asiento a la sombra, y pronto vi que salía Paul McIntosh, conversando entusiasmado con un periodista del
«Spencer's
Falls Gazette». Paul me saludó con la mano, y cuando se separó del periodista, se acercó adonde yo estaba y se sentó a mi lado.

—Justicia al estilo de los fundamentalistas protestantes —dijo, y el desprecio le hacía la voz tan áspera que hubiese servido para lijar el casco de un barco—. ¿Vio cómo se regodeaba el público? Si lo colgaran al portero mañana al mediodía, esa gente estaría presente vestida con sus mejores ropas, y llevarían sus canastas de pícnic y a sus hijos.

Le di un cigarrillo y se lo encendí.

—Ewing es el villano perfecto —dije—. Un degenerado sexual que mató a una muchacha joven en un ataque de depravada lujuria.

—No, es más que eso —dijo Paul—. La mayoría de esos patanes que estaban ahí luchan contra las mismas fantasías de que lo acusaron a Ewing. Se deleitan con las revistas sucias a escondidas, se transpiran cuando ven a las chicas caminando ágilmente en la calle. ¿Y vio las mujeres que tienen? Pedazos de madera y mojigatas bolsas de ropa sucia. Están todos faltos de sexo, frustrados. Todos comparten el horror de la carne y la mórbida fascinación que ella tiene. Quieren verlo a Ewing destruido, porque él representa instintos que los aterrorizan.

—¿Ése es el modo en que lo va a escribir para los servicios noticieros?

Sonrió tímidamente.

—No. Sólo escribiré los hechos. Los diarios que recojan la información le dedicarán un párrafo próximo a la página de las noticias fúnebres.

—No se deje deprimir. Puede ser que pronto tenga una historia mejor. Una que presente a un asesino con mucha más clase que Ewing.

Paul miró el cigarrillo como si el que le había dado fuera amargo.

—Usted quiere decir Waldo Mason. Le di mi opinión sobre ese tema el otro día. Waldo se dejaría crucificar públicamente antes que matar a una chica para salvar su reputación.

—Pero ése no era el motivo del crimen, Paul.

Su cara mostró interés.

—¿Cuál es entonces?

—Podría ser una combinación de motivos. Venganza, codicia, y otro que aún no he podido imaginarme.

—Eh, eso me hace acordar de algo. —Me puso una mano en el brazo y miró a su alrededor como si alguien nos pudiera escuchar. Algunos rezagados que habían estado en la corte pasaban a nuestro lado por el sendero—. Tengo algo que decirle. ¿Por qué no me lleva de vuelta a Jordan? Judy necesita el auto hoy, y yo vine en ómnibus.

—Por supuesto que lo llevaré. Espere aquí hasta que hable con su amigo Jack Casey.

Casey recién había salido del tribunal y estaba de pie en las escaleras acompañado, como siempre, de Humpty, el asistente grandote. Jack lucía un poco más elegante que de costumbre, pero era aún el látigo de cochero, delgado, cimbreante y fuerte. Humpty lo codeó cuando yo subía los escalones y Casey me sonrió socarronamente.

—*Mr*. Butler, ¿qué le pareció nuestro espectáculo? —preguntó Casey.

—Muy impresionante. Usted lo hizo entrenar tan bien a ese portero, que pensé que se cortaría la garganta como bis. Sólo para ahorrarle al distrito el gasto del juicio.

La cara de Humpty se puso de una tonalidad rosa oscuro y ladró:

—Cuide la lengua, fanfarrón, o por Dios…

—Tranquilo, Hump —dijo Casey—. Debes aprender a ser generoso cuando ganas. Después de todo descubrimos a este criminal debajo de la nariz del comisario. Es lógico que esté malhumorado.

—Muy magnánimo de su parte, Jack —dije—. En verdad es la eficiencia de su departamento lo que me trae aquí. ¿Tiene alguna pista sobre esos tres montañeses de que hablamos el otro día?

—Humpty se ocupa de eso personalmente —dijo Casey—. Anda cerca.

Humpty se estaba llenando la boca con tabaco. Simplemente asintió con la cabeza.

—Lo mantendremos informado —dijo Casey—. Como estos tres están probablemente escondidos fuera de nuestra jurisdicción, significa que entramos en politiquerías con otros comisarios generales del distrito. Algunos de estos muchachos son temperamentales.

Humpty habló abruptamente, con el tabaco en la boca.

—Estos tres probablemente se enteraron de que la cosa está que arde y se han escapado lejos de esta parte del distrito.

—No esos tipos, asistente —dije—. Volverán. Mi única preocupación es que la próxima vez podría tener que matarlos. Entonces el comisario general podría enojarse conmigo por darle mal nombre a su distrito.

—Sí, no me gustaría —dijo Casey.

Los dos lo mirábamos a Humpty. Bufó suavemente cambió el tabaco de lugar, se levantó de hombros, y escupió una mancha marrón contra uno de los pilares de la corte. Entonces les di los buenos días, me di media vuelta, y bajé las escaleras.

Paul McIntosh se levantó del asiento cuando me acerqué, y caminamos hasta donde estaba estacionado el Mercury. Cuando alcanzamos los límites de la ciudad, dije:

—Ahora ¿cuál es esa información que tiene para darme?

—Me da algo de vergüenza contárselo —dijo Paul—. Difícilmente sea la persona más apropiada para jugar al policía *amateur* después del modo en que lo critiqué a Arthur King el otro día. Pero King mencionó como sospechoso potencial a un hombre que me da la impresión de ser un personaje desagradable. Siempre sentí curiosidad sobre su pasado, y ésta me pareció una buena oportunidad para investigarlo.

—Debe de estar hablando de Eddie Bell —dije.

—Ése es el personaje. Cuando vino a Jordan para hacerse cargo de La Diligencia, oh, hace unos tres años, lo entrevisté para un artículo en el «News». Todo lo que me enteré fue que Eddie había sido gerente de un *cabaret* en Steubenville, Ohio, y que su esposa trabajaba ahí como bailarina. Bueno, después que hablé con King el lunes, llamé a un periodista que conozco del «Herald-Star», de Steubenville. Es una ciudad violenta.

—Estuve ahí —dije—. Presumo que su amigo le contestó ya.

—Esta misma mañana —contestó Paul.

—Y escarbó algo sucio en la vida de Madge y Eddie Bell.

—Sí, mi amigo dice que durante la guerra y algunos años después Bell era el rufián más notorio de Steubenville, y que Madge era la principal estrella del prostíbulo. Más tarde se metió en líos con el jefe de la mafia local, y lo rebajaron al grado de gerente de *cabaret*, un verdadero descenso, de acuerdo a mi amigo. Luego ellos dos vivieron en México durante un tiempo, y cuando murió el viejo enemigo de Eddie, volvieron a Steubenville. Pero no pudo volver a abrirse camino en la mafia. Así que aceptó este puesto en Jordan.

Mi imaginación divagó hacia ese ser perfecto de contradicciones, *Mr*. Eddie Bell.

—Quizá se hayan reformado —dije—. He conocido mucha gente de vida disipada que lo ha hecho. Todo lo que se necesita es un poco de voluntad.

—¿Usted cree eso sinceramente? —preguntó Paul:

—Paul, está empezando a sonar tan mojigato como los que estaban allá en el tribunal. ¿Se acuerda? ¿Los que usted pescó babeándose sobre el cadáver de Ewing?

—Eso no es nada cómico —dijo—. Pensé que apreciaría esta información. —Tenía la voz pastosa de irritación y cayó en el silencio. Después de un par de kilómetros me sorprendió al reírse entre dientes. Luego dijo:

—Al diablo, la analogía no es del todo desacertada. Debe de ser el viejo instinto puritano vigente dentro de mí, condenar a Bell porque una vez fue un rufián y su esposa una Jezabel. —Otra vez volvió a reírse para sí mismo—. Creo que no tengo mucho futuro como policía *amateur*.

—No renuncie aún —le dije—. La verdad es que podría tener que pedirle que se encargue de una tarea mañana a la noche. Si es necesario, tiene mi palabra de que no involucrará ningún riesgo. Será trabajo pacífico, pero necesario.

Paul suspiró y observó el ornamento del capot durante un largo rato.

—Supongo que es infantil de mi parte, pero me hubiese gustado que no agregara esa observación de que no había ningún riesgo involucrado. Oh, sé por qué lo hizo. Porque Judy, con su típico

comportamiento dulce, lo culpó de aprovecharse de mí. Me lo contó anoche.

—Espero que no se haya enfadado con ella —dije.

—¿Enfadarme con Judy? No. En verdad, me emocionó su preocupación. Es una mujer única, de pura raza. Está un poco amargada por este asunto del comité del congreso, pero existen grandes posibilidades de que no se me acusen. Soy un tipo sin importancia para estos muchachos. Mi abogado dice que realmente se enojaron a causa de varios artículos de fondo que yo escribí sobre ellos hace tiempo, en los que probaba que eran muy poco patriotas. No aceptan ser criticados por los despreciables sujetos sucios de tinta del cuarto poder, como se le llama a la prensa; ni siquiera alguien con tan poca influencia como yo.

Habíamos llegado a Jordan por fin, y Paul me pidió que lo dejara frente a su oficina. Después que hubo bajado del auto, mantuvo la puerta abierta y me miró a los ojos.

—Me llamará para esa tarea ¿verdad? ¿A pesar de Judy?

—Lo llamaré, Paul.

Cerró la puerta y me dirigí a la casa de Quartz, donde apenas si tuve tiempo para comer un emparedado y vestirme de civil antes de mi encuentro con Philip Clayborne. Quartz estaba dormitando en su silla de ruedas y no lo desperté.

Exactamente a las tres entré en el vestíbulo del Hotel Cavendish. El empleado de la recepción casi se pone de rodillas cuando le pregunté por Philip Clayborne, y murmuro el número del cuarto en voz tan baja que tuve que inclinarme para oírlo.

El departamento de Clayborne era más modesto que el que había ocupado el lunes. Abrió la puerta tan pronto como llamé, y me hizo pasar a un pequeño salón de estar. Por alguna razón yo había supuesto que se lo vería diferente, ojeroso de dolor, fatigado después de la triste prueba del funeral, tenso ante la ansiedad de pagarle a los chantajistas. Pero si había algún cambio, era para lucir más saludable, vivaz, seguro de sí mismo, como si hubiese enterrado su pena junto con su hija y se acercara a la tarea que tenía entre manos con deleite.

—No fue mi intención ser tan brusco con usted anoche, por teléfono, Butler —dijo.

—Estoy acostumbrado a eso. Además, cuando me contrató el

lunes, usted esperaba que yo lo arreglaría de modo que usted no tuviese que hacer este viaje.

—Sí, creo que contaba con que usted realizara lo que ayer, por teléfono, llamó un pequeño milagro. De acuerdo, estoy resignado al hecho de que no haya recobrado la cinta. He venido preparado a pagar ese dinero que me pidieron, y soy lo bastante avezado como para saber que ésta es sólo la primera cuota, a pesar de lo que dicen en la nota. Pero eso no quiere decir que vayamos a abandonar la búsqueda, Butler. Todo lo contrario. Así que antes de abocarnos al asunto nuevo, ¿qué progresos puede comunicarme? ¿Quiénes son los sospechosos? Seguramente tiene algo.

Vacilé.

—Vamos, hombre. Por mil dólares por semana, merezco un informe.

—De acuerdo. Tengo cuatro nombres en la lista hasta el momento. Tres son hombres maduros, y dos de ellos la conocieron a su primera mujer cuando estudiaba en Jordan.

—No alcanzo a ver qué tiene que ver eso —dijo—. Pero dígame los nombres. Es posible que Natalie me los mencionara en algún contexto significativo.

—Waldo Mason —dije—. Carl Metterman.

Clayborne sacudió la cabeza.

—Ninguno me recuerda nada. Dijo que había cuatro nombres. ¿Quiénes son los otros dos?

—Uno es un estudiante llamado Arthur King. El otro es un exjugador que ahora se ha convertido en el patrón local de las artes. Eddie Bell.

—Me parece que mencionó a este King. No estoy seguro. ¿Eso es todo lo que tiene? ¿Simplemente los nombres, sin ninguna evidencia? ¿Sin ningún motivo para que mataran a mi hija? —Era el presidente de la junta que criticaba el bajo dividendo de una acción.

—¿No trajo usted una bolsa llena de motivos para pagar la cinta que hizo su hija? ¿Cuánto le pidieron? —dije.

—Cien mil. —Murmuró la cifra con indiferencia; estaba pensando en otra cosa—. ¿Pero de qué manera el chantaje explica el crimen?

—Pensé que ya lo había adivinado —dije. Saqué un cigarrillo.

—No, no lo he adivinado. Tendrá que tener la amabilidad de

iluminarme con su sabiduría. —Habló con precisión, pero la furia que disimulaba hizo que el cuarto pareciera más pequeño.

—Puedo decírselo, si es capaz de tolerarlo —dije—. Su hija conspiró con alguien para chantajearlo. No necesitaba un consejero psiquiátrico. Pero se anotó con el doctor Pritchett y representó el papel de modo de poder grabar ese episodio escandaloso en una cinta que su socio pudiera robar. Era la única forma en que le podía suministrar el escándalo al socio y aún parecer inocente. Así que aparentemente usted y su princesa no eran tan unidos como usted me hizo creer.

La cara de Clayborne parecía un tallado en madera.

—¿Por qué haría Natalie algo así?

Expresé indiferencia con un mero movimiento del cigarrillo. La tensión que había en ese cuarto hacía que cada gesto estuviese cargado de expresión.

—Quizás estuviese enamorada del tipo; y necesitaran una cantidad de reserva —dije.

Tuvo que humedecerse los labios antes de hacer la próxima pregunta.

—Pero eso aún no explica por qué él la mató.

—Una de dos razones —dije—. Una, la intención de él desde el principio fue matarla en cuanto tuviera la cinta. Lo que dudo. O ella descubrió que había una tercera persona en la conspiración, un socio capitalista. Eso hubiera significado traición, y ella pudo haber amenazado con desenmascararlos. Me gusta esta teoría.

—De modo que es sólo una teoría —dijo—. No tiene nada que lo verifique.

—Tengo que agradecérselo a usted —dije—. Si supiera qué hay en esa cinta, *Mr*. Clayborne, podría verificarlo sin mucho esfuerzo.

Ahora parecía que su voluntad se hubiera trenzado con la mía, como si fuéramos dos ciervos que habíamos trabado astas. Percibí el brillo de su ancha frente, los pelos de la nariz, una mancha en la mejilla. Clayborne rompió el encanto.

—No, eso no puede ser. Mis reglas originales acerca de la cinta siguen vigentes. —Sacó un pañuelo, y se secó la transpiración de la frente. Luego se quedó callado un largo rato, con la mirada perdida. Quizá Natalie tuviera razón para estar tan resentida conmigo.

—«Resentida» me parece una palabra demasiado débil para lo

que hizo —dije.

Clayborne no pareció oírme. Dijo:

—Bueno, vayamos al nuevo asunto.

Sacó un sobre del bolsillo, extrajo un papel y me lo dio. Era una carta a máquina en papel barato.

Philip Clayborne:

La copia que incluimos de una grabación magnetofónica hecha por su hija debiera convencerlo de que tengo la cinta original en mi poder. Como puede ver por esta muestra, la cinta no se anda con vueltas para describir ciertos hechos que ocurrieron en el verano de 1957. El otro documento que acompaño muestra que puedo reforzar el testimonio de su hija con el de un testigo.
Le venderé esta cinta y el otro papel por cien mil dólares.
Usted sabe que esta cinta será su ruina si se la hace pública. Créame, intento dar este material a publicidad si usted no sigue mis instrucciones al dedillo.

1) *El dinero debe ser en billetes usados que no tengan número de serie consecutivos. No más de la mitad, en billetes de cincuenta, el resto en billetes de diez y veinte.*
2) *Entregará el dinero el próximo viernes a la noche.*
3) *Salga de la Ciudad de Jordan exactamente a las 23:15, solo, en un convertible con el techo bajo. Diríjase hacia el Este por la carretera Carthage a 60 kilómetros por hora. Llegará a la ciudad de Aldenburgh aproximadamente a las 23:45. Doble a la derecha en el semáforo (sólo hay uno en Aldenburgh), y siga hacia el Sur a la misma velocidad durante diez minutos. Busque una estación Esso sobre la mano derecha del camino. Asegúrese de llegar a la estación. Deténgase a comprar nafta, y recibirá otras instrucciones.*
4) *ADVERTENCIA: Se lo vigilará constantemente hasta que entregue el dinero. Debe venir solo, y nadie debe seguirlo. Si viola estas condiciones, el trato está roto y la cinta será dada a publicidad. No habrá una segunda oportunidad.*
5) *Si hace el pago, recibirá la cinta por correo en Filadelfia. Y nunca más lo molestaré.*

La carta carecía de firma. La leí dos veces antes de levantar la vista.

—¿Qué piensa? —dijo Clayborne.

—El convertible es un buen toque profesional —dije—. Quiere asegurarse de que no lleva un pasajero. Hay algo que me molesta. Nuestro amigo debió haberle advertido que me sacara a mí del camino, pero no lo hizo.

—Hay una razón perfectamente simple para eso —dijo Clayborne—. El hombre no sabe que usted trabaja para mí.

—Quizá no sepa que lo estoy buscando como chantajista. Pero debe de saber que estoy detrás de él como asesino.

—Entonces debe sentirse terriblemente seguro —dijo Clayborne, con cierto desprecio en la voz—. Quizás usted no esté ni cerca.

—Es una posibilidad. —Se me ocurrió otra razón para la omisión, pero no tenía ganas de discutirla con Clayborne—. Ahora veamos esta otra prueba que nuestro amigo le envió. ¿Qué es exactamente?

—No le puedo revelar eso —dijo Clayborne—. Puede creerme que es auténtica y muy persuasiva.

La intuición es una cosa extraña. Mientras Clayborne pronunciaba estas palabras algún juego de luz combinado con las arrugas de su cara me hicieron acordar el retrato de Rouault, «El viejo rey», que estaba colgado en el cuarto de Natalie. No quiero decir que se pareciese al retrato de ninguna manera, pero me hizo pensar en él, junto con el hecho de que del otro lado del cuarto, frente a esa máscara de codicia y corrupción, estaba colgado el dibujo al carbón del desnudo pagano sin cara, la esposa de Clayborne, y en la cama, entre los dos, una jovencita yacía muerta. La herida de mi cabeza, casi curada, ahora palpitó con algo así como revulsión.

—No, *Mr*. Clayborne —dije—. No voy a creer en su palabra en cuanto a eso. —Sacando la billetera tomé el cheque que me había dado el lunes y se lo tiré—. Será mejor que consiga otro muchacho, uno que quiera trabajar con las restricciones que usted impone. —Me puse de pie y me dirigí a la puerta.

—Espere ¡por Dios! —Se levantó de la silla y me tomó del brazo —. No me puede dejar en este momento tan crucial. Por favor, Butler. Hablemos como hombres civilizados.

—No, usted es demasiado tramposo y reservado para mi gusto. No me importa trabajar contra las chances del asunto, pero usted ni siquiera me da ese porcentaje. Quizá sea su reputación la que esté en peligro, pero es mi vida, viejo.

—De acuerdo, dígame qué quiere. Esto me es totalmente nuevo. Quizás espero mucho. Siéntese. Cinco minutos no importan, sea como sea.

—Invertiré esos cinco minutos.

Clayborne fue al escritorio, abrió uno de esos elegantes bares de viaje, y trajo una botella y dos vasos a la mesa que estaba entre los dos.

—¿Pido hielo o lo tomará natural como los ingleses?

—Nada para mí, gracias —dije.

Se sirvió uno, levantó el vaso y lo tomó puro. Buscó una servilleta, se sonrió, y se limpió la boca rudamente con el dorso de la mano.

—Así que impongo demasiadas restricciones —su voz sonaba algo ronca.

Se lo dije sin preámbulos:

—El lunes me mintió sobre lo que Natalie grabó en la cinta. Ayer, por teléfono, le expliqué qué tonta era esa mentira, pero hoy me dice que la cinta es aún secreto absoluto. Ésa es una. Número dos es el hecho de que aparentemente usted me mintió sobre la relación entre usted y Natalie. El lunes eran grandes amigos, pero hoy casi no se sorprendió cuando se enteró de que ella planeó defraudarlo. Luego tenemos el número tres, este misterioso documento que el chantajista le envió, y que usted quiere que acepte implícitamente como auténtico. Mi fe en usted se ha debilitado mucho, *Mr*. Clayborne.

Clayborne tenía la cabeza ligeramente ladeada, y su expresión era extrañamente humilde para él. También la voz.

—Usted habla de fe. ¿Se le ocurrió alguna vez que si le revelo lo que hay en esa cinta usted podría dejar de tenerme fe y respeto? Supongo que es mi *crimen* lo que está en la cinta.

—Ya lo había considerado —dije—. ¿De qué gravedad?

Se sirvió otro trago, lo paladeó en la lengua, lo tragó. Esta vez no se molestó en limpiarse la boca.

—La palabra «crimen» no es realmente exacta —dijo—. No se

dañó a nadie y honestamente puedo decir que no siento culpa alguna.

—Está haciendo tiempo.

—Sí, creo que sí. Me siento como un hombre que está por encomendarse a la misericordia de la corte. No me es fácil.

—No estoy aquí para juzgarlo.

—Pero lo hará. Todos lo hacen en un caso así. De acuerdo, pongamos a prueba su experiencia. Sólo confío en que Alex Hammersmith haya tenido razón en cuanto a usted. Ese verano de 1957 lo pasamos en mi casa de Cape Cod. Tenemos nuestra playa propia, nuestro propio desembarcadero, y ese año teníamos un barco nuevo, un crucero de siete metros. Natalie tenía quince años. Había tenido un mal año en la escuela, académicamente, y yo contraté a un joven de Yale para que le diera clases. Tuvimos muchas visitas en julio, pero en agosto estábamos solamente nosotros cuatro en la casa, Natalie, el muchacho de Yale, yo, y la casera, *Mrs*. McPherson. —Hizo una pausa.

—Lo sigo hasta aquí —dije.

—No digo esto para disculparme, pero usted tiene que entender que yo estaba de un humor raro ese verano. Hacía cinco años que estaba divorciado, recuerde, de una mujer que se había comportado asquerosamente. En dos ocasiones durante cinco años, me había interesado en una mujer y las dos veces terminó mal. Una era astuta, interesada sólo en mi dinero. Estaba desilusionado de las mujeres. Ese verano empecé a leer mucha filosofía y poesía, cosas que casi no había visto en la universidad. El muchacho de Yale y yo nos sentábamos en la playa y hablábamos sobre los libros. Leí varios que me recomendó él. Era muy brillante y tenía un cierto encanto. Prácticamente veneraba a los griegos.

Clayborne hizo una pausa para servirse otro trago. Derramó un poco porque me estaba observando. Pude haberlo hecho callar en ese punto, pero debía asegurarme. Bebió, y se limpió la boca con los nudillos.

—Resumiendo, *Mr*. Butler, yo tenía refrigerios en el crucero, vino, comida, hielo, y lo usábamos como un tipo de cabaña. Una tarde el muchacho de Yale y yo bebimos una botella de *champagne* en el barco y terminamos imitando la idea de los griegos sobre la forma más pura del amor. Ésa fue la primera de tres veces. Natalie

nos sorprendió la tercera. Por supuesto que estaba disgustada al principio. Pero hice que el muchacho se fuera, y Natalie y yo conversamos del asunto hasta que yo sentí que ella entendió que no había pasado hada realmente terrible. Hasta pareció comprensiva al final. Si tuvo algún efecto, fue el de acércanos más. Así que ve, realmente no le mentí sobre eso.

Clayborne estaba muy hundido en su silla, con los brazos sobre los del sillón, la cara transpirada.

Era algo bastante difícil de confesar y me impresionó.

—Obviamente Natalie cambió de parecer más tarde —dije—. Quizá pensó que esta inclinación suya fuera lo que la alejó a su mujer.

—Se me ocurrió eso —dijo—. La ironía es que no hubo ninguna inclinación, ninguna proclividad de mi parte. Nunca me había tentado la idea antes del verano, y ciertamente no desde entonces. Creo que Natalie lo creyó. No, no se hubiera vuelto contra mí si no hubiera caído bajo alguna influencia maligna.

—Eso aún no explica ese otro documento que el chantajista le mandó.

Respiró profundamente.

—Es una carta de la casera, *Mrs*. McPherson. Aparentemente nos vio la noche que usamos la casa. Se lo escribió todo a alguien y mencionó el nombre del muchacho de Yale. Oscurecieron las partes de los nombres, de modo que yo no pudiera leer a quién iba dirigida la carta.

—¿Podría estar involucrado el muchacho de Yale? —pregunté.

—Imposible. Está casado ahora y tiene un cargo en el gobierno. Esto lo destruiría a él también. No, creo que la vieja le escribió la carta a Natalie. Quizá pensó que ella ya tenía la edad suficiente para saber la verdad acerca de su padre. La vieja bruja no podía saber que Natalie ya lo sabía.

—Tiene sentido —dije.

—¿Todavía trabaja para mí? —preguntó Clayborne.

—¿Por qué no? Todavía es la víctima del caso, y es por eso por lo que me dijo. Los pecadillos de los ricos desocupados han dejado de sorprenderme hace mucho tiempo, *Mr*. Clayborne. Tomaré ese trago ahora, si me acompaña.

Los sirvió y ambos tomamos nuestros tragos lentamente. Se

animó.

—¿Qué hay de mañana a la noche? ¿Trataré de atrapar al hombre o es eso demasiado arriesgado?

—Tendré que pensarlo —dije—. Présteme esta carta del chantajista, y hablaremos sobre esto mañana. —Me puse de pie.

Clayborne se levantó rápidamente y me puso el cheque en la mano.

—Será mejor que se lleve esto. —Luego apretó los dedos sobre mi brazo—. Butler, creo que sé por qué el chantajista no insistió en que lo sacara del asunto a usted.

—¿Por qué?

—Pensará que soy melodramático, pero quizá ya tenga planes para eliminarlo como amenaza.

—Ya lo había pensado —dije—. Me sorprende que se le haya ocurrido.

—Será mejor que tenga cuidado.

—Siempre me cuido —dije.

Me fui del Cavendish agobiado por el peso del secreto de Clayborne, como si me llevara un pescado muerto debajo del brazo. Sentí la tentación de compartirlo, pero hasta Quartz se sonreía desdeñosamente de este pescado muerto. Su actitud hacia los homosexuales era el desprecio masculino del hombre de mar, condimentado por treinta años en la Armada.

Así que cuando Quartz y yo analizamos las instrucciones del chantajista esa noche, sólo discutimos el delicado problema de cómo seguirlo a Clayborne sin ser detectados, cuando se hiciera el pago. Todos los planes que hacíamos eran defectuosos debido al hecho de que no sabíamos a dónde remitirían a Clayborne después de la estación Esso. Así que dejamos de lado todos los planes hasta que yo pudiera investigar la estación. Después de cenar me puse ropas oscuras de *sport* y zapatos de lona azul con suela de goma. Llevaba la Luger debajo del brazo. Estaba excitado. Hasta ahora no me había dado cuenta de que el uniforme me obstaculizaba muchísimo. Estaba acostumbrado a obtener información de modos bastante más oscuros, con dinero, con la palanca de alguna información sórdida apoyada sobre la base de la culpa, o mostrándole a alguien aquello que temía. Ahora, estimulado por

esta advertencia que daba la omisión en la nota del chantajista, pensé que sería hora de merodear, al estilo Butler. Primero fui a la comisaría e hice varias llamadas telefónicas. No pude encontrarlo a Carl Metterman, en su negocio o en su casa. Así que lo llamé a Waldo Mason. Contestó y me identifiqué.

—Ah, sí, el comisario que no aguanta que nosotros los intelectuales le mintamos —dijo—. ¿Ya solucionó su crimen, comisario? ¿Le ha echado el guante al culpable? ¿Hecho el arresto? Lo que me recuerda ¿alguna vez oyó estos versos de Wilde?: «Los actos más viles, como las hierbas venenosas / florecen bien en el aire de la prisión».

Estaba borracho. Se oyó la voz de una mujer que le gritaba bruscamente pero la respuesta de él fue apagada. Oí el sonido de su respiración en el auricular otra vez.

—Quiero hablar con usted —dije.

—¿Por qué no? Sabía que el diálogo que empezamos el lunes no estaba realmente terminado. Quizá fuera porque me puse tan desagradable por teléfono ayer, por algo tan pequeño como que entrara a mi casa por la fuerza. Me doy cuenta que tiene que hacer una tarea. Una línea de trabajo violenta como la suya requiere tácticas violentas. Así que reunámonos, cómo no. ¿Cuándo quisiera reasumir la inquisición?

—Ahora mismo —dije—. Puedo estar ahí dentro de diez minutos.

—No, no puede ser. Tengo compañía, una dama. Deme una hora. Digamos a las nueve y media. No, digamos a las diez. Para estar seguros.

—Las diez en punto. Colgué.

Me serví un trago de la botella de Quartz y medité sobre este cambio en la actitud de Waldo. Ayer había estado hostil, esta noche estaba totalmente jovial, deseoso de cooperar. Considerando las circunstancias, la borrachera no era una justificación adecuada. Ésta no era una noche para que yo cumpliera las afabilidades sociales, tales como darle a Waldo tiempo para prepararme su visitante. Decidí llegar temprano a la cita.

Levanté el auricular otra vez y disqué el número de Linda en La Diligencia. Después de saludarnos dijo:

—Butler, me harás creer fielmente en la telepatía mental. Estaba

pensando en ti cuando sonó el teléfono.

—Castigándome por descuidarte, sin duda.

—No bromees. Sé que estás ocupado. No, estaba pensando qué lindo sería pasar varios días en esa granja tuya. Quizá podamos, una vez que este terrible asunto se haya terminado. Creo que necesito vacaciones de esta atmósfera perfumada, de todos estos tipos gritones de la legión americana. Has hecho que no me guste más, destructor.

—Ése parece ser mi papel en la vida, el de destructor —dije—. Escucha, te llamé por algo. Quiero verificar la coartada de Eddie Bell para el sábado a la noche. Me dijiste que trabajó en La Diligencia hasta las tres de la mañana. ¿Pudo haberse escabullido durante una hora sin que lo supieras?

—No es ni remotamente posible, Butler. Hablando de tipos de la Legión, ésa era la noche cuando los Elks tienen su cena anual. Eddie era el maestro de ceremonias, el anfitrión de casi cuarenta personas. ¿Por qué, tienes algo contra él?

—Sólo su reputación. Eso me recuerda algo. Tengo una historia que contarte sobre tu amiga Madge.

—Es una coincidencia. Está aquí ahora. Vino a cenar, lo que hace a menudo, y está haciendo tiempo para ver si aparece algún grupo divertido. Pero la noche del jueves es la más tranquila. Apenas si hay diez personas aquí.

—Entonces por qué no sales temprano y me invitas con un trago. —Mientras lo decía me di cuenta de que la excusa sobre la coartada de Eddie había sido para engañarme a mí mismo. Quería verla para sacarme el mal gusto que me había dejado mi empleador Clayborne.

—Caramba, qué impetuoso —dijo Linda—. Sí, me puedo ir antes. Digamos a la medianoche en casa. Eso me da tiempo de sacarme el disfraz.

—A la medianoche en tu casa es perfecto —dije.

Apagué la lámpara y me senté en la oscuridad hasta que fue hora de visitar a Waldo Mason. Tenía bastantes cosas en qué ocupar la mente. Antes de salir revisé el cartucho de la Luger y lo llamé a Quartz para decirle a dónde iba.

CAPÍTULO CATORCE

Fui testigo de la partida de la visitante de Waldo desde detrás de un arbusto que había del otro lado de la calle, frente a la casa. No se fue con elegancia. Primero, abrió la puerta de entrada ruidosamente. Vociferó algunas palabras airadas, dio un portazo, forcejeó con el pasador de la puerta de alambre, la abrió con tal violencia que la hizo vibrar y bajó los escalones con rapidez.

Ya Waldo había alcanzado el pórtico. Asió la puerta de alambre antes de que se cerrara y gritó con su rica voz de barítono:

—Debes aprender que el amor no se puede alimentar con mandamientos piadosos y salsa de tomates. ¡El amor es amoral o no es nada!

Esto hizo que ella se detuviera como si se hubiera chocado contra un alambre invisible. Se dio vuelta para mirarlo, bajo la brillante luz de la luna. Era Betty Childress.

—No pretendas enseñarme qué es el amor. Todo lo que sabes sobre el amor es cómo destruirlo. No quieres alguien que te ame. Quieres víctimas propiciatorias que castigar porque aquella mujer te traicionó. No es de asombrarse que hayas enloquecido a dos esposas.

—¡Qué vulgar echarme eso en cara! —gritó Waldo—. Pensé que eras una mujer, pero me equivoqué. No eres más que otra de esas chicas que quieren cambiar sus favores por seguridad.

—Sea lo que sea, profesor, me doy demasiado valor para seguir sirviendo de tranquilizante para tus arranques neuróticos. —Con estas palabras se dio vuelta y se hundió en la sombra de un árbol, emergiendo casi enseguida con una bicicleta. Se detuvo sólo el tiempo suficiente para encender el faro, montó con la bicicleta en marcha y desapareció. Waldo le dio un portazo a la puerta de alambre y antes de que el sonido dejara de resonar en las colinas arboladas ya estaba dentro de la casa.

Cinco minutos más tarde crucé la calle y di toda la vuelta alrededor de la casa. Estaba todo totalmente calmo salvo una tanda de cerveza casera que se estaba filtrando en el pórtico de atrás. Eludí la mancha de luz frente a una ventana al costado de la casa, fui agachado hasta un olmo y me moví a un lugar desde el cual tenía una muy buena visión de Waldo dentro de la casa.

Se estaba quitando la remera. La apretó en un puño, se secó la transpiración de las axilas, se limpió el pecho y tiró la camisa a un costado. Luego salió de mi campo visual. Se oyó el raspar de una púa sobre un disco, amplificado por el parlante, y luego la noche se llenó de música alta y discordante. Poco después Waldo volvió con un trago largo en la mano y se acomodó en el sillón. Durante los próximos quince minutos sólo se movió para levantar el vaso y beber.

Satisfecho, me fui del patio y caminé hasta donde había dejado estacionado el Mercury detrás de una cabina de la carretera del Estado. Un minuto después subía los escalones del frente de la casa de Waldo y golpeaba la puerta de alambre. Waldo apagó la música, y abrió la puerta.

—Ah, la guardia civil. No lo reconocí sin uniforme. Entre. No se fije en la mugre de mi departamento de soltero.

Seguí la espalda desnuda hasta el salón, donde me indicó una silla. Me ofreció un trago pero no acepté. El cuarto estaba amueblado de la forma más casual, como si todas las piezas del mobiliario provinieran de varios remates de cosas usadas. En el aire había un fuerte olor a salsa picante y en la mesa del comedor, en un rincón, vi los restos de una cena a base de spaghetti.

Waldo siguió mi mirada.

—Mi amiga insistió en hacerme la cena. Me encontró en copas y pensó que podría ponerme sobrio. Traté de comer, pero no puedo pasar nada esta noche. Así que peleamos, y me comporté como un bárbaro. Creo que alejé a la dama para siempre. Y tengo que agradecérselo a usted.

—Así que ahora soy el villano de su vida amorosa —dije.

—¡Sí! Usted es quien plantó en la fértil imaginación de Betty el hecho de que yo la conociera a Eleanor Sheridan y la sospecha de que era el amante de la hija de Eleanor. Así que Betty empezó a interrogarme, y muy astutamente, podría decir.

—Debió haberle contestado algo —dije.

—Le contesté demasiado. No quiero volver a cometer el mismo error con usted. Soy un borracho incompetente. La dipsomanía no es mi refugio.

—¿Cuál es su refugio, Waldo?

Me miró astutamente.

—No, olvídese de eso. En verdad, debo retirar mi acusación. No puedo acusarlo por mi pelea con Betty. En realidad ya había decidido romper con ella a principios de semana. No era fácil de hacer. Ergo, la botella. Cuando estoy borracho puedo ser repulsivo sin mucho esfuerzo.

—¿Qué pasó que le hizo decidir romper con ella? —pregunté.

La pregunta pareció inmovilizarlo. Se tiró de la barba distraídamente.

—Escuche, Butler, creo que usted es un hombre sincero. Creo que está haciendo un verdadero esfuerzo para seguirle las huellas a este criminal. Usted está interrogando a la gente que la conoció a Natalie, buscando un motivo, etcétera. ¿Pero no se le ocurrió pensar que la pudo haber matado un extraño? Sólo como una hipótesis, imaginemos un hombre, medio loco de odio, que se acerca a Natalie para obtener cierta información. No acepta negativas. A un hombre lo pueden presionar, atormentar.

—¿Qué hombre, Waldo? Usted es aún demasiado abstracto para mi mente simple.

Echó la cabeza hacia atrás como un boxeador que desafiara a su oponente.

—¿Qué si le cuento sobre un hombre tal como el que le digo? Un hombre atormentado por el odio porque amó desesperadamente a una muchacha y todo lo que logró fue que ella se burlara de ese amor cruelmente.

—Hasta Hollywood ha dejado de usar ese vejestorio. —Su modo tímido incitaba a tratarlo mal—. Pero escucharía su telenovela si me dice los nombres de los personajes.

Me miró con expresión dolorida.

—De acuerdo. Yo era el tonto enamorado, hace veinte años. La chica era Eleanor Sheridan. Era la clase de chica que uno inventa en sus sueños, una diosa. O pensé que lo era entonces. Estaba totalmente enamorado, animado de una energía fantástica,

consciente de cada hoja de hierba. Me hizo creer que me amaba. Hasta dejó que la llevara a la cama, como si selláramos algún pacto sobrenatural entre los dos. —Levantó la cabeza. Le corría la transpiración por la cara—. Pero al final me hizo a un lado con terrible crueldad. No pudo simplemente salir del sueño. Tuvo que mancharlo, que burlarlo.

—Así que usted estaba atormentado —dije—. Y decidió matarla.

—A ella no. —Debió humedecerse los labios—. Al hombre con quien se casó, a Clayborne.

—¿Por qué a él?

—Usted no sabe lo que era Eleanor. Una noche, antes de la fiesta de graduación, la encontré sola. Debió haber pensado que estaba loco. Estaba asustada. Así que me hizo el cuento de que estaba obligada a casarse con Clayborne porque él tenía gran poder sobre su padre. Lo podía mandar a la cárcel al viejo a causa de un fraude con acciones en que se había metido.

—¿Y usted lo creyó? Dios mío, es un argumento del siglo dieciocho.

—Pero lo hizo tan bien. Lloró sobre mi hombro y me hizo el amor. Parecía una tragedia espantosa, nuestro amor destruido por este tirano cruel. Yo quería matarlo. —Parecía inflamado por los recuerdos de aquella noche; se sentó erguido, con los puños apretados sobre los muslos.

—Pero *Mr*. Clayborne sobrevivió sus impulsos homicidas —dije —. ¿Por qué?

—Varios días después recibí en forma anónima un recorte de diario por correo. Decía que el padre de Eleanor se había suicidado durante la depresión del año veintinueve.

—¿Se enteró alguna vez quién le mandó el recorte?

—Tuvo que ser Eleanor. No quería que le aporrearan al novio antes de que lo pudiera llevar al altar. No con todo el dinero que tenía Clayborne.

Debido a su comportamiento llegué a la conclusión de que todo lo que me había dicho hasta ese momento no era más que el prefacio a algo importante.

—Parece que hemos cubierto el pasado. Ahora movámonos al presente. Hablemos de Natalie —dije.

—Así que no quiere escuchar —dijo con aspereza—. Ni siquiera

quiere considerar la posibilidad de que un hombre trastornado de ese modo pudiera matar por el solo hecho de que alguien trató de frustrar su impulso criminal.

Me incliné.

—Hay algo que debemos aclarar, Waldo. El hombre que mató a Natalie Clayborne ahora está chantajeándolo al padre por cien mil dólares. Ése fue el motivo desde el comienzo. Fue Natalie la que le dio el material para venderle a Clayborne, y una vez que lo obtuvo, él la mató.

—¡No le creo! —dijo—. ¿Cómo pudo usted enterarse de algo semejante?

—Porque leí la nota del chantajista —dije.

—Mi Dios, si es verdad, entonces esto es malo. —Sacudió la cabeza con violencia. Apretó los dientes, muy blancos en contraste con la barba.

—Lo que sea que usted sabe Waldo, ahora es el tiempo de decirlo —dije.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Ninguno de los dos se movió. Continuó sonando, tres, cuatro, cinco veces. Levantó el auricular.

Era Madge Bell.

—Butler, me alegra encontrarlo. Quartz me dijo que lo podía ubicar ahí. ¿Se acuerda que usted ayer me previno sobre un ladrón que estaba alborotando? Está en mi casa en este mismo momento. O lo estaba hace cinco minutos.

—Dígalo rápido.

—De acuerdo. Volvía a casa de La Diligencia cuando vi que se movía una luz detrás de la ventana de arriba. Sé que cerré con llave antes de salir. Así que di vuelta, y regresé hasta la estación de servicio de Turley, en la carretera. Lo estoy llamando desde ahí.

—¿Puede ver la entrada del camino a su casa desde ahí?

—Sí. La veo desde la cabina telefónica. No me siguió nadie cuando salí.

—Quédese ahí. Esté alerta al paso de un Mercury negro. Haré un guiño con la luz cuando pase por la estación. Deme diez minutos; luego sígame.

Colgué y me volví hacia Waldo.

—Debo irme, pero volveré.

Me dio la impresión de que tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar.

—Esta noche no. Basta por esta noche. —Era la imagen de la desolación. Hasta su barba se veía marchita.

Fui hasta el Mercury, totalmente consciente de que ésta podría ser la trampa sobre la que me había prevenido Clayborne. Cinco minutos después la dejé atrás a Madge Bell, rosa y alta con zapatos de tacón y un vestido muy apretado al cuerpo; estaba de pie bajo el brillo de la estación de servicio. Entré en la angosta ruta de asfalto a ciento diez en el largo trecho recto, cuesta arriba, luego apagué las luces antes de bajar la pendiente. La luz de la luna hizo que los últimos trescientos metros cuesta abajo, hasta la entrada de autos de los Bell, fuera cosa fácil.

La casa estaba totalmente oscura. Bajé del Mercury, di vuelta detrás del garaje y alcancé el patio. Una de las puertas de vidrio estaba abierta, rajada donde habían forzado el pasador. Esto le daba menos aspecto de trampa. Me acerqué a la puerta, con la Luger en la mano, y esperé escuchando. Luego di un paso en el cuarto y escuché otra vez. Finalmente me convencí de que el ladrón se había ido. Probablemente había visto las luces del auto de Madge cuando ella entró antes.

Pero no me arriesgué. Inspeccioné la planta baja con mi linterna de bolsillo, y luego subí la vieja escalera. El dormitorio principal estaba un poco desarreglado, aunque parecía que nuestro amigo no había tenido o la habilidad o el tiempo para abrir la caja fuerte que había descubierto en la pared. Justo cuando bajaba la escalera vi las luces del auto de Madge. Sus tacones resonaron en el pórtico, las llaves se entrechocaron; abrió la puerta. Hizo un gesto nervioso antes de reconocerme.

—Se fue hace rato —dije—. Pero tenía usted razón. Estuvo aquí.

Hizo un ruido felino, ya en acción, y subió las escaleras a toda velocidad. La seguí rápidamente. En el dormitorio principal fue derecho a un armario, se arrodilló y desapareció totalmente, salvo los pies. Gritó una obscenidad poco elegante para una dama, y emergió sosteniendo en la mano una caja de metal vacío.

—¿Qué se llevó? —le pregunté.

Tiró la caja dentro del armario otra vez y se puso de pie.

—Nada de valor, salvo para mí, el maldito. ¿Quién era? Usted

parecía saber mucho sobre él ayer. —Su cara, delgada de costumbre, estaba cadavérica de furia.

—No lo sé. Pero pienso descubrirlo. ¿Dónde vive Metterman?

—¿Piensa que fue Carl? Usted dijo que podría volver a vengarse. Es la forma en que actuaría ese holandés cobarde.

—¿Dónde vive?

—Se lo diré abajo. Necesito un trago.

Cuando llegamos al salón de estar, Madge fue directamente al bar y se sirvió un trago.

—Tome algo —dijo—. Estoy toda floja y la compañía me vendría bien. El holandés puede esperar.

Saqué la guía telefónica del estante y empecé a pasar las hojas.

—Diablos, vive a dos kilómetros en el camino del Viejo Molino, en la vieja casa del molino, donde pinta, hace cerámica y otras cosas sucias —dijo.

—¿Está exactamente sobre el camino?

—No, a unos cientos de metros sobre un camino de tierra. Pero no puede dejar de ver el buzón que está en la entrada. Es una gran pajarera blanca, una de sus propias creaciones.

Salí y subí al Mercury. Muy pronto, después de llegar al camino del Viejo Molino, pasé por la casa de Arthur King. Su departamento estaba oscuro. Después de un kilómetro y medio disminuí la velocidad, pero como para confiar en una mujer para juzgar distancias. Tuve que recorrer otro kilómetro antes de ver el buzón. El camino iba en pendiente, así que apagué las luces y el encendido, y el auto se deslizó por el parejo camino da tierra. Cuando vi un claro entre los árboles a la izquierda, giré y detuve el auto en medio del pasto. Volví al camino de tierra y empecé a correr.

Pronto di vuelta una larga curva del camino y vi un arroyo con un puentecito de madera. La luz de la luna era intensa. Bien visible contra la colina, del otro lado del puente, había una casa de piedra. Una suave luz brillaba en la planta baja. Luego se apagó, y unos minutos más tarde se prendieron las luces del primer piso. Crucé el puente agachado para no sobrepasar las barandillas, y me moví hacia la derecha donde había un bosquecillo. El

de Metterman estaba estacionado en el garaje sin puertas al costado de la casa. Todo parecía tan pacífico que me pregunté si no me

habría equivocado acerca de la próxima víctima del merodeador. Pero entonces oí el ruido como de un plato que se rompía, y una sombra pasó rápidamente al lado de una ventana del piso superior. Así que di vuelta la casa y detrás del garaje sin puertas encontré otro auto, un Oldsmobile recién salido de fábrica. El motor estaba aún caliente. Me aproximé a la parte de atrás de la casa donde había una ventana abierta de par en par. En el cuarto había alguien que respiraba con regularidad pero muy fuerte, como si hubiera corrido cuesta arriba hasta que se desplomó. Eché una mirada cautelosa pero no pude ver nada. Así que salté el antepecho de la ventana y me tiré al suelo, con la Luger en la mano. La respiración no cambió, y el hombre que estaba arriba no dejo de moverse.

Sacando la linterna del bolsillo, dirigí la luz hacia la respiración. Carl Metterman yacía boca abajo en la cama, con las manos atadas detrás de la espalda y los pies fijos con alambres a las barras de los pies de la cama. Estaba inconsciente, pero no vi sangre. Dirigiendo la luz a lo largo del cuarto, vi una escalera de espiral de metal negro. Por una puerta abierta se reflejaba un panel de luz contra la pared del descanso superior de la escalera. Me movía hacia la escalera cuando la luz se apagó. Me dejé caer tras un sillón cuando la primera pisada fuerte golpeó el metal. La luz de su linterna, mucho más grande que la mía, bailoteó en el cuarto con formas fantásticas mientras alguien descendía ruidosamente. Cuando el rayo de luz cayó sobre Metterman supe que había llegado a la planta baja. Luego la aureola de la linterna creció y alguien dijo:

—Que tengas lindos sueños, rubio. —El susurro me dio la impresión de que el hombre sufriera de asma.

Había una lámpara sobre una mesa pequeña al costado de mi sillón, y mientras estiraba la mano hacia el interruptor puse la pistola sobre el brazo del sillón. Encendí la luz en el preciso momento en que él se daba vuelta para irse.

—Es hombre muerto si se mueve —dije.

Es lo inesperado lo que le hace mal a uno. Salvo por los ojos, el hombre parecía no tener cara. Debió notar mi asombro, porque me tiró la linterna a la cabeza y le pegó un violento puntapié al costado del sillón. Aun así, pude haberle disparado al menos una vez. Pero no nos conocíamos tan bien.

Me agaché para evitar la linterna y el impacto del sillón. Pero el

sillón golpeó la lámpara y el bulbo explotó contra la pared. Me alejé saltando como una rana, porque creí que se arrojaría sobre mí. Pero en cambio disparó el revólver; un rayo brillante que me encandiló de momento. La bala golpeó madera blanda a unos treinta centímetros de mi cabeza. Disparé a la derecha del brillante rayo, pero él no estaba ahí ya. No lo oí mover, pero de pronto se abrió la puerta a nueve metros de donde yo estaba, y salió. Salté el antepecho de la ventana y llegué a la esquina de la casa cuando él corría hacia el garaje sin puertas.

Pude haberle disparado otra vez. En cambio disparé una descarga contra la esquina del edificio, unos seis metros adelante de él. La bala restalló como si hubiera dado contra un clavo. Casi sin cambiar de paso, se desvió hacia los árboles cerca del puente. Fui hacia el garaje abierto. Desde el bosque me disparó dos veces; una bala golpeó con fuerza contra el

MG

de Metterman; luego el hombre fue hacia el puente como flecha. Un tiro en la pierna era tentador, pero la luz de la luna es engañosa. La manera notoria en que se exponía sugería pánico o su confianza de que yo no lo mataría.

Llegué al puente a tiempo de verlo zambullirse en una plantación de álamos del otro lado. Hizo dos disparos más desde ahí, luego otro desde una posición más lejana. Le di un minuto de ventaja, luego crucé el puente bien apretado contra la barandilla. Lo que más me preocupaba ahora era perderlo en el bosque. No estaba seguro de poder seguirle la pista por medio del Oldsmobile.

Esperaba otro tiro cuando terminé de cruzar el puente, pero no ocurrió. Me tiré en una zanja al costado del camino, buen refugio si me estaba esperando entre los árboles. Cuando empecé a avanzar a lo largo de la zanja me di cuenta cuál era su plan. Ya que no me había oído llegar, supuso que había estacionado en el sendero, y esperaba que yo hubiera dejado la llave del encendido en el auto. Me sonreí conmigo mismo. Tenía la llave en el bolsillo, y él no iba a tener tiempo de hacer un puente. Justo en ese momento oí dos tiros más. Me tiré al suelo antes de que la mente me informara que el sonido que hacían no estaba bien. Sonaban ahogados, sin embargo, la pistola era de un calibre más pesado que la que había estado usando mi intruso. No oí balas.

Cuando la zanja resultó ser poco profunda para servir de refugio, la abandoné y avancé entre los árboles. Poco después vi la luz de la luna reflejada en el Mercury. No se movía nada, pero la puerta del Mercury estaba abierta, la del lado del conductor. La luz del techo no estaba encendida porque no la tengo conectada para que accione con la puerta. Luego me pareció oír que arrancaba un auto en la carretera, pero pudo haber sido uno que pasaba. Hice un círculo hacia la derecha para echarle un vistazo mejor al Mercury, en caso de que el hombre estuviera escondido en el asiento de atrás, y vi un objeto negro entre los yuyos al lado del auto. Se parecía sospechosamente al cuerpo de un hombre.

Crucé el claro agachado, atento a cualquier movimiento. Él objeto entre los yuyos era un cuerpo, sin lugar a dudas; el hombre a quien había estado persiguiendo. La linterna reveló la media de nylon color carne que usaba sobre la cabeza, y dos orificios en el pecho de los que manaba sangre. Parecían orificios de una 45. Mi conjetura era que alguien había estado esperando en el auto, acostado en el asiento delantero. Mi merodeador había abierto la puerta de repente y las balas lo habían hecho rebotar contra el pasto. Luego el asesino había corrido hasta su auto estacionado en la carretera.

Me hice la pregunta obvia: ¿Cómo sabía el asesino que el merodeador iba a venir a mi auto? No lo sabía, por supuesto. Él esperaba que fuera Morgan Butler quien abriera la puerta. El asesino había bajado el sendero a pie, visto el Mercury, reconocido que era el mío, y había montado guardia. Yo estaba transpirado por el esfuerzo realizado, pero en el estómago tenía un cubo de hielo del tamaño de un puño.

El hombre tirado a mis pies no se iba a ir a ninguna parte, así que saqué la petaca de coñac de la guantera y tomé un trago que me quemó la garganta. El cubo de hielo empezó a derretirse.

Luego encendí la luz interior del auto, arrastré al hombre muerto al cuadrado de luz amarilla que formaba en el suelo, y le arranqué la media de la cabeza. Era Swanson, el arrogante cachorro con el hoyuelo en la barbilla, el esbirro de Clayborne.

Así que Clayborne se había asegurado. Había enviado a este muchacho a requisar las casas de los sospechosos que yo alineaba, en busca de la cinta. Sin duda, le había ofrecido a Swanson un

premio estímulo también. Empecé a desenmarañar el mecanismo. El lunes, después que me bajé de su auto, Swanson me había seguido primero a lo de King y luego a lo de Waldo Mason. Había entrado a las casas de éstos el martes, pero luego se vio frustrado. No podía saber que yo había ido a la fiesta por asuntos de negocio. Pero, sin duda, había recibido los otros nombres esta tarde, poco después de que yo se los recitara estúpidamente a Philip Clayborne. Entonces el muchacho de oro siguió haciendo estupideces, olfateando ese premio, lleno de arrogancia y de imágenes de los tipos duros del cine. Y todo lo que consiguió fueron dos pedazos de plomo como martillos en el pecho. Bueno, me quedaba el dudoso privilegio de decirle a Clayborne que su póliza de seguro había vencido.

No, no era ésa la manera de manejar esto. Si se lo decía a Clayborne, tendría que denunciar el crimen ahora, y eso quería decir Jack Casey y problemas. Todo el cuento tendría que salir a la luz, incluyendo el chantaje y el hecho de que Clayborne me había contratado. No había modo de que pudiera venderle esto a Casey como otro crimen del autor del asesinato de Natalie Clayborne, no mientras tuviera a este portero tan limpiamente culpable. Así que no sólo me veía privado de la oportunidad de atacarlo a Clayborne con todo gusto. Tenía que trabajar como el diablo para evitar que lo implicaran.

Fue el mismo Swanson el que mostró cómo hacerlo. Me arrodillé en el pasto, le vacié los bolsillos, y volví al auto a inspeccionar mi botín. Primero desenrollé el dibujo del desnudo sin rostro que una vez había estado colgado en la pieza de Natalie. Esto lo puse en la guantera. Su billetera, con la identificación habitual, también contenía doscientos doce dólares y cinco tarjetas de crédito. Encontré una navaja de bolsillo, una cigarrera y un encendedor de oro, un par de guantes de algodón, la llave del Oldsmobile con una tarjeta de Hertz, una cachiporra de bolsillo, y una llave de motel sujeta con una cadena a un pedazo de plástico que tenía grabadas las palabras SLUMBER HAVEN.

Conocía el Slumber Haven, un grupo de cabañas de pino barato situadas veintidós kilómetros al Norte de la ciudad de Jordan. Estaba del otro lado del límite del distrito, y eso me agradó. Mi reloj indicaba que eran las doce y cinco. Guardé las pertenencias de Swanson en la guantera, fui al baúl y saqué una lona de dos metros

cuadrados. La extendí, y lo envolví a Swanson en ella. Mi pie chocó contra su revólver que estaba en el pasto, y lo puse con las otras cosas.

Luego subí al Mercury, conduje de regreso a la casa de Metterman, transferí al Oldsmobile y volví al lugar donde estaba el cadáver. Cuando abrí el baúl del Olds, descubrí un portafolio. Lo puse en el asiento delantero, volví, y lo puse a Swanson en el baúl. Sólo tuve que doblarlo un poco. Luego volví a la casa.

Metterman se quejaba en el sueño cuando entré. Como no quería despertarlo aún, localicé el teléfono con la linterna y lo llevé a la cocina. Disqué y Linda me contestó enseguida.

—Habla Butler. Quiero ofrecerte una cita más excitante que la que habíamos planeado. Si estás dispuesta a ayudarme a salir de un lío.

—Nada tan excitante como la última cita, espero —dijo.

—Aburrido en comparación. Involucra cierto peligro, pero sólo con la ley.

—Desdé que tú eres la ley, eso no debe ser difícil de arreglar. Bueno, es mejor que quedarse plantada. ¿Qué quieres que haga?

Me gustó eso. Sin preguntas, sólo un pedido de órdenes.

—Ven por el camino del Viejo Molino y desvíate tres kilómetros por el camino de tierra. Verás un gran buzón blanco. Estaciona ahí y espera.

—¿Cuándo vendrás?

—Digamos dentro de quince minutos. Puedes llegar en diez.

—De acuerdo, Butler. —Colgó.

Llevé el teléfono de vuelta al cuarto principal y encendí varias lámparas. El lugar estaba tan excesivamente decorado que parecía un negocio de curiosidades, con pinturas enmarcadas, tapices, sillas y banquetas viejas, piezas de cerámica y figurillas, y un móvil gigante que tenía mil partes movibles. Corté la soga que ataba las muñecas de Metterman, le quité el alambre de los talones y lo di vuelta. Tenía un fuerte golpe en el costado izquierdo de la frente, y en el pecho una herida que le había arrancado vello y piel. Le di un poco de coñac de una jarra de cristal que podía haber venido con el Mayflower. Se ahogó, se quejó y recuperó el sentido.

—Es Butler, el poli —dijo Metterman, como si comprobara algo —. ¿Dónde está el otro? ¿El que me pegó?

—Debe de haberse ido —le dije—. Termino de llegar. ¿Pudo verlo bien?

Metterman hizo ademán de sentarse, pero la cabeza le aconsejó que no.

—Oh, lo vi. Pero tenía una máscara sobre el rostro. Era horrible. —Se tomó la raspadura del pecho—. ¿Ve lo que me hizo? Primero pensé que era usted disfrazado.

—¿Por qué se le ocurrió eso?

—No sé. —Cerró los ojos e hizo varias muecas—. Recuerdo. Quería saber si la conocía a Eleanor Sheridan bien. Ésa era su cantinela también, Butler, así que por un momento pensé que era usted.

—Así que le contó sobre el cuadro al óleo que hizo de Eleanor —dije.

—Sí. Cristo, me puso la punta del cuchillo contra la pestaña.

—¿Qué más le preguntó?

—Quería saber acerca de mis relaciones con Natalie.

—¿Qué le dijo?

—La verdad. De acuerdo, a usted le mentí. Pero yo no la maté. Todo lo que hice fue robar el dibujo de la madre. Cuando se lo mostré a Natalie el otoño pasado, le gustó tanto que se lo regalé.

—Apuesto que se lo vendió. —No dijo nada—. No me diga que tiene valor sentimental para usted.

Se sonrojó, y por un momento pensé que podría irritarse como lo había hecho en el patio de Madge Bell. Pero en cambio se le llenaron los ojos de lágrimas, disolviendo el azul, y se los cubrió con la mano. Swanson había hecho bien su trabajo. A Carl no parecía quedarle energía para resistirse o para mentirse a sí mismo. Finalmente dijo en voz baja, asesina:

—¡Es una ramera!

—¿Cuál de las dos quiere decir? ¿La madre?

—Sí, Eleanor, o Chérie, como le gustaba que la llamaran. Fui su amante, junto con la mitad de la clase del 39. Así fue como pagó por el cuadro. Y cuando estuvo terminado, también terminamos nosotros. Lo quería como regalo de despedida para alguien. No, no robé el dibujo por razones sentimentales. Temía que alguien viera mi firma debajo del marco y me involucrara en el asesinato.

—¿Le dijo Eleanor a quién pensaba dárselo?

—No, pero me dio la impresión de que quería escandalizar a alguien con este cuadro. Era una perra maligna. Ésa fue una de las cualidades que logré poner en él, la malicia, junto con esa lujuria color grana debajo de toda esa leche y miel. Ese cuadro fue lo mejor que hice en mi vida.

—¿Cuándo lo terminó? —pregunté—. Quiero la fecha exacta.

Pensó.

—Al finalizar el invierno de su último año aquí. Sé que hacía frío porque se quejaba de posar desnuda.

—¿Pudo haber sido en abril?

—No, porque exhibí el cuadro en una exposición de arte en marzo de ese año. Mi modo de vengarme, porque ella no sabía que estaba terminado.

—Muy bien, volvamos a Natalie —dije—. Se parecía mucho a la madre. Quizás usted se confundió a las dos, y tuvo que vengarse otra vez.

—No, nada de eso. —Su voz sonaba cansada—. Me temo que no era susceptible a mi decadente encanto. Las Madge Bell están más adentro de mis posibilidades estos días. No, Natalie vino a mí para averiguar sobre su madre. Parecía estar llevando a cabo una investigación sobre ella. Fue por eso que saqué a la luz el dibujo. No tuve el coraje de decirle a Natalie toda la verdad sobre Chérie, especialmente después…

—¿… después de qué? Cuente todo, Metterman.

Hizo un gesto tímido con la boca.

—Esto le puede parecer increíble. Sé que a mí me pareció. Una noche, el otoño pasado, Natalie prácticamente me acusó de ser su padre.

—Eso hubiera significado una discrepancia en la edad de ella —dije.

—No, su edad es exacta. En verdad lo confirmó con el hospital. Pero de algún modo se enteró que yo enseñé un curso de verano en la universidad de Temple en Filadelfia, en el verano del cuarenta y uno. ¿Se da cuenta? De todos modos, era una acusación rara para hacerle a uno. Lo negué por supuesto. Pero me hizo sentir más espiritual hacia ella.

—Me lo figuro. —La idea de que Natalie estuviera buscando a su padre me causó cierta excitación. Encajaba en la historia que

Clayborne me había contado, pero también sugería que Natalie había encontrado evidencia que probaba que Clayborne no era su padre. Si eso fuera cierto, y si ella hubiera finalmente localizado a su verdadero padre, ése podría ser el vínculo que yo estaba buscando.

Repentinamente Metterman dijo con voz ronca:

—¡Me voy a ir de este lugar! Dejar el negocio, el puesto en la universidad. Podría irme a California, a San Francisco.

—¿Qué hay de la cinta, Metterman?

Debió girar la cabeza para mirarme.

—El otro me hizo la misma pregunta. Fue entonces que me cortó. Juro que no sé de qué cinta habla.

—Buenas noches, Metterman.

—¡Espere! ¿Qué pasa si este tipo está aún dando vueltas por aquí? Quizá se escondió cuando usted llegó. Arriba, quizá. —Su ansiedad, y la manera en que estaba despatarrado en la cama daban la impresión de que hiciera tiempo que estaba inválido.

Salí de la casa, subí al auto y conduje hasta el sendero en el claro. Haciendo retroceder el Mercury bien entre los matorrales cambié al Oldsmobile y fui hasta la carretera. Vi el auto de Linda debajo de un árbol a la vera del camino. Estacioné detrás de ella, y luego me senté a su lado.

—Hola, Butler. —Me apretó la mano—. Organizas citas únicas para una chica. ¿Puedo averiguar en qué problemas nos encontramos hoy?

Su perfil, su perfume y el roce de su mano me hicieron desear acariciarla violentamente. Era mi reacción al haber perdido un viaje con la vieja dama de la guadaña. Avergonzado ante esta debilidad, empecé a hablarle con rudeza.

—Cuanto menos sepas de esto, mejor. Voy a llevar un auto a cierto lugar, y quiero que me traigas de vuelta.

—¿Eso es todo? Pensé que querías que hiciera algo peligroso.

—La próxima organizaré la búsqueda de un monstruo —dije.

—Qué cosa desagradable de decir. No estoy tras emociones baratas. Simplemente quiero hacer algo para compensar la forma en que me comporté la otra noche.

Le deslicé una mano debajo del brazo y la acerqué a mí.

—Te comportaste bien la otra noche. Te dije qué buena eras.

—No quiero decir el sexo, maldición —siseó—. Estoy hablando de que me comporté como una cobarde. El modo en que me desmoroné cuando me tocaron esos bravucones. Creo que quería demostrarte que tengo coraje, que tengo recursos.

Creo que algo en el modo en que se sentaba, en la posición de su cabeza, hicieron que besarla fuera una necesidad, casi un acto de piedad. Busqué su boca. Luego, abruptamente, mis manos comenzaron a acariciarla con violencia.

—¡Butler! Me haces daño. —Me tomó de las muñecas—. ¿Qué te pasó esta noche?

Su astucia fue más efectiva que una reprimenda.

—Algo no muy lindo. De acuerdo, no fue mi intención maltratarte. Sígueme a un lugar a unos veintidós kilómetros de aquí, un motel. Cuando yo doblo, me esperas a doscientos metros más abajo del camino. Necesitaré diez minutos.

Volví al auto de Swanson y empecé el viaje. Mis cínicos pensamientos sobre mí mismo eran dolorosos. Dos veces me detuve en las intersecciones para leer las señales. Pronto llegué al peaje de la carretera Carthage, conduciendo a la velocidad límite. El Slumber Haven estaba ubicado en un tramo de la carretera bastante desolado; una luz de neón marcaba la entrada. Reduje la intensidad de las luces antes de entrar en el sendero, aliviado al ver que los números de las cabañas estaban marcados con reflectores rojos clavados en los árboles. Mi número era el seis, y estacioné cerca de la cabaña. Apagando las luces, me senté ahí durante un minuto.

Se oía música folklórica a través de los árboles, desde una cabaña que no podía ver. De lo contrario, los residentes de Slumber Haven parecían estar bien arropados en sus camas. Bajé del auto rápidamente y abrí la puerta de la cabina. Usando la linternita, bajé las persianas y corrí las cortinas. La cabina olía a pino recientemente cortado y a goma laca. Estaba amueblado con una cama camera, un par de sillas, una alfombra, y un escritorio. Abrí la cama y fui hasta el Oldsmobile.

Abrí el baúl y, agachándome, lo alcé a Swanson sobre el hombro. Era pesado, pero subí los escalones, cerré la puerta y lo tiré sobre la cama. Con la luz encendida, realicé la macabra tarea de quitarle la lona y cubrirlo con una frazada. Luego salí y busqué el portafolio.

Lo abrí sobre el escritorio. Contenía el botín de sus investigaciones. Al ver tres carretes de cintas magnetofónicas en cajas chatas me animé, hasta que vi las etiquetas. Eran conferencias dadas por Waldo Mason sobre distintos temas de historia de los Estados Unidos. Luego encontré un paquete de cartas escritas por Natalie Clayborne a Arthur King, todas fechadas el verano anterior. Varias que miré me mostraron que eran una larga disertación sobre el tema que el amor entre ellos era realmente una hermosa amistad. Luego recogí uno de esos sobres chatos de archivo que se abren como un acordeón. Adentro encontré quinientos dólares en billetes de cincuenta, y al menos doce fotografías de Madge, desnuda, ocupada en actos sexuales con hombres diferentes. La mayor parte de los hombres parecían borrachos o ansiosos, pero Madge posaba con el aplomo de una mujer de *cabaret*, la espalda arqueada, los ojos tímidos, la sonrisa profesional. No era raro que hubiera estado inquieta.

El último artículo me sorprendió. Era una chata caja de metal con la cerradura forzada, y le pertenecía a Paul McIntosh. Contenía los papeles de su alta en el ejército y sus insignias, un viejo encendedor, una manoseada colección de jocosas rimas maliciosas, y un puñado de monedas extranjeras en una bolsa de gamuza. O Swanson había descubierto algo por su cuenta, o había asumido erróneamente que mi visita a la oficina de Paul lo marcaba como sospechoso.

Cerré el portafolio, lo puse cerca de la puerta con la lona, e inspeccioné el cuarto. La cómoda contenía los habituales artículos, camisas, medias y ropa interior. En el armario había dos maletas caras, tres trajes, un impermeable, y un flamante grabador.

Este último artículo cambió radicalmente la imagen que me había formado de Swanson como un joven león obediente. El grabador sólo podía querer decir que Swanson estaba detrás del Premio Mayor. Una vez que tuviera la cinta podía imponer el valor del premio estímulo. Así que su error fatal había sido la codicia y no el celo.

Mientras todo esto me pasaba por la mente, yo estaba cortando las etiquetas de Filadelfia de los trajes guardados en el ropero. La policía lo identificaría eventualmente, pero unos pocos días de gracia podrían darme cierta ventaja. Poniéndome una media de

Swanson como guante, limpié todo lo que había tocado en el cuarto. Al salir de la cabaña, apagué la luz y colgué el cartel de NO MOLESTAR del picaporte. Puse la lona y el portafolio sobre los escalones, e hice la misma limpieza al Oldsmobile usando la media.

Con el atado debajo del brazo, caminé por el sendero hasta la carretera. Linda había estacionado exactamente donde se suponía que debía estar. Hizo arrancar el motor antes de que yo llegara al auto y pisó el acelerador antes de que yo cerrara la puerta. La parte trasera del auto se bamboleó al pasar del barro al pavimento, y una de las gomas chirrió.

—¡Tómatelo con calma! —dije—. Todo lo que necesitamos ahora es que te lleves a alguien por delante.

—Lo siento. —Disminuyó la velocidad a setenta y cinco. Los nervios, supongo. Pensé que te habías metido en líos. ¿No debieras contarme qué pasó? No sabría qué decir si alguien me preguntara.

—No digas nada. No existe la más mínima posibilidad de que te pregunten.

—De acuerdo, si tú lo dices. —Se sentó erguida, con ambas manos en el volante.

—Da la vuelta y vuelve por el mismo camino que vinimos. Tengo que recoger mi auto.

Asintió tiesamente castigando el auto cuando frenó para girar, dio marcha atrás, y volvió al camino. Se mordisqueaba el labio inferior.

—Linda, no es que no confíe en ti. Es sólo que no quiero verte implicada. Eres la única persona a quien pude pedir ayuda esta noche, la única en quién podía confiar. ¿No puedes hacerlo de buena fe? Créeme, no vale la pena el riesgo…

—¿Riesgo? ¿Qué hice esta noche que fuera tan arriesgado como lo que hice el lunes a la noche? ¿Crees que dormí contigo para pagarte por haberme salvado de esos asesinos?

—Consideré la posibilidad, pero la rechacé.

—Oh, qué magnánimo de tu parte. Qué generoso. —Se quedó callada durante un rato, luego el auto disminuyó la marcha perceptiblemente—. Ah, Butler. No fue mi intención hablar como una virgen violada, llorando para convencerte que te cases conmigo. ¿Fue ésa la impresión que te di?

—O un facsímil bastante parecido —dije.

—Soy espantosa. Lo que quiero decir es que sea lo que sea que iniciamos el lunes, quiero que siga su curso. Quiero que tenga adolescencia, juventud, madurez, y que termine con dignidad. Aún si su duración es de sólo un año. De modo que estoy enamorada de ti, con esas condiciones, y no puedo soportar que me dejes de lado. Es como si me hubieses devuelto la alegría y la vitalidad, y luego amenazaras con quitármelas otra vez. Quizá soy demasiado sensible al respecto. —Largó una carcajada débil, tímida—. Aún está en su adolescencia. Sólo tuvimos esa única vez.

—Detén el auto —dije.

—¿Justo aquí?

—Sí, detenlo.

Se apartó del camino entre los yuyos, tironeando del freno de mano, y se me acercó de un salto. Me besó como si cada nervio y músculo de su cuerpo se concentrara en ese acto. Hundí las manos en su cabello y la besé en los ojos.

—Tu revólver me lastima, querido.

Me moví en el asiento.

—Tienes razón —dije—. Sólo tuvimos esa única vez. Así que vayamos a buscar el auto y luego a tu casa. Al diablo con las condiciones.

Eso fue exactamente lo que hicimos. Cuando llegamos a la casa de Linda, dijo que quería ponerse algo apropiado a la ocasión así que fui al baño y me cepillé lo que parecían ser varias capas de transpiración: una de cansancio, una de miedo, y esa sustancia grasa que se exuda en presencia de la muerte.

El cuarto de Linda estaba iluminado por una lámpara de miniatura con pantalla rosa, y su pelo parecía una llama sobre la almohada. Cuando me acerqué a la cama, se arrodilló. Tenía puesto un camisón rosa, transparente. En cuanto la toqué, me arrancó la toalla de las caderas y entramos en ese clima calcinante que habíamos creado en el auto. Fue tropical, pagano, un lugar donde la conciencia era algo tan remoto como el círculo ártico. Nunca tuve una compañera tan perfecta. Su belleza estaba realzada por el deseo, por el tributo que le pagaba al placer con frases roncas. Su cuerpo era al mismo tiempo pesado de sensualidad y sorprendentemente ágil. Era activa sin ser agresiva, sumisa sin ser humilde, apasionada sin ser lujuriosa.

Yo estaba loco por ella. Esa noche fue un banquete de amor. Si la descripción que Linda había hecho de la duración de nuestras relaciones era correcta esa noche nos liberamos de la adolescencia y de la juventud y entramos en la madurez.

CAPÍTULO QUINCE

A las diez de la mañana siguiente entré en la estación de servicio Esso al Sur de Aldenburgh donde según las instrucciones del chantajista, Clayborne debía hallarse esa medianoche. Era una estación prolija, con un camino de grava, dos juegos de bombas, un garaje, y una cabina telefónica anexa a la parte exterior del edificio. Yo vestía de civil, y manejaba el Mercury, y cuando apareció el empleado le pedí que llenara el tanque con nafta especial. Mientras desenganchaba la manguera me bajé y lo estudié.

Estaba cerca de los treinta, vestía grasienta ropa de fajina del ejército y una gorra de béisbol. Tenía cara delgada, dientes grandes y pecas, y el modo en que movía las manos mostraba que sabía trabajar. Caminé despacio hasta la cabina del teléfono, anoté el número rápidamente y volví. El empleado terminó pronto.

—¿Cuánto es?

—Cuatro ochenta —dijo.

—Quédese con el vuelto.

Le di un billete de diez dólares.

Retrocedió un paso muy rápido, con expresión cautelosa.

—Es una propina muy grande para estos lugares, señor. No tengo intención de ofenderlo, pero oí de tipos que dan propinas fantásticas como ésta para confundirlo a uno antes de robarle.

Yo aún tenía la billetera en la mano.

—Mire esto. —Le mostré las puntas de varios billetes de veinte y cincuenta—. ¿Cuánto tiene en la registradora, treinta dólares?

—Más o menos. —Sonrió avergonzado y miró los diez dólares como si lo hubiera reconocido a Hamilton, cuya efigie está en el billete, como a un viejo amigo—. Perdone, no hubiera sido tan receloso si no hubiera notado las llantas de carrera y el metal extra que lleva.

—Simples precauciones para mi seguridad —dije—. Soy muy

mal conductor.

Se guardó los diez en el bolsillo.

—Es aún una propina muy grande. ¿Qué compra con esto?

—Las respuestas a unas cuantas preguntas, espero —le contesté —. Será mejor que me sincere con usted. Trabajo para una destilería rival, cuyo nombre no puedo revelar. Están pensando abrir una estación en esta carretera unos pocos kilómetros más al Sur. Han realizado encuestas del tránsito, estudiado los valores de la propiedad de la zona, las expansiones futuras, las fábricas.

—Le apuesto que es Shell Oil —dijo.

Le guiñé un ojo.

—Usted lo dijo, no yo. Pero el hecho es que el informe sobre este lugar es muy negativo. No hay suficiente tránsito para justificar dos estaciones.

—Puedo testificar eso —dijo con fervor.

—Exactamente. Parte de mi tarea es verificar las conclusiones de las estadísticas haciéndole unas cuantas preguntas a los hombres que están trabajando en la zona. Créame, no existe el menor peligro de que usted esté ayudando a la competencia. Dígame, ¿es usted el dueño?

—Medio dueño. Mi primo y yo tenemos la concesión por tres años.

—Mencionó robos. ¿Tuvieron alguno?

Escupió en la grava.

—Al sereno le dieron un golpe el año pasado. No estábamos asegurados, ni nada.

—Puede ser perjudicial —dije—. Pienso que su hombre será de confianza y no habrá fingido un robo. En mi compañía tenemos algunos casos de éstos.

—¿Charlie? —Resopló ante la sugerencia—. Es mi primo, el otro propietario. Honesto como hay pocos. Tuvieron que dejarlo inconsciente para sacarle la plata.

Asentí, luego le pregunté:

—¿Tienen mucho trabajo de la medianoche en adelante?

—Sólo los cambios de turno de la fábrica, unos pocos camiones. Cerramos a las dos de la mañana.

Justo en ese momento un camión entró en la estación y se detuvo detrás del Mercury; luego se acercó un auto de la dirección

contraria. Le agradecí al hombre, bastante seguro de que ni él ni su primo sabían nada acerca del chantaje. Subí al auto y anduve muy lentamente un par de kilómetros hasta que vi un restaurante. Me detuve a tomar café, anoté el número del teléfono público, y volví al pueblo.

Quartz me había preparado una sorpresa durante mi ausencia. Cuando entré en la casa, estaba de pie en el medio del salón de estar; tenía un braguero en la pierna en vez del yeso, un bastón en la mano, y un cabestrillo para el brazo que reemplazaba el arnés que había usado para la clavícula rota.

—¿No estás apurando las cosas demasiado? —le pregunté.

—Lo apremié un poco al doctor. —Se sonreía de oreja a oreja—. Pero iban a quitarme el yeso el lunes de todos modos. Fue sólo una simple fractura. El cabestrillo es nada más que para ostentación. El doctor vendó bien la clavícula.

—¿Puedes moverte arrastrando ese metal?

—Una ganga. —Dándose vuelta con rapidez fue a buen paso hasta el vestíbulo y volvió—. No sólo eso, puedo conducir también. Oh, no podría vérmelas con un embrague. Pero con cambios automáticos, sí.

—Así que quieres seguirlo a Clayborne esta noche —dije.

—¡Sí! A ti te descubrirían enseguida. Pero nadie esperará verme a mí. Me vestiré como un campesino, llevaré anteojos y una pipa rústica. Seré invisible.

Fue el fuego azul de sus ojos lo que me decidió.

—Eso me va a gustar —dije.

—Ojalá esto hubiera pasado ayer —dijo—. Podría haberte ayudado a salir de ese lío anoche. No es que no le tenga confianza a Linda, pero cuando se sepa la verdad, puede pensar que la engañaste. Las mujeres son bichos bastante raros. Después de todo, podrían acusarla de ser cómplice de un delito.

No pude dejar de sonreírme.

—Ésa es la acusación que quiero que le hagan.

—Así están las cosas ¿no? De acuerdo, viejo, es tu funeral.

La había dejado a Linda con la primera luz del día, en medio de un desorden de pelo y sábanas, y me había vestido en el baño con una fuerte sensación de perfecto equilibrio. Salí de la casa, me dirigí al restaurante

Pike's,
donde comí un desayuno inmenso y revisé las matutinos para ver si habían descubierto el cadáver de Swanson. Aún no. Volví a la casa de Quartz para darme una ducha larga y espléndida. Cuando terminé Quartz ya estaba despierto, le volví a contar las aventuras de la noche anterior, salvo la última, y le di el botín de Swanson Ahora estaba prolijamente arreglado sobre la mesa.

—¿Cuál es la conclusión, comisario? —le pregunté acercándome a la mesa.

—Todo negativo —dijo—. Escuché las cintas del profesor, y ahora soy una autoridad sobre la revolución popular, la sentencia en defensa de la esclavitud que dictó la Suprema Corte contra el esclavo negro Dred Scott, y los expositores de la corrupción económica y política. Leí las cartas de la chica, un largo Adorado John en diez capítulos. Si estudias las fotos de Madge, te da la impresión de que sus compañeros de juego no sabían que los estaban fotografiando. Parece que conservó unos cuantos souvenirs.

—¿Qué hay de la colección de souvenirs de Paul McIntosh? —dije, golpeando la caja de metal—. Me gustaría saber por qué Swanson lo incluyó en sus atracos.

—Fácil, vio que lo visitabas a Paul. Fue todo lo que necesitó para entrar en las casas de King y Mason.

—No me convenzo tan fácilmente —dije—. Paul se tomó gran trabajo ayer para sugerir que Eddie Bell era el asesino. No sólo eso, se casó con una estudiante de la misma promoción que Eleanor Sheridan. Pudo haberla conocido a Chérie. Era una chica muy popular. ¿Cuánto hace que tiene el periódico?

—Veinticinco años —contestó Quartz sin ninguna duda—. En febrero hubo una fiesta organizada conjuntamente por la ciudad y la universidad para celebrar el aniversario. También puedo decirte cómo fue que se casó con Judy. —Quartz se sentó y apoyó la pierna renga sobre un banco—. Hacía dos años que Paul dirigía el diario cuando Judy se graduó en el treinta y nueve. Es inglesa, sabes, y perdió su familia durante el bombardeo. Como la guerra continuaba en el treinta y nueve, se quedó en los Estados Unidos y consiguió un puesto en la oficina de informaciones de la universidad. A principios del cuarenta y uno fue a trabajar para Paul en el periódico. Prácticamente lo dirigió sin ayuda mientras él estuvo en

la guerra, y Paul se casó con ella al volver un año después. No hay nada extraño en todo esto.

—Quizá no. Pero no estaré satisfecho hasta que *Mr*. McIntosh me diga que le han robado. Le daré la oportunidad ahora mismo. Si me va a ayudar a vigilar nuestra galería de villanos esta noche, me gustaría saber que puedo confiar en él.

—Eres un hombre arrogante y desconfiado, Morgan Butler —dijo Quartz—. De acuerdo, pero si lo vamos a seguir a Clayborne esta noche ¿no debiéramos hacer un plan?

—Saca el mapa.

En realidad era una versión modificada de uno de los planes que habíamos discutido la noche anterior, Quartz se iba a estacionar en el restaurante al Sur de la estación de servicio Esso, y cuando Clayborne recibiera las instrucciones de medianoche, le retrasmitiría su destino a Quartz por teléfono. La tarea de Quartz era llegar al lugar primero y rastrillarlo. Nuestra diagramación tenía la típica característica de las operaciones militares.

—Pero nada de heroísmos, amigo —dije—. No trates de apresar a nuestro hombre. Simplemente identifícalo. Lo de anoche debe ser un llamado de atención para ambos.

—Sin heroísmos, capitán —dijo Quartz—. Él también sentía la tensión del combate.

Salí y fui hasta la oficina de Paul McIntosh. Lo encontré sentado al escritorio escribiendo en su vieja máquina Underwood. Levantó la vista y el golpeteó cesó.

—Oh, es usted. —La expresión de su boca era torva; la de los ojos tristes—. Siéntese, comisario.

—Vengo a hablarle de la asignación que le había prometido.

—Quizás haya cambiado de idea —dijo—. Por supuesto si yo hubiera estado aquí cuando usted vino a visitarme anoche, hubiéramos podido llevarlo a cabo. Pero usted no quería que lo saludaran anoche ¿verdad? Sólo quería husmear.

Le presté atención al tono tanto como a las palabras.

—Sólo puedo decirle lo que le dije a Waldo Mason el otro día. No soy su ladrón —dije.

—Sí, Waldo me dijo por teléfono hoy que usted le destrozó la casa.

—Calma, editor. ¿Waldo le dijo también que el mismo hombre

entró en las casas de Arthur King y de Eddie Bell? ¿Le dijo que el tipo lo golpeó a Carl Metterman anoche y luego le hizo cosquillas con un cuchillo para hacerle hablar sobre Natalie Clayborne?

Esto lo afectó. Había amasado una buena carga de justa ira, y le dolía estar equivocado.

—No, Waldo no mencionó nada de eso. ¿Quién era?

Me encogí de hombros.

—Un hombre misterioso. Metterman dijo que usaba una máscara.

Paul sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente.

—Otra vez hablé sin pensar. Usted parece incitarme a hacerlo, *Mr*. Butler.

—Antes de que se moleste en disculparse, tengo una pregunta de policía que hacerle —dije—. ¿Dónde estuvo a eso de las doce de anoche?

Lentamente sus rasgos tomaron una expresión de timidez.

—Eso me pone en una posición muy embarazosa. Estaba jugando al policía *amateur*. Usted no saltó de alegría exactamente cuando le comuniqué esa mugre sobre Eddie Bell ayer. Así que anoche decidí ir y retarlo en su cueva, con el pretexto de que quería hacer un artículo sobre La Diligencia. Tuve la loca idea de que podría hacerlo caer a Bell en alguna observación incriminatoria. No hace falta decir que no tuve éxito.

—¿Estuvo en La Diligencia? ¿A qué hora?

—Llegué a eso de las once y me fui a la medianoche.

—Muy bien —dije—. Ahora volvamos a Waldo. ¿Por qué lo llamó usted?

—No, él me llamó a mí. Puso un aviso para alquilar la casa. Toma el sabático en junio. Estaba de mal humor.

—Estaba borracho anoche. Pero creo que estará bastante bien esta noche para tomar algunas cervezas con usted en el Tug and Maul.

Era rápido.

—Así que ésa es la tarea.

—Eso es. Créame, será ventajoso para Waldo estar en buenas manos entre la medianoche y la una de hoy.

—¿Espera que ocurra algo esta noche? —preguntó Paul.

—Digamos que estoy conduciendo un experimento —dije,

poniéndome de pie.

—¡Espere! No es seguro que Waldo quiera aceptar la invitación.

—Impóngase —le dije—. Dígale que quiere discutir el asesinato con él. Mencione el nombre de Eleanor Sheridan. Eso será suficiente para hacerlo hablar. Le hablaré luego para ver si aceptó.

—De acuerdo —dijo Paul—. Creo que puedo hacerlo.

Salí y caminé los pocos pasos hasta la farmacia. El pueblo estaba tranquilo debajo de un cielo azul y una brisa que agitaba las ramas de los árboles de sombra, bañando el pavimento con la luz del sol. Pero yo era el extraño, el mercenario que supervisaba una operación seudomilitar, el que ocultaba cadáveres en cabinas baratas, el recaudador de mezquinos secretos arrancados de mentes alteradas. Todo esto era cierto, pero nada alteraba la espléndida sensación de equilibrio con la que había empezado el día. Una mujer realiza su magia en formas maravillosas. Entré en la farmacia y la llamé a Linda por teléfono.

—Ahí estás —dijo con esa voz memorable—. Hace una hora estiré la mano para tocarte y te habías ido. Te extrañé. Acabo de salir del baño. Estoy machucada y dolorida en los lugares más extraños.

—Por eso llamé, para felicitarte por tus recursos naturales. ¿No me dijiste anoche que querías demostrarme que eras una mujer de recursos?

—¡Bruto! No quise decir eso. ¿Pero quién soy yo para sutilezas? Los recursos naturales no son nada si no se los explota. ¿Verdad? Eso te convierte en un imperialista, un explotador. En cuanto a mí concierne, me puedes volver a explotar esta noche otra vez.

—¿No tienes que trabajar?

—Se supone que sí, pero no me importa si no vuelvo jamás a La Diligencia. Tú tienes la culpa. Antes de conocerte, no me importaba exhibirme ante los alegres rotarios. Pero has hecho que me diera valor otra vez. Ahora no puedo tolerar sus chistes verdes, sus manos grasientas. ¿Entiendes lo que digo?

—Sí. Quizá debieras abandonar el trabajo. No te preocupes por el dinero.

—¿Ésa fue una invitación para que me convierta en una mantenida? ¡*Mr*. Butler!

—Déjate de payasear y contéstame una pregunta. ¿Viste por

casualidad a Paul McIntosh en La Diligencia anoche?

—¿Hablas del editor? ¿Ese personaje extraño que usa ropa cómica? Sí, estuvo ahí. Estaba con Eddie cuando lo vi.

—¿Qué hora era?

—Un poco después de las once y media. Lo recuerdo porque los interrumpí para decirle a Eddie que me iba temprano.

Las once y media era una coartada bastante buena. A menos que fuera un mago, Paul no pudo haber estado acostado en el asiento delantero del Mercury a las doce menos cuarto.

—No me digas que se ha vuelto sospechoso —dijo Linda.

—No se admiten preguntas sobre el caso hasta que haya terminado ¿recuerdas? Lo que me recuerda algo, me encantaría explotarte esta noche, pero no puedo hacerlo. Quizá mañana a la noche.

—De acuerdo. Iré a trabajar como una buena chica. Pero lo haré sin ánimos.

Mi plan ahora requería que lo visitara a Arthur King, pero primero decidí almorzar en el Tug and Maul. Como para probarme que todo estaba ordenándose muy bien lo encontré a King acomodado en una mesa en la parte de atrás del restaurante, manteniendo una intensa conversación con Betty Childress nada menos. No me habían visto así que elegí un lugar detrás de una columna y los observé. Me pregunté si Betty estaría descargando todas sus sospechas sobre Waldo.

Poco después Betty se puso de pie y se fue. Fui hasta donde estaba King. Estaba raspando la etiqueta de la botella de cerveza y la miraba como si fuera la bola de cristal.

—¿Lo puedo invitar con otra cerveza? —le pregunté.

Salió del trance de golpe.

—¿Por qué no? Siéntese, comisario.

Pedí dos cervezas.

—¿Cómo anda la investigación?

—No muy mal —dijo cautamente—. Al menos aún no me di por vencido.

—¿Betty tuvo algo que aportar? Además del hecho de que ella y Waldo tuvieron una disputa de enamorados.

Paró la pelota y me la devolvió con mucha maña.

—¿Es por eso que vino? ¿A sonsacarme información?

—En realidad vine a pedirle un favor. ¿Tiene un saco y una corbata?

—Quizá. ¿Qué favor?

—Me gustaría que usted fuera al bar La Diligencia esta noche y que lo vigilara a Eddie Bell una hora más o menos.

—¿Por qué debiera hacerlo yo? ¿Espera algún problema esta noche?

—Simplemente me gustaría saber si Bell se escapa para hacer algún mandado entre las once y media y la una. A usted no debiera molestarle. ¿No es Bell uno de sus sospechosos?

—Eso era el lunes pasado. Eddie Bell no es el hombre que usted busca.

—¿Por qué está tan seguro?

King dijo con aspereza:

—Bell no tiene las condiciones. El hombre que la mató a Natalie era su amante. Dígame ¿se enteró que la madre era una prostituta?

Parecía una palabra rara para que la usara él.

—Sí; ¿fue Natalie quién se lo dijo?

—Es algo que deduje —contestó.

—¿De la poesía que le dio?

Levantó el vaso de cerveza en un brindis burlesco y bebió.

—¿Quién lo vigila a Waldo esta noche? —dijo abruptamente.

—¿Quién dijo que necesita que lo vigilen?

—No trate de engañarme. ¿Sabía que Waldo no ha trabajado en su libro sobre la esclavitud desde el asesinato? Alguien entró en la casa por la fuerza, o es lo que dice, y le desparramó todas las notas por el suelo. Ni siquiera las ha levantado.

—¿Qué prueba eso?

—Le preocupa a Betty Childress. Ese libro sobre la esclavitud es la pasión de Waldo. ¿No es posible que haya destrozado su propio cuarto en un ataque de ira o locura?

—Todo es posible —dije—. Volvamos al favor que le pedí. Hasta un poeta debiera ir a vigilar a la materialista clase media cuando se divierte, de vez en cuando.

—No estoy seguro de poder pagarlo —dijo—. Mi cheque del ejército se atrasó.

Deslicé un billete de veinte dólares debajo de la cerveza.

—Para los gastos. Lleve su propia botella y pague el recargo. La

mujer que está en la puerta se llama Linda Thorpe. Dígale que lo mandé yo.

Me miró durante un rato.

—De acuerdo, qué diablos. Esa fiesta en la universidad a la que iba a ir amenazaba ser aburrida de todos modos. ¿Lo veré allá?

—Quizá me dé una vuelta. Después de todo, alguien tiene que cubrirlo a Waldo.

Se fue y pedí mi almuerzo. Sentí indiferencia. Era como el comandante del batallón que ha desplegado sus fuerzas, marcado todas las posiciones sobre el transparente de acetato con un lápiz grueso, y ahora se sienta debajo del mapa a esperar. Había varios trabajos que podía hacer. Podía visitarla a Madge Bell y preguntarle si había mandado al asesino detrás de mí. Estaba la inconclusa conversación con Waldo Mason, quien parecía saber más de lo que había revelado. Estaba el germen de sospecha sobre Philip Clayborne que se había arraigado con la novedad de que no era el padre de Natalie. Pero la búsqueda quedaba suspendida por el día de hoy. El chantajista había programado la acción para esta noche, y no me parecía inteligente ponerlo nervioso.

Después de almorzar fui al Hotel Cavendish y le expliqué el plan a Philip Clayborne. Estaba nervioso e irritable, sin duda porque no había logrado ponerse en comunicación con Swanson, pero pretendí no darme cuenta. Le di las instrucciones para que pudiera enviarle un mensaje a Quartz. Si los chantajistas se comunican con él por teléfono en la estación Esso, debía llamarlo a Quartz rápidamente y revelarle su destino. De otro modo, debía pagarle al empleado de la estación para que hiciera el llamado. Clayborne me preguntó si debía llevar una pistola. Le aconsejé que no. Le di dos números telefónicos para que llamara en caso de emergencia. Cuando me iba del Cavendish, me detuve en el vestíbulo y lo llamé a Paul McIntosh. Su cita con Waldo era para las once y media.

Luego fui a casa y Quartz y yo discutimos el operativo desde todos los ángulos posibles. Comimos una cena ligera, y lo reemplacé a Ferby para que fuera a cenar.

a las diez y media de la noche Quartz salió inadvertidamente de la ciudad en un coche sin placas. El traje que usaba era un buen disfraz si no se lo estaba buscando, sombrero de felpa muy usado, mono, anteojos de armazón metálica, y una tosca pipa. A las once y

media yo estaba estacionado en la carretera frente al hotel Cavendish cuando Clayborne partió para su cita. Luego volví a la ciudad y estacioné frente al Tug and Maul. Paul y Waldo aparecieron a las doce menos veinte y entraron en el café. Hice arrancar el Mercury, conduje lentamente por la ciudad, y me dirigí hacia el Sur hasta el bar La Diligencia.

Linda estaba sentada detrás de su escritorio en el pequeño saloncito de recepción. Por un instante, en la humosa luz pastel que flotaba en los paneles de vidrio a su alrededor, me pareció artificial. Cuando me vio, salió de detrás del escritorio con rapidez.

—Me dijiste que tenías que trabajar esta noche —dijo—. Echó una mirada cauta sobre el hombro, luego desvergonzadamente levantó la cara para que la besara.

—Estoy trabajando. Sólo puedo quedarme un ratito.

—Hmmmm. Qué misterioso. Tu jovencito ya llegó, si es eso lo que estás controlando. Muy violento, y con gran desprecio por nuestro teatro.

—Es un poeta —dije—. El desprecio es su equipo de trabajo. ¿Eddie anda por aquí?

—En el salón de cartas. Hay partido de póquer esta noche, y Eddie juega por la casa. Nuestro vistoso jugador habitual está enfermo.

—¿Cuánto durará la partida?

—Generalmente duran hasta las dos de la mañana. Madge está aquí. Así que ojo.

Anoche le había contado sobre la cruda invitación de Madge. Al principio se había enojado, pero luego dijo que calzaba el comportamiento frenético y vengativo que Madge desplegaba cuando ella y Eddie estaban librando su pelea doméstica anual. Aparentemente era casi un rito familiar. El año anterior Madge había empacado las valijas y se había ido a Chicago, para volver después de una semana, contrita y cansada. Eddie la había aceptado de vuelta sin una palabra de recriminación. Recordando el pasado de los Bell, no me sorprendió, pero no le había revelado a Linda la sucia historia de Eddie y Madge.

—Estaré en guardia —dije—. Hasta luego.

Entrar al salón principal del club era como penetrar en un elegante bar del Oeste de un estudio cinematográfico. En un rincón,

un hombre con ropas de vaquero tocaba canciones de *cabaret* en el piano. Las paredes estaban forradas con cortinas rojas y espejos, y las camareras, vestidas con escasas ropas de cafetín, se movían afectadamente. El bar era de caoba auténtica, y sobre él colgaban cuernos de ciervos, chifles, y un cuadro de George Armstrong Custer dando su vida en la batalla de Little Big Horn contra los indios. El lugar estaba medio lleno. La vi a Madge sentada en una mesa con tres hombres maduros que se reían tontamente de alguna humorada que ella les había contado. Me moví hacia el salón de juego, donde Eddie era uno de los siete hombres sentados alrededor de una mesa y totalmente embebidos en las cartas. Eddie llevaba una visera verde, un pañuelo blanco, y camisa vaquera con estrellas sobre los bolsillos. Del otro lado de la puerta estaba Arthur King sentado solo a una mesa, con expresión de aburrimiento en la cara. Fui al bar, pedí una cerveza y miré el reloj. Era exactamente la medianoche. De pronto lo tuve a Arthur King a mi lado.

—Butler, ésta es la escena más surrealista que vi desde que dejé de trabajar en la fragua. ¿Me va a reemplazar?

—No, está de guardia hasta la una y media. Ahora váyase. No debiera conocerme.

—De acuerdo. Pero podría tener que beberme toda esa botella que traje, en defensa propia.

Se fue y un minuto después sonó el teléfono del bar. Me había ubicado cerca, y cuando el barman empezó a escudriñar a los clientes, levanté la mano.

Puso el teléfono delante de mí. Era Quartz.

—¿Morgan? Es la estación de ómnibus Greyhound de Brandywine.

—Asegúrate de llegar primero —dije.

—Ya salgo. —Colgó.

Me senté ahí durante quince minutos. Llegaron varios clientes más. Eddie Bell seguía jugando al póquer. Madge iba y venía. A las doce y veinte volví a cruzar el saloncito de recepción y salí al estacionamiento. Linda estaba dándole la bienvenida a varios socios cuando pasé a su lado, pero nos arreglamos para saludarnos con un movimiento de cabeza.

Conduje el Mercury mesuradamente de vuelta a la ciudad de Jordan, y a la una menos veinticinco estacioné frente, al Tug and

Maul. El bar de adelante estaba lleno de estudiantes, y me demoré cerca de la puerta del salón de atrás sólo lo suficiente para ver que Waldo y Paul estaban ahí. Elegí una mesa prácticamente debajo del teléfono público cerca del bar y me senté ahí con otra cerveza.

Luego, sin ninguna razón que lo explicara, me abatió una sensación de futilidad. No quiero decir que simplemente tuviera dudas sobre la vigilancia que yo había organizado. Éste era un cataclismo, un espasmo del yo, lo que el viejo zorro de San Diego acostumbraba llamar una forma de «epilepsia psíquica». Sentía la mente afiebrada y los huesos como de cera. Bajo el dominio de esta convulsión, tuve una alucinación tan vívida que me pareció absolutamente verdadera. No era un simulacro. El asesino iba a recoger su dinero esta noche, y lo haría sin que lo pudiéramos descubrir.

No pudo haber durado más de un minuto o dos. Me hizo salir de este estado la risa de una chica bonita que estaba en el bar. Yo tenía la garganta seca y aferraba la botella de cerveza con fuerza. Me pregunté cínicamente si no habría ignorado una cantidad de pistas e impresiones pertinentes que mi subconsciente había absorbido y arreglado en un mensaje significativo.

Lo que sea que hubiera inspirado esta aprensión, cuando sonó el teléfono a la una menos diez y Quartz me dijo que lo había perdido a Clayborne, no sentí ni sorpresa ni fastidio.

—¿Cómo ocurrió? —le pregunté.

—Yo estaba esperando cuando Clayborne llegó a la estación de ómnibus. Primero fue a uno de los depósitos automáticos y lo abrió con una llave que tenía en el bolsillo. Sacó un sobre, leyó el mensaje, y compró un boleto a Pittsburgh para el ómnibus de la una menos cuarto. Esperé un rato antes de comprar mi pasaje, y esperé hasta que anunciaron el ómnibus para dirigirme a la plataforma. Clayborne era el primero de la cola. Se sentó cerca del conductor y yo me senté atrás. Justo en el momento en que el conductor empezaba a cerrar la puerta, Clayborne saltó y se bajó. El ómnibus ya estaba en marcha cuando logré llamar la atención del conductor. Tuve problemas con la pierna al bajarme. Clayborne había desaparecido.

—Está bien. Vuelve a casa.

Me quedé de guardia hasta la una y media. Paul y Waldo

estaban aún en la parte de atrás. Lo llamé a Arthur King. Dijo que Eddie no se había movido de la mesa de póquer.

—Ya puede ponerle fin a la guardia —dije—. Y gracias por la ayuda.

—Está bien, comisario Butler. En verdad usted me hizo un gran favor esta noche.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que estoy noventa y ocho por ciento seguro que conozco al criminal. ¿Se acuerda de esos números que usted me recitó el lunes? —Largó una carcajada salvaje—. Esta noche, con la ayuda de la botella de Jack Daniels, los hice coincidir con uno de los poemas de Natalie.

—Será mejor que me cuente todo —le dije.

—¡Oh no! Primero tengo que estar absolutamente seguro. Hasta quizá pueda hacer aparecer la cinta que todos parecen querer con tantas ansias.

—¡Escuche, Arthur! Está un poco borracho. No se da cuenta del peligro. ¿Recuerda el cuento que le conté acerca del periodista de San Francisco?

—No se preocupe. No tengo que estar cerca del asesino para probar el crimen. —Cortó.

¡El tonto! Estuve tentado de tratar de interceptarlo, pero mi primera preocupación era Philip Clayborne. Sólo podía esperar que King estuviera equivocado, o que supiera lo que hacía. Pero la exuberancia de su voz me resonaba en la cabeza mientras me dirigía al Hotel Cavendish y me ubicaba en el desolado vestíbulo.

No tuve que esperar mucho. A las dos en punto Philip Clayborne entró. Me uní con él en el ascensor, y tan pronto como arrancó le hice la pregunta.

La tensión le afilaba los rasgos.

—Entregué el dinero —dijo—. Pero ahora quieren algo más. Me ordenaron que lo sacara a usted del asunto.

Cuando llegamos al cuarto de Clayborne, dije:

—Hablemos sobre esto.

Se quitó la chaqueta y la tiró mientras se dirigía a la botella de *whisky* que estaba en el escritorio. El primer trago se lo tomó puro, luego se preparó un segundo trago con soda y se volvió hacia mí. La expresión de su cara era tan cincelada como la de las caras

esculpidas en Mount Rushmore.

—No hay de qué hablar. Está fuera del asunto. Por supuesto que conserva su cheque. Se lo ganó.

Dejé pasar eso por el momento.

—¿Cómo le dijeron que me echara?

—Lea las dos cartas que están en mi saco, la corta primero.

Saqué las cartas del bolsillo lateral de la chaqueta, y leí la más corta.

Philip Clayborne:

La llave adjunta pertenece al depósito automático número treinta de la estación de ómnibus Greyhound en Brandywine. Ahí encontrará más información. Para llegar a Brandywine vaya siete kilómetros y medio al Sur hasta la rotonda del tránsito. Doble en la primera curva a la derecha, y haga dieciséis kilómetros hacia el Oeste. La estación de ómnibus está a la derecha enseguida que entra a la ciudad. Deje el auto en el estacionamiento al lado de la terminal y abra el depósito. Lleve el dinero con usted en todo momento. Recuerde, lo están vigilando. IMPORTANTE: Sé que usted lo ha contratado a Morgan Butler para que me encuentre. Sáquelo del caso inmediatamente, o la cinta será dada a publicidad a pesar del dinero que pague.

—¿Hizo que el empleado de la estación de servicio le hiciera la llamada a Quartz? —pregunté.

—Sí, le deslicé un billete de diez dólares cuando le pagué la nafta.

—¿Le preguntó cómo entregaron las instrucciones?

Clayborne asintió con un movimiento de cabeza.

—Encontró el sobre debajo de la puerta cuando abrió esta mañana a las siete, junto con veinte dólares e instrucciones de entregármelo a mí.

Leí la segunda carta.

Philip Clayborne:

Vaya a la ventanilla y compre un pasaje para el ómnibus de las

12:45 a Pittsburgh. Luego vaya a la plataforma y espere en la cola. Consiga un asiento lo más adelante posible. Espere hasta que el conductor haya cargado todos los pasajeros y empiece a cerrar la puerta. Luego bájese del ómnibus, diríjase hacia el auto lo más rápido que le sea posible, y salga de Brandywine hacia el Oeste. Guié durante quince kilómetros a la velocidad límite, y verá un parque a la derecha del camino. Estacione ahí. La hora debe ser la una.

Baje con el dinero, suba el sendero a la derecha, cincuenta metros hasta una chimenea que está sobre la loma. Introduzca el dinero en la chimenea, vuelva a su auto y regrese a la ciudad de Jordan por la misma ruta que usó para llegar a este destino.

NOTA: Si hay algún auto cuando usted llega al parque, no entregue el dinero hoy. Lo estarán observando en la estación terminal y en el parque.

—Muy astuto —dije—. Nuestro hombre no necesitaba reunirse con usted para recibir el dinero. Lo podía recoger en cualquier momento antes de la madrugada. Así que mi vigilancia fue una pérdida de tiempo.

—No, estaba ahí —dijo Clayborne—. Había un *toilette* de madera en esa loma, más atrás en medio de un grupo de árboles. Lo vi cuando pasó un auto mientras yo estaba al lado de la chimenea. Cerró la puerta cuando la luz lo iluminó.

—Quizá fuera el viento —dije.

—No había viento. —El desprecio le volvía la voz áspera—. Enfrentémoslo, Butler. Usted no tiene ni la más mínima idea sobre quién es este chantajista. Diablos, debiera alegrarse de que lo estoy sacando del caso. A ninguno le gusta fracasar.

—No se me echa tan fácilmente, *Mr*. Clayborne —dije—. Parece olvidarse que yo estaba en el caso antes de que usted empezara a desparramar dinero.

La sonrisa que hizo no contenía ni un gramo de humor.

—Mi querido amigo, con una llamada telefónica puedo hacer que lo saquen del caso de un modo muy doloroso.

—Para un trabajo así supongo que piensa llamarlo a Swanson. Está aún por aquí ¿verdad?

Cambió de posición pero no de expresión.

—¿Por qué dice eso?

—Diablos, me ha estado vigilando en todos lados esta semana, destrozando mobiliarios para encontrar esa cinta. No fue muy inteligente de su parte, *Mr*. Clayborne, mandarlo a un chico a hacer el trabajo de un hombre. ¿Imagine que se encuentra con el asesino? ¿Hace mucho que no sabe nada de él?

—Maldición —dijo—. Usted sabe mucho más de lo que dice.

Ahora fue mi turno de ponerme duro.

—Y usted también, amigo. Y mire qué tolerante he sido con sus mentiras y evasivas. Hasta este minuto.

—¿Cómo puede decir eso? ¿Después que yo le desnudé mi alma ayer?

—Sí, ése fue un cuento extraordinario. Me impresionó. Pero soy un hombre escéptico, Clayborne. Luego empecé a preguntarme si ese cuento no tenía el fin de impresionarme.

—¡Tonto! ¿Inventaría un cuento así sólo para impresionarlo?

Podría hacerlo. —Me apresté a moverme con rapidez—. Si fue usted quien la mató a Natalie.

Dio un paso violento en mi dirección, y parte del *whisky* del vaso se derramó formando un arco ámbar. Yo estaba de pie, y me sentía ágil y sin trabas. Clayborne recobró el autocontrol. Dejó el vaso sobre el escritorio y se limpió la mano.

—Es un tonto. —Su voz sonaba tensa con las heces de su rabia —. Mi propia hija.

—Aún eso es dudoso —dije—. Natalie tenía buenas razones para creer que no era hija suya.

Me dirigió una mirada aguda.

—Más tonterías. ¿Cómo puede acusarme a mí, al hombre que lo contrató para encontrar al asesino? ¿Tiene sentido eso?

—Siéntese, *Mr*. Clayborne, y le diré por qué tiene sentido. Tendrá que echarme o que escucharme hasta que termine. Es así de simple.

—Por Dios, lo dice en serio. —Dio un suspiro profundo y exhaló lentamente—. De acuerdo, escucharé. Aunque sea sólo para saber qué tonto es. —Se tiró en una silla al lado del escritorio; la misma postura expresaba desprecio.

Prendí mi cigarrillo negro con gran lentitud. No tenía mucha fe

en lo que estaba por hacer pero tenía que hacerlo.

—Lo más incomprensible de este caso desde el comienzo fue el motivo del asesinato de Natalie. Aún si ella había cambiado de opinión después de que le había dado la cinta al chantajista, no hacía falta que él la matara para silenciarla. Natalie no le hubiera contado a la policía (ni a usted tampoco) debido a que ella misma había intervenido en la conspiración.

Clayborne se irguió un poco.

—Pero usted dijo ayer que pensaba que Natalie pudo haberse enterado de que otra persona participaba en el chantaje.

—La teoría me da un motivo —dije—. Pero deja sin respuesta una pregunta importante. Si el descubrimiento de una tercera persona quería decir que Natalie debía morir ¿por qué ella no temió por su vida? Hablé con ella el viernes a la noche, y no suponía que la matarían. Dejaremos eso de lado ahora. Había otras dos cosas que me preocuparon desde el principio. No sabía por qué le hacían chantaje y no podía justificar la participación de Natalie en el asunto.

O yo había conseguido despertar el interés de Clayborne o era un buen actor.

—Pero la historia que le di ayer contestaba esas preguntas —dijo.

—Oh, satisfacía la pregunta sobre el chantaje. Pero para mi gusto, del modo en que usted la contó. Natalie no estaba lo suficientemente desapegada. Lo que realmente me hizo creer en su historia fue enterarme anoche de que Natalie estaba convencida de que usted no era su padre. No era una chica fantasiosa. Debió haber tenido alguna evidencia para sustentar su idea.

—¡Le dije que eran tonterías! —dijo Clayborne.

—Déjeme terminar. Supongamos sólo por argumentar que usted no es el padre. De pronto la mayoría de las piezas de este caso entran en foco. Sé positivamente que Natalie estaba buscando a su verdadero padre aquí en Jordan, entre los antiguos amantes de su madre. Supongamos que lo encontró. Ése es el lazo que necesito para justificar la parte que Natalie tuvo en la conspiración. El romance que usted tuvo con el muchacho de Yale lo coinvertiría en presa fácil a los ojos de ellos. ¿Ahora se acuerda de la carta que le mandó Natalie sobre la cinta? Supongamos que usted la recibió

puntualmente. Usted pudo haber entendido el plan de Natalie enseguida. Puedo haber venido aquí muy calladito para averiguar con quién estaba mezclada. Pudo haberse dado una vuelta por la residencia de Natalie el sábado a la noche para forzarle a revelar el nombre del amante. El crimen que ella cometió contra usted podría ser perdonado si ella fuera su hija. Pero si fuera la hija de otro hombre, usted pudo haberla matado.

Clayborne había empalidecido, y tenía los labios apretados.

—Le dije que estaba en la Florida cuando mataron a mi hija. Puedo probarlo con testigos.

—*Mr*. Clayborne, un hombre de su posición puede comprar cualquier cosa. Permítame que le diga algo más que calza. Su asesino ha tenido toda la semana para quitarme del medio. ¿Por qué esperó hasta anoche para intentarlo, pocas horas después que usted llegara a la ciudad?

—No sabía que habían atentado contra su vida —dijo.

—Dos disparos a quemarropa. ¿Dónde está su revólver?

—¿Qué revólver?

—El que quería llevar esta noche para el momento del pago.

—Oh, me había olvidado. Está en la valija en el dormitorio.

—Vamos a verlo.

Se puso de pie lentamente y se tambaleó cuando dio el primer paso. Estaba demasiado vencido para mi gusto. O estaba actuando o por dentro estaba lleno de sentimentalismo, y el sentimentalismo no iba con su carácter. Pero me condujo al dormitorio y se quedó ahí mientras yo abría la maleta. El revólver era una pistola Derringer con puño de madreperlas y dos cañones, un revólver para dormitorio de mujer. Fue la única arma que pude encontrar. De vuelta en el cuarto de estar, Clayborne se dejó caer en la silla. Por el solo hecho de hacer algo, saqué los dos cilindros de la Derringer, miré dentro del cañón y la volví a cargar.

—Ésta no es la pistola —dije, dejándola caer en mi bolsillo.

Clayborne no tenía nada que decir. Tenía la cara desfigurada por la emoción.

—¿Qué le pasa? —le pregunté.

—Ayer dije que lo que pasó ese verano no le había hecho daño a nadie. Estaba equivocado. Natalie murió a causa de ello. Oh, yo no la maté, pero míreme. Toda la vida uno actúa basado en la fuerza,

luego sucumbe a una tentación, y ése es el acto por el que es juzgado.

—Oh, basta de sentirse triste por usted mismo —dije—. Me enferma.

Se irguió de pronto, con respiración agitada.

—¿Qué le pasó a Swanson? —preguntó.

Me sentía temerario, inquieto por sus cambiantes actuaciones.

—Está muerto. Detuvo esos plomos dirigidos a mí, anoche.

Clayborne sacudió la cabeza.

—No vi nada en los diarios sobre el particular.

—No, lo despojé de su identificación y lo puse en el cuarto del motel, del otro lado del límite del distrito. No quería verlo a usted implicado en esto.

—¿Quiere decir que no lo denunció? ¿No es contra la ley?

—Sí, ahora tiene algo para usar en mi contra.

—No quise decir eso —dijo—. Se jugó el pellejo por mí. Gracias. —Luego su voz se alzó una octava—. Dios, son dos los que han muerto.

—Si lo hace sentir mejor, Swanson planeaba sacarle plata por la cinta cuando la encontrara. Así que no lo llore demasiado.

De pronto Clayborne largó una carcajada brutal, despreciativa.

—Cristo. Primero mi amante hija. Luego mi guardaespaldas de confianza. Sin mencionar a mi primera mujer.

¿Cómo fue que usted me llamó ayer?, ¿una víctima? Muy amable. Soy más un incauto, un zoquete, un tipo fácil. Brindemos por eso, Butler.

Este autocastigo me pareció una señal más saludable que la desesperación en que había empezado a arrastrarse. Sirvió los tragos con cierto gusto, emitió esa risa brutal otra vez, y se sentó a mi lado en el sofá.

—No estoy de humor para confiar en nadie —dijo—. ¿Por qué confío en usted, Butler?

—Quizá sea porque yo lo acusé de asesinato.

—¿Aún lo cree? Vamos, sin ambigüedades.

—Digamos que tengo mis dudas. Pero aún permanece en mi lista.

—Bastante justo. ¿Eso quiere decir que seguirá trabajando para mí? Lo digo en serio. Al demonio con las amenazas. Quiero atrapar

a ese hombre.

—Esa amenaza en la nota es una bravuconada —dije—. No largarían esa cinta por el sólo hecho de castigarlo a usted por no haberme despedido. Esa cinta probablemente les represente medio millón de dólares. Pueden quitarme del camino mucho más económicamente.

Rumió esto.

—Usted sabía esto hace un rato, cuando se negó a abandonar el trabajo. Me hace sentir como un gusano, Butler.

—No empiece con eso otra vez —dije, poniéndome de pie.

—Espere, quiero darle más dinero —dijo—. Lo llamaremos paga por trabajo peligroso. Digamos cinco mil dólares.

—No, gracias. Si recupero esa cinta, y todo sale bien, le haré cumplir la promesa del sobresueldo que me ofreció. —Le di las buenas noches.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Fue sólo después de que hubiera bajado por el ascensor y llegado al estacionamiento que me di cuenta de que tenía la Derringer de Clayborne aún en el bolsillo. Giré sobre los talones para volver a su *suite*, luego decidí no hacerlo. Eran ya las tres de la mañana y durante mi conversación con Clayborne ramalazos de ansiedad sobre la suerte de Arthur King me habían hormigueado por la espalda como arañas peludas. No me iría a dormir hasta que no lo viera.

El departamento de King estaba a oscuras cuando llegué, y el garaje donde él estacionaba sobre la grasosa fosa estaba vacío. Me dije que bien podría estar muy juntito a Nancy Brewer en uno de los sofás del vestíbulo de la residencia de ella. Pero me bajé del Mercury, saqué una palanca de hierro del baúl del auto, y subí las escaleras. Hice saltar la cerradura en el segundo intento, entré y corrí el pasador. Fuera acertada o no la corazonada de King esta noche, se hubiera metido en líos o no, yo quería encontrar ese poema de Natalie que le había permitido a él identificar al asesino. King había arreglado el desorden que había hecho Swanson, y le había devuelto al inmenso cuarto su espartana frialdad.

Naturalmente primero examiné la bolsa de la lavandería, pero todo lo que contenía era ropa sucia. Había cambiado el escondite. Me llevó veinte minutos revisar su escritorio, incluyendo una caja llena de poesía del propio King, ya, que sospechaba la vieja treta de la carta robada, como en el cuento de Poe. No me entusiasmaba la idea de revisar todos los libros de la biblioteca, pero al mirarlos vi un volumen que me hizo pensar que no sería necesario que lo hiciera. Era un libro alto y delgado, encuadernado en desteñido cuero marrón, otra copia del anuario de la Universidad de Jordan para la clase del treinta y nueve. Sacándolo del estante, pasé las

páginas hasta que encontré el sobre que hacía de señalador en la página que mostraba la instantánea de Eleanor Sheridan y Waldo Mason como la Bella y el Genio. El poema estaba dentro del sobre. El sello del correo mostraba que Natalie se lo había enviado a King el sábado anterior pocas horas antes de morir. Probablemente lo habría recibido el lunes. ¿Por qué no me habría mostrado el poema el muy tonto?

Me senté en el escritorio de King y examiné el poema cuidadosamente. Estaba prolijamente escrito a máquina, con la fecha 10/2/62 en la parte superior y el nombre de Natalie escrito a máquina. Era una copia, así que sin duda el original le habría sido entregado al héroe del poema.

CORONACIÓN

A veces te veo como a Vulcano en la forja,
aunque el acero no sea tu caldo; tú revuelves el destino y la suerte de la humanidad,
las mentiras que el hombre se dice a sí mismo desde que nace hasta que muere
las máscaras que usa, para casarse, para votar, para ganar un peso.

Y de este guiso repugnante forjas aun otros cuentos, la papilla que el hombre engulle voraz, como los británicos engullen su té,
así que estás encadenado, como Prometeo, Un esclavo en venta.
y yo, con una dádiva tan frágil como el amor, te puedo liberar.

Porque tú eres digno de los favores de las mujeres de los reyes crueles,
y yo reinaré con amor donde una prostituta causó estragos una vez.
Que caigan los tiranos. Aplaudiremos mientras cantan los ángeles.
Si hay justicia, que sea poética, espléndida.

Difícilmente era el tipo de poema que una chica le escribiría a su

papito. Después de leerlo dos veces, pude entender la conclusión a que había llegado King de que Vulcano era Waldo Mason que forjaba la historia con su investigación. Pero había una línea que me desconcertaba totalmente: «Porque tú eres digno de los favores de las mujeres de los reyes crueles». El plural no tenía sentido.

Copié el poema rápidamente en una hoja de papel que saqué del escritorio de King, volví a poner la versión escrita a máquina en el anuario, y devolví el libro a su lugar. Luego cerré la puerta y fui a buscarlo a Arthur King.

Cuarenta minutos más tarde estaba convencido de que no se encontraba en ninguna de las cantinas nocturnas del pueblo, y de que su auto no estaba en ninguno de los estacionamientos del ámbito de la universidad, incluyendo los que estaban cerca de la residencia de Nancy Brewer. Ahora estaba preocupado. Fui directamente a la casa de Waldo Mason, y esta vez entré con las luces encendidas y me detuve a unos seis metros del garaje. El auto de Mason no estaba. Me bajé y golpeé con fuerza en la puerta, pero no hubo la menor respuesta. ¿Dónde podría estar Waldo a las cinco menos cuarto de la mañana?

Una de las ventanas que daba sobre el pórtico tenía un panel de alambre que se podía sacar con poco esfuerzo. Levanté la ventana con el hombro, entré en la casa, y encendí la luz central. Recorrí la casa. La cocina hedía a carne podrida y cerveza casera. Daba la impresión de que hacía un mes que no arreglaba la cama. Luego entré en el estudio. El piso estaba cubierto de cajas de zapatos, pilas de tarjetas de archivo de diez por catorce y hojas amarillas escritas a mano.

De vuelta en el salón de estar busqué la guía telefónica de la universidad y disqué el número de la residencia de Nancy Brewer. El teléfono sonó al menos veinte veces antes de que alguien contestara.

—Por favor, llámela a Nancy Brewer. Es muy importante.

Tiraron el tubo y pude oír el claqueteo de los pasos en el vestíbulo.

Enseguida una voz ahogada dijo:

—¿Hola? Habla Nancy Brewer.

—Nancy, es el comisario Butler. ¿Me recuerda?

—Sí, lo recuerdo. ¿Por qué me llama? ¿Qué pasa?

Traté de sonar despreocupado.

—Nada que yo sepa. Quería charlar con Arthur King, y pensé que podría estar con usted. Me doy cuenta que son casi las cinco de la mañana y le pido disculpas. Pero pasó algo que creo que Arthur debiera saber.

—¡Está mintiendo! Está metido en un lío ¿no?

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, alguien se metió por la fuerza en su casa el otro día, y Arthur está convencido de que fue el asesino de Natalie. Tiene una teoría sobre quién fue que la mató. Además esta noche rompió una cita conmigo para hacer una misteriosa tarea.

—Yo que usted no me preocuparía por este asunto —dije—. Probablemente ya está en su casa. Esa cafetera que tiene quizá se le haya descompuesto. Buenas noches.

Corté la comunicación y subí al Mercury; traté de orientarme de modo de volver a la casa de King por caminos secundarios, a pesar de mi escaso conocimiento de la geografía local. Me equivoqué al doblar una vez y fui a parar a la empalizada que protegía la entrada del parque estatal, pero llegué al departamento de King con el primer indicio de la madrugada.

El auto de King no estaba en el garaje aún, pero la luz de su pieza estaba encendida y yo sabía que la había apagado. Sacando con cautela la Luger que tenía debajo del brazo, subí la escalera y esperé un momento con la oreja apoyada contra el marco de la puerta. No había ningún movimiento adentro, así que abrí la puerta de un puntapié y entré. El lugar estaba vacío, pero lo habían registrado a fondo. Los papeles del escritorio de King estaban tirados por todos lados, y hasta habían vaciado el cajón de la verdura de la heladera. El anuario estaba abierto sobre el piso, y el poema había desaparecido.

Tuve ganas de patearme por el estúpido error que había cometido. Debí haber sabido que él iba a venir a buscar lo que fuera que lo había llevado a King hasta él. Si hubiera esperado aquí en vez de haberle dado una hora para registrar el departamento podría haberle dado la bienvenida cuando vino de visita. Pero me había negado a creer que King fuera tan inteligente.

No estaba tan ansioso por encontrarlo a King ahora, pero ésa era, sin embargo, la próxima tarea de la lista. Apagué la luz, bajé

las escaleras, subí al Mercury, y empecé a girar en el camino de grava. Detuve el auto cuando la luz de los faros me reveló un brillante zapato negro exactamente en la entrada del garaje de King, tan fuera de lugar ahí como una perla en un balde de carbón. Luego noté las dos huellas en la grava que terminaban donde estaba abandonado el zapato. Así que saqué la linterna de la guantera y me bajé del auto, dejé atrás el zapato, entré en el garaje, e hice brillar la luz en la vieja fosa grasienta.

Arthur King yacía de espaldas en medio de la mugre de la fosa; la luz se reflejaba en sus ojos y dientes. Estaba totalmente vestido salvo el zapato derecho, hasta llevaba corbata. Me pareció que los ojos me miraban con expresión de reproche. No quería bajar a la fosa, pero vi algo que lo hizo necesario, un libro apretado debajo de su cinturón.

Fui hasta el otro extremo de la fosa, bajé los escalones y me agaché en el último peldaño para tironear del libro que estaba debajo del cinturón de King. Era un volumen delgado, una copia de *Hamlet*, de Shakespeare. Ése lo conocía. El gran crimen en este libro era el padre de Hamlet, el rey, y la asociación de palabras me causó escalofrío.

Apretando la linterna debajo del brazo, usé las dos manos para revisar las páginas del libro. Ninguna estaba doblada o marcada. En la guarda se leía el nombre de King, así que obviamente el asesino lo había sacado de la biblioteca de Arthur mientras efectuaba la búsqueda del poema. Volví a sujetar el libro debajo del cinturón de King, le cerré los ojos con suavidad, y lo di vuelta lo suficiente para ver que le habían aplastado la parte posterior de la cabeza.

Salí de la fosa y encendí un cigarrillo en la pálida luz, castigándome los pulmones con el humo amargo. Mientras guiaba el Mercury hacia el asfalto, me pregunté por qué el asesino lo había descargado a King pero se había llevado su rural. Sólo había una respuesta que tuviera sentido. El asesino trabajaba solo y no tenía nadie que lo llevara a su casa. Pero tendría que abandonar la rural en alguna parte.

El cielo estaba inundado de color rosa en el oriente cuando estacioné frente a la casa de Quartz. Lo encontré dormido en un sillón, con la pierna renga apoyada en un banco. Sólo entonces me acordé de que había quedado en esperar para informarme sobre su

misión después que yo hablara con Clayborne. Lo sacudí suavemente. Abrió los ojos y sonrió.

—Hola, Morgan. Debo de haberme quedado dormido. Quedé planchado después de ese viaje. —Luego notó la luz que entraba por la ventana—. Eh, es de mañana. ¿Dónde has estado?

—Hubo otro asesinato —dije. Largó una palabrota.

—¿Clayborne?

Negué con la cabeza.

—Arthur King. —Luego le conté la historia completa, desde la última vez que hablé con King hasta el modo en que había encontrado el cadáver en la fosa.

—Es mejor que lo llame a Jack Casey —dijo Quartz. Su voz resonaba agria, deprimida.

—Déjeme llamarlo a Clayborne primero —dije—. Es mejor que se entere de este asunto. —Disqué el número del Hotel Cavendish. Clayborne contestó perezosamente—. Habla Butler. Será mejor que despierte. Tengo malas noticias.

Murmuró algo, dejó el tubo sobre la mesa, y por los ruidos que hacía fue al baño y metió la cara en el agua. Lo oí volver.

—Ahora dígamelo.

Le conté sobre el asesinato y lo previne de que existía la posibilidad de que lo interrogaran sobre esto.

—A menos que quiera sacar a la luz el asunto del chantaje, será mejor que hagamos coincidir nuestras historias —dije—. Digamos que a usted nunca lo satisfizo que fuera el portero quien la matara a Natalie, y que volvió para hablar conmigo sobre eso. Así se explicarían mis visitas al hotel.

—De acuerdo —dijo Clayborne—. Tengo varias preguntas. ¿Por qué…?

—Ahora no. Debo ir a darle la bienvenida al comisario general. —Colgué.

Quartz salió de la cocina renqueando y pasándose una toalla por la cara.

—Puse el café de anoche a calentar —dijo, y levantó el auricular.

Mientras él lo llamaba a Casey, saqué las tazas, esperé que la cafetera silbara, y serví el café. Quartz estaba colgando el auricular cuando entré al salón de estar.

—A Jack no le cayeron bien las noticias —dijo Quartz.

Bebimos el café, y mientras íbamos al departamento de King, le di a Quartz toda la información que me había dado Clayborne sobre el pago del chantaje. Luego le di el poema de Natalie.

Pareció deprimirlo.

—Supongo que podría estar dedicado a Waldo —dije—. Pero para mí no es más que jerigonza.

Cuando llegamos al departamento de King, estacioné lejos de la grava y nos quedamos al lado de la fosa un rato.

—¿Por qué será que el asesino lo trajo aquí en vez de haberlo tirado en cualquier zanja del bosque? —preguntó Quartz.

—Es fácil. Debía registrar el departamento de King, y tenía que sacar el cadáver de la escena del crimen. Como no podía saber cuánto tiempo le llevaría la búsqueda, solucionó los dos problemas a la vez. De todos modos, si se toma en cuenta la copia de *Hamlet*, quería que encontráramos el cadáver enseguida.

—Ése es un toque inhumano —dijo Quartz—. Vi la película que hicieron de esa obra de teatro. Matan al rey, y ahora matan a King, que quiere decir rey. Hace que uno se pregunte si no fue el asesino que nos dejó ese primer libro también.

—Eso es lo que quiere que pensemos —dije.

—Natalie mencionó algún rey en ese poema que me mostraste —dijo Quartz—. No creo que haya ninguna conexión aquí. No, el asesino no es tan loco. Si es el hombre para quien ella escribió el poema, no iba a dejar una clave que se refiriera al poema.

Dijo eso sin prestar atención; estaba pensando en voz alta, simplemente, mientras pasábamos del oscuro garaje a la luz del sol. Pero las palabras me electrizaron. Saqué el poema del bolsillo y lo volví a leer. Mi expresión le debió haber parecido extraña a Quartz. Me dijo algo.

—¡Ahora no! —Crucé la grava hasta los escalones de madera, me senté y encendí un cigarrillo. Sí, me habían dado la clave que desentrañaba todo el asunto bajo varias formas durante la semana, pero la había rechazado constantemente a causa del hedor que largaba. Aparentemente yo aún llevaba a la rastra una manoseada moralidad que me hacía retroceder cada vez que la idea golpeaba a las puertas de mi subconsciente. Había sido necesario otro crimen, junto con esa copia de *Hamlet*, para hacerme salir de mi ignorancia.

Oh, el asesino había elegido *Hamlet* como un elemento para engañar y confundir, pero la lógica de su locura también había guiado su elección.

Ahora sabía por qué Natalie Clayborne había tenido que morir. No sabía el nombre del asesino aún, pero ya estaba muy cerca. Estaba a mitad de camino al Mercury cuando Quartz me agarró del brazo.

—Morgan ¿a dónde vas? ¿Qué diablos te pasa?

—Tengo que verlo a Waldo Mason.

—Eso puede esperar. Debes quedarte para contarle la historia a Casey.

—Tú se la puedes contar. O ganar tiempo. Quartz, puedo aclarar este caso ahora, hoy. Pero debo verlo a Waldo inmediatamente, si está vivo aún.

—Mi Dios, ¿crees que esté muerto?

—Si no lo está, él podría ser nuestro hombre —dije—. Pero debo saberlo ahora. Dile a Casey que volveré enseguida. Te explicaré luego. —Nos paralizó donde estábamos el distante sonido de una sirena.

Pero subí al Mercury y me alejé en la dirección opuesta al pueblo, tomado el camino a la casa de Mason que me había recorrido horas antes. Esta vez no cometí ningún error y estacioné a la vuelta de la cuadra menos de diez minutos después de haberlo dejado a Quartz. Trepé una medianera de madera y me acerqué a la casa por la parte de atrás. Justo en el momento en que llegaba al pórtico del fondo, oí un auto en el camino. Me quedé oculto mientras el auto entraba en la casa a los tumbos; el motor se ahogó. El arranque rechinó varias veces, luego se oyó el estrépito de la puerta del auto al cerrarse y pasos en el pórtico de adelante. Di vuelta la casa corriendo y lo atrapé a Waldo en el mismo instante en que le quitaba la llave a la puerta.

No usé el revólver. Simplemente le apreté el músculo del brazo derecho bien arriba, le hice perder el equilibrio, y lo volví mientras revisaba si tenía armas. Lo que pensé sería una pistola, en el bolsillo de la chaqueta, resultó ser una botella chata de medio litro de *whisky* a la que le quedaban unas pocas gotas. Su aliento me indicó dónde se había ido el resto.

—¡Quíteme las manos de encima! —dijo con voz ronca. Tenía la

barba desgreñada en un costado y manchas de transpiración debajo de los brazos.

Lo solté y se hubiera caído si no hubiera estado ahí la pared para sostenerlo. Su torpeza me convenía.

—¿Dónde está Eleanor Sheridan, Waldo? —dije—. Es mejor que me lo diga. Sé que está en la ciudad de Jordan o en las cercanías, y sé que está implicada en el crimen de Natalie. Sé que usted la ha estado viendo. En realidad, anoche estuvo con ella ¿no?

Su cara se arrugó y luego se abrió como un puño. Se humedeció los labios y suspiró profundamente.

—No apareció. Se suponía que nos íbamos a encontrar a las tres de la mañana, pero no vino para nada. Sólo confío en que esté bien. Hasta ahora nunca dejó de venir. —Luego fijó sus ojos en mí con expresión atormentada—. Podría querer decir que el asesino la encontró al final.

—Vamos adentro donde podamos hablar —dije.

Waldo estaba tembloroso mientras nos dirigíamos a la casa, pero una vez que estuvo acomodado en su reposera favorita, la columna vertebral pareció ganar fuerzas.

—Estuve tentado de hablarle de Eleanor el otro día —dijo—. He estado muy inquieto desde el momento en que acusaron a ese portero de un crimen que sé que él no cometió. Pero tenía miedo que usted le revelara el escondite de Eleanor al asesino. Se da cuenta, es a Eleanor a quien realmente quiere matar. —Hizo una pausa para que yo digiriera esto, luego me preguntó bruscamente—. ¿Cómo supo que Eleanor estaba aquí?

—Por algo que me dijo Natalie, un mensaje que no descifré hasta esta mañana. —Yo era cauto porque lo que Waldo me había dicho hasta ahora no calzaba la imagen que yo había estado construyendo. Pero esa explicación pareció conformarlo.

—Antes de contarle sobre Eleanor, debe jurarme que no la molestará hasta que no haya encontrado un plan para protegerla de ese loco furioso —dijo.

—Tendrá toda la protección que necesite —dije—. Ahora hable, Waldo.

—De acuerdo. —Se volvió a acomodar en la silla—. Empezó a comienzos del otoño pasado, cuando me llamó por teléfono una noche, algo totalmente inesperado. Puede imaginarse cómo me

afectó, ya que hacía veinte años que no la veía. Su voz sonaba tan vieja y frágil, que al principio no creí que fuera ella. Pero lo explicó pronto. Usted debe saber esto también, Butler. Eleanor es una mujer enferma, casi una inválida. Sufre un tipo de afección respiratoria. Está envejecida y gastada.

—¿Está bajo tratamiento médico? —Me sentí como un actor que recitara sus líneas.

—Toma unos remedios, pero aparentemente no hay mucho que puedan hacer. Como sea, me dijo que vino a la ciudad de Jordan para pasar algún tiempo con su hija mientras tenía fuerzas suficientes.

—¿Dónde vive, Waldo?

—Nunca me lo dijo. Creo que en los alrededores de
Spencer's
Falls porque solíamos encontrarnos ahí. El hecho de que ni siquiera me dijera dónde vivía le da una idea del terror que siente por su esposo.

—¿Usted no está hablando de Philip Clayborne?

—¡Diablos, no! Es un hombre con quien se casó después de divorciarse de Clayborne. No sabía mucho sobre la vida de él cuando se casaron, y resultó ser contrabandista y traficante de drogas. Cuando Eleanor se enteró, trató de abandonarlo, pero él la pescó y le dio una paliza terrible. El hombre es loco. Así que ella esperó la oportunidad y más tarde lo entregó a los agentes federales de la sección narcóticos. Le dieron tres años, pero juró matarla cuando lo dejaran libre. Eleanor hizo cuanto pudo para esconderse. Fue a Nueva York, se cambió de nombre, y consiguió un empleo. Hasta conoció a un hombre mayor, con dinero, que se quería casar con ella. Luego se enfermó, y mientras estaba en el hospital, se enteró de que su marido le había seguido la huella hasta Nueva York. El amigo rico consiguió hacerla salir de la ciudad. Pasó parte de ese año en la Florida, luego vino aquí. Estaba segura de que había cubierto las huelas muy bien, pero este loco se enteró de la existencia de Natalie. La llamó hace varias semanas, simulando ser un amigo de Eleanor, y le pidió la dirección. Por supuesto que Eleanor la había prevenido que nunca se la diera a nadie, pero la engañó a Natalie lo suficiente como para hacerle admitir que la había visto a Eleanor.

—¿Cómo se enteró usted de esta llamada telefónica? —le pregunté.

Le molestó que lo interrumpiera.

—Eleanor me lo dijo el domingo pasado. Natalie le había contado lo de la llamada. ¿Pero cómo podía Eleanor saber que este psicópata vendría aquí y la mataría a Natalie mientras trataba de hacerle revelar el paradero de su madre? Prácticamente la destruyó a Eleanor. Se sintió responsable.

—Pero aún le pidió a usted que no revelara la presencia de ella a la policía —dije.

—Le dije que estaba terriblemente asustada de este hombre —me contestó.

—¿Cuál es el nombre de este personaje?

—Frank Nogay. Su sobrenombre es Duke.

Casi me le río en la cara. Parecía el último melodrama de la TV, la historia de una muchacha adorable cuya vida había sido hecha pedazos por este asesino loco y exconvicto, "Duke" Nogay, con la participación estelar de Joan Crawford y Richard Widmark.

—Waldo, si Eleanor vino aquí a esconderse y a estar cerca de Natalie, ¿por qué se puso en contacto con usted? ¿Le pidió dinero?

Waldo negó con la cabeza.

—El hombre de Nueva York le manda dinero. No, quería pedirme que la disculpara por, lo que rompió entre nosotros hace años. No le dije exactamente la otra noche qué fue lo que hizo para terminar nuestro romance.

—A ver si adivino —dije—. Le regaló un cuadro en que aparecía como una ramera.

Torció la cabeza, pero ni siquiera sintió curiosidad por saber cómo me había enterado.

—Sí, fue una acción cruel, una acción violenta. Ahora sabe que lo hizo porque se estaba prostituyendo por el dinero, eligiendo al muchacho de Harvard porque tenía un millón de dólares. ¿Quiere creer que yo conservé ese cuadro durante años? Lo quemó mi segunda mujer. Sabía que aún significaba algo para mí.

En ese momento sentía que mi posición con respecto a Waldo era la de un cirujano que realizara una operación delicada.

—Cuénteme sobre sus encuentros con Eleanor —dije—. ¿Cómo

se ponía en comunicación con ella?

—No era yo quien lo hacía. Me llamaba ella cuando se sentía lo bastante bien para encontrarnos. Generalmente nos veíamos en el Emporium de
Spencer's
Falls. Es el cine. Es un teatro refaccionado, y aún conserva los viejos palcos a los costados, que se pueden reservar. Ahí se puede hablar sin molestar a nadie, y los palcos son bastante oscuros. Es extremadamente tímida sobre su apariencia cuando está conmigo. Siempre lleva anteojos oscuros y tapado de cuello alto. Recuerde, yo la conocí cuando era joven y hermosa.

—¿Quiere decir que nunca logró verle la cara?

—Oh, sí. Una noche calurosa se quitó el abrigo, y encendieron las luces al final de la película, justo en el momento en que me daba vuelta para hablarle. Me causó una conmoción. Tiene arrugas profundas alrededor de los ojos y la boca, y una cicatriz muy fea en la cara de la última vez que el marido le pegó.

—Volvamos a anoche. ¿Eleanor le pidió que se encontrara con ella en el cine?

—No, el encuentro de anoche estaba programado para las tres de la mañana, demasiado tarde para el Emporium. Se suponía que nos encontraríamos en uno de los refugios para pícnics en el parque estatal. Nos encontramos ahí otra vez antes. El parque se cierra de noche, pero hay un lugar por el que se puede entrar con el auto.

—¿Cuándo fijó la cita?

—Ayer. Sabía que yo iba a estar preocupado por la acusación contra el portero, y quería que yo la ayudara a planificar un modo de probar que él era inocente.

—Pero sin implicarla a ella —dije.

—¡Usted está absolutamente equivocado! Dijo que si no había otro modo, iría a la policía ella misma, íbamos a hablar sobre esto anoche.

—Pero no apareció.

—No. Cuanto más esperaba, más preocupado estaba. Y más le daba a la botella. Me quedé dormido. Ha sido una semana terrible para mí, Butler, con este secreto a cuestas. Tratando de balancear la confianza que ella tiene depositada en mí con la necesidad de llevar al criminal a la justicia. Cuando usted me dijo que no había sido el

que había entrado en mi casa, llegué a la conclusión de que era Nogay, que de algún modo me había relacionado con Eleanor.

—Cuando habló por teléfono con ella, ayer, ¿le preguntó sobre el asunto del chantaje que le mencioné la otra noche? —le pregunté.

—¡Sí! Fue una sorpresa para Eleanor, igual que lo fue para mí. Dijo que sólo podía ser cierto si Natalie lo hubiera sobornado al asesino con ese material, para hacer que la dejara tranquila a Eleanor.

Lo tomé en cuenta como una posibilidad durante unos diez segundos. No coincidía con los hechos. ¿Pero cómo persuadirlo a Waldo de que su ángel caído era realmente una bruja, cuando no podía ni yo mismo explicarme por qué Eleanor se había molestado tanto para engañarlo? Oh, los podía imaginar a los dos juntos, Waldo haciéndole la corte a esta criatura frágil, destrozada, cautivado por el drama y la intriga, mientras ella desenrollaba su cuento de pecado y sufrimiento, una historia de opulencia venida a menos, en la atmósfera de las ilusiones perpetuas, un cine de los Estados Unidos. Sí, podía entender la participación de Waldo, pero no la de Eleanor. No es que yo no creyera en esa imagen de Eleanor como una mujer prematuramente envejecida y amargada. Pero rechazaba el retrato de una Eleanor frágil y arrepentida. A menos que yo estuviera totalmente equivocado, ella había supervisado con total sangre fría el plan para chantajearlo a Philip Clayborne.

Lo observé a Waldo durante un rato. No me pareció que fuera posible hacerlo salir de este engaño que parecía haberle narcotizado todos los sentidos, pero decidí intentarlo contándole sobre el asesinato de Arthur King. Antes de que pudiera comenzar, oí el claro sonido de una pisada en el pórtico del frente.

Waldo levantó la cabeza. Dijo en un susurro ronco.

—Si me traicionó, Butler, juro que vivirá para lamentarlo.

En el mismo momento en que me ponía de pie abrieron la puerta del frente violentamente, de una patada. El asistente grandote de Casey, Humpty, se abalanzó dentro del cuarto con una pistola en la mano y una sonrisa burlona en la cara.

—Quédense exactamente donde están, caballeros —dijo. Otro asistente entró detrás de Humpty—. Clyde, ponle las esposas al de la barba. Butler, lo mínimo que pudo haber hecho era esperar y

arrancarle la confesión al profesor donde Casey pudiera oírla. ¿Está tratando de cargar con todo el crédito?

Los nervios de Waldo estaban demasiado desgastados para aguantar esto. Lanzó un grito y se abalanzó de la silla como si quisiera estrangularme. El asistente llamado Clyde lo asió del brazo izquierdo. Waldo le largó un revés tremendo que estalló contra la quijada de Clyde y lo tiró sobre la mesa baja. Waldo se me abalanzaba encima otra vez cuando Humpty lo golpeó en el estómago con el puño. Alejando la mano en que tenía la pistola cuidadosamente hacia un lado, Humpty levantó el mismo puño para golpear la cara a Waldo cuando se incorporaba. Sonó como una cuchilla de carnicero contra la carne. Waldo tambaleó, contra la pared. Humpty guardó la pistola y se le fue encima otra vez. No me gustaba la idea de romperme los nudillos contra ese hombre grandote, así que le quité la cachiporra de cuero del bolsillo del pantalón con un movimiento rápido y lo golpeé bien fuerte detrás de la oreja.

Humpty se sentó pesadamente en la silla de Waldo y escupió en el piso el tabaco que tenía en la boca. Me le acerqué, observándole las manos, con la cachiporra lista.

—¡Lárguela o le vuelo la maldita cabeza de un tiro! —Era Clyde, quien se había arrodillado y arrancado su arma de la pistolera. No me gustó la turbada mirada de sus ojos, así que solté la cachiporra. Waldo estaba vomitando. La cara de Humpty estaba rosada.

—Ponle las esposas al de la barba, Clyde.

—¿Y qué hacemos con este otro chistoso? —dijo Clyde entrecortadamente.

—Sácale la pistola —dijo Humpty.

Clyde se me acercó y arrancó la Luger de la pistolera.

Tenía sangre en la boca donde Waldo lo había golpeado, y la mirada densa y estática de un hombre que con toda alegría vaciaría su revólver sobre cualquier cosa que se moviera.

—¿Por qué no le da una paliza, Hump, por salirse de línea? —dijo Clyde.

Humpty se puso de pie con un esfuerzo y se quedó a mi lado, con la cara a menos de treinta centímetros de la mía. Su aliento olía a melaza.

—No, no queremos dejarle moretones al vaquero. Podría tener

una cita esta noche. Ahora, saca al profesor.

Clyde lo llevó a Waldo al auto policial y Humpty me acompañó a mi Mercury. Me sorprendió que me indicara que fuera a la ciudad de Jordan y no al departamento de King.

—¿Cómo supo dónde estaba? —le pregunté a Humpty.

—Un pajarito nos dijo —me contestó—. Un pajarito gordito.

CAPÍTULO DIECISIETE

La paloma de Humpty resultó ser Nancy Brewer. Cuando entramos en la oficina de Quartz en el edificio de la vieja escuela, estaba sentada en el desvencijado sofá, tan inmóvil como una chica del coro, y sus ojos parecían brillantes escarabajos negros clavados sobre algodón. Paul McIntosh estaba al lado de Nancy, Jack Casey detrás del escritorio grande, y Quartz en la silla al lado del escritorio.

—Bienvenidos los que llegaron tarde —dijo Casey—. Parece que no todos los invitados vinieron de buena gana. Quiero un informe, asistente.

Humpty se inclinó sobre el escritorio y empezó a hablar con Casey en voz baja. Quartz se apartó, como para evitar oírlos, y yo me le acerqué con disimulo. Paul se puso de pie y se acercó a Waldo, pero el asistente de nombre Clyde le hizo señal de que se alejara.

—La chica apareció en la bicicleta inmediatamente después de que llegara Casey —dijo Quartz—. Tenía varios apuntes que King le había confiado, en los que da varias razones por las cuales Waldo podría ser el asesino de la chica Clayborne. Jack pensó que habías ido allá para arrestarlo, así que lo mandó a Humpty a buscarlos a los dos.

—Parece que la chica está en estado de *shock* —dije.

—Se desmayó cuando Jack le mostró el cadáver. ¿Le hiciste eso a Waldo?

—Es obra de Humpty —dije.

—Estuviste con él una hora. ¿Lograste sacarle algo?

—¡No queremos secretos, caballeros! —dijo Casey, dándose vuelta en nuestra dirección—. *Mr*. Butler, siéntese en el banco que está en el rincón, totalmente solo. Considérese bajo arresto

temporario.

Quartz dio un rápido paso hacia el escritorio.

—Jack, no empiece a hacer abuso de su autoridad. Si está acusándolo de algo, entonces dígalo claramente.

Casey se puso de pie. Su cuerpo delgado se inclinó y tenía la espalda doblada de un modo que me hizo recordar una cobra.

—Quiero aclararle esto, comisario. Voy a dirigir este pequeño circo a mi propio modo, sin interferencias de usted o de su experto asistente. ¿Me entendió?

Quartz no tuvo ocasión de responderle. Paul McIntosh pegó contra el escritorio de Casey con el puño.

—Maldición, Jack, nadie le discute el hecho de que usted esté a cargo de esto. Pero, por Dios, tenga un poco de consideración. Esta chica debiera estar bajo tratamiento médico. Y *Mr*. Mason está lastimado. Sáquele las esposas y permítame que lo limpie.

Casey le hizo una burlona reverencia.

—Editor, tiene toda la razón. Tiene mi permiso para sacar a esta chica de aquí. Humpty, quítale las esposas al profesor y deja que se lave la sangre que tiene en la barba. Usted, Willinger, ¿no dijo que quería hacerse una escapada a la universidad para darles las malas noticias a las autoridades? Sería un buen momento ahora. Seguramente ya se han levantado de la cama.

Quartz dudó, luego salió a cumplir su misión, y durante la próxima hora y media hice antesala en el rincón más remoto del cuarto. McIntosh llamó a un médico para Nancy Brewer, luego lo acompañó a Waldo al baño. Un asistente vino y mantuvo una susurrada conferencia con Casey. Apareció el médico del hospital de la universidad, y Paul lo convenció a Casey para que dejara que el médico le examinara la cara a Waldo. Luego el doctor la acompañó a Nancy fuera del cuarto.

En este momento le hice una señal a Humpty de que quería usar el baño. Me hizo esperar hasta que lo inspeccionó. En cuanto entré cerré la puerta con el gancho, abrí las canillas y saqué un rollo de cinta adhesiva del botiquín. Saqué la Derringer de Clayborne del bolsillo, me quité el zoquete del pie izquierdo y ajusté la pistola con cinta adhesiva en el hueco detrás del hueso del tobillo. Apenas se notó una vez que volví a ponerme el zoquete. Luego me revisé los bolsillos, saqué el poema, las cartas del chantajista, y el cheque de

Clayborne. Sellé los papeles en un pedazo de plástico de mi billetera, y pegué el paquete debajo de la pileta.

Cuando volví a la oficina, Waldo estaba sentado frente a Casey, con la cabeza gacha. Casey lo estaba interrogando. Waldo no tenía mucho que decir, pero esto no pareció ofenderlo al comisario general en absoluto. Luego, para sorpresa mía, Casey le sugirió a Paul que lo llevara a Waldo a su casa en el auto. A Humpty no le gustó, ni tampoco le gustó la próxima orden de Casey, de que él y Clyde esperaran afuera. Ahora quedábamos sólo nosotros dos en el cuarto.

Casey fue adonde estaba la cafetera, sirvió dos tazas bien llenas, y las puso sobre el escritorio.

—Acérquese, Butler. Es tiempo de que nosotros hablemos francamente.

Crucé hasta la silla frente a Casey, del otro lado del escritorio, y durante varios minutos me miró con la mandíbula apoyada en los pulgares y los codos en el escritorio. Finalmente dijo:

—Le voy a hacer varias preguntas, Butler, y es mejor que me dé las respuestas correctas. Si no lo hace, lo voy a hacer pedazos. Sólo para comenzar, lo puedo hacer detener por obstruir la acción de la justicia y por atacar a un oficial. Puedo garantizarle seis meses en el presidio, y quizás un año y un día en la cárcel de Columbus.

Hablaba en serio. No dije nada.

—Ésta es la primera pregunta: ¿Exactamente para qué lo contrató Clayborne?

—Está mal informado, Jack. Clayborne nunca se tragó la idea de que el portero matara a su hija. Es así de simple. Yo lo he estado complaciendo.

—Es una respuesta para mandarlo al presidio, hijo —dijo Casey —. Aquí va la segunda. —Tiró una brillante foto sobre el escritorio —. Identifique quién es este hombre.

Era una fotografía de Swanson en la morgue. Algo tembló en la maleza de mi subconsciente.

—Me resulta conocido pero no puedo ubicarlo con precisión.

—La segunda falta. A la tercera está fuera de juego.

Es ésta. ¿Por qué lo mandó a este tipo King al bar La Diligencia anoche?

—¿Por qué no me lo dice usted, Jack? Obviamente ya se lo ha

explicado satisfactoriamente. No quiero confundirlo.

Retiró la foto y se recostó sobre el respaldo de la silla.

—Ustedes los fanfarrones son todos iguales. Todos me encasillan como un policía de provincias con grasa de cerdo en vez de sesos. Mire qué lindo lío. Otro estudiante muerto. El guardaespaldas de un millonario muerto. Y un fanfarrón resuelto a sacar partido. Un montón de piezas que no se arman. Pero lo voy a chasquear, muchacho. Voy a armar el rompecabezas de todos modos.

—Siga, Casey. No me he divertido tanto desde que usted lo acusó a Ewing.

Casey me miró amenazadoramente.

—Consideremos esta suposición: Papito Clayborne vino al pueblo el lunes pasado lleno de venganza. Él y su guardaespaldas me hicieron una visita ¿recuerda? Así que cuando recibí esta foto del comisario Cunningham ayer, lo identifiqué al muchacho enseguida. Le hice ciertas averiguaciones a los empleados del mostrador del Cavendish y me dijeron que los vieron a usted y a Swanson en el vestíbulo el lunes. Usted mantuvo una larga conversación con el papito. El hombre estaba enojado, lleno del fuego de la venganza, y creo que usted ayudó a encender ese fuego con la sospecha de que el portero era inocente. Así que él lo contrató para que buscara la evidencia contra el verdadero criminal. Le asignó el guardaespaldas para que lo ayudara, para que hiciera las tareas que usted no tenía el estómago de hacer.

—Usted debiera escribir para la televisión, Jack. Tiene una imaginación frondosa.

—Tengo hechos para sustentar la teoría, Butler. El jueves el papito volvió a la ciudad, y ustedes dos tuvieron otra charla. Apenas usted había salido de la *suite*, cuando él lo llama a Swanson en el Slumber Haven. Esa llamada está en el registro del hotel. Mi opinión es que usted le hizo creer al papito que King mató a su hija, y que papito le ordenó a Swanson que lo liquidara a King. Pero el muchacho era listo. King lo mató a Swanson.

—Tendrá que probarlo, Jack.

—Una ganga. A Swanson lo mataron con dos balazos de una 45 y esta mañana encontré en el escritorio de King una 45 automática a la que le faltaban dos balas de la cámara. Casi le puedo jurar que las balas son de esa pistola.

No había habido ninguna pistola en el escritorio de King cuando yo lo registré a las tres y treinta, de modo que el asesino la había puesto ahí cuando lo trajo a King a casa.

—Cuénteme más, Jack.

—Empieza a molestarle un poco ¿verdad? De acuerdo, a Swanson lo mataron el jueves a la noche. Alguien llevó el cadáver al Slumber Haven y le quitó toda identificación. Quizá lo hizo King, pero creo que lo hizo usted. Lo hiciera quien lo hiciera, usted y papito se reunieron para hablar de esto ayer, exactamente después de que lo vieran a usted con el muchacho King en el Tug and Maul. Usted lo convenció al muchacho que fuera a La Diligencia anoche. La chica Brewer puede atestiguarlo. ¿Por qué? Creo que usted estaba facilitándole la tarea a papito. Porque papito se fue del Cavendish a eso de las once anoche y no volvió hasta las dos de la mañana. Pero King le arruinó el trabajo al quedarse dando vueltas en La Diligencia hasta las dos. Así que usted y papito debieron reunirse otra vez. Usted se quedó hasta las tres. Ahora aquí se complica. El forense estima que King murió a las tres y media. Mi corazonada es que King sospechaba de usted. Lo siguió al Cavendish. Cuando usted se fue, él subió a hablar con papito.

No lo hubiera dicho si no hubiera tenido algo para sustanciarlo.

—Jack, apuesto que encontró la rural de King en el estacionamiento del Cavendish.

—Ahí es donde la encontramos, muchacho. Hay sangre en toda la parte de atrás, y el volante está limpio de toda huella. Ésa es siempre la marca del *amateur*.

Pensé en eso durante un rato.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué no me culpa del asesinato de King?

—Lo hice hasta que encontramos esa rural. Usted no hubiera intentado hacerle cargar a papito con la rural de ese modo. Una vez que se lo acusara a él, usted sería hombre muerto.

Tomando en consideración los hechos que Casey tenía a su disposición, era una deducción plausible.

—Jack, quiero felicitarlo por su lógica, pero está equivocado. King no lo mató a Swanson, y ciertamente Clayborne no lo mató a King —dije.

—Usted me va a hacer enojar si sigue así —dijo Casey—. ¿Para

qué cree que le dije todo esto? ¿Para oír cómo usted lo negaba?

No tuve que pensar mucho lo que dije.

—Está frito sin un testigo —dije—. Arréstelo a Clayborne con un caso tan endeble como el que tiene ahora, y cuando sus abogados hayan terminado, usted no podrá conseguir trabajo ni como jefe de tropa de los niños exploradores.

—¡Así es! —gruñó—. Entonces necesito un testigo. Le haré un ofrecimiento por su participación en el caso. No me importa si Clayborne lo sobornó. Podemos decir que cuando Clayborne se le acercó con este loco esquema de venganza, usted vino a verme, y yo le ordené que aceptara esa propuesta. Diremos que usted trató de detenerlo a Swanson cuando Clayborne le ordenó matar a King, pero que llegó tarde. Hasta llegaré a ese extremo.

Era un procedimiento policial bastante sofisticado para un policía de campo.

—Es una oferta atractiva, Jack. Pero no ocurrió del modo que usted dice que ocurrió.

—De acuerdo, vaquero. —Saltó de la silla, cruzó el cuarto, abrió la puerta y ladró una orden. El asistente Clyde lo siguió dentro del cuarto.

—Llévese a esta basura a Falls y enciérrelo —dijo Casey.

—Será un placer, Jack —dijo Clyde—. De pie, payaso, y ponga las manos detrás de la espalda. —Me puso las esposas con especial rudeza.

—Espere un momento —dijo Casey. Se me acercó—. Este Clayborne puede muy bien no ser un tipo tan duro como usted piensa, Butler. Puede desmoronarse cuando le muestre esta foto de Swanson y le diga que usted está dispuesto a traicionarlo. Hasta puede entender la ventaja de colgarle el crimen a usted. Piénselo.

Mi principal preocupación cuando iba hacia
Spencer's
Falls, era que Clayborne pudiera asustarse si usaban presión. No me gustaba recordar cómo se había puesto sentimental cuando yo lo acusé la noche anterior. El hecho de que ahora supiera por qué él había sido tan vulnerable no ayudaba en nada. Eso sólo hacía que estuviera desesperado por hablar con él.

Me encerraron en una celda del segundo piso de la cárcel del distrito Parson sin ninguna fanfarria. Clyde me hizo vaciar los

bolsillos y me revisó, pero no encontró la Derringer. La celda era pequeña, con paredes de concreto recién blanqueadas que exudaban olor a desinfectante.

Eran casi las once cuando me encerraron. Una hora después apareció el guardián con el almuerzo en una bandeja de metal. Tomé sólo café, fumé un cigarrillo, luego me estiré sobre el catre y me dormí. Era el primer descanso como la gente que había tenido en tres días.

A las seis me despertó el resonar de una cachiporra contra los barrotes. Era Clyde.

—Arriba y alerta, vaquero. Está libre. Lo soltaron.

Me puse de pie, fui a la pileta, me lavé la cara con agua fría y me sequé con una toalla que olía a creosota.

—¿Dónde está Casey? —pregunté:

—Sé tanto como usted —dijo Clyde—. Abrió la puerta y se dirigió por el vestíbulo a la puerta que llevaba a la oficina del guardia.

—¿Quién lo autorizó a dejarme libre? —le pregunté.

Clyde se rió entre dientes.

—¿Lo quiere por escrito? Está libre, libre como el aire.

—¿Qué pasa con mi Luger?

—Caramba, seguro. No queremos que salga al mundo frío y cruel totalmente desnudo. —Sacó la pistola del escritorio y me la alcanzó.

Saqué el seguro, revisé el mecanismo, la volví a cargar, y la guardé en la pistolera.

—¿No me va a llevar de vuelta? —dije.

—No, tengo que cuidar el negocio. Tome el ómnibus. Sólo cuesta veinticinco centavos.

Pero en cambio tomé un taxi, y veinte minutos más tarde cruzaba el vestíbulo del Hotel Cavendish. El empleado del escritorio se encogió alarmado cuando me vio. Mientras el diminuto ascensor subía, sentí que el disgusto por este encuentro era tan fuerte como el hedor de la carne podrida.

Clayborne tardó mucho para contestar el llamado. Cuando finalmente, abrió, vestía una bata de seda, pantalones y chinelas, y llevaba una suave toalla alrededor del cuello. Recién se había afeitado y su expresión era de autosatisfacción.

—Oh, es usted. Entre. Me dieron a entender que tenía que vérselas con la policía. Me dijeron que estaba dispuesto a echarme a los lobos, a cometer perjurio para acusarme de asesinato. Por supuesto que no les creí. ¿Quiere un trago?

—Le aprecio el voto de confianza —dije—. Sí, me gustaría un trago. Pasé delante de él, entré al dormitorio, eché una mirada y volví.

—¿Para qué fue eso? —me preguntó Clayborne—. ¿Pensó que aún estaban aquí?

—Usted y yo vamos a charlar —dije—. Y no quiero que me oigan.

No me era posible disimular la irritación al hablar, pero pretendió no notarla.

—Por supuesto que hablaremos —dijo—. ¿Dónde empezamos?

—¿Cómo se las arregló para sacarle a Casey esa atractiva idea de la cabeza? —pregunté.

Largó una risa sonora y me alcanzó un trago.

—¿Pensó que esa burda actuación tipo Laurel y Hardy me iba a intimidar? Esos dos fueron aburridos comparados con algunos de los hombres con quienes tuve que competir. Casi me dio pena destrozar las ilusiones del comisario general. Estaba convencido de que yo había venido aquí a matar a ese muchacho, Arthur King.

El magnate industrial estaba otra vez en control de la situación.

—¿Cómo lo convenció de que no era así?

Hizo un ligero gesto con la mano.

—Le conté lo del chantaje. Vi que sería lo único que le explicaría mi presencia aquí satisfactoriamente. Me sorprende que usted no le dijera nada de esto.

—No era una decisión que me correspondiera tomar —dije.

—Así que prefirió ir a la cárcel. El hombre de honor, hasta en un apuro.

La burla de su voz me sonó como una bravuconada.

—Me extraña que Casey le creyera lo del chantaje. Pensé que yo tenía todos los documentos.

—*Mr*. Butler, una regla comercial básica es hacer copias fotostáticas de todos los documentos. Están en mi portafolio, junto con una copia carbónica de que retiré cien mil dólares del Banco. La suma lo impresionó a Casey.

—¿Cómo le explicó lo de Swanson?

Se puso algo más serio.

—Admitiré que el comisario general me sorprendió con esto. Pero le expliqué que lo dejé a Swanson aquí sin que usted lo supiera, para tratar de encontrar al chantajista. Mostré apropiada consternación al enterarme de que estaba muerto.

—Estoy seguro que lo hizo bien. —Tomé un largo trago—. De paso, ¿cuál fue la razón que le dio a Casey de que lo estuvieran chantajeando? No usó el cuento del muchacho de Yale ¿verdad?

La sonrisa se le borró de la cara y me observó cuidadosamente mientras contestaba.

—No, le dije que Natalie había grabado un escándalo familiar y que podía verificar el robo de la cinta con Pritchett. Pareció creerme.

—Es porque usted cuenta sus cuentos muy convincentemente —dije—. Tome el cuento del muchacho de Yale, por ejemplo. Para un hombre de su posición, contarle a un subordinado, como yo, que se ha entregado a actos homosexuales, y hacerlo con todos los gestos apropiados de vergüenza y remordimiento, eso sólo le presta cierta pureza al cuento.

Clayborne hizo un gesto de disgusto.

—¿Tenemos que examinar todas sus dudas otra vez? Pensé que habíamos cubierto ese terreno bien a fondo anoche.

No, éste es un asunto nuevo —dije—. Anoche no sabía qué había en la cinta. —Me puse de pie y me preparé otro trago, uno fuerte.

Descruzó las piernas y dejó el vaso sobre la mesa. Su perfil era tan afilado como el de un hacha.

—Por supuesto que anoche sabía qué había en la cinta. Yo le dije qué había.

Tuve que aclararme la garganta.

—Usted no me escuchó. Ahora sé qué es lo que hay en verdad en la cinta. Y no es la historia del muchacho de Yale.

Se irguió un par de centímetros. Casi podía leerle los pensamientos. Él tenía que considerar la posibilidad de que yo hubiera encontrado la cinta y la hubiese escuchado. Por la expresión de sus ojos pude darme cuenta en qué momento rechazó la idea.

—No tiene sentido lo que dice —contestó.

De pronto me sentí muy indignado. O quizá me hiciera falta esa emoción para poder decirlo.

—Oh, es una vieja treta, Clayborne, confesar un crimen atroz para esconder uno peor. No sólo eso, había bastante de verdad en lo que usted me dijo para explicar su culpa y su miedo. Estoy seguro de que la escena fue su casa de Cape Cod en el verano de 1957. Sin duda, el estado mental que usted describió como propio era correcto. Estaba desengañado de las mujeres, saciado de vino y sol. Y la tentación fue sexual, de acuerdo. Pero no tuvo ningún asunto con ningún muchacho de Yale. Tuvo un amorío con su propia hija, Natalie. La palabra es «incesto».

¡Está loco! —dijo roncamente—. Sólo una mente enferma podría siquiera…

Ahora las palabras me venían con más facilidad.

—Usted debió prepararla para esto. Quizá la idea no la atrajera a Natalie al principio. Así que usted se avivó. Le dijo que estaba bien porque usted no era su verdadero padre. No sería difícil convencerla de esto con la reputación de Eleanor. Una vez que Natalie le creyó, todas las barreras morales desaparecieron.

—¡Maldito sea, Butler! No cumplió su palabra. Escuchó esa cinta.

—Cállese, *Mr*. Clayborne. No, no he escuchado la cinta. Lo deduje de pedacitos de aquí y de allá esta mañana, justo después de encontrar el cadáver de King. Lo cómico es que hubiera podido seguir rechazando la idea aún, si el asesino no hubiera tratado de hacerse el listo con una copia de *Hamlet*.

Clayborne abría y cerraba los puños como si deseara empuñar un arma. Una nota de horror hacía que la voz le sonara ronca.

—¡Usted está con ellos! Lo sobornaron con parte de la plata del chantaje. Judas. Desgraciado. Usted…

Le tiré el trago que tenía en la mano, con cubos y todo. Fue una acción refleja, mi reacción a su histeria. Debió haber inhalado parte del *whisky* porque estuvo un par de minutos ahogándose y esforzándose por respirar, secándose la cara con la toalla que se sacó del cuello. Yo estaba de pie a su lado.

—Campesino piojoso —dije—. Pudo haber evitado dos crímenes si me hubiera dicho la verdad el lunes. Al menos me pudo haber dicho que su primera mujer era parte de la conspiración para

chantajearlo.

Me miró desde atrás de la toalla.

—¿Cómo podía yo saber eso?

Resistí la tentación de sacudirlo del pescuezo.

—Usted debía saberlo el lunes por las mismas razones que yo lo sé ahora. —Me senté en el borde de la silla y prendí un cigarrillo para calmarme—. Una vez que usted supo que Natalie había grabado la cinta y le había echado la carnada para hacerlo venir hasta aquí, debió haber llegado a ciertas conclusiones. La más importante era que de algún modo Natalie se había enterado de que usted le había mentido cuando le dijo que no era su padre. Eso finalmente nos da la razón para el desprecio que Natalie sentía por usted. ¿Pero qué fue que la convenció? Recuerde, para Natalie era importante seguir creyendo que usted no era el padre. Ella también tenía que vivir con lo que había pasado ese verano. La razón por la que vino a Jordan fue encontrar a su padre. Entonces ¿quién la persuadió de que usted había mentido? Hay sólo otra persona en el mundo cuya palabra ella aceptaría. Tenía que ser Eleanor.

—No llegué a esa conclusión —dijo Clayborne—. Se lo juro.

—¿No? Entonces vayamos a esa carta de la vieja casera que le mandó el chantajista. Una vez que supe que no era una carta sobre su aventura con un muchacho de Yale, supe que no estaba dirigida a Natalie. ¿A quién le escribiría *Mrs*. McPherson sobre algo tan tremendo?

Según su entender ¿quién era la única persona que merecía saber? Otra vez tuvo que ser Eleanor. Y usted lo sabía.

—Está equivocado. Oh, consideré la posibilidad, pero la rechacé por dos razones. *Mrs*. McPherson le hubiera escrito a Eleanor hace cinco años, y Eleanor lo hubiera usado para ensuciarme mucho antes. Además eso querría decir que Eleanor y Natalie se habían puesto de acuerdo para hacerme chantaje, y que Eleanor la había matado a Natalie. Es demasiado fantástico. No. Pensé que Natalie había hecho que *Mrs*. McPherson le escribiera una carta para corroborar su propio cuento.

—Entonces es un tonto —dije—. Sí, Eleanor tiene esta carta desde hace cinco años, pero sabía que la carta por sí sola no tenía ningún valor. No contra un hombre de su posición. Así que esperó pacientemente. Vino a Jordan, digamos a principios del otoño

pasado y se puso en contacto con uno de sus amantes de entonces. De algún modo lo convenció para que entrara en el asunto del chantaje. El trabajo de él sería trabar amistad con Natalie, ganar su confianza, y hacer que grabara la historia. Eleanor permaneció en las sombras. Pero tuvieron un inconveniente. A los ojos de Natalie, cualquier hombre maduro que le mostrara atención era un candidato a ser su padre, especialmente si él admitía que había sido íntimo de Eleanor en el pasado. Sin duda, ella lo acusó de ser su padre. Eleanor y el hombre conversan. Desenredan la patraña con la que usted la convenció a Natalie, y se dan cuenta de que les será beneficioso una vez que la hayan convencido de que usted la traicionó. Digamos que nuestro hombre le dice a Natalie que se puede poner en comunicación con Eleanor, que le prueba con una llamada telefónica que no es su padre. Natalie habla con Eleanor por teléfono, y es persuadida. Imagínese qué choque debió haber sido para ella. Había encontrado a su padre para volver a perderlo otra vez. En cierto modo era similar a lo que le había pasado en Cape Cod aquel verano. Sentía un gran cariño hacia un hombre mayor, y de pronto todas las barreras morales desaparecieron. Debió haber sido fácil para este encantador hombre maduro sacarle provecho a la situación. Creo que fueron amantes. En verdad, sé que lo fueron.

—¿Entonces por qué la mató? —preguntó Clayborne.

—Porque ella se enteró de que era Eleanor la que organizaba todo el esquema desde atrás de las bambalinas. Debió haber sido un infierno para Natalie. Otra vez la usaban como sustituto de Eleanor. Así que probablemente decidió ensuciarlo a usted por su propia cuenta. Recuerde, a Natalie no le interesaba el dinero realmente, salvo como una reserva futura para ella y su amante. El móvil de Natalie era vengarse de usted. Podía hacerlo sin su amante. El sábado a la noche el hombre fue a convencerla de lo contrario. Ella se negó. Entonces él la mató.

Había oscurecido mientras hablábamos y me puse de pie para encender una luz.

—¡No! —dijo Clayborne desde las profundidades del sofá—. Sin luces, por favor.

Volví a mi asiento, y durante varios minutos no se movió salvo para limpiarse la nariz y servirse otro trago. Luego habló en voz

baja.

—Déjeme tratar de explicarle qué pasó.

—No quiero oír ni una palabra —dije.

—¡Escuche por favor! Usted debe darse cuenta de que fue en esa misma playa del Cabo donde me enamoré de Eleanor cuando ella tenía dieciséis años. Era compañera de escuela de mi hermana y vino de vacaciones a casa ese verano. Era hermosa, una visión, y al final…

—¡Cállese la boca!

Se atragantó con la bebida.

—De acuerdo. He hecho lo peor que un hombre puede hacer. Además de eso soy culpable de la muerte de Natalie. ¿Tiene idea de lo que me ha hecho todo esto? Me está volviendo loco. Supongo que ahora me denunciará.

—Yo no. Le dije el otro día que no voy a juzgar sus pecados.

Se quedó en silencio un rato. Luego dijo:

—¿Qué va a decir ahora?

—Tengo varias ideas —dije.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Estaba atrás de mí, en el escritorio, y cuando después de sonar tres veces, Clayborne no se movió, levanté el auricular y contesté.

—Butler, me alegro de encontrarlo. Habla Waldo Mason. Escuche, me comporté como un idiota esta mañana. Tenía los nervios destrozados. Pensé que me había traicionado.

—No pasó nada —dije—. Usted no le mencionó el nombre de nuestra amiga a Casey, presumo.

—No, por supuesto que no. Y cuando él no la mencionó, me di cuenta de que usted me había dicho la verdad. Pero escuche, es por eso que lo llamé. Recién termino de hablar con Eleanor. Quiere verlo. Puede explicarle qué pasó con ese muchacho King. Está muy disgustada por esto, pero está dispuesta a verlo a usted aquí en casa. Ya salió para aquí. ¿Quiere venir?

—Sí —dije. Colgó.

—Negocios —le dije a Clayborne—. Necesito su auto.

—Lléveselo. Las llaves están en el escritorio. Llévese lo que quiera.

Me detuve en la puerta.

—No haga ninguna tontería.

—No tengo coraje.

Cuando bajaba en el ascensor me hice a mí mismo la pregunta que debía haberle hecho a Waldo: ¿Cómo sabía que yo estaba en el Cavendish? Después de subir al convertible, saqué la Luger, puse una bala en la cámara, y la deslicé debajo del cinturón.

El camino más corto a la casa de Waldo era el que pasaba cerca de la casa de Eddie Bell. La noche era fría y sin luna. Entré en la carretera sintiéndome muy expuesto en el auto abierto. Pero no esperaba tener problemas mientras estuviera en el camino. Ése fue mi primer error. El segundo fue que no reaccioné inteligentemente al auto policial. Respondí como lo haría un buen ciudadano. El auto apareció detrás de mí no sé de dónde, la sirena ululaba, la luz roja de la cúpula giraba; me detuve a un costado del camino cuando encontré una banquina ancha. Se me ocurrió que a Casey se le había presentado algo nuevo para acusarme.

Sin embargo, fui tan cauto como me lo permitió la situación. El auto patrullero estaba estacionado unos pocos centímetros detrás del mío, y enseguida encendieron la luz buscahuellas, la movieron y la enfocaron sobre mi cabeza. Las puertas del patrullero se abrieron pero las personas se quedaron detrás de las luces. Yo saqué la Luger de debajo del cinturón lo más despacio que pude.

—¡No lo haga, amigo! Ponga ambas manos sobre la visera del auto. Y será mejor que las tenga vacías. La voz me sonaba vagamente familiar. Puse las manos sobre la visera.

Luego oí botas en el asfalto. Pero antes de que me alcanzaran, alguien abrió de golpe la puerta derecha del auto y me encañonó con un rifle de doble caño. Al mismo tiempo lanzó un grito de guerra que me puso de punta los pelos de la nuca. Sólo tuve que dar vuelta la cabeza para ver la sonriente cara del muchacho de Kentucky que se llamaba Charlie.

Justo en ese momento la voz que acompañaba las botas dijo detrás de mí:

—Se le dijo que tenía una cita esta noche.

Ahora reconocí la voz: era la de LeRoy, el buey. Tuve la presencia de ánimo de taparme la vieja herida de la cabeza con el antebrazo antes de que me golpeara el lado derecho. Ni siquiera me dolió mucho. Era como ver una cápsula de fósforo que explotara en la noche, tan brillante que hace daño a los ojos, tan cerca que los

componentes químicos hacen arder las fosas nasales, y cuando se apaga, uno agradece la oscuridad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

En Ningún momento estuve totalmente inconsciente. Fue la clase de golpe que paraliza el sistema nervioso, pero deja los sentidos funcionando a un diez por ciento de su capacidad. Lo suficiente para causar alucinaciones. Con eso quiero decir que el centro de control estaba descompuesto, y dejaba que me pasaran por la mente imágenes grotescas como esos gigantescos globos que desfilan las vísperas de los días de Todos los Santos.

Finalmente sintonicé la conversación entre Charlie y LeRoy. LeRoy conducía el auto. Yo estaba tirado boca abajo sobre la barra de transmisión del piso del asiento posterior, y tenía las manos atadas atrás. Charlie estaba sentado con los pies sobre mis nalgas y la caja del fusil sobre mi espinazo. Habían levantado la cubierta del convertible, y avanzábamos muy rápido sobre caminos parejos.

—No, mil no son bastante —dijo Charlie—. Ni siquiera con este Oldsmobile nuevo como sobresueldo. Te apuesto lo que quieras que Willie nos engaña. Junta la plata y nosotros hacemos el trabajo sucio.

—Diablos, esto no es trabajo; es placer —dijo LeRoy—. Quizá para ti no. Pero lo es para mí y para Cash. Este potro me tiene que pagar los tres dientes. Y espera hasta que lo vea Cash. Sacará espuma por la boca.

—Nell es la que le tiene ganas. Juró dejarle una cicatriz por cada pelo en la cabeza de Cash.

—Nell puede esperar su turno —dijo LeRoy—. No quiero que lo claven como un cerdo antes de que yo pueda meterle unos cuantos golpes. Quiero que le salga sangre por todos los poros.

—Willie dijo que no hiciéramos disparates —dijo Charlie.

—Al diablo con Willie. ¿Crees que este potro va a quedar libre después que lo hagamos entrar a nuestro campo de juego?

—No, no este potro —dijo Charlie. Y me clavó la culata de la

escopeta en la espalda. Me hizo largar un quejido.

—Eso es —dijo LeRoy—. Afínalo. Escuchemos esa cuerda de sol otra vez.

Pero me desvanecí. Cuando volví en mí otra vez, estábamos cruzando un puente. Me di cuenta por el zumbido de las llantas sobre las barras de metal. Poco después doblamos y tomamos un camino de tierra. El camino se hizo más escabroso, pero LeRoy aceleró el Oldsmobile, y saltamos sobre rocas y baches. Finalmente disminuyó la marcha y el auto se sacudió violentamente al cruzar un arroyo. Un minuto después LeRoy se apoyó sobre la bocina, y enseguida frenó con una patinada. Un perro empezó a ladrar, luego otro, un ladrido bronco, enloquecido. LeRoy se bajó del auto y le gritó a los perros. El clamor murió enseguida, y lo reemplazó un gimoteo alto, ansioso.

Charlie sacó los pies de mi espalda y se bajó, y otra vez me levantó como una valija una fuerte mano que me tomaba de la parte de atrás del cinturón. Era LeRoy. Me llevó a través del patio, la cabeza me dio contra los escalones, y entramos en una pieza que olía a pan caliente y grasa rancia. Los otros entraron en tropel detrás de nosotros. Unas manos bruscas me tiraron en una silla, se oyó el chillido de una bomba y me tiraron agua fría en la cara. Abrí los ojos.

LeRoy me sonreía sardónicamente con la mitad de la boca que le quedaba. Le faltaban dos de los dientes del frente y el tercero estaba roto a la altura de la encía.

—¿Qué tal, *Mr*. Butler? Bienvenido a Kentucky. No recibimos muchas visitas por aquí, así que no lo tome a mal si nuestros modales son un poco violentos.

Cash y Charlie se rieron. Vi que el brazo izquierdo de Cash estaba enyesado debajo de un suéter grandote. La mujer que estaba entre los dos ni siquiera se sonreía. Era tan ancha como LeRoy, y tenía puestos *blue jeans* a pesar de las gordas caderas, y una camisa de franela de hombre. Tenía pelo color manteca, atado atrás con una cinta. Su boca era pequeña, y sobre la mejilla lucía una marca de nacimiento color óxido del tamaño de un dólar de plata. Tenía tanta expresión en los ojos como dos bolitas en una pecera.

—Así que ése es el pesado que hizo el daño —dijo—. No me parece gran cosa. Ustedes muchachos debieran avergonzarse de sí

mismos.

—Bueno, nos engañó —dijo LeRoy—. A mí me pegó por la espalda.

—Estabas jugando con esa prostituta, según lo cuenta Cash —dijo Nell.

La cicatriz de la mejilla de LeRoy se puso roja.

—Si estos despreciables hermanos tuyos sirvieran para algo, no nos hubiera dado esa paliza.

—No le prestes atención, Nell —dijo Charlie—. ¿Quién te salvó el pellejo, LeRoy, cuando estabas tirado como una media res?

—¡Basta! —dijo Nell. No me había quitado los ojos de encima—. Pónganlo de pie.

—¿Para qué? —preguntó LeRoy.

—¡Simplemente pónganlo de pie!

Me hicieron poner de pie y Nell se me acercó tanto que pude sentir el olor de lo que había cenado.

—Así que eres el semental. —Me puso una mano en el pecho y la deslizó hasta la espalda—. Háblame con dulzura, amorcito, y quizá te conserve como mi animal favorito.

Los hombres se rieron incómodos.

Nell se acercó más aún, empujándome con sus grandes senos. Luego me tomó de las solapas de la chaqueta con ambas manos, cambió de posición y con la rodilla me dio un terrible golpe en los genitales. El dolor me subió hasta la garganta. Se separó de mí y caí con gran fuerza, de costado, escupiendo el *whisky* de Clayborne. Nell dijo:

—Quizá fuera un semental. Ahora está castrado.

Esto lo enloqueció a Cash. Gritando obscenidades, me pateó dos veces en la espalda, sacó una pala del balde del carbón y la dirigió a mi cabeza. LeRoy lo asió y retorció hasta que Cash empezó a gritar del dolor que sentía en el brazo.

—¡Maldición, Nell! —dijo LeRoy—. ¿Quieres que este retardado lo mate?

Nell respiraba agitadamente.

—Pónganlo de pie otra vez. Veamos si es tan duro.

—De acuerdo, pero es mi presa y no lo olvides. Si me lo arruinas, por Dios que te rompo la cabeza con un palo.

Me arrastraron y volvieron a sentarme en la silla. Cash estaba

sentado en un banco, hamacándose el brazo enyesado con el otro. Yo estaba aún doblado en dos, y apenas si podía respirar. Parecía que Cash me hubiera roto varias costillas.

—Dale un trago de maíz —dijo Charlie—. Eso le curará lo que le duele.

—Buena idea —dijo LeRoy. Cruzó la pieza y volvió con una taza de latón. Tomándome del pelo con una mano, me tiró la cabeza para atrás, y me llenó la boca de *whisky* de maíz. Lo tragué ahogándome. Quemaba como rábanos crudos y me hizo saltar las lágrimas. Pero poco después podía respirar si no intentaba hacerlo muy profundamente.

—¿A esto llamas presa? —dijo Nell—. Parece más doméstico que un perrito faldero.

—No, es astuto —dijo LeRoy—. Sabe pelear. Si fuera de día, lo dejaría suelto en el corral y les daría un buen espectáculo.

Me le reí en la cara. Puse en esa risa todo el desprecio y ruido que logré reunir. Sonó algo enloquecida, aún a mis propios oídos, y Charlie levantó el rifle. Dije:

—Nell, este grandote desmañado no es capaz de pegarle ni a una vieja paralítica. La última vez le di una paliza bárbara sin siquiera sudar.

La cicatriz de la mejilla de LeRoy se puso tan granate como una roncha nueva. Tiró la taza al suelo, pero Nell se le puso en el camino con violencia, y no lo pude ver.

—No mientras tenga las manos atadas, Roy. Terminas de decir que no lo quieres arruinado.

Nell se sonrió por vez primera, y el oro de sus dientes brilló.

—¿Crees que somos todos tan retardados como Cash? —me dijo —. Lo estás azuzando a Roy para que te soltemos para pelear. Así puedes aprovechar la oscuridad para escaparte.

—Podríamos encerrarlo en el corral, como dijo LeRoy —sugirió Charlie—. Tenemos las luces de tres autos para iluminarlo. Nos daría un espectáculo nocturno.

—Acepto —dijo LeRoy—. No tengo inconveniente con la luz de los autos.

—Pero yo sí —dijo Nell—. ¿No te das cuenta qué es lo que quiere este tipo? Afuera en la oscuridad tendría la oportunidad de usar sus ardides. Si saltara el vallado, terminaríamos matándonos

entre nosotros. Oh, es un tipo frío. Recién lo oyeron pavonearse de qué frío es. Ni se traspiró cuando le dio la paliza a LeRoy.

—Cristo, típico de una mujer hacer una ocasión social de algo tan simple como matar a un tipo —dijo LeRoy—. ¿Qué estás tratando de urdir?

—Bueno, es un tipo tan frío —dijo Nell—. Y el pobrecito tiene tantas ganas de pelear. ¿Qué les parece si lo mantenemos en hielo hasta mañana? Entonces lo podremos soltar en el corral sin problemas. ¿Qué te parece eso, LeRoy?

—No me gusta tenerlo aquí toda la noche —dijo LeRoy.

Charlie se rió.

—Creo que le tienes miedo, hombrón.

Pero LeRoy la observaba a Nell.

—¿Dónde lo vas a meter?

—En la casilla del manantial —dijo Nell—. ¿En qué otra parte se puede meter a un tipo tan frío? Y no hay modo de que se pueda escapar de ahí.

—Diablos, eso está hasta la rodilla de agua ¿no?

—No dije que ustedes se tuvieran que quedar a dormir ahí —dijo Nell—. Sólo este mono.

LeRoy se empezó a reír.

—¿En el hielo, dijiste? Eso es completamente cruel. Oh, eres una mujer dura, Nellie Mae. Maldito sea si no lo eres.

—Sáquenle los zapatos y la chaqueta —dijo Nell—. No queremos que el pobre muchacho se muera de calor.

Charlie se arrodilló frente a mí y me arrancó los zapatos de los pies.

—No le va a salir la chaqueta con las manos atadas.

—Diablos, no es ningún problema. —Nell sacó un cuchillo de un cajón, se plantó detrás de mí, y literalmente me cortó la chaqueta de la espalda. Luego se quedó de pie delante de mí.

—Debiera cortarte un poquito, sólo para que las ratas tengan qué masticar —dijo—. Pero si lo hago no servirías de mucho mañana a la mañana.

—No serviré para mucho de todos modos, si no me desatan las manos —dije.

—Eso es lo que se llama mala suerte en estos lares —dijo Nell—. Dijiste que LeRoy no podía pegarle ni a un inválido. Ahora tienes

que probarlo.

Se volvió y ladró algunas órdenes. Cash buscó una linterna grande, y los otros dos me hicieron poner de pie. Nell abrió el camino y salimos, los dos perros estaban ladrando otra vez. Uno era mitad mastín, un perro grandote y amarillo de amplio pecho. El otro era un galgo color blanco al que le habían arrancado una oreja. Dimos vuelta la casa y tomamos un sendero que bajaba continuamente en medio de altas lomas, hasta una gruesa puerta de madera enclavada en el costado de un cerro abrupto. Estaba cerrada con una traba de sesenta por un metro veinte que calzaba en agarraderas de hierro. Nell quitó la traba y abrió la puerta.

Sentí el aire húmedo cuando me arrastraron hasta la entrada. Dos escalones bajaban hasta un piso de piedra sólida sobre el que corría el agua lentamente. El agua brotaba de un manantial natural en un rincón, donde habían cortado un bebedero de piedra. El lugar no tenía más de tres metros cuadrados, con paredes en tres costados y techo de piedra.

—¿Le atamos las piernas a este desgraciado? —dijo Charlie.

—No, estaría duro como una tabla mañana —dijo LeRoy—. Sería como patear una bolsa de carbón.

—Nos pusimos valientes de pronto —dijo Nell—. ¿Debo soltarle las manos?

—Adelante —dijo LeRoy—. Dale una oportunidad.

—No, sólo estaba bromeando, amorcito —dijo Nell—. Quiero que mañana no pueda moverse. Quiero ver que cumpla su fanfarronada. ¡Apártate, Cash!

Diciendo eso me pegó un tremendo empujón escalones abajo. Durante un segundo aterrador pensé que iba a aterrizar de cabeza, pero gané el suficiente equilibrio para caer sobre las rodillas y me las raspé contra la piedra que había debajo del agua.

—Qué tengas lindos sueños, amorcito —dijo Nell, y aún se estaban riendo cuando la traba cayó en su lugar.

La oscuridad era total, y parecía que el agua manara de un glaciar encerrado dentro de la montaña. La transpiración de mi espalda ya se había congelado. Poniéndome de pie con esfuerzo, vadeé hasta los escalones de piedra y me senté. Estaba bajo de combustible para estar expuesto ocho horas a esta tumba. La última vez que había comido había sido una cena ligera con Quartz ayer a

la noche. Ya podía sentir la sensación urticante en los pies, el recuerdo de un caso leve de congelamiento que tuve en Corea. Se me estaban durmiendo las manos.

De modo que mi primera tarea fue lograr poner las manos adelante, donde pudiera intentar soltar los nudos Afortunadamente Charlie no me había encimado las muñecas. Había entrelazado la soga de muñeca a muñeca. Había quedado algo así como un par de esposas, y estaban muy bien ajustadas. Primero me esforcé para conseguir la mayor flojedad posible entre las manos. Luego me moví como un contorsionista, en los escalones, tratando de pasar las manos atadas por debajo de las nalgas. El esfuerzo de los omóplatos fue terrible, pero lo logré.

Tentativamente exploré los nudos con la lengua y los dientes. La soga era más gruesa que la de tender ropa y no tan flexible. Los nudos, mojados por el agua, parecían duros como hierro. La hebilla del cinturón era demasiado débil para ser de utilidad, y me habían vaciado los bolsillos.

Lo que seguía en la lista de tareas era hacer que la Derringer estuviera más a mano. Me bajé el zoquete, y debo haber pasado veinte minutos buscando el extremo de la cinta adhesiva que mantenía la pistola en su lugar. No tenía sensibilidad en la punta de los dedos. Al final arranqué el extremo de la cinta, arrollé aproximadamente la mitad, y luego me arranqué la Derringer del tobillo. La guardé en el bolsillo lateral. No es una pistola muy útil salvo que uno tenga buena puntería o suerte al tirar, y me preocupaba que cuando llegara la mañana no fuera ni capaz de amartillarla. Pero al sentir el metal contra la cadera me sentía tontamente optimista.

Mi próximo paso fue inspeccionar la casa del manantial. Vadeé hasta el rincón donde el agua del bebedero se volcaba, hundí las manos y palpé los suaves costados y el fondo. Luego fui al rincón en el que el agua volvía a ser absorbida por la tierra. Rasqué basura y la hice correr entre los dedos. Todo lo que encontré fue la tapa oxidada de un tarro de jalea y un hueso de jamón totalmente pelado.

Por entonces ya me estaba atacando el frío. Así que volví a los escalones e hice veinte minutos de gimnasia. Hice flexiones profundas de rodilla y flexiones de cintura. Hice bicicleta y carrera

sin moverme del lugar. Me masajeé los pies. Luego me puse de espaldas, calcé un pie en el estribo que la cuerda formaba entre las manos e hice mover las manos liberadas de la presión. Luego descansé. Luego lo volví a hacer.

Ésa fue la actividad del resto de la noche. Hacía ejercicios para mantener la sangre en movimiento, luego descansaba para poder seguir haciendo más ejercicios. Por suerte había podido dormir en la cárcel de Casey, y tomando todo en consideración, estaba en bastante buena forma. Me dolían los genitales pero podía aguantarlo. La cabeza me dolía sólo cuando cantaba. ¡Hermano, si canté! Todo desde «El viejo hombre de río» hasta «El himno de batalla de la república».

Durante mis períodos de descanso estaba curiosamente indiferente, libre de toda sensación, vacilante entre la euforia y la ansiedad. Los pensamientos me pasaban por la mente con pereza y sólo se exhibía lo suficiente de cada uno como para satisfacer mi curiosidad que era de apenas cuarenta voltios. Ese letargo empezó a preocuparme, así que me forcé a concentrarme en el crimen. Lo estudié paso a paso, desde el robo de las cintas de Natalie Clayborne hasta mi última conversación con Waldo. Ninguna escena era demasiado trivial como para no revivirla, y en mi celda helada, sumergido en la oscuridad, parecía recordar absolutamente todo. No sé cuántas horas trabajé así, se habían llevado mi reloj pulsera, pero finalmente entreví le cara del asesino. Bendita Natalie, había hecho un trabajo mejor del que creímos.

Me puse de pie para comenzar otra vez con los ejercicios. Y alguien levantó la traba de la puerta furtivamente, a no más de un metro de donde yo estaba.

Me pareció que era demasiado pronto para que vinieran a buscarme, pero quizás había calculado mal el tiempo. La única manera de esconderse era meterse en el agua y quedarse de pie contra la pared. Fue lo que hice. Saqué la Derringer del bolsillo y la escondí en la mano.

La puerta chirrió sobre sus goznes oxidados. La luz de la linterna bailó sobre los escalones, luego llegó a la pared.

—¡Eh, usted! Mejor que se ponga contra esa pared antes de que empiece a darle a la escopeta. —Era Cash.

Él tenía la puerta como escudo, así que crucé la pieza, y me

detuve bajo el rayo de luz.

—Ése es un buen corderito —dijo Cash. Entró en la pieza.

—¿Dónde están los otros, Cash? —pregunté. La luz me cegaba totalmente. Era una desventaja en la que no había siquiera pensado.

—¡No le importa para nada! No soy tan idiota como dicen. Anoche se tragaron toda la farra, casi no me dejaron ni una gota. Pero durante todo ese tiempo yo lo estuve observando. Usted es tanto mi presa como la de LeRoy.

Sentí una congestión en el pecho. Si realmente tenía una escopeta yo era hombre muerto.

—Nell y LeRoy se lo van a comer vivo si lo hace —dije.

—No, también pensé en eso. Nell quiere un inválido para la pelea. Eso es lo que pienso darle. Eh ¿cómo hizo para pasar las manos adelante?

Le dije que las había pasado por debajo de los pies.

—Vaya si no es zorro. De acuerdo, zorro, simplemente dese vuelta y mire la pared. Le voy a romper uno de los brazos a la altura del codo. Quédese quieto y será rápido. Ni le va a doler tanto como mi hombro.

Había puesto la linterna sobre los escalones de piedra, pero yo aún no podía ver qué arma tenía. Me volví hacia la pared. Sin ese brillo intenso podía ver mucho mejor.

—Ése es un buen corderito —dijo Cash, metiéndose en el agua.

Amartillé los dos tambores de la Derringer y busqué el primer gatillo. Cash avanzó hasta estar a un metro y medio de distancia; su sombra se veía inmensa sobre la pared. Me volví y le disparé a quemarropa. Pegó un grito de sorpresa, pero no de dolor… La bala había chocado contra el mango blanco del pico que tenía cruzado sobre el pecho. Gritó y tiró el palo hacia atrás con su brazo sano y le disparé exactamente debajo del ojo derecho. El impacto le tiró la cabeza para atrás, y luego siguió el cuerpo. Salpicó agua por doquier. Tirando la Derringer, me arrodillé al lado de Cash y le revisé los bolsillos. No tenía ni una navaja siquiera.

Así que crucé la pieza, levanté la linterna, y abrí la puerta de golpe. El aire era cálido y dulce, una dádiva para mis pobres pulmones. Avancé a los tropezones por el sendero en medio de las lomas y me detuve; apagué la luz. Se veían unas pocas estrellas, pero un costado del cielo estaba color blanco pastoso sobre el

horizonte. Después de la oscuridad absoluta de la cueva, podía ver las cosas con gran claridad. Me hallaba en un pequeño valle. La casa estaba a mi derecha; el Oldsmobile amarillo estacionado delante de la casa. A mi izquierda había varias construcciones desvencijadas, una
pick-up
negra, un sedán Ford nuevo, y unos ochenta metros más arriba del valle, un establo de techo combado.

No se oía ningún ruido en la casa. La rodeé cautelosamente y dirigí la luz dentro del Oldsmobile. Sin llaves. Inspeccioné la
pick-up
y el Ford con iguales resultados. Desde la cañada soplaba una brisa cálida y no le presté atención hasta que de pronto un perro aulló en el otro lado de la casa, con ese ladrido profundo y beligerante del descubrimiento. El sonido me encogió el estómago. Luego el otro perro se le unió; éste era un gruñido profundo, de bajo, punteado con ladridos. Los perros se tiraban contra la perrera. Inmediatamente se encendió una luz en la casa.

Maldición, casi me enloquece el pánico. Mi impulso fue dirigirme hacia los altos árboles, subiendo el valle. Pero no haría ni medio kilómetro con esos perros siguiéndome las huellas. Así que corrí hacia el establo. Lo alcancé y logré entrar justo en el momento en que alguien le bramaba a los perros. Olí el heno y el estiércol de las vacas, y oí el ruido de una cadena en uno de los comederos. Temblé ligeramente de alegría. Para un granjero, un establo no es un mal lugar donde refugiarse.

Dirigí la luz de la linterna a mi alrededor. A la izquierda había una hilera de pesebres, dos ocupados por vacas que estaban estoicamente rumiando su comida. Al extremo de los establos había una vieja cosechadora de heno. A la derecha estaba la escalera del pajar y tres habitaciones con las puertas cerradas. Fui a inspeccionar las piezas. La primera era el guardamés, festoneada de cuero. La segunda era el granero. La tercera el galpón de las herramientas y contenía puntas de arado, guadañas, horquillas, y un par de viejos rastrillos de madera. Pero la herramienta que me llamó la atención fue un cortador de maíz, un machete con una hoja de sesenta centímetros que estaba sujeto a la pared entre dos clavos. Lo así, enterré la punta en el piso de madera y empecé a serruchar

las sogas que me ataban las muñecas. No me di cuenta de qué modo estaba haciendo muecas hasta que me dolió la cara. Me quitaba los fragmentos de la soga cuando los perros empezaron a aullar como si hubieran enloquecido. Alguien había ido a las perreras. Aún me quedaban algunos minutos.

Arranqué el cortador de maíz del piso, seleccioné una horquilla de cuatro puntas y volví al granero. Ahí dejé las armas a un lado, me quité la ruinosa camisa y me froté el pecho y los brazos con fuerza con una bolsa vieja. Había una chaqueta de tela burda en la pared y me la puse. Luego dirigí la luz hacia los barriles hasta que encontré uno medio lleno de trigo. El grano era frío al tacto, pero el primer trago fue sabroso y rico. Estaba escupiendo los restos de la tercera porción cuando oí gritos de ira. Lo habían encontrado a Cash. Un minuto más tarde los perros empezaron otra vez, un alarido salvaje y excitante. Sin duda los habían hecho oler mis zapatos.

Así que fui al establo propiamente dicho. Una cosechadora de heno es una máquina que generalmente arrastra una pareja de caballos; tiene ruedas de acero, un asiento de metal para el que lo opera, y aproximadamente cincuenta curvados dientes de acero montados sobre una barra fácil de manejar. Los dientes de esa cosechadora estaban fijos lejos del piso, con las puntas hacia la puerta por la que yo había entrado. Levanté el carril y empujé la máquina a lo largo del establo hasta que los dientes estuvieron contra las grandes puertas, y le puse el freno de mano. Si intentaban entrar por ese lado, tendrían que superar ese obstáculo. Rápidamente hice el reconocimiento del primer piso. Había otras dos entradas, una detrás de los pesebres, que llevaba al establo, y una pequeña puerta cuadrada al nivel de la tierra a través de la cual sacaban el estiércol. Estas dos puertas estaban cerradas con ganchos de metal desde adentro. Para crear más confusión, até una de las vacas a la puerta que estaba detrás de los pesebres. Luego subí la escalera del pajar. El heno suelto estaba apilado a un costado, y cerca del agujero de la escalera había una docena de fardos de paja. Fui a la parte de adelante del pajar, y miré afuera a través de una rajadura ancha.

Charlie tenía los dos perros atados con correas y una escopeta apretada debajo del brazo y se movía a buen paso por el sendero

que iba al establo. LeRoy y Nell lo seguían. Ella llevaba un rifle y LeRoy tenía una .45 automática en la mano. Cuando los perros lo tironearon a Charlie hacia el establo, éste se arrodilló y soltó la correa del perro amarillo. El perro corrió derecho a la puerta y se tiró contra ella, rugiendo furiosamente.

Me moví hasta donde estaban los fardos de paja y empecé a echarlos por el agujero de la escalera. Después de tirar nueve, descendí en medio de una humareda de polvo y formé un rústico fuerte con los fardos, desde la escalera hasta la zona de los pesebres. Justo en el momento en que había terminado. LeRoy me habló a los gritos.

—Podría darse por vencido, Butler. Encontramos su revólver, así que no nos costará nada entrar ahí y sacarlo a los tirones. ¿Me oye?

No contesté. Alguien hizo resonar furtivamente la puerta detrás de los pesebres. Sería Charlie. Después de un momento los portones se abrieron simultáneamente, y LeRoy le echó una maldición a la cosechadora de heno. A través de una hendidura en mi fuerte, lo vi de pie frente al establo, sosteniendo el rifle de Charlie. La luz sólo entraba a medias en el establo. LeRoy gritó una orden y el mastín amarillo apareció a la vista y empezó a arrastrarse por debajo de la cosechadora. Estuvo del otro lado en un segundo, y sus garras resonaban sobre las tablas mientras se me acercaba. Retrocedí hasta la pared, me agaché bien, y sostuve la horquilla como si fuera un
MI
con bayoneta. El perro ni siquiera dudó cuando alcanzó la barrera. Con un grito de triunfo saltó del piso como si fuera arrojado por una catapulta. Le eché una mirada rápida a los suaves y sedosos músculos del pecho, y le clavé la horquilla en el momento exacto en que pasaba el tope. Sentí el golpe de su impulso en las dos axilas, y se me cayó la horquilla de las manos. Rodó fuera del fuerte, aún clavado, aullando de dolor. Me zambullí con rapidez en el galpón de las herramientas. El rifle resonó dos veces, y los pesados perdigones se esparcieron en el rincón como granizo. El perro amarillo estaba desgañitándose sobre el piso, rugiendo y tratando de sacarse la horquilla que tenía clavada. El rifle resonó otra vez y el perro se quedó quieto.

Luego las cosas se sucedieron rápidamente.

LeRoy enloqueció, probablemente por lo del perro, asió los

dientes de la cosechadora con ambas manos, y trató de arrastrarla fuera del establo. Luego vi la hoja de un cuchillo que trataba de encontrar el gancho de la puerta del estiércol en el rincón detrás de los pesebres. Encendí la linterna cuadrada y la puse en un rincón afuera del galpón de las herramientas, con la luz enfocada sobre la puerta. Yo estaba otra vez dentro del galpón de las herramientas cuando la puerta se abrió. Charlie le disparó cinco veces a la luz, con la 45, antes de darle. Creí que entraría entonces, porque era lo mejor que podía hacer. Pero cerró la puerta de una patada, y luego oí que trataba de oír por la otra, a la que yo había atado la vaca. LeRoy estaba aún luchando con la cosechadora, maldiciendo.

Gateando sobre manos y rodillas, me arrastré detrás del fuerte de paja hacia la puerta de estiércol. La alcancé justo en el momento en que Charlie abría la otra puerta y trataba de arrastrar a la vaca hacia afuera. La vaca chilló ante el insulto. Me atreví a asomar la cabeza por la puerta del estiércol. Charlie estaba a diez metros, dándome la espalda, y mientras lo miraba se puso la automática en el bolsillo de la cadera y sacó un cuchillo de un estuche para soltar la vaca.

Pasé el hombro por el pequeño vano de la puerta, luego las piernas, y me abalancé sobre Charlie con el machete en la mano. Oyó el chapoteo de mis pies en el barro, pero cuando se volvió lo que vio le hizo decidir que debía tener la pistola. Su mano se movió con la velocidad de una víbora cuando ataca, pero antes de que pudiera enderezar el tambor, con las dos manos le hundí el machete en el hueso y el músculo que unen el cuello y el hombro. Lo hice caer de rodillas. Se quejó como un hombre que estuviese izando un peso terrible. Lo tiré boca abajo, levanté la 45 y lo golpeé fuerte en la cabeza. La vaca miraba todo con bovina indiferencia.

Revisé la automática. Había al menos una bala adentro, porque la corredera no estaba trabada hacia atrás, como lo hace tras el tiro final. Avancé unos centímetros hasta la esquina del establo. LeRoy había arrastrado la cosechadora fuera del paso y estaba cargando el rifle. No la vi a Nell. Pero en cuanto me alejé del establo y afiancé el tambor de la 45 sobre la parte superior de la valla, me tiró un tiro desde un tinglado del otro lado del establo. La bala le dio a una tabla un metro y medio más arriba de mi cabeza. Sin prestarle atención a esto, le disparé dos veces a LeRoy en el pecho mientras

él trataba de cerrar el rifle. La velocidad de tiro de una 45 es tremenda, las balas literalmente lo levantaron en vilo y lo hicieron caer ruidosamente de espaldas. Me escondí en el establo cuando Nell disparó.

La 45 estaba vacía. Lo revisé a Charlie y encontré muchísimas municiones de escopeta pero ninguna para la 45. Volví a entrar al establo y di vuelta hasta el pie de la escalera. Podía ver muy bien el tinglado, y poco después vi la cabeza amarilla de Nell en la parte de atrás de un viejo camión que estaba estacionado ahí dentro. Aparentemente no sabía que yo no tenía balas. Así que no se atrevía a acercarse al establo, y a mí me era imposible ir a buscar el rifle cargado de LeRoy.

Después de una media hora, Nell debió haber pensado que su posición era insostenible. Se deslizó por un costado del camión, muy ágil por su tamaño, y salió por la parte posterior del tinglado. Moviéndome con rapidez a un punto mejor, vi que se escondía tras el hórreo. Iba hacia la casa. Me pareció una maniobra estúpida hasta que me di cuenta de que iba a buscar las llaves de uno de los autos. Ya no le gustaba la pelea.

Pude haberla dejado ir y terminado con el asunto. Pero el solo pensar en que se fuera alegremente me hacía el mismo efecto que otra dosis de aquellos golpes que estos tipos me habían dado. Fui al cuarto de las herramientas, saqué una soga colgada de un gancho, e hice un lazo mientras me acercaba a la parte delantera del establo. La próxima vez que ella se movió, salí muy rápido, deslicé el lazo alrededor de la pierna de LeRoy y volví a refugiarme prestamente. No creo que me haya visto siquiera. Luego empecé a arrastrar al hombrón dentro del establo. El cuerpo estaba en el vano de la puerta cuando Nell disparó, e hizo saltar madera cerca de la entrada. Pero yo estaba bien dentro del establo, y pronto tuve el cadáver a mis pies. Lo primero que encontré fue un cargador completo de la 45 y volví a cargar. Luego encontré mi billetera en uno de los bolsillos del pantalón de LeRoy y, mezcladas con su dinero, las llaves del Oldsmobile de Clayborne.

Salí por los pesebres, dejé atrás el cadáver de Charlie, rodeé la parte posterior del establo y, corriendo, atravesé un prado de zumaques y de saúcos hasta que estuve cerca del Ford. Nell salió de la casa con cautela, con el rifle cruzado sobre el pecho, y el bolso

colgándole del hombro. Vigilaba la entrada del establo. Luego empezó a correr, como un chico gordo con todo el equipo de fútbol; las mejillas se le sacudían. Tan pronto como pasó la
pick-up
negra, disparé con el rifle al suelo, delante de ella. Se detuvo, tiró el rifle y levantó los brazos.

—¡Basta! Me rindo.

Salí del yuyal, me acerqué a Nell y le pegué una patada en los pies.

Gritó cuando dio contra el suelo, empezó a temblar como grasa de ballena.

—¡No me lastime! Ya me mató los hombres. ¿No es bastante?

Entonces supe por qué no quería que se fuera.

—¿Quién es Willie, Nell?

Sacudió la cabeza.

—No conozco a ningún Willie.

Levanté el rifle por el barril y le pegué fuerte en la cara con la culata.

—¿Quién es Willie, Nell?

Se sacudió la cabeza para aclarársela.

—De acuerdo; es al que llaman Humpty; el asistente de
Spencer's
Falls. Es primo de LeRoy.

—Muy bien, de pie.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

Tenía ganas de encerrarla en la casa del manantial, pero de pronto me encontré harto de todo esto. La hice quedarse de pie mientras yo levantaba los capots de la Ford y la
pick-up
y le arrancaba todos los cables que pude alcanzar.

—Vamos a la casa, Nell. Quiero los zapatos y la pistola.

—La pistola está en mi bolso —dijo—. Los zapatos en el pórtico.

Me llevé el bolso unos metros más allá y tiré el contenido en el suelo. La Luger era el objeto más grande en lo que parecían ser tres kilos de adornos baratos. Un brillo verde inconfundible me llamó la atención, y de toda esa masa de basura desenredé el brazalete de turquesa y plata que le habían sacado a Linda Thorpe cuando había asaltado La Diligencia. Volví donde estaba Nell.

—¿Hay teléfono en la casa?

—No, lo juro por Dios.

—De acuerdo. No se mueva hasta que yo no me haya ido.

Asintió estúpidamente. Tiré el rifle en medio de los yuyos, atravesé el pórtico, me puse los zapatos, y subí al Oldsmobile. Cuando di marcha atrás para doblar, ella estaba aún ahí, de pie, con la cara entre las manos.

El reloj del tablero me informó que eran exactamente las siete en punto de la mañana.

CAPÍTULO DIECINUEVE

No llegué a la ciudad de Jordan hasta las nueve de la mañana. Después de cruzar el río, me detuve en un restaurante del camino para tomar el desayuno: jamón y huevos. La camarera parecía asustada de mí, y cuando volví al auto me di una buena mirada en el espejito retrovisor.

Barro y mugre se me habían secado sobre la cara, los ojos parecían afiebrados, la boca seca y apretada. Tenía una barba de dos días y en la cara manchas de sangre como pecas enormes. No era raro que hubiese asustado a la camarera.

Traté de comunicarme con Quartz dos veces antes de llegar a Jordan. En ambas ocasiones dejé que el teléfono sonara diez veces antes de darme por vencido. Después de la segunda vez, llamé a la oficina de Quartz. Me contestó Jack Casey.

Elevando la voz una octava, dije algo remilgadamente:

—Habla el decano Collins de la universidad. Tengo urgencia de comunicarme con el comisario Willinger.

—Willinger está en el hospital —dijo Casey—. Pero no puede recibir visitas ahora. Habla con el comisario general del distrito. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No, era un asunto personal. Espero que el comisario no esté seriamente enfermo.

—Bastante serio. Lo aporrearon anoche. Fractura de cráneo, dice el médico.

—¡Qué terrible! Bueno, muchas gracias. —Corté.

Entré en la ciudad de Jordan por un camino secundario que pasaba por detrás del Hotel Cavendish y corría paralelo a la carretera de peaje Carthage. Empezó a llover, una garúa fina que podía durar todo el día. Dejé el Oldsmobile en el estacionamiento de la estación ferroviaria, caminé dos cuadras bajo la lluvia, luego atravesé un atajo hasta la parte de atrás de la casa de Quartz. Entré,

cerré con llave, e hice una gira de inspección.

Había una lámpara rota en el piso de la salita, y el dormitorio de Quartz estaba un poco desarreglado, pero lo demás todo estaba igual. Naturalmente el anotador había desaparecido. Luego fui al baño. Debí haberme quedado bajo el agua quince minutos; me di dos champús, un buen cepillado, y un largo remojo. Luego me afeité meticulosamente.

De vuelta en el dormitorio me vestí con el último juego de ropa que me quedaba en el armario. Me puse una polera debajo de la chaqueta. Desarmé la Luger y la 45 de LeRoy sobre la cama; limpié y aceité las dos armas, y las monté otra vez. Como me había quedado sin pistoleras, oculté la Luger debajo del cinturón. Me detuve en la sala de estar, me serví un Jack Daniels doble, y lo tomé puro.

Las campanas de las diez de la mañana estaban resonando cuando salí. Uno de los autos patrulleros de Casey estaba estacionado frente a la oficina del comisario. Había un asistente sentado adentro, recostado en el asiento, con la gorra sobre los ojos. Pasé al lado del auto, subí los escalones, luego esperé para ver si el asistente estaba simulando. No se movió. Así que crucé el vestíbulo y entré en el preciso instante en que Jack Casey se estaba sirviendo una taza de café. No había nadie más en la oficina.

—Buen día, Jack; hace mucho que no se lo ve. —Corrí el seguro de la puerta detrás de mí y le mostré la 45 automática.

Jack se volcó café en la mano, pero no le hizo caer la taza. Puso tanto la taza como la cafetera despacito sobre el escritorio. Luego se limpió la mano quemada con una servilleta de papel.

—Así que vuelve el hijo pródigo. ¿Dónde ha estado, hijo? ¿Y para qué es ese cañón? No estará enojado porque lo encerré ayer.

—No, me figuré que me lo debía. Pero estoy enojado como los mil demonios por esa fiestita que sus muchachos me prepararon en Kentucky anoche. —Sólo nos separaba el escritorio ahora. El cañón de la 45 estaba a la altura de la hebilla de su cinturón.

—Tendrá que traducírmelo —dijo Jack.

—Empecemos con su muchacho Humpty. ¿Dónde está?

Flexionó el pulgar que se había quemado. Parecía irritado.

—No sé por qué tiene que meterse en eso. No puede entrar aquí sacudiendo una…

Lo así del cinturón del uniforme y de la camisa y le di un tirón contra la mesa. Se tomó de los codos, y yo le apoyé la boca de la 45 en la punta del mentón sin ninguna amabilidad.

—Jack, maté tres hombres esta mañana para no perderme esta cita, y estoy enfurecido. Su muchacho Humpty me hizo tender una trampa anoche por esos tres campesinos que su fuerza policial ha estado tratando de encontrar durante un mes. Así que me contesta las preguntas o le vuelo la maldita cabeza. —Amartillé el arma.

Sentí que tragaba. Su cara no estaba a más de treinta centímetros de la mía, e inmediatamente debió haber visto en ella lo que la camarera había visto. La diferencia fue que Jack lo reconoció.

—Me equivoqué —dijo—. Humpty recibió una llamada hace aproximadamente una hora y se fue por un asunto personal.

—¿A dónde iba por este asunto? —pregunté.

—A Spencer's Falls. Dejó translucir que era problemas de mujeres.

—¿Dónde había trabajado Humpty antes de trabajar para usted?

Tragó otra vez.

—Hace algunos años se fue a una ciudad del Norte y entró en la fuerza policial de ahí. Luego se metió en líos y lo echaron. Así que volvió a sus viejos pagos y lo contraté.

—¿Cómo se llamaba esa ciudad del Norte?

—Steubenville, Ohio.

—Ahora tengo que enterarme sobre usted, Jack. Háble me claramente.

Durante unos segundos pareció no comprender. Luego se dio cuenta y sentí que se erizaba.

—No tuve que ver en absoluto con la trampa, que le tendieron. Pero si Humpty hizo lo que usted me termina de decir, le prometo que recibirá todo el peso de la ley.

—¿Fue usted el que ordenó dejarme libre ayer?

—Sí. No podía retenerlo después que Clayborne me contó lo del chantaje. Humpty llamó para dar la orden. Yo tenía que ir a Carthage por el asesinato de Swanson.

Lo solté y me senté en la silla. Jack tenía un círculo rojo grabado en el mentón. Se quedó donde estaba por un momento.

—La primera vez que lo vi lo llamé un *amateur* en esto. Fue un

error ¿no?

—Sí, pero su peor error fue la fácil acusación que hizo contra ese portero. Siento haberlo encañonado. Pero tenía que saber si lo habían sobornado o si era sólo cómodo.

Casey se volvió a acomodar en la silla. Levantó la mano, luego la dejó caer. Quería masajearse el mentón, pero no lo hizo por la misma razón que los futbolistas profesionales no se friccionan cuando los golpea una pelota: simple orgullo.

—En verdad hasta ayer creí que ese portero la había matado a la chica. El asunto del chantaje lo hizo parecer bastante dudoso. Debió haberme dicho lo del chantaje, Butler.

—Usted no me hubiera escuchado —dije—. Necesitó que hubiera dos asesinatos más para empezar a dudar.

—Puede ser. —Luego hizo una buena pregunta policíaca—. ¿Fue sólo venganza lo que lo hizo tan popular entre esos tipos de Kentucky?

—No, les pagaron para hacer el trabajo. Humpty les pagó y alguien le ha estado pagando a Humpty todo este tiempo.

—Había empezado a oler algo así —dijo—. ¿Le molesta si hago una llamada?

—Adelante.

Disco un número, habló unos minutos, luego colgó.

—Era la dueña de la pensión de Humpty. Dice que fue hace un rato, hizo una llamada telefónica, luego llenó una valija de ropa y se fue. Me parece que quedamos mal parados, hijo.

—Quizá no. Jack ¿estaría dispuesto a olvidarse de mis malos modales y a unirse conmigo? A menos que me equivoque, puedo prometerle el criminal, la persona que cometió los tres asesinatos. Creo que podemos aprehenderlo a Humpty también. ¿Qué me dice?

Lo pensó; un hombre delgado y fuerte en cuyos ojos quemaba la humillación.

—¿Por qué no lo hace usted solo? —dijo.

—No puedo hacerlo solo. Necesito su ayuda, y créame, no estoy tratando de robarle el mérito. El crédito…

—¡Maldito sea! —dijo—. ¿Cree que me importa el mérito ahora? Si me equivoqué de tal modo con el portero y con Humpty, cantaré la palinodia. Pero no hable de mérito como un jefe de niños exploradores maricón.

—Lo siento —dije.

Suspiró.

—De acuerdo, lo apoyaré, Butler. Pero es mejor que no se equivoque.

—Llame a la casa de Eddie Bell —dije—. Si está en casa, dígale que quiero verlo después por el crimen de King. Compórtese naturalmente. Pero no creo que esté en su casa.

Prendí un cigarrillo mientras Casey discaba y hablaba.

—Era la mujer de Eddie —dijo Jack—. Dijo que Bell fue al centro a comprar el diario hace unos diez minutos.

—Cómo no —dije—. Fue a encontrarse con Humpty en La Diligencia para darle suficiente dinero para que pueda viajar lejos y rápido.

—¿Pero por qué en La Diligencia? —dijo Casey—. Se podían encontrar en cualquier parte.

—Dos razones. Eddie no tendría tanto dinero en su casa. Los Bancos están cerrados hoy, pero los ingresos del sábado a la noche están en la caja fuerte de La Diligencia. Y como está cerrado hoy, sería un lugar seguro para encontrarse.

—Entonces es mejor que nos pongamos en movimiento —dijo Casey—. Quizá la mujer mintió en cuanto al tiempo.

—Iremos en mi auto —dije—. Haga que su asistente nos siga, pero sin sirenas.

—Sí, no queremos ponerlos nerviosos ¿verdad? —dijo Casey.

Traje el Mercury hasta el edificio de la comisaría mientras él hablaba con su asistente. Mientras íbamos a La Diligencia le hice a Jack un resumen de la batalla con los montañeses. Cuando terminé, Jack dijo:

—Debió haberle disparado a la mujer, o al menos haberla encerrado. Debe de haber sido ella quien lo llamó a Humpty.

—Sí, no fui cuidadoso —dije—. Pero claro que no mato a menudo tres hombres antes del desayuno estos días. Cuénteme sobre Quartz.

—No hay mucho que decir. Lo estuvo buscando a usted por todos lados anoche. Hablé con él por teléfono dos veces. Luego a eso de las tres de la mañana tuve una llamada de esa amiga suya, Linda Thorpe. Quartz la había preocupado tanto que salió del trabajo para ayudar a buscarlo a usted. Ella lo encontró a Quartz

desvanecido. Ya lo habían llevado al hospital para cuando yo llegué a Jordan. Esa mujer Thorpe estaba para ponerle el chaleco de fuerza. ¿Ya se enteró de que usted está de vuelta?

—Los negocios antes que el placer —dije—. Aquí está La Diligencia.

Seguí más allá del estacionamiento y di vuelta en la entrada de servicio que seguía hasta la plataforma de descarga detrás de la cocina. Cuando vi dos autos estacionados detrás del edificio me detuve al lado del basurero.

—Ésta la acertó —dijo Casey—. Ése es el auto de Humpty.

—Probablemente estén en la oficina de Eddie —dije—. ¿Conoce la disposición?

—Sí, eché una mirada después de ese robo hace unas semanas. La oficina de Bell tiene dos entradas. Una cerca de la cocina, y otra por el club.

—Cubra la puerta de la cocina, y yo daré la vuelta y entraré por la puerta que da al club —dije—. Saludo a los muchachos, luego usted entra.

—Me parece bien. Cuidado con el gordo. Sabe disparar.

Bajamos del auto y caminamos treinta metros bajo la lluvia hasta la puerta de atrás. Estaba cubierta con una hoja de acero negro, decorada con un candado grande como un puño, que colgaba sobre la aldaba. También había una cerradura a resorte en la puerta. Estaba trabada, pero Casey la hizo saltar con un arma muy parecida a una que siempre llevo en el baúl del Mercury. Entramos en la cocina tan silenciosos como ladrones. Era un largo rectángulo, y en el extremo del cuarto nos detuvimos delante de una puerta con una portilla. Del otro lado del vestíbulo estaba la oficina de Eddie. La puerta estaba cerrada, pero había una línea de luz amarilla en la parte inferior. Casey abrió la puerta de la cocina lo suficiente como para dejarme pasar al vestíbulo, que se extendía hasta el frente del edificio y se abría al *hall* en el que Linda le daba la bienvenida a los socios. Aquí me quité el impermeable. Dejé la 45 en el bolsillo y saqué la Luger de debajo del cinturón. Luego entré en el salón del club sin hacer ruido.

El salón estaba apenas iluminado con pequeñas lámparas rojas. Flotaba un olor dulce y agrio, como si el perfume de toda la alegría y todas las historias picaras y las ilusiones del alcohol se hubieran

agriado al faltarle alimento. La puerta que conectaba el club con la oficina de Eddie estaba abierta de par en par, y echaba un embudo de luz sobre la alfombra roja. El murmullo de las voces creció a medida que me acercaba a la puerta. Polla hendija de la puerta del lado de las bisagras lo vi a Eddie detrás del escritorio, hablándole ansiosamente a alguien que no entraba en mi campo visual. Eddie golpeaba el secante con un fajo de dinero para darle mayor énfasis.

La puerta detrás de la que esperaba Casey estaba exactamente en frente de mí. Respiré profundamente, exhalé la mitad del aire, y entré en la oficina apuntando el revólver. Humpty estaba sentado de perfil frente a Eddie. Llevaba puesto un impermeable color marrón, grande como una carpa, y en la falda tenía un sombrero estilo vaquero color gamuza. Eddie se detuvo en la mitad de la oración cuando me vio, pero fue Humpty el que se movió, poniéndose de pie tan rápido que el sombrero salió volando.

—Adelante, Humpty —dije— únase con su primo LeRoy en el infierno.

Se puso rojo como carne cruda. Eddie simplemente parecía algo triste. Avancé unos tres metros. Una caja de seguridad fija en un rincón del piso estaba medio abierta. Había una caja de metal sobre el escritorio, y Eddie tiró el fajo de dinero dentro de ella con un movimiento que me hizo recordar que tenía manos diestras. Me pregunté dónde estaría Casey.

—De pie, Eddie —dije—. Los dos, pongan las manos detrás de la nuca.

—No lo hagas, Willie —dijo Eddie—. Simplemente quédate ahí y respira. Butler, esta situación requiere que hablemos. Quiero decir dinero, charla, negociación. —No había nada de lento en su habla ahora. Era rápida, staccato.

—No hay negociación, rufián. Nunca hago tratos con pillos que mandan gente a matarme. —Dio un respingo cuando lo llamé «rufián». Después de todo, había trabajado mucho para tratar de mejorar su posición social.

—No nos pongamos emotivos sobre esto, Butler. Diablos, usted no es un policía. Cuando hablo de dinero, quiero decir todo el fajo. Se lleva los cien mil, la cinta, todo. —No dejaba de mover las manos, como un mago que estuviese haciendo una triquiñuela. Se tocaba la corbata, se quitaba cera de la oreja, acariciaba los gemelos

de su camisa.

—Tiene razón en cuanto a una cosa, Eddie. No soy policía. Prefiero matarlo a apresarlo. Así que saque su revólver, y terminemos con esto.

Las manos se quedaron quietas, dos arañas peludas sobre el escritorio.

—No me tome el pelo, Butler. No perdería cien mil dólares por una sensación barata. Además tuvo una noche muy pesada. Tiene las muñecas lastimadas, los ojos no se le ven muy bien y le tiemblan las manos. Debió haberse vuelto tímido en el campo. No tuvo el coraje de matar a la mujer.

Era bueno. Era tan bueno que decidí pegarle un tiro en el hombro sólo para hacerlo callar. Pero justo en ese momento sentí una ráfaga de aire fresco y una pistola resonó a mis espaldas. En esa oficina pequeña resonó como si fuera un obús. Humpty gritó y se cayó como un árbol, pero no miré para ver cómo caía. La mano de Eddie se movió prestamente al cajón superior del escritorio. Le disparé al secante y retiró la mano rápido como si hubiera tocado fuego. Estaba vacía. Se irguió, puso las dos manos sobre la cabeza y me hizo un guiño.

—¿Qué lo entretuvo, Jack? —dije.

—La maldita puerta estaba cerrada —dijo—. Cómico que no pensáramos en eso. No me fue posible abrirla con ese chiche. No le hizo caso a mi advertencia, Butler. El gordo estaba listo para desenfundar el revólver. Es rápido con ese estilo vaquero.

—Le dije que no me podía arreglar solo. ¿Dónde le dio?

—Le rompí la rodilla. Aquí tiene, póngale estas esposas a Bell. Tengo otro par para este barril de tripas.

Le esposé las manos a Eddie detrás de la espalda, lo palpé de armas, y lo hice sentar en una silla contra la pared. Para entonces Humpty estaba acostado de espaldas, con las manos esposadas adelante; la sangre que le manaba de la pierna caía en la alfombra.

—Tomemos un trago —dijo Casey—. Este tipo de trabajo siempre me da sed.

—Puede elegir la marca —dije—. Tenemos un bar a nuestra disposición.

—Cualquier *bourbon* bueno me viene bien —dijo Casey—. Podría mirar si mi asistente está allá adelante mientras va. Dígale

que llame una ambulancia.

El asistente estaba golpeando la puerta delantera cuando llegué. Le di el mensaje, le aseguré que la ambulancia no era para Casey, y busqué vasos y una botella de Jack Daniels cuando volvía a la oficina de Eddie. Casey se sirvió tres dedos de *bourbon* y lo tomó como si fuera té.

—Ahora hablemos —dijo—. Trabajo a ciegas hasta cierto punto, ahora estoy ansioso por conocer los detalles. Entiendo que estos dos estaban detrás del presunto robo a esta cloaca. Bell lo ordenó, y el gordo mandó a sus parientes a hacerlo. Hasta soy bastante inteligente como para adivinar que el robo fue un pretexto. Lo que querían era sacarse a Quartz de encima. Entonces los dos hubieran tenido a la ciudad de Jordan en sus manos.

—No entiendo, Jack.

Se sonrió.

—Humpty me convenció para que lo asignara a Jordan cuando Quartz debió guardar cama. Eso fue antes de que supiéramos que usted iba a venir. Y lo hubiera hecho, además. Le tenía confianza al gordo. ¿Cómo fue que éstos se hicieron tan amigos?

—Eddie era parte de la mafia de Steubenville. Probablemente trabajaban juntos en varios chantajes sabrosos allá. La mujer de Eddie era una prostituta y Eddie le sacaba plata a algunos de los clientes de la mujer con fotos que les tomaba cuando estaban con Madge. Humpty probablemente hiciera de matón. Pero no se puede tener ambiciones en la mafia. Cuando los grandes se enteraron, lo sacaron a Eddie a patadas. Probablemente sea para ese mismo tiempo que lo echaron a Humpty de la fuerza policial. —Examiné la caja fuerte de Eddie hasta que estuve convencido de que no estaban ni la plata ni la cinta. No me sorprendía. Creí saber dónde estaban.

—Pero si el juego de este enano era el chantaje ¿por qué la mató a la chica Clayborne?

—Eddie no la mató —dije—. Eddie no mató a nadie. Él era el presidente de la junta en el plan del chantaje. Hay otras dos personas involucradas. Una es la exmujer de Philip Clayborne. El otro socio es uno de los examantes de Eleanor del tiempo en que ella estudiaba en la universidad de Jordan. ¿Se da cuenta? Eleanor tenía el lodo con que manchar al marido, pero no tenía el material para hacerlo pagar. Sólo la hija podía suministrárselo. Podríamos

decir que Natalie fue testigo del crimen del padre.

Eddie se rió despreciativamente, consigo mismo.

—Del modo en que me lo cuenta —dijo Jack— estoy empezando a pensar que no voy a enterarme de los detalles del escándalo.

—Hablaremos de eso luego, Jack. Lo importante es que Natalie por propia voluntad nunca le hubiera dado a su madre la roña que necesitaba. Ahí es donde entra el examante. Tenía que ganar la confianza de la muchacha y hacer que grabara el escándalo en la cinta.

—Así que la mató él —dijo Casey—. ¿Pero por qué?

—Porque Natalie se enteró de que su madre estaba detrás del plan —dije—. Natalie estaba enamorada de este hombre. Pensó que el dinero era para que ambos pudieran iniciar su vida juntos. Pero en cuanto se enteró que estaba involucrada su madre, supo adónde iba a ir el dinero. Intentó arruinar el plan del chantaje usando el escándalo contra el padre. Así que el examante tuvo que matarla.

—Pero este personaje que usted llama el examante, tendría que ir a medias con Eddie ¿no? —dijo Casey.

—No, el examante no sabía nada sobre Eddie —dije—. Lo sé sin lugar a dudas. Él creía que todo el dinero era para él y Eleanor. Pero Eddie y Eleanor lo estaban usando. Y no era probable que él los fuera a denunciar, después que había matado a tres personas.

—Caramba, caramba —dijo Casey—. Qué guarida de ladrones. ¿Y la mujer de este pelado, la prostituta? ¿También entraba en esto?

—Madge tenía que conocer el plan del chantaje. Si sabía quién era el examante, no sé. Quizás Eddie y Eleanor intentaran sacársela de encima luego.

Eddie se rió burlonamente otra vez y habló por primera vez.

—No por una bruja vieja como esa ramera Sheridan —dijo—. Es una mujer enferma, un caso de manicomio. Me enloqueció, el modo en que se veía a escondidas con Waldo Mason, suspirando por el pasado.

—Pero ¿el resto del asunto? —dijo Casey—. ¿Butler lo dijo bien?

—Váyase al diablo —dijo Eddie, y clavó la mirada en la alfombra.

—Oh, ése es un sonido dulce —dijo Casey. Se puso de pie y sacó del bolsillo de la cadera una brillante cachiporra negra.

Di un paso hacia adelante y le toqué el brazo.

—Ahora no, Jack. Tiene bastante con qué darle si Humpty habla, aún sin el asunto del chantaje. Será mejor que usted y yo vayamos a buscar al criminal antes de que empiece a correr.

—De acuerdo —dijo Jack—. Y no se preocupe de que Humpty no vaya a hablar. Hablará como una catarata. Hablará así le tenga que pegar un tiro en la otra rodilla y colgarlo de los pulgares.

—Quizá debiéramos ponerle un torniquete en esa pierna —dije.

—Le diremos al asistente Sturgill que lo haga —dijo Jack—. Será mejor que nos vayamos, así me puede presentar a este criminal. Del modo seguro en que habla me da la impresión de que sabe quién es.

—Oh, sé quién es —dije—. Pero no será necesario que se lo presente.

—¿Es un hecho? —dijo.

Aún llovía, pequeñas balas grises contra el verde claro de los arces, cuando le quité el seguro a la puerta principal del «Jordan City News» con la llave maestra de Jack Casey. Abrí la puerta apenas unos centímetros y atrapé la campanilla que anunciaba las llegadas cuando no había nadie a cargo de la mesa de entradas. Dudaba que Paul hubiera escuchado la campana, de todos modos, si estaba ocupado en el trabajo que su mujer nos dijo que estaría haciendo. Casey había llamado desde la oficina del comisario, y yo había escuchado por la extensión.

—Lo siento, comisario general, Paul no está en casa —había dicho Judy—. Está en el diario derritiendo el plomo. Es una tarea que a menudo hace los domingos.

Oí el rugir de algún tipo de fragua aún antes de llegar a la puerta que comunicaba con el taller. Abrí la puerta un centímetro y miré por la hendija. La fragua era realmente una estufa de hierro colado, redonda y baja, con una ruidosa llama a gas. Una depresión redonda en la parte superior de la estufa sostenía una cuchara de hierro colado del tamaño de una paila para los platos. La cuchara estaba llena de plomo derretido. Paul llevaba puestos una máscara de amianto y enormes guantes; con mucho cuidado levantó la cuchara por el largo mango, y volcó el plomo en una serie de moldes que había en el piso. Luego volvió a poner la cuchara en la estufa y la llenó con pedazos de tipos rotos que sacó de una caja de madera. Eran los últimos.

Cerré la puerta despacio y volví a la oficina. Las dos sucias ventanas sólo dejaban pasar una débil luz grisácea del húmedo día exterior. Uno de los rincones era particularmente oscuro, así que empujé una silla hacia allá, encendí un cigarrillo y me senté a esperar. Al cabo de un momento me puse de pie y me acerqué al escritorio de tapa corrediza de Paul y encendí la lámpara. Había varios artículos para la edición de la semana próxima clavados en un largo pincho de metal sobre el escritorio. Pasé varios sin leer ni unas palabras, apagué la lámpara, y volví a mi rincón. Era exactamente mediodía. El cigarrillo sabía cómo si lo hubieran curado con sulfuro.

Diez minutos más tarde Paul entró en la oficina, fue directamente a su escritorio, prendió la lámpara y se sentó en la silla. Inclinándose, revolvió en el escritorio hasta que encontró una botella de *whisky*, le quitó el corcho y la inclinó para beber. Su silla crujió cuando se irguió y olfateó. Había olido mi cigarrillo negro.

—Hola, Paul —dije con voz de trueno.

Saltó torpemente de la silla y escudriñó en dirección a mi rincón.

—¿Quién es?

—Soy Morgan Butler. ¿Se acuerda de mí, Paul?

Se quedó callado durante un minuto entero. No le podía ver la cara claramente porque estaba de espaldas.

—¡Por supuesto que lo recuerdo! ¡Qué cosa de decir! Pero me hizo asustar. Pensé que había cerrado la puerta con llave. ¿Cuánto hace que está aquí? —Estiró la mano y le dio un tirón a la cuerda que encendía la luz del techo.

—Quizá diez minutos —dije—. Vi que estaba derritiendo el plomo ahí atrás y pensé que sería mejor esperarlo aquí. No creí que le molestara.

—No. Por cierto que no. —Paul descubrió la botella que tenía en la mano. La miró avergonzado—. Me encontró bebiendo. Y un domingo además. ¿No quiere un trago para sacarse el frío?

—No, gracias. —Me puse de pie y me senté en la silla que estaba frente al escritorio.

Paul se acomodó en su silla giratoria y puso la botella sobre el escritorio. Un fuerte golpe de viento hizo golpear la lluvia contra los vidrios de la ventana como si fueran perdigones.

—¿Qué lo hizo salir con un día tan asqueroso? —dijo—. ¿Se sabe algo de Quartz?

—No lo vi a Quartz —dije—. Vine para cumplir una promesa que le hice. Le dije que le daría la primicia de este caso en cuanto hubiera descubierto al asesino. ¿Se acuerda?

Dijo en voz baja:

—Así que sabe quién es el asesino. ¿Está seguro?

—Absolutamente. ¿No va a poner una hoja de papel en la máquina?

Paul le echó una mirada a la vieja Underwood.

—¿Por qué no me dice de qué se trata primero? ¿Debo inferir que usted no le ha contado la historia a nadie más?

—Tuve que contársela a Jack Casey —dije—. Realmente lo dejó sin habla a Jack.

—¿Pero le creyó? ¿Usted lo convenció?

—Oh, sí. Sin dificultades. —De pronto me sentí molesto, inhibido por el recuerdo de su mujer. Pero pensé en Natalie y en Arthur King, y dije:

—Basta de evasivas, Paul. Lo hubiera tenido a usted en mis manos el lunes, pero demasiadas de las personas involucradas me mintieron.

Paul levantó las espesas cejas en un esfuerzo por aparentar incredulidad.

—¿Lo oí bien? ¿Me está acusando de asesinato?

—Usted los mató a los tres, Paul. A Natalie Clayborne. A un hombre llamado Swanson la noche que trató de matarme a mí. Y a Arthur King. Es una buena semana de trabajo para un criminal.

Sacudió la cabeza.

—Ha cometido un terrible error, Butler.

—Por favor, Paul. ¿Tengo que abrirlo como si fuera una lata de tomates? ¿Debiera comenzar con la pista que Natalie preparó debajo de sus narices ese sábado a la noche? ¿Se acuerda de la novela de Dostoievsky? Natalie marcó tres páginas: cuatro, treinta y treinta y nueve. Los dos primeros lo identifican a usted claramente y el tercero lo une a usted con Eleanor Sheridan. Natalie hizo un buen trabajo bajo tensión. Usted sabe qué quiere decir el «cuatro». Hasta se refirió a usted mismo como uno de «los despreciables sujetos sucios de tinta del cuarto poder», el día que volvíamos en mi

auto del juicio previo. El «treinta» es el rótulo que todos los periodistas usan para terminar sus artículos. Hace años que no lo veía, pero hay muchísimos ejemplos en ese pincho que está sobre su escritorio. El problema de la pista que dejó Natalie fue que ella esperaba que se lo pusiera junto con un poema que le mandó a Arthur King por correo. Pero King mantuvo el poema en secreto, y yo llegué a la conclusión de que el grupo de números debía ser una fecha. Por supuesto que usted conoce el poema del que hablo, el que Natalie intituló «Coronación». Un poemita muy romántico. Me imagino que Natalie lo vio derretir el plomo en más de una ocasión. Vulcano en la fragua. Habló de un «guiso repugnante». Esa pobre y triste muchacha lo quería, Paul.

Le temblaba un nervio en la mejilla.

—Seguramente no se refiere a eso como evidencia —dijo—. Es basura. No puede probar nada con eso.

De pronto me enfurecí, me enojé más de lo que lo había estado anoche o esta mañana. Tuve que aspirar profundamente para poder hablar.

—Oh, la evidencia está ahí, Paul, ahora que Casey sabe dónde encontrarla. Estoy seguro que lo podrá conectar con Eleanor Sheridan, en los tiempos cuando usted era un idealista joven marxista y ella era la ramera de la universidad.

—¡Cerdo inmundo! —dijo entre dientes.

—Duele ¿no? Bueno, quizá Casey no tenga que remontarse tan lejos. Es probable que pueda encontrar un testigo que los vio a usted y a Natalie juntos. Probablemente se reunía con ella aquí mismo, jugaba a ser su papito en ese sofá que está allí. Sí, sabemos todo lo referente al incesto, Paul. Casey también tiene la pistola para investigar, la que usted dejó en el escritorio de King. Ésas 45 del ejército pueden ser localizadas. El ejército tiene buenos archivos. Además, usted lo mató a King aquí en su oficina. Estoy seguro de que usted limpió la sangre, pero un buen especialista encontrará huellas. Oh, Casey encontrará la evidencia. Pero no la necesita, Paul. Puede condenarlo con un testimonio en su contra.

Se le quebró la voz.

—Eso es imposible. ¿Qué quiere decir?

—Pensó que usted y Eleanor planearon todo el asunto, pero ella lo estuvo usando desde el comienzo, Paul. Ella y Eddie Bell

planearon el golpe. Eddie era el que movía los hilos detrás de las bambalinas.

—No lo creo —dijo Paul—. Está tratando de hacerme caer en una trampa.

—No, Paul. Tres de los matones de Eddie Bell están muertos, un cuarto está en el hospital, y Eddie está en la cárcel de Casey. Recuerde, Eddie ha pasado por todo esto. Él sabe que usted cometió estos crímenes, y lo dirá para salvar su propio pellejo. Extraño que su instinto sobre Eddie fuera tan exacto. Usted debió haber olfateado la amenaza.

—¿Cómo sabe que ella no lo estaba usando a Eddie? —dijo Paul.

—Porque Eddie sabía de su participación pero usted no sabía de la de Eddie.

Paul unió las manos y se restregó una palma contra la otra muy fuerte, como un viejo que estuviera friccionándoselas para entrar en calor.

—Se equivoca en eso de que Eleanor me usó. Tuvo sus razones para no hablarme de Eddie. Usted ni siquiera la conoce. Un patán como usted nunca podría apreciar una relación como la nuestra. —Luego dirigió sus torturados ojos en mi dirección—. ¿Qué le dijo Eddie acerca de Eleanor?

—Lo mismo que nos dijo Waldo, con algunas modificaciones —dije—. Que está enferma, gastada, prácticamente recluida. Y bastante loca.

Dejó de frotarse las manos y se las pasó distraídamente por la chaqueta.

—Sí, está enferma, pero puede sanarse otra vez íbamos a usar el dinero para que ella se sanara. Clayborne le debía eso, y mucho más. —Su voz había ganado resonancia, y ahora me miraba con calma: le goteaba transpiración del mentón.

—No trate de justificarse conmigo, Paul. Guarde eso para el jurado. Tengo curiosidad sobre un par de cosas, sin embargo. ¿Cómo supo dónde estaba yo la noche que lo mató a Swanson por error? ¿Quién lo mandó a la casa de Metterman?

—Fue un golpe de buena suerte —dijo—. O al menos yo pensé que lo era hasta que usted me dijo que Bell estaba involucrado. Yo había planeado matarlo esa noche. Había llegado a la conclusión de que usted constituía un peligro para nosotros. Pensé en ir a La

Diligencia, y visitarlo a Bell sólo como coartada. Tenía la pistola en el auto. Pensaba telefonearle a la medianoche, persuadirlo de que viniera a verme en cierto lugar, luego pensaba escabullirme, hacer la tarea y volver en menos de veinte minutos. Pero mientras le hablaba a Bell, Madge llamó para contarle acerca del asaltante. Ella le dijo que usted había ido a lo de Metterman. Conozco un atajo al camino del Viejo Molino desde La Diligencia. Se desvía de Jordan a un kilómetro y medio al Norte. Llegué a lo de Metterman en quince minutos.

Alguna parte suave del cerebro me tembló con asombro por lo que estaba diciendo este hombre.

—Contésteme otra pregunta. ¿Cómo supo que King venía aquí el viernes a la noche?

—No lo sabía —dijo—. Fue otra feliz casualidad. Lo dejé a Waldo a las dos de la mañana. Habíamos tomado unas cuantas cervezas, y di un paseo para aclararme la cabeza. Vi la luz prendida en el taller. Entré por la parte de atrás y lo pesqué.

—Equivale a un montón de suerte —dije—. Especialmente cuando le agrega la suerte que tuvo con el portero en el primer crimen.

—Eso no fue todo suerte —dijo Paul—. Sabía acerca de Ewing y su colección de trapos. Natalie me había dicho que las chicas sospechaban de él. Yo estaba aún en el cuarto de Natalie cuando Ewing encendió la caldera. Yo estaba buscando la copia de ese maldito poema. Se me ocurrió de pronto qué buen sospechoso sería él. Saqué de un cajón la faja azul de Natalie y escribí «ramera» con lápiz labial. Fui directamente a la casa rodante de Ewing, y la dejé ahí. Casi me encuentra. —Ahora su cara tenía esa expresión afiebrada del hombre que está haciendo planes para sobrevivir. Y lo triste del caso era que no luchaba por su supervivencia.

No pude ocultar la ansiedad cuando habló.

—Apuesto a que ese rufián de Eddie Bell no le supo decir dónde vive Eleanor.

—No le pregunté —dije—. Y no ofreció la información por su cuenta.

—Porque no lo sabe —dijo Paul—. Eleanor pudo haberlo usado, pero nunca confió en él totalmente. No le gusta aparecer en público, y tiene un buen escondite. Soy el único que sabe dónde vive.

—Oh, creo que podemos encontrar a la vieja loca sin mucho trabajo —dije.

—¡No! Espere, escúcheme. Quiero hacer un trato con usted.

—No está precisamente en posición de negociar, Paul.

—Sí, lo estoy. Aún tiene que inculparme. Y sé bastante Derecho como para darme cuenta de que todo eso que usted llama evidencia es una baladronada. ¿Piensa que puede rastrear la 45? Está equivocado. Nunca estuvo a mi nombre. Podría encontrar sangre aquí, pero no sería más que un tipo de sangre. Y puede guardarse el testimonio de Eddie Bell. ¿Piensa usted que en este distrito un jurado va a creer en la palabra de ese delincuente contra la mía? Con un buen abogado, las chances están realmente de mi lado. Pero estoy dispuesto a hacer un trato. Escribiré una confesión completa de los tres asesinatos, bajo la condición de que la deje a Eleanor Sheridan fuera de esto totalmente. Después de todo, ella no cometió ningún crimen. Usted mismo dijo que Eddie planeó el asunto del chantaje. Fue Eddie el que mandó a esos matones tras de usted. Y yo cometí los asesinatos. El único crimen de Eleanor es su obsesión de castigarlo a Clayborne. ¿Y usted ha conocido hombre que lo merezca más que él? ¿Qué me dice entonces? ¿Trato hecho?

Ahora entendí qué era lo que vibraba en su voz, lo que le hacía brillar los ojos, lo que alimentaba sus sentimientos. Era el santo éxtasis del martirio, el último refugio del romántico.

Levanté la voz.

—¡Casey! ¿Está dispuesto a considerar un trato así?

—¡Para nada! —dijo Jack Casey desde el vano de la puerta a mis espaldas—. Soy insaciable ahora. Quiero que todos estos tramoyistas lo paguen bien caro. ¿Qué tal, Paul?

Paul ni siquiera lo miró. Su mirada afiebrada no se apartaba de la mía.

—Pero Paul no terminó de describir el trato, Casey —dije—. Como parte del trato está dispuesto a evitar toda referencia al asunto del chantaje. Tendrá que hacerlo, para mantenerla a Eleanor fuera del asunto. Estoy seguro de que Eddie estará de acuerdo. Eso quiere decir que yo puedo cumplir mi compromiso con Clayborne. Su escándalo no se hará público.

Jack entró en la oficina y se detuvo a mi lado.

—Está hablando tonterías. Según lo entiendo, esta Sheridan es la

que tiene todos los ases. Ella recogió el dinero del chantaje ¿verdad? Ella consiguió la cinta del escándalo ¿verdad? ¿Qué le impedirá chuparle la sangre a Clayborne hasta que el tipo quede blanco?

—Ése es problema de Clayborne —dije—. Si esta vieja bruja enferma trata de chantajearlo otra vez, tendrá que negociar por cuenta propia. Pero seriamente dudo que Eleanor Sheridan tenga el coraje de hacerlo, ahora que sabemos que ella está detrás del asunto.

—Tiene razón —dijo Paul—. Se considerará afortunada de salir de esto con el dinero. Para Clayborne no es nada, pero ella lo necesita. Está totalmente sola.

—¿Qué contesta, Jack? —pregunté—. Paul tiene algo de razón en cuanto a lo de su confesión. Por desgracia casi la necesitamos para poder inculparlo. Y aún si aprehendiéramos a la Sheridan ¿cómo vamos a probar su culpabilidad cuando ninguno de estos tipos querrá testificar en su contra?

—No me gusta —dijo Casey—. Pero estoy dispuesto a aceptarlo. Usted es el que debe hacer las paces con Clayborne. Espero que se rehúse a pagarle.

—Ése es problema mío, Jack. El suyo es este prisionero. En su lugar yo le haría escribir la confesión ahora y la haría firmar y certificar ante el abogado de Paul. —Me puse de pie.

—¿A dónde va? —dijo Jack—. Quiero que se quede y lea lo que escribe. Quiero asegurarme que esté todo ahí.

—Como usted dijo, tengo que hacer las paces con Clayborne. Creo que puede confiar en que Paul hará un buen trabajo. Empezará contando la forma en que él y Natalie se convirtieron en amantes, y cómo se enojó él cuando ella amenazó con abandonarlo.

—Sí, así es como lo voy a escribir —dijo Paul—. Gracias, Butler.

—Váyase al diablo, desgraciado —dije.

Salí y caminé hasta el Mercury. En el camino pensé en algo que me había olvidado de decirle a Casey, que lo tuviera al prisionero bien vigilado si esperaba hacerlo aparecer en juicio. El martirio pierde su encanto si uno empieza a pensar que estará seis meses bajo condena de muerte mientras se hacen todas las apelaciones. Pero eso tampoco me importaba un bledo.

CAPÍTULO VEINTE

Una hora después me serví un *whisky* doble del armario de las bebidas de Linda Thorpe. Me lo había ganado. Había terminado el trabajo y tenía derecho a todas las comodidades. Llevé el vaso al sofá de cuero negro y me acosté.

Oí su auto aún antes de que pudiera terminar el trago. Entró muy rápido, las gomas chirriaron cuando frenó, y los tacos de los zapatos resonaron ágiles en el sendero. Abrió la puerta y apretó el interruptor que encendió tres luces. Tiró la cartera en la silla, y estaba en la mitad del cuarto cuando me incorporé.

—Hola, hermosa dama.

Inmovilizada, pareció centellear de tensión. Vestía pantalones *stretch* verde esmeralda y un suéter verde pálido. Había dejado la chaqueta junto al bolso.

—Santo Dios, estás vivo —dijo con voz ronca—. Pensé que te habían matado.

—¿Quién pensaste que me había matado?

Ahora empezó a funcionar otra vez. Se movió rápidamente hacia el sofá.

—Abrázame, Butler. Por favor, abrázame.

Me puse de pie en el momento en que se tiraba en mis brazos, y la abracé.

—¿Quién pensaste que me había matado?

Tenía la cara contra mi hombro y le acaricié el pelo.

—No sé. El criminal creo. Cuando desapareciste anoche, pensé que había ocurrido lo peor. Pasé una noche infernal.

—Salí de viaje —dije—. Lamento que hayas pasado una mala noche.

Tembló en mis brazos.

—Por favor, prepárame un trago, querido.

La senté en el sofá y fui hasta el armario de las bebidas. Hablé con animación.

—Te estuve esperando más de una hora. ¿Dónde has estado?

—Con Madge Bell. Está preocupada por Eddie. Fue a La Diligencia a hacer algo esta mañana y no ha vuelto a su casa. Madge no logra comunicarse por teléfono y él debiera estar de vuelta. Temo que haya tenido un accidente.

Volví con dos vasos y me senté a su lado.

—Me sorprende que la hayas dejado sola, si estaba preocupada.

Bebió un largo trago de *whisky*. Luego se me acercó y me puso una mano en el hombro. Su sonrisa era íntima, una caricia.

—Oh, la conoces a Madge. Es tan insegura, tan propensa a la histeria. Eddie es un conductor cuidadoso. Probablemente se detuvo en algún lado a tomar una copa.

—Quizá tenga una amiguita escondida por estos lares —dije.

—¿Eddie? Lo dudo en verdad. Usted es muy mal pensado, *Mr*. Butler.

—Oh, no sé. Eso explicaría muchas cosas. La histeria de Madge. Su aventura con Metterman, la invitación que me hizo a mí. Quizás esté realmente preocupada de que algún día él se vaya con esta amiguita.

—Eso requeriría dinero —dijo Linda—. Y sé con seguridad que gastan hasta el último centavo que gana Eddie. —Ahora su sonrisa parecía un poco artificial.

—Sí, me imagino que eso echa por el suelo mi teoría. Un hombre necesitaría un montón de plata para irse e iniciar una nueva vida.

Me clavó las uñas en el brazo.

—Dime, Butler. ¿Cómo entraste aquí sin llaves? ¿Y por qué no vi tu auto estacionado adelante?

—El auto está atrás de tu garaje sin puertas —dije—. Y entré por la puerta que comunica con el garaje, y que muy descuidadamente dejaste sin llave.

La mentira sobre la puerta debió haberle triturado las entrañas. Pero su calma fue admirable. Puso el vaso cuidadosamente sobre la mesa, se rodeó el cuerpo con los brazos, temblando deliciosamente, y dijo:

—Este cambio de tiempo ha helado toda la casa. ¿Por qué no

encendemos el fuego, Butler? Hay leños e inflamable en el sótano, si no te molesta hacer de niño explorador.

—Enseguida —dije—. Primero, quiero hacerte un regalo. —Saqué el brazalete de turquesas del bolsillo y lo agité delante de su cara.

Tuvo un efecto hipnótico. Por un momento se quedó sentada totalmente inmóvil, luego lo tomó en las manos y me miró con expresión de extrañeza.

—Debiera prevenirte de que es un brazalete muy caro —dije.

Sacudió la cabeza con lentitud.

—No seas tonto. Te dije que no valía más de veinte dólares. Pero ¿cómo diablos…?

—No entiendes —dije—. El brazalete ha aumentado de valor desde la última vez que lo viste. Maté tres hombres para poder devolvértelo. Es mucha sangre, sin mencionar el riesgo que corrí yo. Aproximadamente, diría que me debes exactamente cien mil dólares.

Se puso tiesa.

—Es un chiste bastante idiota, Butler. —Largó una carcajada seca, ronca—. Es una deuda muy grande. —Luego usó la astucia. Acariciándome la mano con la punta de los dedos, bajó los ojos y la voz—. Si fuera tan audaz contigo como me gustaría serlo, te diría que tienes que cobrártelo en especies.

—No es necesario. Ya lo he recibido. No quisiera ayudarte a ser más ramera de lo que eres, sólo para pagar una deuda.

Se echó hacia atrás como si la hubiera escupido.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo lo has percibido?

—Te voy a evitar un poco de desgaste del sistema nervioso. Puedes dejarte de intentar hacerme salir del cuarto para poder correr al estudio del escultor y ver si Eddie se llevó el dinero. Yo me lo llevé. Supongo que creíste que era inteligente esconder tu botín dentro de la figurilla de un desnudo, pero eso fue tan obvio como que tu amigo McIntosh tratara de engañarme con una copia de *Hamlet*. Oh, también me llevé la cinta que grabó tu hija. Se terminó la mascarada, Eleanor.

Sacudió la cabeza obstinadamente.

—Butler, si alguien puso dinero…

La golpeé fuerte en la boca con el revés del puño. Mantuvo el

equilibrio tirando un brazo hacia atrás. Le manaba sangre de la comisura de los labios.

—Eso no fue por mentir —dije—. Fue por hacerme caer en la trampa con los montañeses de Eddie anoche. Admitiré que esa llamada a Waldo fue una maniobra inspirada. El pobre tonto pensó que tú realmente querías dejarte ver.

—Butler, escucha, alguien te engañó, yo…

—Oh, por el amor de Dios. —La así de la parte de adelante del suéter, la tiré boca abajo en el sofá y le aparté el pelo de la nuca—. Eres Eleanor Sheridan, amorcito, y tienes la cicatriz que lo prueba. Es la gran operación en cirugía plástica, el reacondicionamiento total. Conocí una estrella en San Francisco que se quitó quince años con esa operación. —Le di un tirón para que le quedara la cara de perfil—. Por supuesto lo que buscabas no era sólo juventud. Te hicieron varias otras cosas además. Hiciste que te cambiaran la inclinación de los ojos un poco. Y la nariz es diferente, «rinoplastia» creo que se llama. Probablemente te afinaron y suavizaron la boca e hiciste que te levantaran esos lindos senos elásticos. Creo que usan jalea de siliconas ahora, un gran adelanto sobre las inyecciones de parafina. Luego con el cabello teñido y las lentes de contacto, eras una mujer nueva. La nota más inteligente fue que te hiciste quitar el lunar del abdomen. Pero claro, en tu profesión era tan probable que te reconocieran por el abdomen como por la cara.

Se quedó tirada ahí con los ojos cerrados, sin intentar resistirse ya. Me puse de pie y me dirigí al bar con la sensación de que goteaba alguna sustancia valiosa por todos los poros. Me temblaba la mano cuando me serví un trago. No era sólo que hubiera usado su magia conmigo, me hubiera encantado seguir engañado. También me había distorsionado la realidad, había hecho surgir en mí sentimientos de ternura, felicidad, respeto; había amenguado en alguna forma mística el viejo terror de la soledad. Así que las sensaciones que sentía hacia ella eran confusas, y cortarlas era doloroso.

No volví a sentarme en el sofá. Me senté en una silla de cuero negro del otro lado de la mesa. Poniendo los pies sobre la mesa, bebí y esperé.

Poco después Linda se irguió, se quitó el pelo de la cara, con la palma de la mano, me dirigió una mirada audaz, y me hizo un

mohín con los labios.

—Así que se terminó la mascarada —dijo—. Supongo que Eddie y Paul están en la cárcel.

—Así es.

—¿Y me tienes una linda celda reservada?

—No, tus compañeros de juego te fueron leales —dije—. Ambos contaron el mismo cuento de hadas acerca de la vieja enferma y neurótica que está escondida. Trabajaste muchísimo para hacer plausible esa historia, al prepararlo a Waldo como testigo respetable. Así que debe de ser la historia que les enseñaste qué debían decir si algo salía mal.

Pareció no entenderme por un momento. Luego dijo:

—Sí, ése era el plan. Pero si lo contaron de ese modo, ¿cómo me reconociste? Pensé…

—Oh, me tuviste engañado todo este tiempo —dije—. Te daré el crédito que te mereces ahí. Eres la mejor que haya visto en mi vida. Y creo que sé por qué. Has perfeccionado tu talento de ramera hasta convertirlo en un arte. Tienes la habilidad de descubrir rápidamente qué es lo que un hombre más desea en una mujer, y convertirte en esa mujer completamente. Hasta presumiste de ese talento la otra noche cuando me dijiste cómo satisfacías las fantasías de los miembros de La Diligencia. ¿Recuerdas? Es una carrera que probablemente iniciaste en la pubertad.

—No fui tan precoz —dijo. Ahora había cierto celo en su voz, una sutil mejoría en su pose.

—Y qué repertorio —dije—. Sé lo que fuiste conmigo. Y Waldo describió el disfraz que usabas con él. Apuesto que te dio mucho placer hacer el papel trágico, con maquillaje especial y todo lo demás. Veamos, McIntosh no habrá sido tan difícil. Una imagen levemente deslucida de ese espíritu alegre que lo quemó cuando era joven. Pero ahora también le podías ofrecer la gran aventura, acción directa contra el enemigo. No solamente Clayborne en persona, sino los ricos, los capitalistas, los perversos. Y tú ibas a ser el premio. Ésa fue la gran falla del cuento de Paul. No es del tipo de los que arriesgan todo para pagarle las cuentas del médico a una vieja fea. Natalie sabía que Paul necesitaba una gran pasión para liberarlo de las cadenas. Hasta escribió un poema sobre ese tema. Pero tú eras su gran pasión.

—¡Pero el asesinato de Natalie nunca fue parte del plan! —dijo —. Paul lo hizo por su cuenta. El idiota le dio a entender a Natalie que yo estaba involucrada y la mató para evitar que ella destruyera el plan. Hubiera abandonado todo para evitarlo. Créeme, Butler.

—No hubieras renunciado al dinero, Eddie no lo hubiera permitido.

—Eddie hubiera hecho cualquier cosa que yo le dijera —dijo.

—Así que lo tenías atontado también. Veamos, para Eddie tú eras lo opuesto a Madge. Una dama refinada, avergonzada por sus propios apetitos, tímidamente sorprendida por la experiencia de Eddie. Sí, todos esos años que pasaste en la alta sociedad fueron la caída de Eddie. Realmente apenas digno de tu talento.

—Sigues insistiendo con eso, Butler. Pero a pesar de lo que llamas mi talento, me descubriste. ¿Te importaría decirme cómo lo hiciste?

La amargura que sentía hacia ella me informó que no era más que otro ardid, una apelación a mi vanidad. Pero había cierta fascinación en verlo al trasluz.

—Comenzaron las dudas sobre ti cuando leí la nota que el chantajista dejó en la estación Esso. Le decía a Clayborne que me despidiera. Pero se suponía que yo estaba muerto. ¿Recuerdas? Tú eras la única persona que sabía que había sobrevivido al ataque de Paul esa noche. Debiste haberlo llamado a Eddie después que yo te llamé, de modo que pudiera volver a escribir la nota. Aparte, eras la coartada de Paul para el asesinato de Swanson. Oh, trató de librarte del asunto con el cuento de que por casualidad había oído cuando Madge lo llamó a Eddie. Pero Madge no lo llamó a Eddie. Te llamó a ti. Tú lo mandaste a Paul a hacer esa tarea.

—¿Por qué no pudo ser Eddie quien lo mandara? —preguntó.

—Imposible. Paul no sabía que Eddie estaba involucrado en el asunto. La tercera prueba tiene que ver con Arthur King. Paul no se tropezó con King en su oficina, tal como dijo. Tú oíste la llamada que King me hizo a eso de la una y media esa mañana, justo cuando había regresado con el dinero. Lo llamaste a Paul y le dijiste que King iba a su oficina.

Esperé que lo negara. Simplemente se encogió de hombros. Continué:

—Hasta me retrotraje a aquel primer domingo en la casa de

Quartz, cuando volví a investigar las cintas robadas. El regalo para Quartz fue un pretexto. Estabas ahí para enterarte qué pensábamos hacer sobre el asunto de las cintas. Luego, cuando Natalie empezó a ponerse rebelde durante la semana, tú y Eddie olfatearon que habría lío. Así que me fuiste a buscar aquella noche con el cuento del brazalete. Y no nos olvidemos de ese pequeño atractivo drama en el que hacías el papel de la devota esposa de un esforzado escritor en México. Después, cuando Paul la mató a Natalie, y yo empecé a meter la nariz por todos lados, fue fácil hacerme caer en las manos de esos matones el lunes a la noche.

Me miraba con expresión absorta.

—La mayor parte de esa historia sobre México es verdad —dijo —. Howard Thorpe existió. Lo amé a ese hombre, y si no hubiera muerto, nada de esto hubiera ocurrido. Fue demasiado cruel.

No le presté atención.

—Una de las razones por la que me engañaste fue el rudo tratamiento que te dieron esos matones la noche que nos tendieron la celada. No creo que eso estuviera en el guión. Se les fue la mano. Claro está, no eran los tipos más estables del mundo.

—De acuerdo ¡es bastante! —dijo—. Me gustaría tomar un trago. ¿Puedo?

—Adelante. —Sus gestos eran casi insinuantes cuando se movió hasta el bar y se preparó un trago. Cuando se volvió a acomodar en el sofá otra vez, le dije:

—Ahora contéstame una pregunta.

—Pensé que sabías todo —dijo.

—No del todo. ¿Por qué hicieron que Madge lo persiguiera a Metterman?

Se rió secamente.

—Ésa fue una casualidad favorable. Carl me vio en el patio de los Bell, en bikini, ese primer domingo caluroso. Ofreció pintarme, e hizo una observación que me llevó a pensar que me había reconocido. Madge tenía que descubrir si era así.

—Una tarea que aceptó con entusiasmo. Contéstame otra pregunta. ¿No intentaban ustedes dos hacerla a un lado a Madge eventualmente? Sé que planeabas hacerlo a un lado a Paul.

Bebió e hizo un gesto de dolor cuando el alcohol le tocó la herida de la boca.

—Sí, dejarla de lado a Madge era parte del plan original. Pero cambié de idea sobre Eddie esta semana. Lo hice por otra cosa que no estaba en el guión. Te das cuenta, se suponía que debía enamorarte, pero no se me dijo que durmiera contigo.

—No me digas que fue combustión espontánea —le dije.

—Lo fue, me creas o no. Me hiciste sentir femenina otra vez. Me purgaste de un profundo odio que me ha infectado durante años. ¿No ves lo que soy? Siempre he sido capaz de dominar a los hombres y de manejarlos. Es el modo en que respondo a los hombres que me atraen. Y en cuánto me convierto en la que domino, los desprecio. Quizá sea una enfermedad. Pero la única cura es un hombre al que no pueda dominar, como tú. Y Howard. Oh, lo adoraba a Howard. Los años que pasé con él fueron los más felices de mi vida. Por él limpié pisos, usé harapos. Cuando murió me volví loca, mucho peor de lo que te dije la otra noche. Bebía tequila en vasos sucios en los cafés más bajos de México. Me convertí en una atracción turística, la gringa rubia y loca que vestía un sarape rojo. Eddie y Madge me encontraron así. Me sacaron de ese estado, y el plan del chantaje fue parte de la terapia. Le dio forma a mi ira. Luego apareciste tú. Me sacudiste, hiciste que me avergonzara de todo. ¿No te acuerdas cómo fue lo que hubo entre nosotros?

Le sonreí sardónicamente mientras encendía un cigarrillo.

—No dejas de actuar nunca ¿verdad?

Inclinó la cabeza.

—No te culpo. ¿Por qué me ibas a creer? Pero después del jueves a la noche no podía seguir con Eddie. Se lo dije. Esperaba que me llevaras a tu granja, y haría que me amaras.

—Seguro que sí, fue por eso que me hiciste caer en la trampa con los matones de Eddie anoche —dije.

—Butler, te lo juro por Dios, se suponía que sólo te golpearían un poco, sólo lo suficiente para sacarte del medio por un tiempo. Eddie me lo prometió fielmente. Pero debió haber estado celoso.

Sacudí la cabeza admirado.

—Bruja sin corazón. Crees que no sé lo que te excitó en esas dos oportunidades. Piensa. En ambas ocasiones yo terminaba de escapar de la muerte. Sabes cómo está un hombre cuando ocurre esto; y no querías perderte la experiencia. Por supuesto yo no sabía que

estabas enterada de qué cerca de la muerte había estado la segunda vez, así que fuiste muy convincente.

—No, estás equivocado. Juro que no fue así.

—Sería una relación muy difícil de mantener —dije—. Cada vez que quisiera excitarte tendría que vérmelas con un asesino.

—No, Butler. Por favor.

—Hasta estás excitada en este mismo momento ¿no? Tienes que estarlo. Esta mañana maté como un loco. Todavía estoy lleno de fuego. No dejarás que se desperdicie ¿verdad? Vamos, bruja. Deben quedarte algunas triquiñuelas en tu bolsa aún.

Se puso pálida, y abrió los ojos horrorizada.

—Si realmente crees que soy tal monstruo, entonces ¿por qué no me matas?

Conseguí largar una carcajada dura.

—Yo no, Linda. Dentro de muy poco vas a recibir todo el castigo que puedas aguantar. Y me imagino que va a ser apropiado al crimen.

—No quieres decir la prisión. ¿Qué quieres decir?

—Piénsalo. ¿A quién has dañado más que a nadie con esta aventura?

Sus labios hinchados pronunciaron la palabra tan suavemente que apenas si la oí.

—Philip.

Asentí con la cabeza.

—Suma todo. La manera en que le mataste la hija lo hace copartícipe de la culpabilidad por el crimen. No sólo eso, pero has dañado en forma irreparable el delicado mecanismo que lo hace funcionar a Philip Clayborne. Has hecho que la imagen que él tiene de sí mismo esté manchada con el barro de su corrupción.

—¡Al diablo con Philip! —dijo—. Se lo buscó él mismo.

—No, Linda. En tanto su crimen fuera secreto, podía modificarlo a su gusto para que se ajustara a sus propósitos. Podía considerarlo un momento de debilidad, un privilegio otorgado a la realeza. Pero lo has hecho público, y ahora él tiene que verlo como lo vemos todos nosotros, como el ladrón de la inocencia de su hija, el hombre responsable por su muerte. Este Clayborne es del tipo que llora largo y profundo. Lo he visto revolcarse en la culpa.

—¿Crees que eso me molesta?

—Debiera. Porque llegará el día en que *Mr*. Clayborne tendrá que vengarse. Tiene todo el dinero y todo el poder, y ese cáncer de odio y culpa que lo carcome. Todo lo que tú tienes es esa máscara bonita que te hizo el cirujano. No hay ningún rincón de esta tierra en el que puedas esconderte para escapar de él, una vez que decida mandar alguien a buscarte. Entonces tampoco te quedará esa linda cara.

El miedo le puso la cara pastosa. Se humedeció los labios.

—¿Sabe que soy Linda Thorpe? —dijo.

—No, ésa será mi contribución. —Le di una palmadita al bolsillo de la chaqueta—. Tengo unas cuantas fotos que saqué del álbum de tu dormitorio.

Sacudió la cabeza lentamente.

—No, Butler. No harías eso. No importa cuanto me odies, tienes demasiada decencia para hacerlo.

—No uses la palabra «decencia» conmigo, mujer. Tú y tu banda destruyeron a una chica decente, cuyo único crimen fue ser hija tuya. Ustedes mataron a un muchacho que pudo haber escrito poesía decente alguna vez. Entre nosotros, la palabra decencia no quiere decir nada.

—¿No ves que estás tratando de justificar tu acción con toda esta charla? Pero no lo harás, Butler. No eres capaz de algo semejante.

—Simplemente espera y verás si no lo hago, querida. —Me puse de pie y salí de la casa. No hizo el menor gesto para detenerme. Tenía razón en cuanto a la charla, pero se equivocó en cuanto a lo demás. Lo hice, y me sentí bien después de hacerlo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Hay más salvación en el heno y el trigo que en todas las iglesias de la cristiandad. Intente cortar heno con una cosechadora, detrás de las ancas de dos brillantes caballos negros. Deje curar el heno al sol durante dos días, luego muévalo con una horquilla y dele otro día al sol. Amontónelo en parvas con el rastrillo para heno, hasta que le llegue al hombro a un hombre alto, y ahí comienza la diversión verdaderamente. Bájese de la parva después del rocío, mientras su socio está montado en el vagón, y enganche y alcáncele cargas de heno de veinticinco kilos. Se es torpe al principio, pero se descubre el ritmo, siguiendo el propio paso, transpirando agradablemente, echando una nube de barcia con cada horquilla. Se lo siente primero en las muñecas, luego en la cintura, luego en los hombros. A medida que la parva del vagón aumenta, uno trabaja con más gusto, hasta que al final se está literalmente lanzando la carga. Entonces se suda. La transpiración baja por el cuello, bailotea en doradas gotas sobre las cejas, se desliza dentro de los zapatos. Uno empieza a sentir que los músculos del estómago se le están haciendo trizas. Si nuestro socio es piadoso, dirá que el vagón está cargado. Luego se va hasta el establo a descargar.

Los campos de trigo son algo totalmente distinto. Por empezar, es trabajo solitario. Se enjaeza uno de los caballos negros a un arado de cinco puntas, se atan los extremos de las correas, se las pasa por sobre un hombro y luego debajo del otro, luego se clavan las puntas en la tierra y se va a lo largo de la hilera tan cerca del trigo como uno se atreva. Se guía el caballo elevando los hombros, y el arado se controla con las manos, se arrancan yuyos, y se agita la tierra sobre las raíces del trigo. Cuando la punta de acero choca contra piedra, las manos arden. Ocasionalmente, uno se detiene al final de una hilera para darle una palmada al caballo. Pero generalmente se camina, kilómetro tras kilómetro, al son de la

música de la tierra que se abre, de la cháchara de los gorriones saqueando los surcos de lombrices detrás de uno, la música del balancín y los arneses.

Pasé la totalidad de abril y mayo en los campos, y trabajé doce horas por día. En abril, mi socio Johnny Bass y yo cosechamos cinco hectáreas de heno para forraje y tres de alfalfa, cambiamos cien postes de la cerca que estaban podridos por postes de algarrobo que cortamos de nuestros propios bosques, y podamos y fumigamos los árboles frutales. A fines de mayo empecé a trabajar en el campo de trigo, cambiando de caballo antes y después de almorzar. Johnny empezó a pintar el establo. Todas las noches a las siete nos reuníamos en la casa, nos dábamos una ducha, cocinábamos, y cenábamos juntos; yo me iba a dormir a las diez a más tardar.

Quartz Willinger llegó en mayo para pasar varias semanas de convalecencia al sol. Aflojé el ritmo de trabajo entonces, y volvía a casa temprano a la noche así Quartz y yo podíamos sentarnos en la galería y conversar antes de la cena. Estaba pálido, delgado y muy apagado después de pasar un mes en el hospital con fractura de cráneo. Quartz me trajo la noticia de que Paul McIntosh se había ahorcado en la cárcel del distrito Parson dos días antes de que comenzara el juicio.

Una tarde mientras estábamos sentados en la galería, me dijo que había abandonado la idea de presentarse como candidato a comisario general del distrito Parson. Estaba contento con su trabajo de comisario y su jubilación. Se fue de la granja bronceado, con tres kilos más, pero aún apagado. Yo volví a mi horario anterior enseguida. Hay muchos kilómetros de cultivo en seis hectáreas.

A comienzos de junio Johnny Bass se fue de vacaciones hacia el Oeste, para visitar a su familia que vive cerca de las montañas Tetón. Una semana después, cuando volvía del campo de trigo para almorzar, encontré una vieja rural estacionada frente a la casa. Aunque la reconocí, llevé los caballos al establo y les di agua antes de entrar en la casa.

Judy McIntosh se levantó de una silla de mimbre de la galería cuando subí los escalones. Estaba elegantemente vestida, con un traje de lino azul y una blusa blanca, y tenía el cabello muy bien peinado. El efecto total era de calma y orgullo, el triunfo de la educación contra la adversidad. Pero cuando me acerqué vi las

sombras debajo de los ojos, las uñas mordidas hasta da carne, la fragilidad de la sonrisa.

—Hola, Morgan Butler —dijo.

—Hola, Judy. Ya había perdido las esperanzas. Por favor, siéntese.

Se sentó rígidamente con las manos en la falda.

—No quería venir, pero Quartz es muy persuasivo.

En este momento, de todos modos, la ciudad de Jordan no es el lugar más agradable para mí. Supongo que debiera estar agradecida por la oportunidad de poder escaparme por un día.

Hablaba demasiado. Dije:

—¿Por qué no empezamos con un trago frío? Luego preparé el almuerzo. Vamos adentro.

Asintió con la cabeza, se puso de pie grácilmente, y entró en la casa delante de mí. Mi sala de estar no es del tamaño de una cancha de tenis exactamente, pero da esa impresión porque el costado que da a la parte arbolada del Norte es toda de vidrio. Con el viejo techo alto, la primitiva chimenea de piedra, y el mobiliario original, pesadas piezas del período colonial americano, rejuntadas en remates de campo, el cuarto tiene tanto espacio como solidez.

Le preparé un trago a Judy y la dejé sola el tiempo suficiente para bañarme y ponerme ropas limpias. Cuando volví a la sala de estar sostenía el vaso vacío sobre la falda, y miraba hacia el bosque como si estuviera contemplando un paisaje invernal. Preparé dos tragos y me senté al lado de ella en una silla.

Sin preámbulos dijo:

—¿Quiere saber quién se ha comportado muy amablemente? Waldo Mason. Ha venido a casa varias veces, para cortar el césped, hacer mandados, sacarme los chicos de encima a la tarde. Es muy formal, pero agradable.

—¿Dónde están los chicos ahora? —pregunté.

—Con los padres de Paul en Pennsylvania. Los mantuve en la escuela hasta que terminaron las clases. Danny lo tomó bastante bien, pero Bobby, el menor, sufrió.

Los padres de Paul son buena gente, y los chicos necesitan el cambio. En verdad, durante un tiempo, tuve la extravagante idea de llevar a los chicos a Inglaterra, para siempre. De pronto, después de todos estos años, extraño a Inglaterra terriblemente… esa islita

estrecha.

—¿Por qué no vuelve? —dije.

—¿No le dije que era una idea extravagante? No hay modo de que pueda financiarlo. La casa no es nuestra, y el dinero que recibiré por el periódico apenas si va a cubrir las deudas existentes. Paul no tenía un seguro muy grande, pero nos ayudará hasta que me ubique en otra ciudad y encuentre un empleo. ¿Se da cuenta por qué tiene que ser un trabajo honesto? Tengo que compensarles a los chicos. ¿Cómo puede esperarse que acepten este asunto tan podrido?

La estudié mientras ella vaciaba el vaso.

—Podría preguntarle lo mismo a usted —dije.

Torció la boca con una mueca.

—Oh, tengo una ventaja sobre los chicos —dijo—. Tengo un tratado sobre el tema, una crónica del crimen. En verdad, fue eso lo que me hizo decidir a venir a verlo. Usted merece leerlo.

—Mujer, me perdió en la primera vuelta —dije—. ¿De qué crónica habla?

Aspiró profundamente.

—Paul escribió una confesión privada, para mí, durante las últimas semanas que estuvo en la prisión —dijo—. Es muy distinta de la versión que se dio a publicidad, el cuento del viejo verde que sedujo y mató a la inocente estudiante. Esta confesión privada cuenta todo acerca de la Sheridan y el asunto del chantaje. Oh, no quiero decir que haya tratado de justificarse. Pero revela sus motivos, sus demonios, si lo prefiere. —Abrió la cartera y sacó un abultado sobre.

Acepté el sobre y lo puse en la mesa que nos separaba.

—Lo leeré luego. ¿Ahora qué le parece si le preparo otro trago?

Asintió, me alcanzó el vaso, y cuando volví con el trago, tenía la mirada fija en el sobre. Dijo:

—Es la historia de un hombre que secretamente llegó a horrorizarse de la insignificancia de su vida. Solía pensar que Jordan y la universidad eran una especie de Atenas. Pero en los últimos años llegó a la conclusión de que la universidad no difería mucho de la Standard Oil. Los profesores estaban tan preocupados por su seguridad, su posición social y su dinero como los comerciantes. No había dedicación, no se sufría por una causa. No

había más que vanidad y codicia. —Una lágrima se le quedó atrapada en el maquillaje grasoso de los ojos como si fuera una gota de cera.

—Por favor, basta. Prometo leerlo.

—Lo siento. —Se puso de pie abruptamente, se tambaleó, y se tomó de la silla con una mano—. Dios, temo estar un poco borracha.

—Quizá sea mejor que se recueste, mientras hago el trabajo de cocina —dije.

Se acercó al sofá.

—Recuerde que aún no me dijo para qué quería verme. Quartz me dijo que era importante.

—Todo a su tiempo —dije—. Tenga, póngase este almohadón debajo de la espalda. Sáquese los zapatos si quiere. —Cuando salía del cuarto, corrí las cortinas livianas, lo que dio la impresión de que fuera el anochecer.

No trabajé mucho para hacer el almuerzo. Cuando volví a la sala de estar, veinte minutos más tarde, Judy estaba profundamente dormida. La cubrí con un cubrecama de punto, corrí las cortinas pesadas, y volví a la cocina. Me llevé la confesión privada de Paul.

Judy durmió ocho horas. Durante ese tiempo leí la confesión de Paul dos veces, le di de comer y beber al ganado, ordeñé la única vaca que tenemos, y preparé todo para una buena comida. Salvo algunos detalles, la confesión de Paul no me reveló nada que yo no hubiese adivinado ya.

Eleanor Sheridan había hecho un buen trabajo con él en el treinta y nueve. Paul dedicaba casi dos hojas de la confesión para describir cómo había penado y sufrido cuando ella se casó con Clayborne. Pero luego me di cuenta por qué había que creer en este sufrimiento. Paul clamaba que la había matado a Natalie en un delirio de locura. Dormir con Natalie había sido casi como dormir con Eleanor a la misma edad. Estaba volviendo a vivir esa pasión de su juventud con la hija, y el fruto de esto iba a ser la madre, Linda Thorpe. Y cuando Natalie amenazó con destruir el plan del chantaje, para Paul esto fue como la repetición del día cuando Eleanor lo despreció por Clayborne. En cierto sentido, éste era genuino miedo. Si no conseguía los cien mil dólares, no podría tenerla a Linda/Eleanor, así que Natalie, la joven Eleanor

reencarnada, lo estaba privando de Eleanor otra vez.

A las nueve oí que Judy subía las escaleras e iba al cuarto de huéspedes. Yo había pinchado una nota en la lámpara al lado del sofá, sugiriéndole que una ducha antes de cenar podría ayudarla a refrescarse y le indicaba cómo llegar al cuarto de huéspedes. Cuando entró en la cocina, media hora después, vi por su expresión que ya había decidido no pedir disculpas por la larga siesta. Tenía la cara rosada por la ducha, y los ojos tranquilos.

—¿Puedo ayudar? —preguntó.

—Sólo dígame cómo le gusta el churrasco.

Atravesó la cocina y miró la carne.

—Quemado y crudo adentro —dijo—. Será mejor que se apure. Tengo tanta hambre que lo podría comer así.

La mesa estaba puesta, las papas al horno estaban listas, y cinco minutos después estábamos sentados en el comedor de diario. Le hizo justicia a la carne, y tan pronto como terminé de servirle el café, dijo:

—¿Ahora está listo para decirme para qué quería verme?

La miré un momento.

—Sí, pero quiero presentarle esto en la forma de una propuesta. Después que se lo diga, tendrá que tomar una decisión importante. Quiero que me prometa que no me va a contestar hasta después de cenar mañana a la noche.

—Qué proposición extraña. Además no había planeado quedarme. No traje ropa.

—Hay ropas de *sport* arriba que le quedarán bien: pantalones, camisas, hasta zapatillas. Créame, es importante, para sus hijos tanto como para usted.

Sorbió el café ladeando la cabeza un poco.

—Logró intrigarme. De acuerdo, lo prometo. No puedo imaginarme qué será, pero tiene mi promesa.

—Bueno. Ahora permítame divagar un poco. Leí la confesión de Paul, y eso le da la mayor parte de los antecedentes. En cuanto al resto, Natalie Clayborne una vez describió todo el asunto como una mezcla de codicia y de lujuria. Es una descripción tan buena como otra. Bueno, la codicia y la lujuria ya han terminado, y los culpables están recibiendo su merecido de una u otra manera. En cuanto a mí concierne, al infierno con los culpables, pero no veo ninguna razón

para que se deba castigar a los inocentes.

—Y mis chicos y yo somos los inocentes ¿es así?

—Eso es. Ahora no me interrumpa. Usted probablemente no sepa que yo tenía un trabajo privado con Clayborne en este caso, encontrarle la cinta del chantaje por un cierto precio. Bueno, se la conseguí y percibí mi paga. En el proceso logré echarle mano a algo que no le devolví a Clayborne, los cien mil dólares que ya había pagado por el chantaje. Por el contrario, por razones personales le hice creer a Clayborne que su primera mujer se había escapado con el dinero. Quiero que usted se lleve esos cien mil dólares, para usted y los chicos. Es libre de impuestos y no hay condiciones adosadas. Llévese los chicos a Inglaterra, invierta el dinero, pague la educación de sus hijos, y viva bien.

Su expresión era una combinación de sorpresa y ácido humor.

—¿Quién se cree que es? —dijo, y había dolor en su voz—. ¡Andar repartiendo castigos y favores como si fuera un zar! ¿Quién es usted para hacer estos juicios sobre la vida de la gente? —Se levantó del sillón, golpeando la mesa con la cadera, y salió de la cocina con los brazos cruzados.

La dejé sola cinco minutos, luego la seguí a la sala de estar, y serví coñac en copas grandes. Estaba sentada cerca de la chimenea y miraba el hogar frío, vacío. Aceptó el coñac y dijo de pronto:

—Nadie debiera tener el poder de hacer a otra persona tan vulnerable.

—No debí haber sido tan torpe —dije.

Se rió secamente.

—*Mr*. Butler, ¿cómo se puede ser sutil con cien mil dólares? ¿Es contra las reglas hacer una o dos preguntas?

—No, adelante.

—¿Qué hará con el dinero si me niego a aceptarlo?

No vacilé.

—Se lo daré a la universidad. Todo esto le hizo bastante daño. Tuvieron propaganda negativa.

—¿Por qué no se lo guarda usted?

—Ah, eso sería contra las reglas. Es mi norma no ganar más que los honorarios establecidos de antemano. Me defiende de las tentaciones. Y de la pereza. Es uno de los siete pecados capitales ¿no?

—Así que la moral levanta su sucia cabeza finalmente. Usted me fascina, *Mr*. Butler. ¿Y cuánto ganó por hacer este trabajo? Si puedo preguntar.

—Seis mil dólares —dije.

—Es una buena suma para una semana de trabajo. Pero al menos se la ganó, de acuerdo a su código. Lo gastará con la conciencia limpia. Pero ¿cómo voy yo a gastar este dinero? ¿No ve qué es lo que me pide? Usted quiere que viva de la ganancia del crimen y el chantaje, sólo para que mi suerte sea algo más fácil.

—Un discursito muy noble —dije—. Pero ésa no es la verdadera razón por la que el dinero le es repulsivo.

—¿No? ¿Entonces cuál es la verdadera razón?

—Primero, usted es demasiado inteligente para creer que el dinero tenga algún tipo de estigma adosado. Es simplemente dinero, cuño del reino. Usted podría argumentar que legalmente le pertenece a Philip Clayborne, pero yo elimino ese argumento sobre la base de que él contribuyó en gran parte a esa mezcla que le describí en la cocina. Un hombre debe pagar por sus vicios, y para Clayborne esto es sacárselo barato.

Pensó en eso un momento, luego me dirigió una rápida sonrisa tensa.

—Todavía no me dijo por qué me es repulsivo el dinero.

—Porque usted piensa que no lo merece —dije—. Paul la condicionó para que pensase que no vale gran cosa. Diablos, leí esa confesión. Usted misma la describió como la historia de un hombre a quien lo horrorizó la insignificancia de su vida. Cometió el peor crimen posible para escapar de usted y de esa vida. Eso no es solamente repudio, es un juicio. Usted no fue solamente despreciada, fue difamada, humillada.

—¡Es suficiente! —Estaba rígida como un maniquí.

—No lo es, ¡aún no! —dije—. Ahora se está preparando para vivir de acuerdo al juicio que ese loco tenía de usted. Se escabullirá a un rincón cualquiera, conseguirá un trabajo doméstico, ahorrará hasta los centavos para que los chicos puedan comer carne, todo en nombre de la respetabilidad. Pero usted sabrá que la verdadera razón es que él la convenció de que usted no se merece nada mejor.

Su boca era una línea desgarbada, torcida, contra el brillo ceroso de la cara.

—De acuerdo, dijo lo que quería. ¿No puede tener la decencia de dejarme sola? Estaré aquí mañana. Se lo prometí ¿verdad?

Le di las buenas noches y subí a acostarme.

La mañana siguiente cultivé trigo desde las siete hasta el mediodía; cuando empecé el sol era un disco amarillo pálido sobre las orejas del fuerte caballo negro, y cuando me detuve estaba sobre mi cabeza, tan amarillo como cobre fundido. Desenganché el arado, monté el caballo, y lo hice trotar hasta el establo. Cuando entré en la cocina por la puerta de atrás, Judy estaba frente a la hornalla revolviendo masa en un recipiente.

—A punto, *Mr*. Butler —dijo—. Espero que no le importe comer panqueques y jamón de almuerzo. Es mi desayuno, sabe. Me quedé levantada hasta muy tarde anoche.

—Me gustan los panqueques —dije—. Deme diez minutos.

Usé la ducha del sótano, como es nuestra costumbre cuando venimos de los campos, y me puse una camisa limpia para la ocasión. Cuando empecé a comer, noté que Judy vestía lo mismo que ayer cuando había llegado. Le pregunté si no había podido encontrar las ropas de las que le había hablado.

Cuidadosamente dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa. Su mirada era calma, el color de su cutis el más saludable que le hubiera visto antes.

—No es eso —dijo. Pero ya no tiene sentido que me quede hasta la cena. Decidí aceptar el dinero. Admitiré que lo que usted me dijo anoche tiene algo que ver con esto. Sé que soy mejor de lo que me hizo sentir Paul. Pero hay otra razón, una razón puramente egoísta. No puedo rechazar esta oportunidad de volver a Inglaterra. El sólo pensar en ello me levanta el ánimo. Así que me llevaré el dinero, manchado o no, merecido o no. Eso quiere decir que no hay razón para que me siga quedando.

—Bienvenida a quedarse, sin embargo. Por una semana, si quiere.

Tenía un nuevo lustre en los ojos.

—Sé que la invitación es sincera y se la agradezco. Pero no me voy a quedar porque me siento como una intrusa aquí. Usted está solo, y es con algún propósito. Casi lo puedo sentir. Quizá yo no sea la única persona embrutecida por lo que ocurrió. A usted también lo golpearon un poco ¿no? No quiero decir el castigo físico

simplemente.

—Sí, a mí también me golpearon. —Era una frase apta.

Asintió con la cabeza.

—Pero está en su casa ahora, y está saliendo de ello solo, que es el único modo posible. Es por eso que tengo que irme a casa. No por los chicos. Necesito ese alivio, así puedo salir de esto sola.

Se fue esa tarde con el dinero. Una hora después, caminando al ritmo del caballo, con las puntas del arado muy hondas en la tierra, empapado de sudor, me di cuenta del alivio del que había hablado Judy. Era más intenso que ayer, porque ella se había llevado el dinero.

F I N

ACLARACIÓN

Aunque no afecta la trama es necesario aclarar el error temporal de mencionar dos veces el bombardeo a Londres en 1938 como razón de que Judy McIntosh se trasladara a
USA
, y de la muerte de sus padres.

La
WWII
comenzó en Setiembre de 1939. La Batalla aérea de Inglaterra comenzó en Julio de 1940 con bombardeos a puntos estratégicos, y en Setiembre comenzó el bombardeo intensivo de las ciudades.